

# NAVEGANTE S O L A R

DAVID BRIN

Lectulandia

Ninguna especie en todo el universo ha alcanzado las estrellas sin la ayuda de un guía, excepto quizá la raza humana. ¿Existió hace muchos eones una extraña raza que dio inicio al desarrollo de la humanidad? Y si así fue, ¿por qué nos abandonó?

Cerca del Sol, en las cavernas de Mercurio, la expedición Navegante Solar se prepara para realizar el viaje más trascendental de la historia de la humanidad. Un viaje al sofocante infierno del Sol. Allí se han detectado formas de vida desconocidas que podrían ser la raza primigenia, los auténticos antepasados del hombre.

Para encontrar respuestas a todos estos interrogantes, respuestas de las que dependerá el futuro de la humanidad en relación con las avanzadas civilizaciones existentes en el universo, será necesario sumergirse en el ardiente corazón de una estrella llamada Sol.

Lectulandia

David Brin

# Navegante Solar

La elevación de los pupilos 1

ePUB v1.0

Aldog 26.05.12

---

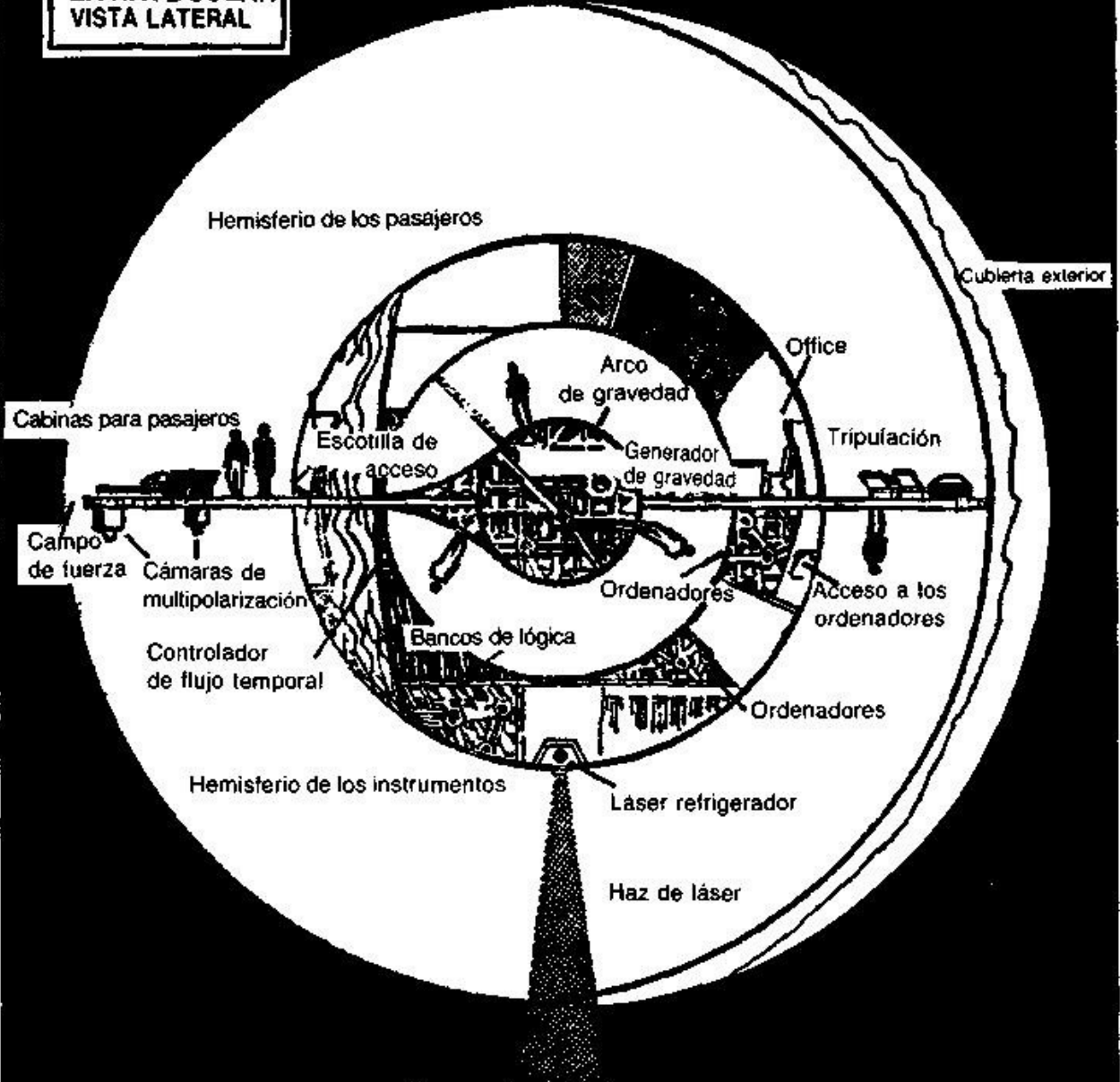
más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

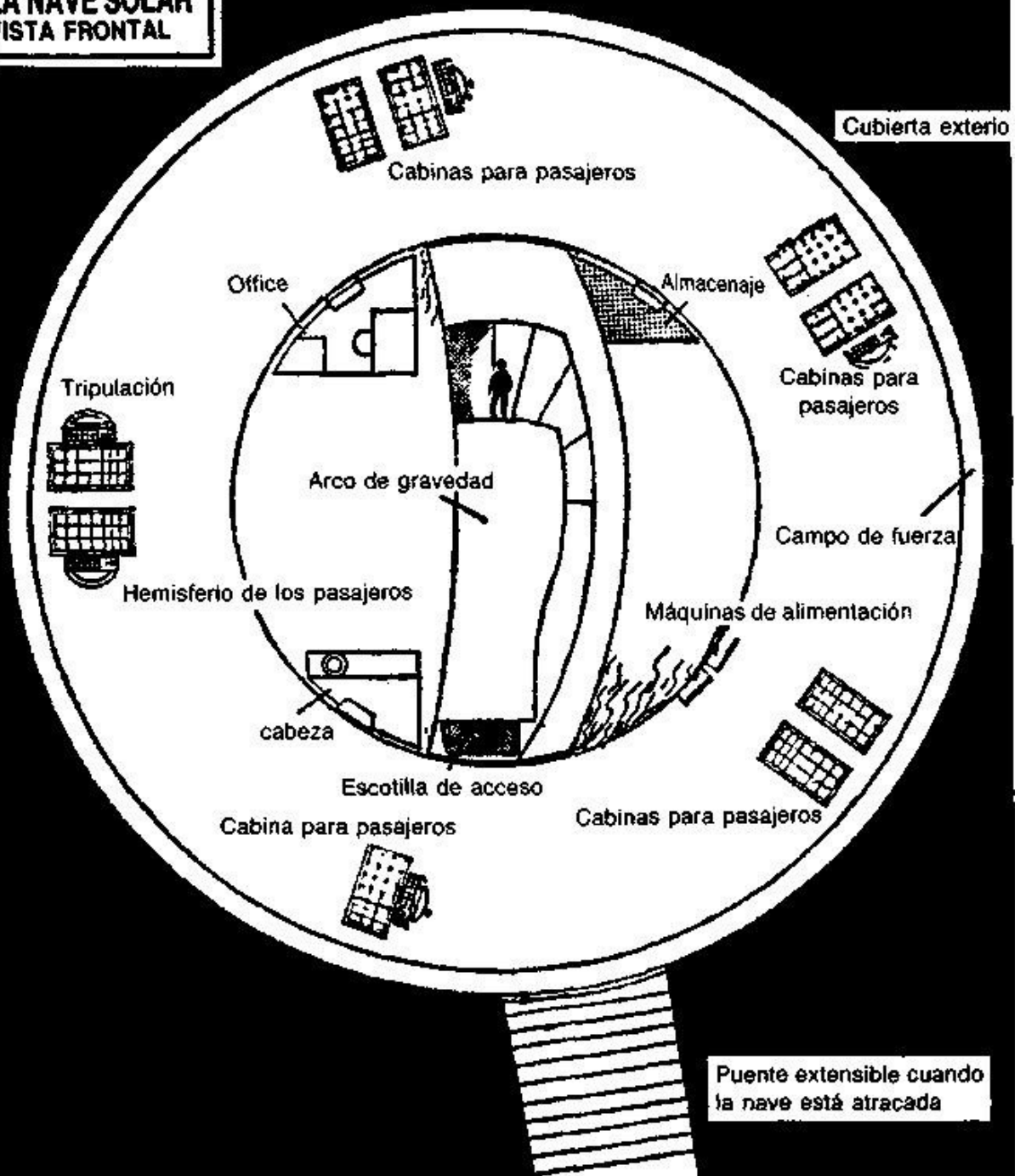
Título original: *Sundiver*  
David Brin, 1994  
Traducción: Rafael Marín Trechera  
Editorial: Ediciones B  
Colección: Nova Éxito, 2  
ISBN: 9788440636393

Diseño portada: Aldog  
Editor original: Aldog (v1.0)  
ePub base v2.0

**LA NAVE SOLAR**  
**VISTA LATERAL**



**LA NAVE SOLAR  
VISTA FRONTAL**



A mis hermanos Dan y Stan,  
a Arglebargle IV...  
y a alguien más.

# PRIMERA PARTE

Es razonable esperar que en un futuro no demasiado lejano lleguemos a comprender algo tan simple como una estrella.

S. Eddington, 1926



# 1

## TRAS EL SUEÑO-BALLENA

—Makakai, ¿estás preparada?

Jacob ignoró los zumbidos de los motores y válvulas en su crisálida de metal. Permaneció inmóvil. El agua lamió suavemente la nariz bulbosa de su ballena mecánica mientras esperaba una respuesta.

Una vez más comprobó los diminutos indicadores de la pantalla de su casco. Sí, la radio funcionaba. El ocupante de la otra ballena mecánica, medio sumergida a unos pocos metros de distancia, lo había oído todo.

El agua estaba hoy excepcionalmente clara. Al mirar hacia abajo, Jacob pudo ver un pequeño tiburón leopardo al pasar, un poco fuera de sitio en estas profundidades.

—Makakai... ¿estás preparada?

Intentó no parecer impaciente, ni traicionar la tensión que sentía acumularse en su nuca mientras esperaba. Cerró los ojos y se obligó a relajar los músculos rebeldes, uno a uno. Esperó a que su pupila hablara.

—¡Ssssí... hagámossslo! —trinó por fin la voz borbotante. Las palabras parecían agitadas, como pronunciadas a regañadientes, con esfuerzo.

Un discurso bastante largo tratándose de Makakai. Jacob pudo ver la máquina de entrenamiento de la joven delfín junto a la suya, su imagen reflejada en los espejos que bordeaban su visor. Sus grises aletas metálicas se alzaban y caían levemente con la marea.

Débilmente, sin energía, las aletas artificiales se movieron, avanzando bajo la superficie erizada del agua.

Está todo lo dispuesta posible, pensó Jacob. Éste es el momento de averiguar si la tecnología puede sacar a un delfín del Sueño-Ballena.

Volvió a conectar el micrófono.

—Muy bien, Makakai. Sabes cómo funciona la ballena. Ampliaré cualquier acción que hagas, pero si quieres que los cohetes intervengan, tendrás que darle la orden en inglés. Para ser justos, yo tendré que silbar en ternario para que la mía funcione.

—¡Ssssí! —siseó la delfín. La gris aleta caudal se alzó y bajó, provocando un torbellino de agua salada.

Medio murmurando una plegaria al Soñador, Jacob tocó el interruptor que liberaba los amplificadores de la ballena mecánica de Makakai y de la suya propia, y luego giró con cautela los brazos para poner en movimiento las aletas. Flexionó las piernas, y las enormes aletas de la cola se sacudieron en respuesta, y su máquina giró inmediatamente y se zambulló.

Jacob intentó corregir su trayectoria pero todo lo que logró fue que la ballena girara aún más. El golpeteo de sus aletas convirtió momentáneamente sus alrededores en una masa de burbujas, hasta que con paciencia, siguiendo un sistema de prueba y error, se enderezó.

Se puso de nuevo en marcha, con cuidado, para ganar la delantera, y luego arqueó la espalda y lanzó una patada. La ballena mecánica respondió con un gran salto en el aire.

La delfín estaba casi a un kilómetro de distancia. Mientras llegaba a la cima de su arco, Jacob la vio caer graciosamente desde una altura de diez metros y zambullirse suavemente en las aguas.

Apuntó al agua con el pico de su casco y el mar se acercó a él como una muralla verde. El impacto hizo que su casco resonara mientras arrancaba tentáculos de algas flotantes y un dorado garibaldi escapaba lleno de pánico tras su zambullida.

Caía demasiado en picado. Jacob juró y pateó dos veces para enderezarse. Las enormes aletas de metal de la máquina golpearon el agua con el empujón rítmico de sus pies, cada uno de ellos enviando una descarga por su espalda, apretujándole contra el denso acolchado del traje. En el momento oportuno, se arqueó y volvió a dar una patada. La máquina salió del agua.

La luz del sol destelló como un misil en su ventanilla izquierda, ahogando con su resplandor el tenue brillo de su diminuto panel de instrumentos. El ordenador del casco trino suavemente mientras él se retorció, boca abajo, para golpear de nuevo las brillantes aguas.

Jacob dejó escapar una carcajada de júbilo cuando un banco de pequeñas anchoas plateadas se dispersó ante él.

Sus manos se deslizaron por los controles hasta los mandos de los cohetes, y en la cima de su nuevo arco silbó un código en ternario.

Los motores zumbaron, y el exoesqueleto extendió aletas a lo largo de sus costados. Entonces intervinieron los propulsores con un salvaje estallido, lanzando la cabeza acolchada hacia arriba con la súbita aceleración, pinchando la base de su cráneo mientras las olas quedaban atrás, justo bajo su veloz nave.

Llegó junto a Makakai levantando una gran salpicadura. Ella silbó una aguda bienvenida en ternario. Jacob dejó que los cohetes se desconectaran de modo automático y reemprendió el avance puramente mecánico junto a la delfín.

Durante algún tiempo se movieron al unísono. Con cada salto Makakai se volvía más atrevida, ejecutando torsiones y piruetas durante los largos segundos que transcurrían antes de que golpearan el agua. Una vez, en el aire, dejó escapar un poemita obscuro en su lengua, un chascarrillo sin importancia, pero Jacob esperó que lo hubieran grabado en el barco perseguidor. No se había enterado del chiste final con el estrépito de la caída.

El resto del equipo de entrenamiento los seguía en el *hovercraft*.

Durante cada salto, Jacob veía el gran barco, empequeñecido ahora por la distancia, hasta que su impacto lo anulaba todo menos los sonidos del agua al salpicar, los chirridos del sonar de Makakai y el fosforescente color azul gris ante sus ventanillas.

El cronómetro de Jacob indicó que habían pasado diez minutos. No podría seguir el ritmo de Makakai durante más de media hora, cualquiera que fuese la ampliación que usara. Los músculos y el sistema nervioso del hombre no estaban diseñados para esta rutina de saltar e impactar contra el agua.

—Makakai, es hora de que pruebes con los cohetes. Dime si estás lista y los usaremos en el siguiente salto.

Los dos se hundieron en el mar y Jacob hizo maniobrar sus aletas en el agua espumosa para prepararse para la siguiente ronda.

Volvieron a saltar.

—Makakai, ahora hablo en serio. ¿Estás lista?

Estaban muy alto. Jacob pudo ver el diminuto ojo de la delfín tras la ventanilla de plástico cuando su máquina-ballena se retorció antes de hundirse en el agua. La siguió un momento después.

—Muy bien, Makakai. Si no me respondes, tendremos que dejarlo ahora mismo.

El agua azul formó una nube de burbujas cuando Jacob se colocó junto a su pupila.

Makakai se retorció y se hundió en vez de prepararse para dar otro salto. Dijo algo en ternario, demasiado rápido para poder seguirlo, algo referido a que Jacob no debería ser tan aguafiestas.

Jacob dejó que su máquina subiera lentamente a la superficie.

—Vamos, querida, usa el inglés. Lo necesitarás si quieres que tus hijos salgan alguna vez al espacio. ¡Y además es tan expresivo! Vamos. Dile a Jacob lo que piensas de él.

Hubo algunos segundos de silencio. Entonces el hombre vio algo que se movía rápidamente por debajo. Se abalanzaba hacia arriba, y justo antes de golpear la superficie, oyó la aguda puya de la voz de Makakai.

—¡Ssí-gueme, zoquete! ¡Yo vueee-lo!

Sus aletas mecánicas chasquearon con la última palabra, y Makakai saltó del agua dejando detrás una columna de llamas.

Jacob se echó a reír, se zambulló para ganar impulso y luego se lanzó al aire tras su pupila.

Gloria le tendió los datos en cuanto terminó su segunda taza de café. Jacob intentó que sus ojos se concentraran en las líneas irregulares, pero éstas se agitaban de un lado a otro como si fueran olas. Devolvió los datos.

—Los miraré más tarde. ¿Puedes hacerme un resumen? Me tomaría uno de esos bocadillos, si me dejas lavarme.

Ella le lanzó uno de atún con pan de centeno y se sentó en la borda, agarrándose a los lados para compensar el bamboleo del barco.

Como de costumbre, apenas llevaba puesto nada. A la joven bióloga, hermosa, con un bonito cuerpo y pelo largo y negro, le sentaba muy bien no llevar apenas nada.

—Creo que tenemos toda la información de ondas cerebrales que nos hacía falta, Jacob. No sé cómo lo lograste, pero la atención de Makakai en inglés fue al menos el doble de lo normal. Manfred cree que ha encontrado suficientes conjuntos sinápticos asociados para hacer grandes avances en su siguiente grupo de mutaciones experimentales.

Hay un par de nódulos que quiere expandir en el lóbulo cerebral izquierdo de los hijos de Makakai.

»Mi grupo está satisfecho con lo que tenemos de momento. La facilidad de Makakai con la ballena demuestra que la generación actual puede manejar máquinas.

Jacob suspiró.

—Si esperas que estos resultados persuadan a la Confederación para que cancele la próxima generación de mutaciones, no cuentes con ello. Están asustados. No quieren tener que depender siempre de la poesía y de la música para demostrar que los delfines son inteligentes.

Quieren una raza de manipuladores de herramientas analíticas, y dar palabras en clave para activar los cohetes de una ballena mecánica no les servirá. Veinte a uno a que Manfred tendrá que cortar.

Gloria se puso roja.

—¡Cortar! Son personas, un pueblo con un sueño maravilloso. ¡Los convertiremos en ingenieros y perderemos una raza de poetas!

Jacob dejó el bocadillo y se limpió las migajas del pecho.

Lamentaba haber abierto la boca.

—Lo sé, lo sé. También a mí me gustaría que las cosas fueran un poco más despacio. Pero míralo de esta forma. Tal vez los fins podrán expresar algún día con palabras al Sueño-Ballena. No necesitaremos el ternario para discutir del tiempo, ni nuestro argot para hablar de filosofía. Los delfines podrán unirse a los chimpancés y volverán sus narices metafóricas a los galácticos mientras nosotros nos hacemos pasar por adultos dignos.

—Pero...

Jacob alzó la mano para interrumpirla.

—¿Podemos discutirlo más tarde? Me gustaría acostarme un rato, y luego bajar y visitar a nuestra chica.

Gloria frunció un momento el ceño, pero luego sonrió abiertamente.

—Lo siento, Jacob. Debes de estar muy cansado. Pero al menos hoy, por fin, todo ha funcionado.

Jacob se permitió devolverle la sonrisa. Su ancho rostro se llenó de arrugas en torno a la boca y los ojos.

—Sí —dijo, y se puso en pie—. Hoy todo ha salido bien.

—Ah, por cierto, mientras estabas abajo, hubo una llamada para ti. ¡Era un eté! Johnny se puso tan nervioso que apenas se acordó de anotar el mensaje. Creo que está por alguna parte.

Gloria retiró los platos y encontró un trozo de papel. Se lo tendió.

Jacob frunció las pobladas cejas cuando miró el mensaje. Tenía la piel tensa y oscura, mezcla de antepasados y exposición al sol y al agua salada. Los ojos marrones tendían a estrecharse para convertirse en dos finas ranuras cuando se concentraba. Se llevó una mano callosa a su ganchuda nariz amerindia y trató de descifrar la letra del operador de radio.

—Supongo que todos sabíamos que trabajabas con etés —dijo Gloria—. ¡Pero desde luego no esperábamos que uno nos llamara aquí! ¡Especialmente uno que parece un brote gigante de brécol y que habla como si fuera ministro de protocolo!

Jacob alzó la cabeza.

—¿Ha llamado un kantén? ¿Aquí? ¿Dijo su nombre?

—Debería estar por ahí. ¿Eso es lo que era? ¿Un kantén? Me temo que no entiendo mucho de alienígenas. Podría reconocer a un cintiano o un timbrimi, pero éste era nuevo para mí.

—Mm... voy a tener que llamar a alguien. ¡Fregaré los platos más tarde, no los toques! Dile a Manfred y a Wilfred que bajaré dentro de un rato a visitar a Makakai. Y gracias de nuevo. —Sonrió y la tocó suavemente en el hombro, pero al volverse, su expresión se tornó preocupada.

Atravesó la escotilla delantera, con el mensaje en la mano. Gloria se lo quedó mirando durante un instante. Recogió las cartas de datos y le hubiera gustado saber qué haría falta para retener la atención de aquel hombre durante más de una hora, o de una noche.

El camarote de Jacob apenas era un armarito con un estrecho jergón plegable, pero ofrecía intimidad suficiente. Sacó su tele portátil de un pequeño mueble situado junto a la puerta y la depositó sobre la cama.

Lo lógico era que Fagin hubiera llamado simplemente para ser sociable. Después de todo, le interesaba mucho el trabajo con los delfines.

Sin embargo, en algunas ocasiones, los mensajes de los alienígenas sólo habían traído problemas. Jacob pensó en no devolver la llamada del kantén.

Tras un momento de vacilación, pulsó una clave en la tele y se tranquilizó. Cuando llegaba el momento, no podía resistir la oportunidad de charlar con un E.T.,

en cualquier sitio, a cualquier hora.

Una línea de binario destelló en la pantalla, dando la localización de la unidad portátil a la que llamaba. La Reserva E.T. de La Baja. Tiene sentido, pensó Jacob. Ahí es donde está la Biblioteca. Apareció la advertencia de costumbre prohibiendo a los condicionales establecer contactos con alienígenas. Jacob apartó la mirada con disgusto.

Brillantes puntos de estática llenaron el espacio sobre las sábanas y delante de la pantalla, y entonces apareció Fagin, en réplica, a unos pocos centímetros de distancia.

El E.T. parecía exactamente un brote gigante de brécol. Tallos redondos azules y verdes formaban esferas simétricas alrededor de un tronco retorcido y estriado. Aquí y allá diminutos copos cristalinos moteaban algunas ramas, formando un amasijo cerca de la cima en torno a una boca invisible.

El follaje se movió, y los cristales se agitaron ante el paso del aire exhalado por la criatura.

—Hola, Jacob. —La voz de Fagin sonó metálica en medio de la habitación—. Te saludo con alegría y gratitud, y con la austera carencia de formalidad en la que con tanta frecuencia y vehemencia insistes.

Jacob reprimió una carcajada. Fagin le recordaba a un antiguo mandarín, tanto por el tono cantarín de su acento como por el retorcido protocolo que usaba incluso con sus amigos humanos más íntimos.

—Te saludo, Amigo-Fagin, y te deseo lo mejor con todo respeto. Y ahora que hemos acabado con eso, y antes de que digas una sola palabra, la respuesta es no.

Los cristales tintinearono suavemente.

—Jacob! ¡Eres tan joven y sin embargo tan perspicaz! ¡Admiro tu sabiduría y tu habilidad para adivinar el propósito de mi llamada!

Jacob sacudió la cabeza.

—Nada de adulaciones ni de velado sarcasmo, Fagin. Insisto en hablar contigo en inglés coloquial porque es la única forma que tengo de evitar que acabe hecho un lío cada vez que trato contigo. ¡Y sabes muy bien de lo que estoy hablando!

El alienígena se estremeció, ofreciendo una parodia de un encogimiento de hombros.

—Ah, Jacob, debo inclinarme ante tu voluntad y utilizar la altamente estimada honestidad de la que tu especie debería estar orgullosa. Es cierto que hay un pequeño favor que tengo la temeridad de pedir. Pero ahora que me has dado tu respuesta —basada sin duda en ciertas circunstancias pasadas y desagradables, la mayoría de las cuales sin embargo resultaron para bien— simplemente olvidaré el tema.

»¿Sería posible inquirirte cómo avanza tu trabajo con la orgullosa especie pupila "delfín"?

—Oh, sí, el trabajo va muy bien. Hoy hemos conseguido un avance.

—Excelente. Estoy seguro de que no habría sucedido sin tu intervención. He oído decir que tu trabajo es indispensable.

Jacob sacudió la cabeza para despejarse. De algún modo, Fagin había vuelto a tomar la iniciativa.

—Bueno, es cierto que pude ayudar en el problema de la Esfinge de Agua, pero desde entonces mi intervención no ha sido tan especial.

Cualquiera podría hacer lo que he estado haciendo últimamente.

—¡Oh, eso es algo que me resulta muy difícil de creer!

Jacob frunció el ceño. Desgraciadamente era cierto. Y a partir de ahora, el trabajo aquí, en el Centro de Elevación, sería aún más rutinario.

Un centenar de expertos, algunos más cualificados que él en porp-psic, esperaban entrar a formar parte del equipo. El Centro probablemente le mantendría aquí, en parte por gratitud, ¿pero quería de verdad quedarse? Por mucho que amara a los delfines y el mar, últimamente su inquietud iba en aumento.

—Fagin, lamento haber sido tan brusco. Me gustaría saber por qué me has llamado... suponiendo que entiendas que la respuesta probablemente seguirá siendo no.

El follaje de Fagin se agitó.

—Tenía la intención de invitarte a una pequeña y amigable reunión con algunos dignos seres de diversas especies, para discutir un importante problema de naturaleza puramente intelectual. La reunión se celebrará este jueves, en el Centro de Visitantes de Ensenada, a las once. No te comprometerás a nada si asistes.

Jacob reflexionó un instante.

—¿Etés, dices? ¿Quiénes son? ¿De qué tratará esa reunión?

—Ay, Jacob, no tengo libertad para decirlo, al menos por tele. Los detalles tendrán que esperar hasta que vengas el jueves, si lo haces.

Jacob receló al instante.

—Dime, ese «problema» no será político, ¿verdad? Te estás acercando mucho.

La imagen del alienígena permaneció muy quieta. Su masa verdosa se agitó lentamente, como si reflexionara.

—Nunca he comprendido, Jacob —dijo por fin la voz aflautada—, por qué un hombre de tu educación tiene tan poco interés en el juego de emociones y necesidades que llamáis «política». Si la metáfora fuera adecuada, diría que llevo la política «en la sangre». Desde luego, es tu caso.

—¡Deja a mi familia fuera de esto! ¡Sólo quiero saber si es necesario esperar hasta el jueves para saber de qué va todo este asunto!

El kantén volvió a vacilar.

—Hay aspectos de este asunto de los que no conviene hablar a través de las ondas. Algunas de las facciones más talámicas de tu cultura podrían hacer mal uso

del conocimiento si se enteraran. No obstante, déjame asegurarte que tu parte será puramente técnica. Es tu conocimiento lo que deseamos, y las habilidades que has usado en el Centro.

«¡Mentiroso! —pensó Jacob—. Quieres más que eso.»

Conocía a Fagin. Si asistía a aquella reunión, el kantén sin duda trataría de usarlo como cuña para implicarlo en alguna aventura ridículamente complicada y peligrosa. El alienígena ya se lo había hecho en tres ocasiones anteriores.

Las dos primeras veces a Jacob no le importó. Pero entonces era otra clase de persona, de las que aman esas cosas.

Luego llegó la Aguja. El trauma en Ecuador cambió por completo su vida. No tenía ningún deseo de volver a vivir nada parecido.

Y sin embargo, Jacob se resistía a decepcionar al viejo kantén. En realidad, Fagin nunca le había mentado, y de los E.T. que conocía era el único que realmente admiraba la cultura y la historia humanas. Era físicamente la criatura más extraña que conocía, pero también el único extraterrestre que intentaba con todas sus fuerzas comprender a los terrestres.

Es mejor que le diga a Fagin la verdad, pensó. Si empieza a ejercer demasiada presión, le informaré sobre mi estado mental, los experimentos con autohipnosis y los extraños resultados que he estado obteniendo. No presionaré demasiado si apelo a su sentido del juego limpio.

—Muy bien —suspiró—. Tú ganas, Fagin. Estaré allí. Pero no esperes que sea la estrella del programa.

La risa de Fagin silbó con un soniquete de flautas. — ¡No te preocupes por eso, Amigo-Jacob! ¡En este programa nadie te confundirá con la estrella!

El sol se hallaba aún sobre el horizonte cuando Jacob recorrió la cubierta superior hacia la piscina donde se encontraba Makakai. Un orbe benigno y sin rasgos distintivos gravitaba, oscuro y anaranjado, entre las nubes dispersas al oeste. Se detuvo en la baranda un momento para apreciar los colores del atardecer y el olor del mar.

Cerró los ojos y permitió que la luz calentara su rostro; los rayos penetraron su piel con amable insistencia. Por fin pasó las dos piernas por encima de la baranda y se dejó caer a la cubierta inferior. Una tensa y enérgica sensación había sustituido el cansancio del día.

Empezó a tararear una canción... desafinada, por supuesto.

Una cansada delfín se acercó al borde de la piscina. Makakai le saludó con un poema ternario demasiado rápido para que pudiera entenderlo, pero parecía amistosamente desagradable. Algo referido a su vida sexual. Los delfines llevaban miles de años contando a los humanos chistes obscenos antes de que los hombres por fin comenzaran a criarlos de forma selectiva para desarrollar su cerebro y su habla, y



empezaran a comprender. Makakai podía ser mucho más lista que sus antepasados, pero su sentido del humor era estrictamente delfinesco.

—Bien —dijo Jacob—. Adivina quién ha tenido un día muy atareado.

Ella le salpicó, más débilmente que de costumbre, y dijo algo muy parecido a «¡Anda y que te den!».

Pero se acercó más cuando él se agachó para meter la mano en el agua y saludarla.

## 2

### CAMISAS Y PIELES

Hacía años que los antiguos gobiernos norteamericanos habían arrasado la Franja Fronteriza para controlar los movimientos hacia y desde México. Se había creado un desierto donde antes se encontraban dos ciudades.

Desde el Vuelco y la destrucción de la opresiva Burocracia de los antiguos Gobiernos sindicados, las autoridades de la Confederación habían conservado aquella zona como parques. La zona fronteriza entre San Diego y Tijuana era ahora una de las áreas arboladas más grandes al sur del Parque Pendleton.

Pero eso estaba cambiando. Mientras conducía su coche alquilado a lo largo de la autopista elevada, Jacob vio signos de que el cinturón volvía a su antiguo cometido. A ambos lados de la carretera había cuadrillas trabajando, talando árboles y erigiendo finos postes a intervalos de cien metros al este y el oeste. Los postes eran vergonzosos. Jacob apartó la mirada.

Una gran pantalla y un cartel blanco colgaban donde la línea de postes cruzaba la autopista.

Nueva Frontera: Reserva  
Extraterrestre de La Baja.  
Los residentes de Tijuana que  
son no-ciudadanos deben  
presentarse al ayuntamiento para  
sus generosos bonos de  
reubicación.

— *Oderint dum metuant* —gruñó Jacob mientras sacudía la cabeza.

Que odien mientras teman. No importa que una persona haya vivido en una ciudad toda su vida. Si no tiene derecho a voto, tiene que quitarse de en medio cuando llega el progreso.

Tijuana, Honolulu, Oslo, y otra media docena de ciudades estarían incluidas cuando las reservas de etés aumentaran de nuevo. Cincuenta o sesenta mil condicionales, tanto permanentes como temporales, tendrían que ponerse en marcha para que esas ciudades fueran «seguras» para un millar de alienígenas. La molestia sería pequeña, por supuesto. La mayor parte de la Tierra estaba aún prohibida a los etés, y los no-ciudadanos todavía tenían espacio de sobra. El Gobierno ofrecía también grandes compensaciones.

Pero una vez más había refugiados en la Tierra.

La ciudad apareció de repente en el borde sur de la Franja. Muchas de sus

construcciones seguían un estilo español o revival español, pero en general mostraba la experimentación arquitectónica típica de una ciudad mexicana moderna. Los edificios eran blancos y azules. El tráfico a ambos lados de la carretera llenaba el aire con un leve zumbido eléctrico.

Por toda la ciudad carteles metálicos verdes y blancos, como el que había en la frontera, anunciaban el cambio inminente. Pero uno, cerca de la autopista, había sido pintado con spray negro. Antes de que se perdiera de vista, Jacob pudo ver las apresuradas palabras «Ocupación» e «Invasión».

Pensó que la pintada la había hecho un condicional permanente. No era probable que un Ciudadano hiciera algo tan arriesgado, con cientos de formas legales para expresar su opinión. Y un condicional temporal, condenado por algún delito, no quería que su sentencia aumentara.

Un temporal tendría la certeza de ser capturado.

Sin duda algún pobre permanente, arriesgándose a ser condenado, había aireado sus sentimientos, sin preocuparse por las consecuencias. Jacob simpatizó con él. Probablemente el C.P. estaba ahora bajo custodia.

Aunque la política no le interesaba especialmente, Jacob procedía de una familia de políticos. Dos de sus abuelos fueron héroes durante el Vuelco, cuando un pequeño grupo de tecnócratas consiguió derribar la Burocracia. La política de la familia hacia las Leyes Condicionales era de vehemente oposición.

Durante los últimos años, Jacob había adquirido la costumbre de evitar los recuerdos del pasado. Sin embargo, ahora una imagen se abrió paso en su mente.

El tío Jeremey estaba dando una charla en la Escuela de Verano en el compuesto del clan Álvarez en las montañas de Caracas, en la misma casa donde Joseph Álvarez y sus amigos habían fraguado sus planes treinta años antes. Los primos de Jacob, adoptivos y carnales, escuchaban adoptando expresiones respetuosas por fuera y rebosando de aburrimiento por dentro. Y Jacob jugueteaba en un rincón, deseando poder volver a su habitación y el «equipo secreto» que había ensamblado con su hermanastra Alice.

Suave y confiado, Jeremey aún estaba entonces en plena madurez, y era una voz importante en la Asamblea de la Confederación. Pronto sería el líder del clan Álvarez, desbancando a su hermano mayor James.

El tío Jeremey estaba diciendo cómo la antigua Burocracia había decretado que todo el mundo sería examinado en busca de «tendencias violentas» y que los que no pasaran la prueba estarían bajo constante vigilancia: libertad condicional.

Jacob podía recordar las palabras exactas que pronunció su tío esa tarde, cuando Alice entró en la Biblioteca, con la excitación resplandeciendo en su carita de doce años como algo a punto de convertirse en nova.

—Hicieron grandes esfuerzos para convencer al populacho de que las leyes

reducirían la delincuencia —dijo Jeremey con voz baja y grave—. Y tuvieron ese efecto, desde luego. Los individuos con transmisores de radio a menudo se lo piensan dos veces antes de causar problemas a sus vecinos.

»Entonces, como ahora, a los Ciudadanos les encantaron las Leyes Condicionales. No tuvieron ningún problema a la hora de olvidar el hecho de que suprimían todas las garantías constitucionales tradicionales de proceso debido. De todas formas, la mayoría vivía en países que nunca habían conocido esas lindezas.

»Y cuando un fallo en esas leyes permitió a Joseph Álvarez y sus amigos poner boca abajo a los burócratas... bueno, a los jubilados Ciudadanos les encantaron aún más las pruebas condicionales. A los líderes del Vuelco no les hizo ningún bien sacar el tema en ese momento. Ya tenían bastantes problemas estableciendo la Confederación...

Jacob pensó que iba a gritar. Allí estaba el viejo tío Jeremey farfullando interminablemente sobre todas aquellas tonterías, y Alice —la afortunada Alice, cuya habilidad era arriesgarse a la ira de los mayores y escuchar por el micro intervenido que había colocado en el receptor de espacio profundo de la casa—... ¿qué era lo que había oído?

¡Tenía que ser una nave espacial! ¡Sería el tercero de los grandes navíos en volver! Esa era la única explicación para la llamada a los Reservistas Espaciales o la excitación del ala este, donde los adultos mantenían sus laboratorios y oficinas.

Jeremey estaba todavía exponiendo la continua falta de compasión pública, pero Jacob no le veía ni oía. Mantuvo el rostro rígido e inmóvil mientras Alice se inclinaba sobre él para susurrarle al oído, o más bien para jadearle llena de excitación:

—¡Alienígenas, Jacob! ¡Traen extraterrestres! ¡En sus propias naves! ¡Oh, Jake, la Vesarius trae etés!

Fue la primera vez que Jacob oyó aquella palabra. A menudo se preguntaba si la había inventado Alice. Recordó que a los diez años se había preguntado si venían para comerse a alguien.

Mientras recorría las calles de Tijuana, se le ocurrió que la pregunta todavía no había sido respondida.

En varios cruces importantes los edificios habían sido demolidos para instalar un irisado «Kiosco de Recreo E.T.». Jacob vio a varios de los nuevos autobuses descubiertos equipados para transportar a humanos y a alienígenas que reptaban, o tenían tres metros de altura.

Al pasar ante el ayuntamiento, Jacob vio a una docena de «pieles» deambulando en piquetes. Al menos parecían pieles: gente vestida con pieles y agitando lanzas de plástico. ¿Quién más se vestiría de esa forma con este clima?

Subió el volumen de la radio de su coche y pulsó el seleccionador de voz.

—Noticias locales —dijo—. Palabras clave: Pielés, ayuntamiento, piquetes.

Tras sólo un momento de retraso, una voz mecánica habló desde detrás del salpicadero con la inflexión levemente defectuosa de un boletín de noticias elaborado por ordenador. Jacob se preguntó si alguna vez arreglarían ese tonillo de voz.

—Noticias. —La voz artificial tenía acento de Oxford—. Resumen: Hoy, lunes 12 de enero de 2246, cero nueve cuarenta y uno, buenos días. Treinta y siete personas se están manifestando de forma legal ante el ayuntamiento de Tijuana. El motivo de su protesta, en síntesis, es la expansión de la Reserva Extraterrestre. Por favor, interrumpa si desea un fax o una presentación verbal de su manifiesto de protesta.

La máquina hizo una pausa. Jacob no dijo nada, preguntándose si le quedaban ganas de oír el resto del resumen. Conocía bien la protesta de los pieles contra las consecuencias de las Reservas: algunos humanos, al menos, no eran adecuados para relacionarse con los alienígenas.

—Veintiséis de los treinta y siete miembros del grupo de protesta llevan transmisores condicionales —continuó el informe—. El resto, naturalmente, son ciudadanos. Esto da una idea de un condicional por cada ciento veinticuatro ciudadanos de Tijuana en general. Por su conducta y forma de vestir, los manifestantes pueden ser descritos como pertenecientes a la llamada Ética Neolítica, popularmente «pieles». Como ninguno de los ciudadanos ha invocado privilegio de intimidad, puede decirse que treinta de los treinta y siete son residentes en Tijuana y el resto visitantes...

Jacob dio un golpecito al botón y la voz murió a mitad de la frase. La escena ante el ayuntamiento había quedado atrás hacía rato, y de todas formas era una historia vieja.

Sin embargo, la controversia sobre la expansión de la Reserva E.T. le recordó que habían pasado casi dos meses desde la última vez que visitó a su tío James en Santa Bárbara. El viejo cascarrabias estaba probablemente metido hasta las orejas en pleitos a favor de la mitad de los condicionales de Tijuana. Pese a ello, se daría cuenta si Jacob se marchaba a hacer un largo viaje sin despedirse, ya fuera a él o a los otros tíos, tías y primos del enorme clan Álvarez.

¿Largo viaje? ¿Qué largo viaje?, pensó Jacob de repente. ¡Yo no voy a ninguna parte!

Pero el rinconcito de su mente que había dejado preparado para ese tipo de cosas había notado algo en esta reunión convocada por Fagin. Sentía expectación, y a la vez el deseo de reprimirla. Las sensaciones habrían sido intrigantes si no fueran ya tan familiares.

Condujo en silencio durante un rato. Pronto la ciudad dio paso al campo, y el tráfico se redujo a un hilillo. Durante los siguientes veinte kilómetros condujo con el calor del sol sobre el brazo, y un puñado de dudas jugando al escondite en su mente.

A pesar de la inquietud que había sentido últimamente, experimentaba cierta

resistencia a admitir que era hora de dejar el Centro de Elevación. El trabajo con los delfines y chimpancés era fascinante, y mucho más equilibrado —después de las primeras y tumultuosas semanas, durante el asunto de la Esfinge de Agua— que su antigua profesión de investigador criminólogo. El personal del Centro era trabajador y, contrariamente a muchas otras empresas científicas de la Tierra, tenía la moral bien alta. Hacían un trabajo que tenía un enorme valor intrínseco y no quedaría obsoleto instantáneamente cuando la Sucursal de la Biblioteca en La Paz estuviera en pleno funcionamiento.

Pero lo más importante de todo era que había hecho amigos, y esos amigos le habían apoyado durante el último año, cuando empezó el lento proceso de unir las porciones dispersas de su mente.

En especial Gloria. Voy a tener que hacer algo respecto a ella si me quedo, pensó Jacob. Algo más que la camaradería que hemos llevado hasta el momento. Los sentimientos de la muchacha se estaban transluciendo.

Antes del desastre en Ecuador, la pérdida que le había llevado al Centro en busca de paz y trabajo, Jacob habría sabido qué hacer y habría tenido el valor para hacerlo. Ahora sus sentimientos eran un lío.

Se preguntó si alguna vez desearía tener algo más que una relación amorosa casual.

Habían pasado dos largos años desde la muerte de Tania. En ocasiones se había sentido solo, a pesar del trabajo, los amigos, y los juegos siempre fascinantes que practicaba con su mente.

El terreno se volvió marrón y montañoso. Mientras contemplaba los cactus que iba dejando atrás, Jacob se acomodó para disfrutar del lento ritmo del viaje. Incluso ahora, su cuerpo oscilaba levemente con el movimiento, como si todavía se encontrara en el mar.

El océano destellaba azul tras las montañas. Cuanto más lo acercaba la carretera curva al lugar del encuentro, más deseaba estar a bordo de un barco, esperando el regreso de las primeras corcovadas y las colas alzadas de la Migración Gris del año, escuchando la Canción del Líder de las ballenas.

Sorteó una colina para encontrarse con que los aparcamientos a ambos lados de la carretera estaban repletos de pequeños coches eléctricos como el suyo. En la cima de las montañas había docenas de personas.

Jacob acercó su vehículo a la guía automática de la derecha, donde podría circular lentamente y apartar los ojos de la autopista.

¿Qué pasaba aquí? Dos adultos y varios niños bajaron de un coche al lado izquierdo de la carretera, sacando sus prismáticos y sus cestas con la merienda. Estaban claramente excitados. Parecían una familia típica de excursión, pero todos llevaban brillantes túnicas plateadas y amuletos dorados. La mayoría de la gente en

las montañas iba vestida de forma similar. Muchos tenían pequeños telescopios, y apuntaban hacia la carretera, a algo que a Jacob le quedaba oculto por la montaña que tenía a la derecha.

La multitud de esa otra montaña vestía atuendos cavernícolas y plumas. Estos Cro-Magnones Completos estaban comprometidos.

Tenían sus propios telescopios, así como relojes de pulsera, radios y megáfonos, junto con sus hachas y lanzas de pedernal.

No era sorprendente que los dos grupos ocuparan colinas opuestas. En lo único en que los camisas y los pieles estaban de acuerdo era en su odio hacia la Cuarentena Extraterrestre.

Un gran cartel cruzaba la autopista entre las dos colinas.

**RESERVA  
EXTRATERRESTRE DE LA  
BAJA CALIFORNIA**

No se admiten Condicionales  
sin autorización.

Los visitantes primerizos deben  
detenerse en el Centro de  
Información.

Nada de fetiches ni de atuendos  
neolíticos.

Comprueben los «pieles» en el  
Centro de Información.

Jacob sonrió. Los «periódicos» habían tenido tema de sobra con esa última orden. Había caricaturas en todos los canales que mostraban a los visitantes de las Reservas obligados a quitarse la piel, mientras un par de etés con aspecto de serpiente observaban atentamente.

Los coches aparcados se apretujaban en la cima. Cuando el automóvil de Jacob llegó a ese punto pudo ver la Barrera.

En un amplio arco de terreno baldío que se extendía de este a oeste corría otra línea de postes con alambradas, esta vez completa. Los colores de muchos de los postes se habían deslucido. El polvo cubría las lámparas redondas que los remataban.

Los ubicuos trazadores-C actuaban aquí y allá como criba visible, permitiendo a los ciudadanos entrar y salir libremente de la Reserva E.T., pero advirtiéndolos a los condicionales para que se quedasen fuera, y a los alienígenas para que se quedasen dentro. Era un burdo recordatorio de un hecho que la mayoría de la gente ignoraba: que una gran parte de la humanidad llevaba insertados transmisores porque la otra parte, la mayor, no se fiaba de ellos. La mayoría no quería contactos entre los

extraterrestres y los que habían sido calificados por un test psicológico como «tendientes a la violencia».

Al parecer, la Barrera hacía bien su trabajo. Las multitudes a ambos lados se hacían más grandes, y los trajes más salvajes, pero la muchedumbre se detenía justo al norte de la línea de postes-C.

Algunos de los pieles y camisas eran probablemente ciudadanos, pero se quedaban a este lado con sus amigos, por amabilidad y tal vez en señal de protesta.

La multitud era más densa al norte de la Barrera. Aquí los camisas y pieles hacían gestos a los ocupantes de los vehículos que pasaban. Jacob permaneció en el sistema de guía y miró alrededor, protegiéndose los ojos contra el resplandor del sol y disfrutando del espectáculo.

Un joven a la izquierda, envuelto en satén plateado de la garganta a los pies, alzó una pancarta que decía: «La Humanidad también fue Elevada: ¡Dejad salir a nuestros primos extraterrestres!». Justo frente a él, una mujer llevaba un estandarte atado al palo de la lanza:

«Nosotros lo hicimos solos: ¡Etés fuera de la Tierra!».

Ésa era la controversia, en síntesis. El mundo entero esperaba a ver quiénes tenían razón, si los que creían en Darwin o los que seguían a Von Daniken. Los camisas y pieles eran sólo los ejemplos más fanáticos de una polémica que había dividido a la humanidad en dos campos filosóficos. El motivo: «¿Cuál fue el origen del Homo-Sapiens como ser pensante?».

¿O era eso todo lo que representaban los camisas y pieles?

El primer grupo llevaba su amor por los alienígenas a un frenesí pseudorreligioso. ¿Xenofilia histérica?

Los Neolíticos, con su amor por los atuendos cavernícolas y la sabiduría antigua, ¿basaban sus gritos de «independencia de la influencia E.T.» en algo más básico, tal vez miedo a los desconocidos y poderosos alienígenas? ¿Xenofobia?

Jacob estaba seguro de una cosa: los camisas y pieles compartían su resentimiento. Resentimiento hacia la cauta política de compromiso de la Confederación hacia los E.T. Resentimiento hacia las Leyes Condicionales que mantenía aislados a tantos. Resentimiento hacia un mundo donde el hombre ya no conocía con seguridad cuáles eran sus raíces.

Un hombre viejo y sin afeitarse llamó la atención de Jacob. Estaba agachado junto a la carretera, saltaba y señalaba el terreno entre sus piernas, gritando en medio del polvo levantado por la multitud. Jacob redujo la velocidad al aproximarse.

El hombre llevaba una chaqueta de piel y pantalones de cuero. Sus gritos y saltos se volvieron más frenéticos a medida que Jacob se acercaba.

— ¡Doo-Doo! —gritó, como si lanzara un insulto terrible. De sus labios manaba saliva, y otra vez señaló al suelo—. ¡Doo-Doo! ¡Doo-Doo!



Aturdido, Jacob casi detuvo el coche.

Algo voló hacia su cara desde la izquierda y chocó contra la ventanilla del lado del pasajero. Hubo un golpe contra el techo y en cuestión de segundos una andana de piedras roció el coche, creando un tamborileo que resonó en los oídos de Jacob.

Subió la ventanilla de su izquierda, sacó el coche del sistema automático, y aceleró. El débil metal y plástico de la carrocería se agitaba cada vez que era golpeado por un proyectil. De repente unos rostros se asomaron a la ventanilla del lado de Jacob, caras jóvenes y duras con largos bigotes. Los jóvenes corrieron junto al coche mientras éste aceleraba lentamente, golpeándolo con los puños y gritando.

Como la Barrera se hallaba sólo a unos pocos metros de distancia, Jacob se echó a reír y decidió averiguar qué querían. Levantó un poco el pie del acelerador y se volvió para formular una pregunta al hombre que corría junto a él, un adolescente vestido como un héroe de ciencia ficción del siglo XX. La multitud era un destello de pancartas y disfraces.

Antes de que pudiera hablar, el coche fue sacudido por un impacto. Un agujero apareció en el parabrisas y la pequeña cabina se inundó de olor a quemado.

Jacob lanzó el coche hacia la Barrera. La fila de postes pasó zumbando y de repente se encontró solo. Por el retrovisor vio que la multitud se congregaba. Los jóvenes gritaban, alzando los puños y sus mangas futuristas. Jacob sonrió y bajó la ventanilla para saludar.

¿Cómo voy a explicarle esto a la compañía de alquiler?, pensó.

¿Les digo que me atacaron las fuerzas del Emperador Ming o creerán la verdad?

No tenía sentido llamar a la policía. Las autoridades locales serían incapaces de hacer nada sin empezar una Búsqueda-C. Y unos cuantos transmisores-C se perderían sin duda entre tantos. Además, Fagin le había pedido que fuera discreto al asistir a esta reunión.

Bajó las ventanillas para que la brisa se llevara el humo. Hurgó en el agujero de bala con la punta de su meñique y sonrió divertido.

Te ha gustado, ¿eh?, pensó.

Una cosa era dejar correr la adrenalina, y otra muy distinta reírse del peligro. La sensación de diversión ante el incidente de la Barrera preocupaba a una parte de Jacob más que la misteriosa violencia de la multitud, un síntoma surgido de su pasado.

Pasaron un par de minutos, y luego el salpicadero emitió un silbido.

Jacob alzó la cabeza. ¿Un autostopista? ¿Aquí? Carretera abajo, a menos de medio kilómetro de distancia, un hombre junto al arcén tendía el reloj sobre el sendero de la guía. Dos mochilas descansaban en el suelo junto a él.

Jacob vaciló. Pero aquí, dentro de la Reserva, sólo estaban permitidos ciudadanos. Paró en el arcén, sólo unos metros más allá del hombre.

Había algo familiar en aquel tipo. Era un hombrecito peculiar con un traje gris oscuro, y su panza se agitó cuando levantó las dos pesadas bolsas para acercarlas al coche de Jacob. Su cara sudaba cuando se inclinó sobre la puerta del asiento de pasajeros y se asomó.

—¡Oh, chico, qué calor! —gimió. Hablaba inglés estándar con fuerte acento—. No me extraña que nadie use el sistema de guía —continuó, secándose la frente con un pañuelo—. Conducen tan rápido para poder captar un poco de brisa, ¿verdad? Pero usted me resulta familiar, debemos habernos encontrado en alguna parte antes. Soy Peter LaRoque... o Pierre, si lo desea. Trabajo para *Les Mondes*.

Jacob dio un respingo.

—Oh. Sí, LaRoque. Nos conocemos de antes. Soy Jacob Demwa.

Suba, sólo voy hasta el Centro de Información, pero allí podrá encontrar un autobús.

Esperaba que su rostro no revelara sus sentimientos. ¿Por qué no había reconocido a LaRoque cuando aún estaba en marcha?

Posiblemente no se habría parado.

No es que tuviera nada en concreto contra el hombre, aparte de su increíble ego y su inagotable caudal de opiniones, que lanzaba sobre cualquiera a la menor oportunidad. En muchos aspectos, probablemente era una personalidad fascinante. Desde luego, tenía seguidores en la prensa danikeniana. Jacob había leído varios artículos de LaRoque y le gustaba el estilo, aunque no el contenido.

Pero LaRoque era uno de los miembros de la prensa que le había perseguido durante semanas después de que resolviera el misterio de la Esfinge de Agua, y uno de los menos agradables. La historia final en *Les Mondes* fue favorable, y bien escrita también. Pero no había merecido la pena soportar tantas molestias.

Jacob se alegró de que la prensa no hubiera podido encontrarle después del fiasco en Ecuador, aquel lío en la Aguja Vainilla. En esa época soportar a LaRoque habría sido demasiado.

Ahora mismo tenía problemas para creerse el afectado acento de «origen» de LaRoque. Aún era más fuerte que la última vez que se vieron, si es que eso era posible.

— ¡Demwa, ah, por supuesto! —dijo el hombre. Depositó sus bolsas tras el asiento de pasajeros y subió al coche—. ¡El creador y suministrador de aforismos! ¡El experto en misterios! ¿Está aquí para jugar a las adivinanzas con nuestros nobles invitados interplanetarios?

¿O quizá va a consultar en la Gran Biblioteca de La Paz?

Jacob volvió a entrar en el sistema de guía, deseando conocer al que había empezado la moda del «Acento de Orígenes Nacionales» para poder estrangularlo.

—Estoy aquí para ofrecer mis servicios como consultor, y mis pupilos incluyen

extraterrestres, si eso es lo que quiere saber. Pero no puedo entrar en detalles.

—¡Ah, sí, cuántos secretos! —LaRoque agitó un dedo juguetonamente—. ¡No debería hablarle así a un periodista! ¡Sus asuntos son mis asuntos! Pero seguro que se está preguntando qué trae al reportero estrella de *Les Mondes* a este lugar desolado, ¿no?

—La verdad es que me interesa más cómo llegó a hacer autostop en mitad de este lugar desolado.

LaRoque suspiró.

—¡Un lugar desolado, en efecto! ¡Qué lástima que los nobles alienígenas que nos visitan tengan que permanecer atrapados aquí y en otras tierras yermas como su Alaska!

—Y Hawaii, Caracas y Sri Lanka, los Capitolios de la Confederación —dijo Jacob—. Pero en cuanto a cómo llegó a...

—¿Cómo me enviaron a este lugar? ¡Sí, por supuesto, Demwa! Pero tal vez podamos incluso divertirnos con su reputado talento deductivo. ¿No lo adivina?

Jacob reprimió un gruñido. Extendió la mano para sacar el coche del sistema de guía y apretó más fuerte el acelerador.

—Tengo una idea mejor, LaRoque. Ya que no quiere decirme por qué estaba aquí, en medio de ninguna parte, tal vez esté dispuesto a aclararme un pequeño misterio.

Jacob describió la escena de la Barrera. Se saltó el violento final, esperando que LaRoque no hubiera advertido el agujerito en el parabrisas, pero describió con cuidado la conducta del hombre agachado.

—¡Por supuesto! —exclamó LaRoque—. ¡Me lo pone fácil! Ya conoce las iniciales de esa frase que usan, «Condicional Permanente», esa horrible clasificación que niega a un hombre sus derechos, paternidad, el derecho...

—¡Mire, ya estoy de acuerdo! Ahórrese el discurso. —Jacob pensó un momento. ¿Cuáles eran las iniciales?—. Oh, creo que ya lo veo.

—Sí, el pobre hombre sólo estaba contraatacando. Los ciudadanos lo llaman cepé... ¿no es simple justicia que él lo acusara de ser dócil y domesticado? ¡De ahí lo de doo-doo!<sup>[1]</sup>

Jacob se rió a su pesar. La carretera empezó a curvarse.

—Me pregunto por qué toda esa gente se congregaba ante la Barrera. Parecían estar esperando a alguien.

—¿Ante la Barrera? —dijo LaRoque—. Ah, sí. He oído decir que sucede todos los jueves. Los etés del Centro salen a mirar a los no-ciudadanos, y ellos a su vez van a mirar a un eté. Qué tonto, ¿verdad? ¡Uno no sabe a qué lado arrojar los cacahuets!

La carretera bordeó una nueva colina y su destino apareció a la vista.

El Centro de Información, a unos pocos kilómetros al norte de Ensenada, era un gran complejo de residencias para los E.T., museos públicos y, ocultos al otro lado,

barracones para la patrulla fronteriza.

Delante de un amplio aparcamiento se alzaba el edificio principal donde los nuevos visitantes recibían lecciones de Protocolo Galáctico.

La estación estaba en una pequeña meseta, entre la autopista y el océano, con una amplia panorámica de ambos. Jacob aparcó cerca de la entrada principal.

LaRoque, con la cara roja, rumiaba algo. Alzó la cabeza de repente.

—Sólo hacía una broma cuando dije lo de los cacahuets, ¿sabe? Sólo era una broma.

Jacob asintió, preguntándose qué le pasaba a aquel hombre. Qué extraño.

### 3

## GESTALT

Jacob ayudó a LaRoque a llevar sus bolsas a la parada del autobús, y luego dio la vuelta al edificio principal para encontrar un sitio donde sentarse. Faltaban diez minutos para la reunión.

Encontró un patio con árboles y mesitas de picnic donde el complejo asomaba a una pequeña bahía. Escogió una mesa para sentarse y descansó los pies en el banco. El contacto con la fría losa de cerámica y la brisa del océano le hizo desaparecer el tono rojo de su piel y el sudor de sus ropas.

Permaneció sentado en silencio durante unos minutos, dejando que los duros músculos de sus hombros y espalda se fueran relajando de la tensión del viaje. Detectó un pequeño barco velero, un balandro con foque y mayor de color más verde que el océano. Entonces dejó que el trance se apoderara de sus ojos.

Flotó. Examinó una a una las cosas que sus sentidos le revelaron y luego las eliminó. Se concentró en sus músculos para evitar la tensión.

Lentamente, sus miembros se volvieron flojos y distantes.

Persistió un picor en su muslo, pero sus manos continuaron en su regazo hasta que desapareció por sí mismo. El olor al salitre del mar era agradable, pero al mismo tiempo le distraía. Lo hizo desaparecer.

Desconectó el sonido de los latidos de su corazón, escuchándolo con atención hasta que se volvió demasiado familiar para advertirlo.

Como había hecho durante dos años, Jacob guió el trance a través de una fase catártica, donde las imágenes iban y venían de forma sorprendentemente rápida con su dolor curativo, como dos piezas separadas que intentan unirse de nuevo. Era un proceso que nunca le gustaba.

Casi estaba completamente solo. Todo lo que quedaba era un fondo de voces, murmullos subvocales de frases al borde del significado.

Por un momento le pareció que podía oír a Gloria y a Johnny discutiendo sobre Makakai, y luego a la propia Makakai parloteando acerca de algo irreverente en argot ternario.

Desvió cada sonido suavemente, esperando uno que llegó, como de costumbre, de forma súbita y predecible: la voz de Tania gritando algo que no podía entender mientras caía, con los brazos extendidos.

Siguió oyéndola mientras caía los treinta kilómetros hasta el suelo, convirtiéndose en una mota diminuta hasta desaparecer, siempre llamando.

La vocecita también desapareció, pero esta vez le dejó más intranquilo que de costumbre.

Una versión violenta y exagerada del incidente en el Límite de Zona destelló en su mente. De repente se encontró de vuelta, esta vez de pie entre los condicionales. Un hombre barbudo vestido como un chamán picto tendió un par de prismáticos y asintió con insistencia.

Jacob los cogió y miró adonde el hombre señalaba. Vio la imagen de un autobús, borrosa por las ondas caloríficas de la calzada.

El autobús se detuvo justo al otro lado de una línea de postes veteados de caramelo que se extendía hasta el horizonte. Cada polo parecía llegar hasta el sol.

Entonces la imagen desapareció. Con la indiferencia que da la práctica, Jacob dejó ir la tentación de pensar en ello y permitió que su mente quedara completamente en blanco.

Silencio y oscuridad.

Descansó en un trance profundo, confiando de que su propio reloj interno le avisaría cuando llegara el momento de emerger. Se movió despacio entre pautas que no tenían ningún símbolo y largos significados familiares que eludían ser descritos o recordados, buscando pacientemente la clave que sabía estaba allí y encontraría algún día.

El tiempo era ahora como cualquier otra cosa perdida en un pasadizo más profundo.

La oscura calma fue taladrada de repente por un brusco dolor que atravesó todo el aislamiento de su mente. Tardó un instante en localizarlo, una eternidad que debió ser la centésima parte de un segundo. El dolor era una brillante luz azul que parecía apuñalar sus ojos hipnotizados a través de sus párpados cerrados. En un instante, antes de que pudiera reaccionar, desapareció. Jacob se debatió durante un momento en su confusión. Intentó concentrarse sólo en despertar a la consciencia mientras un torrente de preguntas llenas de pánico estallaban como bombillas en su mente.

¿Qué artefacto subconsciente era aquella luz azul? ¿Un atisbo de neurosis que se defiende tan ferozmente tiene que significar problemas! ¿Qué miedo oculto he sondeado?

Mientras emergía, recuperó el sentido de la audición.

Se oían pasos delante. Los distinguió de los sonidos del viento y el mar, pero en su trance parecían los suaves pasos que los pies de un avestruz podrían hacer si calzaran mocasines.

El profundo trance se rompió por fin, varios segundos después del estallido subjetivo de luz. Jacob abrió los ojos. Un alto alienígena se encontraba ante él, a varios metros de distancia. Su impresión inmediata fue de altura, blancura y grandes ojos rojos.

Por un momento, el mundo pareció tambalearse.

Las manos de Jacob volaron a los lados de la mesa, y su cabeza se hundió

mientras se equilibraba. Cerró los ojos.

¡Menudo trance!, pensó. ¡Siento la cabeza como si fuera a chocar contra la Tierra y salir por el otro lado!

Se frotó los ojos con una mano, y luego alzó cuidadosamente la mirada.

El alienígena estaba aún allí. De modo que era real. Era humanoide, al menos de dos metros de altura. La mayor parte de su delgado cuerpo estaba cubierta por una larga túnica plateada. Las manos, cruzadas en la Actitud de Espera Respetuosa, eran largas, blancas y brillantes.

Su cabeza grande y redonda se inclinó hacia delante. Los ojos rojos, redondos y sin párpados, eran enormes, al igual que la boca.

Dominaban el rostro, donde unos cuantos órganos dispersos tenían funciones que Jacob desconocía. Esta especie era nueva para él.

Los ojos brillaban llenos de inteligencia.

Jacob se aclaró la garganta. Todavía tuvo que luchar contra las oleadas de aturdimiento.

—Discúlpeme... Puesto que no hemos sido presentados, yo... no sé cómo tratarle, ¿pero he de suponer que ha venido a verme?

La cabeza grande y blanca asintió.

—¿Pertenece al grupo que el kantén Fagin me pidió que conociera?

El alienígena asintió de nuevo.

Supongo que eso significa que sí, pensó Jacob. Me pregunto si puede hablar, sea cual sea el mecanismo inimaginable que se esconde tras esos labios enormes.

¿Pero por qué estaba aquí esta criatura? Había algo en su actitud...

—¿Debo suponer que pertenece a una especie pupila y espera permiso para hablar?

Los «labios» se separaron levemente y Jacob pudo ver un atisbo de algo brillante y blanco. El alienígena volvió a asentir.

— ¡Bien, entonces hable, por favor! Los humanos somos notablemente breves respecto al protocolo. ¿Cómo se llama?

La voz del alienígena era sorprendentemente grave. Surgió siseando de la amplia boca con un acento bastante fuerte.

—Me llamo Culla, sheñor. Graciash. Me han enviado para ashegurarme de que no eshtaba perdido. Shi quiere venir conmigo, losh otros sh eshtán eshperando. O shi lo prefiere, puede sheguir meditando hashta que llegue el momento previshto.

—No, no, vamos ya. —Jacob se puso en pie, tambaleándose. Cerró los ojos un momento para despejar su mente de los últimos jirones de su trance. Tarde o temprano tendría que dilucidar qué había sucedido, pero ahora tendría que esperar.

—Guíeme.

Culla se volvió y caminó con paso lento y ágil hacia una de las puertas laterales

que conducían al Centro.

Al parecer, Culla era miembro de una especie «pupila» cuyo contrato con su especie «tutora» aún estaba vigente. Una raza así tenía un lugar bajo en el orden galáctico. Jacob, todavía sorprendido por lo complicado de los asuntos galácticos, se alegró de que un accidente fortuito hubiera conseguido que la humanidad ocupara un lugar mejor, aunque inseguro, en aquella jerarquía.

Culla le guió hasta una gran puerta de roble. La abrió sin anunciarse y precedió a Jacob hasta la sala de reuniones.

Jacob vio a dos seres humanos y, más allá de Culla, a dos alienígenas: uno bajito y peludo, y el otro aún más pequeño, con aspecto de lagarto. Estaban sentados en cojines entre unos grandes arbustos de interior y un ventanal que daba a la bahía.

Intentó clasificar sus impresiones de los alienígenas antes de que se fijaran en él, pero alguien lo interpeló.

—¡Jacob, amigo mío! ¡Qué amable por tu parte venir a compartir con nosotros tu tiempo! —Era la voz aflautada de Fagin. Jacob miró rápidamente alrededor.

—Fagin, ¿dónde...?

—Estoy aquí.

Jacob volvió a mirar el grupo junto a la ventana. Los humanos y el E.T. peludo se ponían en pie. El alienígena-lagarto continuó en su cojín.

Jacob ajustó su perspectiva y de repente uno de los «arbustos de interior» se convirtió en Fagin. El follaje plateado del viejo kantén tintineaba suavemente, como movido por la brisa.

Jacob sonrió. Fagin representaba un problema cada vez que se veían. Con los humanoides uno buscaba una cara, o algo que sirviera para el mismo propósito. Normalmente hacía falta algún tiempo para encontrar un lugar donde fijar la vista en los extraños rasgos de un alienígena. Casi siempre había partes de la anatomía a las que uno aprendía a dirigirse como centro de otra consciencia. Entre los humanos, y a menudo entre los E.T., este punto estaba en los ojos.

Los kantén no tenían ojos. Jacob suponía que los brillantes objetos plateados que hacían aquel sonido de campanillas eran los receptores de luz de Fagin. Si era así, tampoco servía de nada. Había que mirar a todo Fagin, no a una cúspide del ego. Eso hizo que Jacob se preguntara qué era más improbable: que le gustara el alienígena a pesar de este inconveniente, o que todavía se sintiera incómodo con él a pesar de tantos años de amistad. El oscuro cuerpo frondoso de Fagin se acercó con una serie de quiebras que hicieron avanzar sucesivas raíces al frente. Jacob le dirigió una inclinación de cabeza medio formal y esperó.

—Jacob Álvarez Demwa, un-Humano, ul-Delfín-ul-Chim-pancé, te damos la bienvenida. Este pobre ser se complace de sentirte hoy de nuevo.—Fagin hablaba con claridad, pero con un soniquete incontrolado que hacía que su acento pareciera una



mezcla de sueco y cantones. El kantén hablaba mucho mejor delfín o ternario.

—Fagin, un-Kantén, ab-Linten-ab-Siquil-ul-Nish, Mihorki Keephu.

Me complace volver a verte una vez más.

Jacob se inclinó.

—Estos venerables seres han venido a intercambiar su sabiduría con la tuya, Amigo-Jacob —dijo Fagin—. Espero que estés preparado para las presentaciones formales.

Jacob se dispuso a concentrarse en los retorcidos nombres de las especies de cada alienígena, al menos tanto como en su apariencia.

Los patronímicos y los múltiples nombres de sus pupilos decían mucho sobre el estatus de cada uno. Asintió, indicando a Fagin que podía empezar.

—Ahora te presentaré formalmente a Bubbacub, un-Pil, ab-Kissa-ab-Soro-ab-Hul-ab-Puber-ul-Gello-ul-Pring, del Instituto Biblioteca.

Uno de los E.T. dio un paso hacia adelante. La impresión inicial de Jacob fue la de un osito de peluche gris de metro y medio de altura.

Pero un ancho hocico y un puñado de cilios alrededor de los ojos traicionaban aquella impresión.

¡Éste era Bubbacub, el director de la Sucursal de la Biblioteca! La Biblioteca de La Paz consumía casi todo el exiguo equilibrio de comercio que la Tierra había acumulado en un solo contacto. Incluso así, gran parte del prodigioso esfuerzo de adaptar una diminuta Sucursal «suburbana» a referentes humanos fue donado por el gran Instituto Galáctico de la Biblioteca como caridad, para ayudar a la «atrasada» raza humana a ponerse al día con el resto de la galaxia. Como jefe de la Sucursal, Bubbacub era uno de los alienígenas más importantes de la Tierra. El nombre de su especie también implicaba un alto estatus, superior incluso al de Fagin.

El prefijo «ab» repetido cuatro veces significaba que la especie de Bubbacub había sido conducida a la inteligencia por otra que a su vez había sido nutrida por otra, y así hasta el mítico principio de la época de los Progenitores, y que cuatro de esas generaciones de «Padres» estaban aún vivas en algún lugar de la galaxia. Derivar de una cadena semejante significaba estatus en una difusa cultura galáctica donde las especies que surcaban el espacio (con la posible excepción de la humanidad) había sido sacada del salvajismo semi inteligente por alguna razón previa y viajera.

El prefijo «ul» repetido dos veces significaba que la raza pil había creado a su vez dos culturas propias. También esto suponía estatus.

Lo único que había impedido el completo desdén de la raza humana «huérfana» por parte de los galácticos fue el hecho de que el hombre hubiera creado dos nuevas razas inteligentes antes de que la Vesarius hubiera traído a la Tierra el contacto con la civilización extraterrestre.

El alienígena hizo una leve reverencia.

—Soy Bubbacub.

La voz parecía artificial. Procedía de un disco que colgaba del cuello del pil.

¡Un vodor! Así pues, la raza pil requería asistencia artificial para hablar inglés. Por la sencillez del aparato, mucho más pequeño que los utilizados por los visitantes alienígenas cuyas lenguas maternas eran chirridos y trinos, Jacob supuso que Bubbacub podía pronunciar palabras humanas, pero en una frecuencia que los humanos no podían oír.

Quiso suponer que el ser era capaz de oírle.

—Soy Jacob. Bienvenido a la Tierra —dijo.

La boca de Bubbacub se abrió y cerró varias veces en silencio.

—Gracias. Me alegro de estar aquí —zumbó el vodor, con palabras entrecortadas.

—Y yo de servirle como anfitrión. —Jacob inclinó la cabeza un poco más de lo que lo había hecho Bubbacub al acercarse. El alienígena pareció satisfecho y se retiró.

Fagin reinició sus presentaciones.

—Estos dignos seres son de tu raza. —Una rama y un puñado de pétalos señalaron vagamente en la dirección de los dos humanos. Un caballero de pelo gris, vestido de tweed, y una hermosa mujer alta y negra, de mediana edad.

—Ahora os presentaré —continuó Fagin—, de la manera informal que prefieren los humanos.

»Jacob Demwa, te presento al doctor Dwayne Kepler, de la Expedición Navegante Solar, y a la doctora Mildred Martine, del Departamento de Parapsicología de la Universidad de La Paz.

El rostro de Kepler quedaba dominado por un grueso bigote retorcido. Sonrió, pero Jacob estaba tan sorprendido que se limitó a responder un monosílabo.

¡La Expedición Navegante Solar! La investigación en Mercurio y en la cromosfera solar había sido últimamente tema de debate en la Asamblea de la Confederación. La facción «Adapta y Sobrevive» decía que no tenía sentido gastar tanto en busca de un conocimiento que podía ser conseguido en la Biblioteca, cuando por la misma cantidad se podía emplear varias veces a un montón de científicos en la Tierra con proyectos inmediatos. No obstante, la facción «Autosuficiente» se había salido de momento con la suya, a pesar de las presiones de la prensa danikenita.

Pero a Jacob la idea de mandar a hombres y naves al interior de una estrella le parecía una enorme locura.

—Kant Fagin fue entusiasta en sus recomendaciones —dijo Kepler.

El líder de la expedición sonreía, pero tenía los ojos enrojecidos, hinchados por alguna preocupación interna. Apretó con fuerza la mano de Jacob. Su voz era grave, pero no ocultaba ningún temblor—. Hemos venido a la Tierra sólo de paso. Damos gracias al cielo de que Fagin haya podido persuadirle para que se reúna con nosotros.

Esperamos que pueda unirse a nosotros en Mercurio y concedernos su valiosa experiencia en el contacto interespecies.

Jacob se quedó sorprendido. ¡Oh, no, esta vez no, monstruo vegetal! Quiso volverse y mirar a Fagin, pero incluso la informalidad humana requería que atendiera a esta gente y charlara con ella. ¡Nada menos que Mercurio!

El rostro de la doctora Martine adoptó fácilmente una sonrisa agradable, pero cuando le estrechó la mano parecía un poco aburrída.

Jacob se preguntó si podía inquirir qué tenía que ver la parapsicología con la física solar sin dar a entender que le interesaba, pero Fagin se lo impidió.

—Interrumpo, como se considera aceptable en las conversaciones formales entre los seres humanos cuando se produce una pausa. Queda un digno ser por presentar.

Jacob confió en que este eté no fuera de los hipersensibles. Se volvió hacia el lugar donde se hallaba el extraterrestre con aspecto de lagarto, a su derecha, junto al mosaico multicolor de la pared. Se había levantado del cojín y se acercaba a ellos sobre sus seis patas. Tenía menos de un metro de longitud y unos veinte centímetros de altura.

Caminó junto a él sin siquiera mirarlo y se puso a frotarse contra la pierna de Bubbacub.

—Ejem —dijo Fagin—, Eso es una mascota. El digno ser a quien estás a punto de conocer es el estimable pupilo que te condujo a esta sala.

—Oh, lo siento —Jacob sonrió, y luego se obligó a adoptar una expresión seria.

—Jacob Demwa, un-Humano, ul-Delfín-ul-Chimpancé, te presento a Culla, un-Pring, ab-Pil-ab-Kisa-ab-Soro-ab-Hul-ab-Puber, Ayudante de Bubbacub en las Bibliotecas y Representante de la Biblioteca en el Proyecto Navegante Solar.

Tal como Jacob esperaba, el nombre sólo tenía patronímicos. Los pring carecían de pupilos propios. Sin embargo, pertenecían a la línea puber/soro. Algún día tendrían un elevado estatus como miembros de ese linaje antiguo y poderoso. Jacob había advertido que la especie de Bubbacub también procedía de los puber/soro y deseó poder recordar si los pila y los pring eran tutor y pupilo.

El alienígena dio un paso al frente, pero no le ofreció la mano. Las suyas eran largas y tentaculares, con seis dedos al final de sus brazos largos y finos. Parecían frágiles. Culla despedía un leve olor, como de heno recién cortado, que no era del todo desagradable.

Los grandes ojos columnarios destellaron mientras Culla se inclinaba para hacer la presentación formal. Los «labios» del E.T. se retiraron para mostrar un par de cosas blancas y brillantes, parecidas a dientes capaces de cortar y aplastar, una arriba y otra abajo. Los labios parcialmente prensiles unieron las cuchillas con un blanco «¡clack!» de porcelana.

Eso no puede ser un gesto amistoso, pensó Jacob, estremeciéndose. El alienígena

posiblemente enseñaba los dientes para imitar una sonrisa humana. La visión era perturbadora y al mismo tiempo intrigante. Jacob se preguntó para qué eran. También esperó que Cuña mantuviera sus labios quietos en adelante.

—Soy Jacob —dijo, asintiendo levemente.

—Yo shoy Culla, sheñor —replicó el alienígena—. Shu Tierra esh muy agradable. —Los grandes ojos rojos eran ahora sombríos. Culla retrocedió.

Bubbacub le condujo de nuevo a los cojines junto a la ventana. El pequeño pil se colocó en posición inclinada, con sus manos cuadrateralmente simétricas colgando sobre los lados del cojín. La «mascota» le siguió y se acurrucó a su lado.

Kepler avanzó y habló, vacilante.

—Lamento haberle sacado de su importante trabajo, señor Demwa.

Sé que ya está muy comprometido... sólo espero que podamos persuadirle de que nuestro pequeño... problema merece su tiempo y es digno de su talento. —Las manos del doctor Kepler se retorcieron sobre su regazo.

La doctora Martine contempló la inquietud de Kepler con una expresión entre paciente y divertida. Aquí había matices que molestaron a Jacob.

—Bueno, doctor Kepler, Fagin debe de haberle dicho que desde la muerte de mi esposa me he retirado de los «asuntos misteriosos», y en este momento estoy muy ocupado, probablemente demasiado para implicarme en un largo viaje fuera del planeta...

La cara de Kepler mostró tanta decepción que de repente Jacob se sintió conmovido.

—... sin embargo, ya que Kant Fagin es un individuo perspicaz, escucharé con mucho gusto a todo aquél que me traiga, y decidiré sobre los méritos del caso.

—¡Oh, encontrará este caso interesante! No hago más que decir que necesitamos savia nueva. Y, por supuesto, ahora que los Administradores nos han permitido traer algunos consejeros...

—Vamos, Dwayne —dijo la doctora Martine—. No está siendo justo.

Yo llegué como consejera hace seis meses, y Culla proporcionó los servicios de la Biblioteca incluso antes. Ahora Bubbacub ha accedido amablemente a aumentar el apoyo de la Biblioteca y venir con nosotros en persona a Mercurio. Creo que los Administradores están siendo más que generosos.

Jacob suspiró.

—Desearía que alguien me explicara de qué va todo esto. Usted por ejemplo, doctora Martine, tal vez podría explicarme cuál es su trabajo... ¿en Mercurio? —Le costó trabajo decir «Navegante Solar».

—Soy consejera, señor Demwa. Me contrataron para que llevara a cabo pruebas psicológicas y parapsicológicas sobre la tripulación y el entorno de Mercurio.

—¿He de entender que tenían relación con el problema que ha mencionado el

doctor Kepler?

—Sí. Al principio se pensó que los fenómenos eran un truco o alguna clase de alucinación de masas. He eliminado ambas posibilidades. Ahora está claro que son reales o que tienen lugar en la cromosfera solar.

»Durante los últimos meses he estado diseñando experimentos psi para llevarlos a las inmersiones solares. También he estado ayudando como terapeuta a varios miembros del personal del proyecto; las tensiones de llevar a cabo esta clase de investigación solar se han reflejado en muchos hombres.

Martine parecía competente, pero había algo en su actitud que molestaba a Jacob. Impertinencia, tal vez. Jacob se preguntó qué más había en su relación con Kepler. ¿Era también su terapeuta personal? ¿Y estoy aquí para satisfacer el capricho de un gran hombre enfermo al que hay que seguir la corriente? La idea no era muy atractiva. Ni la perspectiva de verse implicado en política.

¿Por qué Bubbacub, jefe de toda la Sucursal de la Biblioteca en la Tierra, está implicado en un oscuro proyecto terrestre? En algunos aspectos, el pequeño pil era el extraterrestre más importante del planeta, aparte del embajador timbrimi. En comparación con su Instituto de la Biblioteca, la organización galáctica más grande e influyente, el Instituto de Progreso de Fagin parecía una barraca de feria. ¿Había dicho Martine que iba a ir a Mercurio?

Bubbacub contemplaba el techo, ignorando aparentemente la conversación. Su boca se movía como si cantara algo en una escala inaudible para los humanos.

Los brillantes ojos de Culla observaban al pequeño Jefe de la Biblioteca. Tal vez podía oír la canción, o tal vez también a él le aburría la conversación hasta el momento.

Kepler, Martine, Bubbacub, Culla... ¡nunca había creído que algún día estaría en una sala donde Fagin sería el menos extraño!

El kantén se agitó. Fagin estaba claramente excitado. Jacob se preguntó qué podría haber sucedido en el proyecto Navegante Solar para ponerlo así.

—Doctor Kepler, es posible que pudiera encontrar tiempo para ayudarles. — Jacob se encogió de hombros—. ¡Pero primero sería muy interesante averiguar de qué va todo esto!

Kepler sonrió.

—Oh, ¿no he llegado a decirlo? Oh, cielos. Supongo que últimamente evito pensar en el tema... Estoy todo el día dando vueltas a lo mismo...

Se enderezó e inspiró profundamente.

—Señor Demwa, parece que el sol está habitado.

## SEGUNDA PARTE

En épocas prehistóricas, la Tierra fue visitada por seres desconocidos procedentes del cosmos. Estos seres desconocidos crearon la inteligencia humana por medio de mutaciones genéticas deliberadas. Los extra-terrestres recrearon a los homínidos «a su propia imagen». Por eso nosotros nos parecemos a ellos y no ellos a nosotros.

Erich Von Daniken, *Recuerdos del futuro*

Las actividades mentales sublimes, como la religión, el altruismo y la moralidad, son fruto de la evolución, y tienen una base física.

Edward O. Wilson, *Sobre la naturaleza humana*

## 4

# IMAGEN VIRTUAL

La Bradbury era una nave nueva. Utilizaba tecnología muy avanzada respecto a la de sus predecesoras en la línea comercial, pues podía despegar del nivel del mar por sus propios medios en vez de ser transportada hasta la estación en lo alto de una de las «Agujas» ecuatoriales colgada de un globo gigante. La Bradbury era una enorme esfera, titánica según los primeros modelos.

Éste era el primer viaje de Jacob a bordo de una nave con energía de la ciencia de mil millones de años de antigüedad de los galácticos.

Contempló desde la cabina de primera clase cómo la Tierra iba quedando atrás, y la Baja California se convertía primero en una costilla marrón, separando dos mares, y luego un simple dedo a lo largo de la costa de México. El panorama era espectacular, pero un poco decepcionante. El rugido y la aceleración de un avión transcontinental o la lenta majestuosidad de un zepelín crucero eran más románticos. Y las pocas veces que había salido de la Tierra, subiendo y bajando en globo, tenía las otras naves para contemplar, brillantes y atareadas, mientras flotaban hacia la Estación de Energía o volvían en el presurizado interior de una de las Agujas.

Ninguna de las grandes Agujas era aburrida. Las finas paredes de cerámica que contenían las torres de cuarenta kilómetros a niveles de presión del mar habían sido pintadas con gigantescos murales, grandes pájaros en vuelo y batallas espaciales de pseudociencia-ficción copiadas de las revistas del siglo XX. Nunca resultaban claustrofóbicas.

Con todo, Jacob se alegraba de estar a bordo de la Bradbury. Algún día tal vez visitara, por nostalgia, la Aguja Chocolate, en la cima del monte Kenya. Pero la otra, la de Ecuador... Jacob esperaba no tener que volver a ver la Aguja Vainilla nunca más.

No importaba que la gran torre estuviera sólo a un tiro de piedra de Caracas. No importaba que le dieran la bienvenida de un héroe, si iba allí alguna vez, pues era el hombre que había salvado la única maravilla de la ingeniería terrestre que llegó a impresionar a los galácticos.

Salvar a la Aguja le había costado a Jacob Demwa su esposa y una gran porción de su mente. El precio había sido demasiado elevado.

La Tierra se había convertido en un disco cuando Jacob se dispuso a buscar el bar de la nave. De repente le apetecía disfrutar de compañía. No se sentía así cuando subió a bordo. Lo había pasado mal poniendo excusas a Gloria y los demás del Centro. Makakai se había enfadado. Además, muchos de los materiales de investigación sobre Física Solar que había pedido no habían llegado, y habría que

enviarlos a Mercurio. Finalmente había acabado por enfadarse consigo mismo por haberse dejado convencer para participar en este asunto.

Avanzó a lo largo del corredor principal, en el ecuador de la nave, hasta que encontró el salón, atestado de gente y tenuemente iluminado. Se abrió paso entre los grupitos que charlaban y los pasajeros que se acercaban a la barra a beber.

Unas cuarenta personas, muchas de ellas trabajadores contratados para operar en Mercurio, se congregaban en el salón. Bastantes de ellos, que habían bebido demasiado, hablaban en voz alta a sus vecinos o simplemente se quedaban atontados. Para algunos, marcharse de la Tierra había sido muy duro.

Unos pocos extraterrestres descansaban en cojines en un rincón aparte. Uno de ellos, un cintiano de piel brillante y gruesas gafas de sol, estaba sentado frente a Culla, que asentía en silencio mientras sorbía con una pajita lo que parecía ser una botella de vodka.

Había varios humanos cerca de los alienígenas, algo típico de los xenófilos que se agarraban a cada palabra que captaban en una conversación de extraterrestres y esperaban ansiosamente su oportunidad de hacer preguntas.

Jacob pensó en abrirse paso entre la multitud para llegar al rincón. Tal vez conociera al cintiano. Pero había demasiadas personas en aquella parte de la sala. Decidió tomar una copa y ver si alguien había empezado a contar historias.

Pronto formaba parte de un grupo que escuchaba a un ingeniero de minas que contaba una historia terriblemente exagerada de derrumbes y rescates en las profundas minas Herméticas. Aunque tuvo que esforzarse para oír por encima del ruido, Jacob estaba ya pensando que podía ignorar el dolor de cabeza que se aproximaba, al menos lo suficiente para escuchar el final de la historia, cuando un dedo en sus costillas le hizo dar un respingo.

— ¡Demwa! ¡Es usted! —chilló Pierre LaRoque—. ¡Qué suerte! Viajaremos juntos, y ahora siempre tendré alguien con quien poder intercambiar opiniones.

LaRoque llevaba una brillante túnica suelta. Blue Pur Smok flotaba en el aire, surgido de la pipa que chupaba con ansia.

Jacob trató de sonreír, pero como alguien le estaba pisando, fue más parecido a un rechinar de dientes.

—Hola, LaRoque. ¿Por qué va a Mercurio? ¿No le interesarían más a sus lectores las historias sobre las excavaciones peruanas o...?

—¿O similares pruebas dramáticas de que nuestros antepasados primitivos fueron creados por antiguos astronautas? —interrumpió LaRoque—. ¡Sí, Demwa, esa evidencia será pronto tan abrumadora que incluso los píeles y los escépticos que se sientan en el Consejo de la Confederación verán el error de sus conceptos!

—Veo que lleva la camisa —Jacob señaló la túnica plateada de LaRoque.

—Llevo la túnica de la Sociedad Daniken en mi último día en la Tierra, honrando



a los arcanos que nos dieron el poder para salir al espacio. —LaRoque agarró la pipa y el vaso en una mano y con la otra alisó el medallón y la cadena de oro que colgaban de su cuello.

Jacob pensó que el efecto era demasiado teatral para tratarse de un hombre adulto. La túnica y las joyas parecían afeminadas, en contraste con los modales toscos del francés. Sin embargo, tuvo que admitir que iban bien con el tono afectado.

—Oh, vamos, LaRoque —sonrió Jacob—. Incluso usted tiene que admitir que salimos al espacio por nuestros propios medios, y que fuimos nosotros quienes descubrimos a los extraterrestres, no ellos a nosotros.

—¡No admito nada! —respondió LaRoque acaloradamente—. ¡Cuando demostremos que somos dignos de los Tutores que nos dieron la inteligencia en el pasado, cuando ellos nos reconozcan, entonces sabremos cuánto nos han ayudado a escondidas durante todos estos años!

Jacob se encogió de hombros. No había nada nuevo en la controversia pieles-camisas. Un bando insistía en que el hombre debería sentirse orgulloso de su herencia única como raza autoevolucionada, por haber conseguido la inteligencia de la propia Naturaleza en la sabana y en las costas del este de África. El otro bando sostenía que el homo sapiens, igual que cualquier otra clase de seres inteligentes conocidos, era parte de una cadena de elevación genética y cultural que se remontaba a los míticos inicios de la galaxia, la época de los Progenitores.

Muchos, como Jacob, eran cuidadosamente neutrales en el conflicto, pero la humanidad, y las razas de pupilos de la humanidad, esperaban el resultado con interés. La arqueología y la paleontología se habían convertido en los grandes entretenimientos desde el Contacto.

Sin embargo, los argumentos de LaRoque eran tan rancios que podrían usarse para hacer tostadas. Y el dolor de cabeza de Jacob empeoraba.

—Eso es muy interesante, LaRoque —dijo mientras se retiraba—.

Tal vez podamos discutirlo en otra ocasión...

Pero LaRoque no había terminado todavía.

—El espacio está lleno de sentimiento neandertalense, ¿sabe? ¡Los hombres a bordo de nuestras naves prefieren llevar pieles de animales y gruñir como monos! ¡Ignoran a los Antiguos y desprecian a la gente sensata que practica la humildad!

LaRoque reforzó su razonamiento apuntando a Jacob con la caña de su pipa. Jacob retrocedió, intentando ser amable, aunque le costaba trabajo.

—Bueno, creo que eso es ir demasiado lejos, LaRoque. ¡Está usted hablando de astronautas! La estabilidad emocional y política son los criterios principales para su selección...

— ¡Aja! No sabe de lo que está hablando. Bromea, ¿verdad? ¡Sé un par de cosas sobre la «estabilidad emocional y política» de los astronautas!

»En alguna ocasión se las contaré —continuó—. ¡Algún día se conocerá toda la historia del plan de la Confederación para aislar a gran parte de la humanidad de las razas mayores, y de su herencia en las estrellas! ¡Todos esos pobres «indignos de confianza»! ¡Pero entonces será demasiado tarde para sellar la filtración!

LaRoque resopló y exhaló una nube de Blue PurSmok en dirección de Jacob. Éste sintió una oleada de náusea.

—Sí, LaRoque, lo que usted diga. Ya me lo contará en alguna ocasión —se dio la vuelta.

LaRoque se le quedó mirando un momento, luego sonrió y palmeó la espalda de Jacob mientras se dirigía a la puerta.

—Sí —dijo—. Se lo contaré. Pero mientras tanto, será mejor que se acueste. No parece encontrarse muy bien. ¡Adiós! —dio otra palmada a la espalda de Jacob, y luego se dirigió a la barra.

Jacob se acercó a la portilla más cercana y apoyó la cabeza contra el cristal. Estaba frío y le ayudó a aliviar su dolor de cabeza. Cuando abrió los ojos, la Tierra no estaba a la vista... sólo un gran campo de estrellas, brillantes e inmóviles en la negrura. Las más brillantes estaban rodeadas por rayos de difracción, que podía aumentar o reducir entornando los ojos. A excepción del brillo, el efecto no era distinto a contemplar las estrellas desde el desierto. No parpadeaban, pero eran las mismas.

Jacob sabía que debería sentir más. Las estrellas vistas desde el espacio deberían ser más misteriosas, más... «filosóficas».

Una de las cosas que mejor podía recordar sobre su adolescencia era el rugido asolopsístico de las noches estrelladas. No se parecía en nada a la sensación oceánica que ahora conseguía a través de la hipnosis. Era como sueños medio recordados de otra vida.

Encontró a Bubbacub, Fagin y al doctor Kepler en la cubierta principal. Kepler le invitó a unirse a ellos.

El grupo estaba reunido alrededor de un puñado de cojines junto a las portillas. Bubbacub llevaba con él una copa de algo que parecía desagradable y olía mal. Fagin caminaba despacio, retorciéndose sobre sus raíces, sin llevar nada encima.

El grupo de portillas que corrían por la curvada periferia de la nave quedaba interrumpido por un gran disco circular, como un ventanal redondo y gigantesco, que tocaba suelo y techo. La parte lisa se alzaba un palmo en la sala. Lo que había dentro quedaba oculto tras un panel.

—Nos alegramos de que lo consiguiera —ladró Bubbacub a través de su vodor. Estaba tendido en uno de los cojines y, tras decir esto, metió el hocico en la copa que llevaba e ignoró a Jacob y a los demás.

Jacob se preguntó si el pil intentaba ser sociable, o si ése era su encanto natural.

Consideraba a Bubbacub masculino, aunque no tenía ni idea de su auténtico género. Aunque Bubbacub no llevaba ropas, aparte del vodor y una bolsita, lo que Jacob podía ver de la anatomía del alienígena sólo servía para confundirle. Había aprendido, por ejemplo, que los pila era ovíparos y no amamantaban a sus crías. Pero una fila de algo que parecían tetillas le corría como una hilera de botones de la garganta a la entrepierna. Ni siquiera podía imaginar cuál era su función. La Red de Datos no las mencionaba. Jacob había pedido a la Biblioteca un sumario más completo.

Fagin y Kepler hablaban sobre la historia de las naves solares. La voz de Fagin sonaba ahogada porque su follaje superior y su aparato fonador rozaban contra los paneles a prueba de sonido del techo.

(Jacob esperó que el kantén no tuviera tendencia a la claustrofobia.

Pero, de todas formas, ¿a qué temían los vegetales? A que se los comieran, supuso. Se preguntó por las conductas sexuales de una raza que para hacer el amor precisaba unos intermediarios parecidos a abejas domesticadas.)

—¡Entonces, esas magníficas improvisaciones, sin la menor ayuda exterior, les permitieron llevar paquetes de instrumentos hasta la misma fotosfera! —decía Fagin—. ¡Es de lo más impresionante y me maravillo, tras los años que llevo aquí, de no haberme enterado de esta aventura de su período anterior al Contacto!

Kepler sonrió.

—Debe comprender que el proyecto batisfera fue sólo... el principio, muy anterior a mi época. Cuando se desarrolló la propulsión láser para las naves anteriores al Contacto interestelar, pudieron lanzar naves robots capaces de gravitar y, por la termodinámica de usar un láser de alta temperatura, expulsar el exceso de calor y enfriar el interior de la sonda.

—¡Entonces les faltaba poco para enviar hombres!

Kepler sonrió tristemente.

—Bueno, tal vez. Se hicieron planes. Pero enviar seres vivos al sol y hacerlos regresar implicaba algo más que calor y gravedad. ¡El peor obstáculo eran las turbulencias!

»Sin embargo, habría sido magnífico ver si habríamos podido resolver el problema. —Los ojos de Kepler brillaron durante un momento—. Se hicieron planes, sí.

—Pero entonces, la Vesarius encontró naves timbrimi en Cygnus —dijo Jacob.

—Sí. Por eso nunca lo averiguamos. Los planes fueron descartados cuando yo no era más que un chiquillo. Ahora están obsoletos. Y es probable que se hubieran producido pérdidas inevitables, incluso muertes, si se hubieran llevado a cabo sin estasis... El control del flujo temporal es ahora la clave del Navegante Solar, y desde luego no me quejo de los resultados.

La expresión del científico se ensombreció de repente.

—Es decir, hasta ahora.

Kepler guardó silencio y miró la alfombra. Jacob lo observó un instante, luego se cubrió la boca y tosió.

—Ya que estamos en el tema, he advertido que no hay ninguna mención de los Espectros Solares en la Red de Datos, ni en la Biblioteca siquiera... y yo tengo un permiso 1-AB. Me preguntaba si podría prestarme algunos de sus informes sobre el tema para que los estudie durante el viaje.

Kepler apartó la mirada, nervioso.

—No estábamos preparados para dejar que los datos salieran todavía de Mercurio, señor Demwa. Hay consideraciones políticas en el descubrimiento que, uh, retrasarán su puesta al día hasta que lleguemos a la base. Estoy seguro de que todas sus preguntas serán respondidas allí. —Parecía realmente tan avergonzado que Jacob decidió olvidar el asunto por el momento. Pero no era una buena señal.

—Me tomo la libertad de añadir un fragmento de información —dijo Fagin—. Ha habido otra inmersión desde nuestra reunión, Jacob, y nos han dicho que en esa inmersión sólo se han observado las primeras y más prosaicas especies de solarianos. No la segunda variedad que tantas preocupaciones ha causado al doctor Kepler.

Jacob estaba todavía confundido por las apresuradas explicaciones que había dado Kepler de los dos tipos de criaturas solares observadas hasta el momento.

—¿Ese tipo era el herbívoro?

—¡Herbívoro no! —intervino Kepler—. Magnetóvoro. Se alimenta de la energía de los campos magnéticos. Es fácil de comprender ese tipo, pero...

—¡Interrumpo! Con el más solemne deseo de ser perdonado por la intrusión, insto a la discreción. Se acerca un desconocido.

Las ramas superiores de Fagin rozaron el techo.

Jacob se volvió hacia la puerta, un poco molesto porque había algo capaz de hacer que Fagin interrumpiera la frase de otro. Advirtió con tristeza que esto era otro signo de que se había metido en una tensa situación política, y seguía sin conocer las reglas.

No oigo nada, pensó. Entonces Pierre LaRoque apareció en la puerta, con una copa en la mano y su rostro siempre florido todavía más ruborizado. La sonrisa inicial del hombre se hizo mayor al ver a Fagin y a Bubbacub. Entró en la sala y dio a Jacob un jovial golpecito en la espalda, insistiendo en que debía ser presentado ahora mismo.

Jacob reprimió un gesto de indiferencia.

Realizó las presentaciones muy despacio. LaRoque estaba impresionado, y se inclinó profundamente ante Bubbacub.

— ¡Ab-Kisa-ab-Soro-ab-Hul-ab-Puber! Y dos pupilos, ¿qué eran, Demwa? ¿Jello y algo? ¡Me siento muy honrado de conocer a un sofonte de la línea soro en persona!

¡He estudiado el lenguaje de sus antepasados, quienes tal vez algún día demuestren que también son los nuestros! ¡La lengua loro es similar a la protosemítica, y también al protobantú!

Los cilios de Bubbacub se agitaron sobre sus ojos. El pil, a través de su vodor, empezó a dar voz a un discurso complicado, aliterativo e incomprensible. Entonces las mandíbulas del alienígena chascaron y pudo oírse un gruñido agudo, medio ampliado por el vodor.

Desde detrás de Jacob, Fagin respondió con su lengua chascante.

Bubbacub se volvió hacia él con los ojos negros encendidos mientras respondía con un gruñido, agitando un brazo rechoncho en dirección a LaRoque. La chirriante respuesta del kantén provocó un escalofrío en Jacob.

Bubbacub se dio la vuelta y salió de la sala sin decir nada más a los humanos.

Durante un instante de aturdimiento, LaRoque no dijo nada.

Entonces miró a Jacob, sorprendido.

—¿Qué es lo que he hecho, por favor?

Jacob suspiró.

—Tal vez no le guste que le llame primo suyo, LaRoque. —Se volvió hacia Kepler para cambiar de tema. El científico contemplaba la puerta por la que se había marchado Bubbacub.

—Doctor Kepler, si no tiene ningún dato específico a bordo, tal vez podría prestarme algunos textos básicos de física solar y alguna información histórica sobre el proyecto Navegante Solar.

—Con mucho gusto, señor Demwa. Se los enviaré antes de la cena —dijo Kepler, aunque su mente parecía estar en otra parte.

—¡Yo también! —chilló LaRoque—. Soy periodista acreditado y solicito el informe de su infausta empresa, señor director.

Tras un momento de vacilación, Jacob se encogió de hombros. Que se lo entregara a LaRoque.

El desprecio puede ser confundido fácilmente con la resistencia.

Kepler sonrió, como si no hubiera oído.

—¿Perdone?

—¡La gran fantasía! ¡Ese «Proyecto Navegante Solar» suyo, que usa dinero que podría ir destinado a la recuperación de los desiertos de la Tierra, o a una Biblioteca mayor para nuestro mundo!

»¡La vanidad de este proyecto, estudiar lo que nuestros superiores entendían perfectamente antes de que fuéramos simios!

—Verá usted, señor. La Confederación ha subvencionado esta investigación... — Kepler se puso rojo.

—¡Investigación! ¡Pérdida de tiempo es lo que es! ¡Investigan ustedes lo que ya

está en las Bibliotecas de la Galaxia, y nos avergüenzan a todos haciendo que los humanos parezcamos bobos!

—LaRoque... —empezó a decir Jacob, pero el hombre no se callaba.

—¡Y vaya con su Confederación! ¡Encierran a los Superiores en reservas, como los antiguos indios americanos! ¡Impiden que la gente tenga acceso a la Sucursal de la Biblioteca! ¡Permiten que continúe este absurdo del que todos se ríen, esa proclamación de inteligencia espontánea!

Kepler retrocedió ante la vehemencia de LaRoque. El color se borró de su cara y tartamudeó.

—Yo... n-no creo...

—¡LaRoque! ¡Basta!

Jacob lo agarró por el hombro y lo acercó para susurrarle urgentemente al oído.

—Vamos, hombre, no querrá avergonzarnos a todos delante del venerable kantén Fagin, ¿verdad?

LaRoque puso una expresión de asombro. Por encima del hombro de Jacob, el follaje superior de Fagin se agitaba ruidosamente. Por fin, LaRoque bajó la mirada.

El segundo momento de embarazo debió ser suficiente para él.

Murmuró una disculpa al alienígena, y tras mirar fríamente a Kepler se marchó.

—Gracias por los efectos especiales, Fagin —dijo Jacob después de que LaRoque se hubo ido.

Fagin contestó con un silbido, corto y grave.

## 5

# REFRACCIÓN

A cuarenta millones de kilómetros, el sol era un infierno en cadena. Ardía en el negro espacio, sin ser ya el brillante punto que veían los niños de la Tierra y evitaban inconscientes con los ojos. Su atracción se extendía a millones de kilómetros. Compulsivamente, uno sentía la necesidad de mirar, pero ceder a ella era peligroso.

Desde la Bradbury, tenía el tamaño aparente de una moneda colocada a un palmo del ojo. El espectro era demasiado brillante para poder soportarlo. Captar «un atisbo» de aquel orbe, como se hacía a veces en la Tierra, provocaría ceguera. El capitán ordenó que polarizaran las pantallas protectoras de la nave y sellaran las portillas de observación.

La ventanilla Lyot de la cubierta no estaba cerrada, para que los pasajeros pudieran examinar al dador de vida sin sufrir daños.

Jacob se paró delante de la ventana redonda cuando hizo una última excursión nocturna a la máquina de café, medio despierto tras haber dado una cabezada en su diminuto camarote. Se quedó mirando durante varios minutos, con el rostro inexpresivo, sólo consciente a medias, hasta que una voz susurrante le sacó de su ensimismamiento.

—Eshta esh la forma en que she ve shu shol deshde el afelio de la órbita de Mercurio, Jacob.

Culla estaba sentado ante una de las mesitas del vestíbulo tenuemente iluminado. Tras el alienígena, sobre una fila de máquinas expendedoras, un reloj de pared anunciaba las 04.30 con números brillantes.

La voz soñolienta de Jacob sonó pastosa en su garganta.

—¿Tan... ejem, tan cerca estamos ya?

Culla asintió.

—Shí.

Asomaron las cuchillas de los labios del alienígena. Sus grandes labios plegados se arrugaban y dejaban escapar un silbido cada vez que intentaba pronunciar la «s». Con aquella tenue luz, sus ojos reflejaban el brillo rojo del ventanal.

—Shólo nosh quedan otrosh dosh díash para llegar —dijo el alienígena. Tenía los brazos cruzados sobre la mesa. Los pliegues sueltos de su túnica plateada cubrían la mitad de la superficie.

Jacob, tambaleándose un poco, se volvió para mirar la portilla. El orbe solar se agitó ante sus ojos.

—¿She encuentra bien? —preguntó el pring ansiosamente.

Empezó a levantarse.

—Sólo me siento un poco aturdido. —Jacob alzó una mano—. No he dormido lo suficiente. Necesito un café.

Se dirigió a las máquinas expendedoras, pero a la mitad del camino se detuvo, se volvió y contempló de nuevo la imagen del horno solar.

— ¡Es rojo! —gruñó, sorprendido.

—¿Le explico por qué mientras trae shu café? —preguntó Culla.

—Sí. Por favor. —Jacob se volvió hacia la oscura fila de expendedores de comida y bebida, buscando una máquina de café.

—La ventanilla Lyot sólo permite la luz en forma monocromática —dijo Culla—. Eshtá hesha de mushash placash redondash; algunosh polarizadoresh y algunosh retardantesh de luz. Giran unosh con reshpecto a otrosh para shintonizar con la longitud de onda que she permite pashar.

»Esh un aparato muy delicado e ingenioso, aunque bashtante obsholeto para los nivelesh galácticosh... como uno de los relojesh «zuizosh» que algunosh humanosh aún llevan en eshta era electrónica. Cuando shu gente se acoshtumbre a la Biblioteca eshoh... ¿Rube Goldbersh? sherán arcaicosh.

Jacob se inclinó para contemplar la máquina más cercana. Parecía una máquina de café. Había un panel transparente, y tras él una pequeña plataforma con una rejilla de metal en el fondo. Si pulsaba el botón adecuado, aparecería una tacita de plástico en la plataforma y luego, de alguna arteria mecánica, surgiría un chorro del amargo brebaje negro que quedara.

Mientras la voz de Culla zumbaba en sus oídos, Jacob profería algunas palabras amables.

—Aja, aja... sí, ya veo.

Observó la máquina con ansiedad. ¡Ahora! ¡Un zumbido y un chasquido! ¡Ahí está la taza! Ya... ¿pero qué es esto?

Una gran píldora amarilla y verde cayó en la taza.

Jacob alzó el panel y la recogió. Un segundo más tarde un chorro de líquido caliente cayó en el espacio vacío donde estaba la taza, desapareciendo por el desagüe de abajo.

Jacob contempló la píldora, aturdido. Fuera lo que fuese, no era café. Se frotó los ojos con la muñeca izquierda, primero uno y luego el otro. Entonces dirigió una mirada acusadora hacia el botón que había pulsado.

Observó entonces que el botón tenía una etiqueta. «Síntesis nutritiva E.T.», decía. Bajo la etiqueta surgió de una ranura de datos una etiqueta informática. Tenía impresas en un extremo las palabras «Pring: Suplemento dietético. Complejo vitamínico de cumarina».

Jacob miró rápidamente a Culla. El alienígena continuó su explicación mientras contemplaba la ventanilla Lot. Culla agitó un brazo señalando el brillo dantesco del



sol para reforzar su razonamiento.

—Eshta esh la línea roja alfa de hidrógeno —dijo—. Una línea eshpectral muy útil. En vez de sher abrumadosh por la gran cantidad de luz aleatoria de todosh losh nivelesh del shol, podemosh mirar shólo aquellash regionesh donde el hidrógeno elemental abshorbe o emite másh de lo normal...

Culla señaló la superficie moteada del sol. Estaba cubierta de puntos rojos oscuros y arcos deshilachados.

Jacob había leído cosas sobre ellos. Los arcos deshilachados eran «filamentos». Vistos contra el espacio, en el limbo solar, eran las prominencias que habían sido observadas desde la primera vez que se empleó un telescopio durante un eclipse. Al parecer, Culla estaba explicando la forma en que esos objetos se veían de frente.

Jacob reflexionó. Desde que partieron de la Tierra, Culla se había abstenido de comer con los demás. Todo lo que hacía era sorber algún vodka o cerveza ocasional con una pajita. Aunque no había dado ninguna razón, Jacob imaginaba que aquel ser tenía alguna inhibición cultural que le impedía comer en público.

Ahora que lo pensaba, con aquellas cuchillas por dientes, podía ser un poco desagradable. Al parecer había llegado cuando estaba tomando el desayuno y era demasiado educado para decirlo.

Miró la píldora que aún tenía en la mano. Se la guardó en el bolsillo y tiró la taza a una papelerera cercana.

Pudo ver entonces el botón que anunciaba «Café solo». Sonrió tristemente. Tal vez sería mejor prescindir del café y no correr el riesgo de ofender a Culla. Aunque el E.T. no había puesto ninguna objeción, se había vuelto de espaldas mientras Jacob visitaba las máquinas expendedoras de comida y bebida.

Culla alzó la cabeza cuando Jacob se acercó. Abrió un poco la boca y durante un instante el humano atisbo un destello de porcelana.

—¿Eshtá menosh aturdido ya? —preguntó solícito.

—Sí, sí, gracias... gracias también por la explicación. Siempre había considerado el sol un lugar bastante liso... a excepción de las manchas solares y las prominencias. Pero supongo que en realidad es bastante complicado.

Culla asintió.

—El doctor Kepler esh el experto. Él le dará una explicación mejor cuando venga a una inmersión con noshotrosh.

Jacob sonrió amablemente. ¡Qué bien estaban entrenados estos emisarios galácticos! Cuando Culla asentía, ¿tenía el gesto un significado personal? ¿O era algo que le habían enseñado a hacer en algunas ocasiones y lugares donde hubiera humanos?

¿Inmersión con nosotros?

Decidió no pedirle a Culla que repitiera la frase.

Es mejor no forzar mi suerte, pensó.

Empezó a bostezar. Se acordó justo a tiempo de cubrirse la boca con la mano. ¿Quién sabía qué podía significar un gesto similar en el planeta natal de los pring?

—Bueno, Culla, creo que me vuelvo a mi habitación para intentar dormir un poco más. Gracias por la charla.

—No hay de qué, Jacob. Buenash nochesh.

Recorrió el pasillo y apenas consiguió llegar a la cama antes de quedarse profundamente dormido.

## 6

# DEMORA Y DIFRACCIÓN

Una luz suave e irisada se filtraba por las portillas, iluminando los rostros de los que contemplaban el paso de Mercurio bajo el descenso de la nave.

Casi todos los que no tenían que ejercer funciones a bordo estaban en la cubierta, contemplando la tremenda belleza del planeta desde la fila de ventanas. Hablaban en susurros, y las conversaciones tenían lugar en grupitos alrededor de cada portilla. Durante la mayor parte de la maniobra el único sonido fue un leve chasquido que Jacob no pudo identificar.

La superficie del planeta estaba marcada por cráteres y largas estrías. Las sombras proyectadas por las montañas de Mercurio eran bruscas en su negrura, recortadas contra marrones y plateados brillantes. En muchos aspectos recordaba a la luna de la Tierra.

Había diferencias. En una zona todo un trozo había quedado desgajado en algún antiguo cataclismo. La cicatriz producía una amplia serie de surcos en el lado que daba al sol. El límite de iluminación corría por el borde de la muesca, una brusca frontera del día y la noche.

Allá abajo, en los lugares donde no había sombra, caía una lluvia de siete tipos distintos de fuego. Protones, rayos x surgidos del magnetoscopio del planeta, y la simple luz cegadora del sol mezclados con otras cosas letales para convertir la superficie de Mercurio en algo completamente diferente a la luna.

Parecía un lugar donde podían encontrarse fantasmas. Un purgatorio.

Jacob recordó un fragmento de un antiguo poema japonés preHaku que había leído hacía tan sólo un mes:

Más que tristes pensamientos acuden a mi mente  
cuando cae la noche; pues entonces  
aparece tu forma fantasmal,  
hablando como te he visto hablar.

—¿Ha dicho algo?

Jacob salió del leve trance y vio a Dwayne Kepler a su lado.

—No, no mucho. Aquí tiene su chaqueta. —Tendió a Kepler la prenda doblada, quien la recogió con una sonrisa.

—Lo siento, pero la biología ataca en los momentos menos románticos. En la vida real los viajeros espaciales también tienen que ir al cuarto de baño. Bubbacub parece encontrar irresistible este tejido aterciopelado. Cada vez que suelto mi chaqueta para hacer algo, se echa a dormir encima. Voy a tener que comprarle una

cuando vuelva a la Tierra. ¿De qué estábamos hablando antes de que me marchara?

Jacob señaló hacia la superficie de debajo.

—Estaba pensando... ahora comprendo por qué los astronautas llaman a la luna «el corral». Hay que tener cuidado.

Kepler asintió.

— ¡Sí, pero es mucho mejor que trabajar en algún estúpido proyecto casero! — Kepler hizo una pausa, como si estuviera a punto de decir algo importante. Pero el impulso se extinguió antes de que pudiera continuar. Se volvió hacia la portilla y señaló el panorama de debajo—. Los primeros observadores, Antoniodi y Schiaparelli, llamaron a esta zona Charit Regio. Ese enorme cráter de ahí es Goethe.

Señaló un montículo de material más oscuro en una brillante llanura—. Está muy cerca del polo norte, y debajo se halla la red de cuevas que hacen posible la Base Hermes.

Kepler era ahora la imagen perfecta del erudito, excepto los momentos en que alguno de los extremos de su largo bigote color arena se le metía en la boca. Su nerviosismo pareció remitir a medida que se iban acercando a Mercurio y la Base Navegante Solar, donde era el jefe.

Pero en ocasiones, sobre todo cuando la conversación trataba de la elevación o la Biblioteca, el rostro de Kepler asumía la expresión del hombre que tiene mucho que decir y no encuentra la forma de hacerlo.

Era una expresión nerviosa y cohibida, como si tuviera miedo de expresar sus opiniones por temor a ser rebatido.

Después de reflexionar un poco, Jacob llegó a la conclusión de que conocía parte del motivo. Aunque el jefe del Navegante Solar no había dicho nada de forma explícita, Jacob estaba convencido de que Dwayne Kepler era religioso.

En medio de la controversia camisas-pieles y el Contacto con los extraterrestres, la religión organizada había quedado hecha pedazos.

Los danikenitas proclamaban su fe en una gran raza de seres, no omnipotentes, que habían intervenido en el desarrollo del hombre y podrían hacerlo de nuevo. Los seguidores de la Ética Neolítica predicaban sobre la palpable presencia del «espíritu del hombre».

Y la mera existencia de miles de razas que surcaban el espacio, donde pocas profesaban algo que fuera similar a las antiguas religiones de la Tierra, hizo un gran daño a la idea de un Dios todopoderoso y antropomórfico.

La mayoría de los credos formales habían cooptado por un bando u otro en la guerra camisa-piel, o habían derivado en un teísmo filosófico. Los ejércitos de fieles habían volado hacia otras banderas, y los que se quedaron guardaban silencio en mitad del tumulto.

Jacob se había preguntado a menudo si estaban esperando una Señal.

Si Kepler era creyente, eso explicaría parte de su cautela. Había bastante desempleo entre los científicos. Kepler no quería labrarse una reputación de fanático y arriesgarse a añadir su nombre a las filas de parados.

Jacob consideraba que era una lástima que el hombre pensara así.

Habría sido interesante oír sus puntos de vista. Pero respetaba su claro deseo de intimidad en este tema.

Lo que atraía el interés profesional de Jacob era la forma en que el aislamiento podría haber contribuido a los problemas mentales de Kepler. En la cabeza del hombre había algo más que un problema filosófico, algo que ahora mismo dañaba su eficacia como líder y su confianza en sí mismo como científico.

Martine, la psicóloga, acompañaba a menudo a Kepler, recordándole de modo regular que tomara sus medicinas, frasquitos de diversas píldoras multicolores que llevaba en los bolsillos.

Jacob sentía que volvían las viejas costumbres, pues no habían sido apagadas por la quietud de los últimos meses en el Centro de Elevación. Tenía casi tanto interés en saber qué eran aquellas píldoras como en conocer cuál era el trabajo real de Mildred Martine en el Navegante Solar.

Martine era aún un enigma para Jacob. A pesar de sus conversaciones a bordo, no había llegado a penetrar en los malditos modales amistosos de la mujer. Su divertida condescendencia hacia él era tan pronunciada como la exagerada confianza del doctor Kepler. Los pensamientos de la mujer estaban en otra parte.

Martine y LaRoque apenas apartaban la vista de su portilla.

Martine hablaba de su investigación sobre los efectos del color y el brillo en la conducta psicótica. Jacob lo había oído en su primera reunión en Ensenada. Una de las primeras cosas que hizo Martine tras unirse al Navegante Solar fue reducir al mínimo los efectos psicogénicos del medio, por si los «fenómenos» eran una ilusión causada por el estrés.

Su amistad con LaRoque había ido creciendo a lo largo del viaje mientras escuchaba, embelesada, todas las contradictorias historias de civilizaciones perdidas y antiguos visitantes extraterrestres. LaRoque respondió a la atención recurriendo a su famosa elocuencia. Varias veces sus conversaciones privadas en la cubierta consiguieron reunir público. Jacob prestó atención un par de veces. LaRoque podía ser muy sensible cuando se lo proponía.

Sin embargo, Jacob se sentía menos cómodo con aquel hombre que con los demás pasajeros. Prefería la compañía de gente menos ubicua, como Culla. Jacob había llegado a apreciar al alienígena. A pesar de los grandes ojos rojos y su increíble trabajo dental, el pring tenía gustos muy parecidos a él en muchas cosas.

Culla hacía montones de preguntas ingeniosas sobre la Tierra y los humanos, la mayoría referidas a la forma en que trataban a sus especies pupilas. Cuando se enteró

de que Jacob había participado en el proyecto para elevar a la inteligencia plena a los chimpancés, los delfines, y últimamente a los perros y gorilas, empezó a tratar a Jacob con más respeto aún.

Ni una sola vez se refirió Culla a la tecnología de la Tierra como arcaica u obsoleta, aunque todo el mundo sabía que era única en la galaxia por su rareza. Después de todo no había constancia de que ninguna otra raza hubiera tenido que inventarlo todo partiendo de cero. La Biblioteca se encargaba de eso. Culla era un entusiasta de los beneficios que proporcionaría la Biblioteca a sus amigos humanos y chimpancés.

En una ocasión, el extraterrestre siguió al humano al gimnasio de la nave y contempló, con aquellos grandes ojos rojos suyos, cómo Jacob se embarcaba en una de sus sesiones maratonianas, una de las varias que hizo desde que salieron de la Tierra. Durante los descansos, Jacob descubrió que el pring ya había aprendido el arte de contar chistes picantes. La raza pring debía de tener conductas similares a la humanidad contemporánea, pues el remate «...sólo estábamos regateando sobre el precio» parecía tener el mismo significado para ambos.

Fueron los chistes, sobre todo, los que hicieron que Jacob advirtiera lo lejos que estaba de casa el estirado diplomático pring. Se preguntó si Culla se sentía tan solitario como lo estaría él en aquella situación.

En las siguientes discusiones sobre si la mejor marca de cerveza era Tuborg o L-5, Jacob tuvo que esforzarse por recordar que se trataba de un alienígena, no un ser humano alto y terriblemente educado. Pero comprendió la lección cuando se encontraron separados por un abismo insalvable durante el curso de la conversación.

Jacob había contado una historia sobre la lucha de clases terrestres que Culla no pudo comprender. Intentó ilustrar su argumento con un proverbio chino: «El campesino siempre se cuelga en la puerta de su señor».

Los ojos del alienígena se volvieron más brillantes de repente, y Jacob oyó por primera vez un agitado chasquido procedente de la boca de Culla.

Se quedó mirando al pring por un instante, y luego cambió rápidamente de tema.

Pero en términos generales, Culla tenía un sentido del humor más parecido al humano que ningún otro extraterrestre que hubiera conocido. Con la excepción de Fagin, por supuesto.

Ahora, mientras se preparaban para el aterrizaje, el pring permanecía en silencio junto a su tutor. Su expresión, como la de Bubbacub, volvía a ser ilegible.

Kepler tocó suavemente a Jacob en el brazo y señaló la portilla.

—Muy pronto la capitana mandará tensar las Pantallas de Estasis y empezará a reducir el ritmo en que deja filtrarse el espacio-tiempo.

Los efectos le parecerán interesantes.

—Creía que la nave dejaba que el tejido del espacio pasara de largo, más o

menos, como se hace con una tabla de surf en la playa.

Kepler sonrió.

—No, señor Demwa. Ése es un error común. Hacer surf en el espacio es sólo una frase popular. Cuando hablo de espacio-tiempo, no me refiero a un «tejido». El espacio no es un material.

»De hecho, mientras nos acercamos a una singularidad planetaria (una distorsión en el espacio causada por un planeta), debemos adoptar una métrica constantemente cambiante, o un conjunto de parámetros por el que medir el espacio y el tiempo. Es como si la naturaleza quisiera que cambiáramos gradualmente la longitud de nuestros medidores y el ritmo de nuestros relojes cada vez que nos acercamos a una masa.

—¿He de entender que la capitana está controlando nuestra aproximación, dejando que este cambio tenga lugar lentamente?

—¡Exacto! En los viejos tiempos, por supuesto, la adaptación era más violenta. La métrica se conseguía frenando continuamente con cohetes hasta el contacto, o estrellándose contra el planeta. Ahora sólo arrojamos la métrica sobrante como si fuera un fardo de tela en estasis. ¡Ah! ¡Ya hemos vuelto a hacer otra vez una analogía «material»!

Kepler sonrió.

—Uno de los productos residuales de todo esto es el neutronio comercial, pero el propósito principal es aterrizar a salvo.

—Entonces, cuando por fin empecemos a meter el espacio en una bolsa, ¿qué veremos?

Kepler señaló la portilla.

—Puede ver lo que pasa ahora.

En el exterior, las estrellas se apagaban. El tremendo chorro de brillantes puntos de luz que las pantallas oscurecidas había dejado pasar se desvanecía lentamente mientras observaban. Pronto quedaron sólo unas cuantas, débiles y ocres contra la negrura.

El planeta de debajo empezó también a cambiar.

La luz reflejada de la superficie de Mercurio ya no era caliente y quebradiza. Adquirió un tinte anaranjado. La superficie estaba ahora bastante oscura.

Y también se acercaba. Lenta, pero visiblemente, el horizonte se alizó. Objetos en la superficie que antes apenas eran distinguibles se hicieron visibles a medida que la Bradbury descendía.

Grandes cráteres se abrieron para mostrar otros cráteres aún más pequeños en su interior. Mientras la nave descendía tras el irregular borde de uno de ellos, Jacob vio que estaba cubierto de pozos aún más pequeños, de forma similar a los más grandes.

El horizonte del diminuto planeta desapareció tras una cordillera, y Jacob perdió toda perspectiva. Con cada minuto de descenso el terreno no parecía cambiar. ¿Cómo

podía saber a qué altura estaban?

¿Cómo saber si lo que tenían debajo era una montaña, un peñasco, o si iban a posarse dentro de un segundo o dos para descubrir que no era más que una roca?

Sintió la cercanía. Las sombras grises y los macizos anaranjados parecían tan inmediatos que tuvo la impresión de que podría tocarlos.

Como esperaba que la nave se posara en cualquier momento, se sorprendió cuando un agujero del suelo se apresuró a engullirlos.

Mientras se preparaban para desembarcar, Jacob recordó con sorpresa lo que había estado haciendo cuando se había sumido en trance ligero y había sostenido la chaqueta de Kepler durante el descenso.

Subrepticamente, y con gran habilidad, había registrado los bolsillos de Kepler, tomando una muestra de todas las medicinas y un pequeño lápiz sin dejar sus huellas. Todo formaba ahora un bultito en el bolsillo de Jacob, demasiado pequeño para ser advertido.

—De modo que ya ha empezado —dijo entre dientes.

La mandíbula de Jacob se tensó.

«¡Esta vez voy a resolverlo yo solo!» —pensó—. No necesito ayuda de mi alter ego. ¡No voy a ir por ahí derribando puertas y entrando por la fuerza!

Se dio un puñetazo en el muslo para espantar la sensación picajosa y satisfecha que notaba en los dedos.



## TERCERA PARTE

La región de transición entre la corona y la fotosfera (la superficie del sol vista con luz blanca), aparece durante un eclipse como un brillante anillo rojo alrededor del sol, y se llama cromosfera. Cuando se examina la cromosfera con atención, no se ve como una capa homogénea sino como una estructura filamentosa que cambia rápidamente. Para describirla, se ha utilizado el término «pradera ardiente». Numerosos chorros de corta vida llamados «espículas» son lanzados continuamente a las alturas durante varios miles de kilómetros. El color rojo se debe al dominio de la radiación de la línea alfa-H del hidrógeno. Los problemas para comprender lo que sucede en una región tan compleja son grandes...

Harold Zirin

## INTERFERENCIA

Cuando la doctora Martine dejó sus habitaciones y utilizó varios pasillos de servicio para llegar a la Sección de Medio Ambiente Extraterrestre, consideraba que estaba siendo discreta, no subrepticia.

Cables y tubos de comunicación se aferraban, sujetos por grapas, a las burdas paredes sin terminar. La piedra mercuriana brillaba por efecto de la condensación y desprendía cierto olor a roca mojada mientras sus pasos resonaban por el pasillo.

Llegó a la puerta presurizada y a la luz verde que la anunciaba como la entrada trasera a una residencia alienígena. Cuando pulsó la célula receptora, la puerta se abrió de inmediato.

Surgió una brillante luz verdosa, la reproducción de la luz solar de una estrella distante muchos parsecs. La doctora se cubrió los ojos con una mano mientras sacaba con la otra unas gafas de sol de la bolsa que colgaba de su cadera, y se las puso antes de entrar en la habitación.

Vio en las paredes tapices tejidos de jardines colgantes y una ciudad alienígena situada al borde de un precipicio. La ciudad se aferraba al precipicio, titilando como vista a través de una cascada. A la doctora Martine le pareció que casi podía oír una música aguda y clara, gravitando justo por encima de su espectro auditivo. ¿Podía explicar eso su respiración entrecortada, sus nervios en tensión?

Bubbacub se levantó de una cama acolchada para saludarla. Su pelaje gris brilló mientras avanzaba sobre sus gruesas piernas. Con la luz actínica y el campo gravitatorio de uno con cinco, Bubbacub perdía toda la «simpatía» que Martine había visto antes en él. La pose del pil y sus piernas arqueadas hablaban de fuerza.

La boca del alienígena se movió, chascando. Su voz, procedente del vodor que colgaba de su cuello, era suave y resonante, aunque las palabras surgían entrecortadas y separadas.

—Me alegro de que haya venido.

Martine se sintió aliviada. El Representante de la Biblioteca parecía relajado. Se inclinó levemente.

—Saludos, Pil Bubbacub. He venido a preguntarle si tiene más noticias de la Sucursal de la Biblioteca.

Bubbacub abrió la boca, llena de dientes afilados como agujas.

—Entre y siéntese. Sí, está bien que lo pregunte. Tengo un hecho nuevo. Pero pase. Coma y beba primero.

Martine hizo una mueca mientras atravesaba el campo de transición-g del umbral, siempre una experiencia desconcertante.

Dentro de la habitación se sintió como si pesara setenta kilos.

—No, gracias, acabo de comer. Me sentaré. —Elegió una silla construida para los humanos y la ocupó cuidadosamente. ¡Setenta kilos eran más de lo que una persona debería pesar!

El pil volvió a tenderse en su cojín frente a ella, con su cabeza ursina apenas por encima del nivel de sus pies. La miró con sus ojillos negros.

—He hablado con La Paz por má-ser. No dicen na-da sobre Espectros Solares. Na-da en absoluto. Puede que no sea se-mán-ti-co.

Puede que la Sucursal sea demasiado pequeña. Es una rama pequeña, como di-je. Pero algunos O-fi-ci-a-les Hu-ma-nos harán mucho alboroto por la falta de referencias.

Martine se encogió de hombros.

—Yo no me preocuparía por eso. Esto sólo demostrará que se han empleado muy pocos esfuerzos en el proyecto de la Biblioteca. Una sucursal mayor, como mi grupo ha estado insistiendo todo el tiempo, sin duda habría conseguido resultados.

—Pedí da-tos a Pil inmediatamente. ¡No puede haber confusión en una Sucursal Principal!

—Eso está bien —asintió Martine—. Pero lo que me preocupa es lo que va a hacer Dwayne durante este retraso. Está lleno de ideas medio locas sobre cómo comunicarse con los Espectros. Me temo que con sus tonterías encontrará algún medio de ofender tanto a las psi-criaturas que toda la sabiduría de la Biblioteca no remediará las cosas. ¡Es vital que la Tierra tenga buenas relaciones con sus vecinos más cercanos!

Bubbacub alzó un poco la cabeza y colocó un corto brazo tras ella.

—¿Está ha-ciendo es-fuerzos para curar al doctor Kepler?

—Por supuesto —replicó ella, envarada—. De hecho, tengo problemas para imaginar cómo evitó que le hicieran condicional todo este tiempo. La mente de Dwayne es un caos, aunque admito que su marcador-C está dentro de las curvas aceptables. Le hicieron una prueba en la Tierra.

»Creo que ahora lo tengo muy bien equilibrado. Pero lo que me está volviendo loca es tratar de detectar cuál es su principal problema.

Su conducta maniacodepresiva recuerda a la "locura chillona" de finales del siglo veinte y principios del veintiuno, cuando la sociedad casi fue destruida por los efectos psíquicos del ruido ambiental. Estuvo a punto de destruir la cultura industrial cuando estaba en su apogeo y condujo al período de represión que la gente de hoy llama eufemísticamente "la Burocracia".

—Sí. He leído-do sobre los in-tentos de sui-cidio de su raza. Me parece que la época pos-terior, de la que acaba de hablar, fue una era de orden y paz. Pero no es asunto mío. Tienen suer-te de ser in-compe-tentes incluso en el sui-cidio. Bueno, no

divaguemos, ¿qué pasa con Kep-ler?

La voz del pil no se alzó al final de la pregunta, pero había algo que hacía con el hocico, al doblar los pliegues que le servían de labios, que anunciaba, no, pedía una respuesta. Un escalofrío corrió por la espalda de la doctora Martine.

Es tan arrogante, pensó. Y todo el mundo parece pensar que es una característica de su personalidad. ¿Es posible que estén ciegos al poder y la amenaza que supone la presencia de esta criatura en la Tierra?

En su shock cultural, veían a un osito de aspecto humano. ¡Incluso lo consideraban simpático! ¿Son mis jefes y sus amigos del Consejo de la Confederación los únicos que reconocen a un demonio del espacio cuando lo ven?

¡Y de algún modo ahora soy yo quien tiene que averiguar qué hace falta para aplacar al demonio, mientras impido que Dwayne abra la boca, e intento ser la que halle una forma sensata de contactar con los Espectros Solares! ¡Ifni, ayuda a tu hermana!

Bubbacub estaba todavía esperando una respuesta.

—B-bien, sé que Dwayne está decidido a desentrañar el misterio de los Espectros Solares sin ayuda extraterrestre. Algunos miembros de su grupo son radicales a ese respecto. No llegaré a decir que algunos sean pieles, pero su orgullo es bastante inflexible.

—¿Puede impedir que haga lo-curas? —dijo Bubbacub—. Ha introducido elementos a-leatorios.

—¿Cómo invitar a Fagin y a su amigo Demwa? Parecen inofensivos.

La experiencia de Demwa con los delfines le da una oportunidad lejana, pero plausible, de ser útil. Y Fagin tiene la habilidad de llevarse bien con todas las razas. Lo importante es que Dwayne tiene a alguien a quien contar sus fantasías paranoides. Hablaré con Demwa y le pediré que le siga la corriente.

Bubbacub se sentó, agitando momentáneamente sus brazos y piernas. Asumió una nueva postura y miró a los ojos de Martine.

—No me preocupan. Fagin es un ro-mán-tico pasivo. Demwa parece idiota. Como cualquier amigo de Fagin.

»No, me preocupan los dos que ahora causan pro-blemas en la base. Cuando vine, no sabía que hay un chimpancé que forma parte del personal.

»El pe-riodis-ta y él han estado de uñas desde que encontramos evidencias. El equipo desprecia al pe-riodis-ta y él hace mucho ruido. Y el chip habla con Cul-la todo el tiempo... tratando de "li-be-rar-le", así que...

—¿Ha desobedecido Culla? Creía que su contrato sólo era...

Bubbacub saltó de su asiento, mostrando los afilados dientes con un siseo.

—¡No interrumpa, humana!

Que Martine recordara, era la primera vez que oía la auténtica voz de Bubbacub,

un agudo chirrido por encima del rugido del vodor que le lastimaba los oídos.

Martine se sintió demasiado aturdida para moverse.

La tensión de Bubbacub empezó a relajarse gradualmente. En cuestión de un minuto, la erizada mata de pelo volvió a alisarse.

—Le pi-do dis-culpas, hu-mana Mar-tine. No debería irritarme por una violación menor de una simple raza in-fan-te.

Martine dejó escapar el aliento contenido, tratando de no hacer ruido.

Bubbacub se sentó de nuevo.

—Para responder a su pregunta, no, Cul-la está en su sitio. Sabe que su especie estará con-tra-tada con la mía por derecho Pa-ter-nal durante mucho tiempo.

»Con todo, no es bueno que ese Doc-tor Jeff-rey propugne ese mito de de-rechos sin de-beres. Los humanos deben aprender a mantener a sus mascotas a raya, pues sólo por la buena voluntad de nosotros los antiguos son considerados so-fontes cli-entes.

»¿Y si ellos no fueran so-fontes, dónde estarían ustedes, humana?

Los dientes de Bubbacub brillaron un instante. Luego cerró la boca con un chasquido.

Martine sentía la garganta reseca. Escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Lamento cualquier ofensa que haya podido hacer, Pil Bubbacub.

Hablaré con Dwayne y tal vez podamos tranquilizar a Jeffrey.

—¿Y el pe-riodis-ta?

—También hablaré con Pierre. Estoy segura de que no pretende nada malo. No causará más problemas.

—Eso estaría bien —dijo suavemente la caja vocal de Bubbacub. Su rechoncho cuerpo se acomodó una vez más en los cojines.

—Usted y yo tenemos grandes ob-jetivos comunes. Espero que podamos trabajar como uno. Pero sepa una cosa: nuestros medios pueden di-ferir. Por favor, haga lo que pueda o me verá obligado, como dicen ustedes, a matar dos pájaros de un tiro.

Martine asintió de nuevo, débilmente.

## 8

# REFLEJO

Jacob dejó que su mente divagara mientras LaRoque se lanzaba a una de sus exposiciones. En cualquier caso, el hombrecito estaba ahora más interesado en impresionar a Fagin que en derrotar verbalmente a Jacob. Este se preguntó si sería pecaminoso sentir lástima del extraterrestre por tener que escuchar.

Los tres viajaban en un pequeño vehículo que atravesaba los túneles hacia arriba, hacia abajo y lateralmente. Dos de las raíces-tentáculos de Fagin se agarraban a un bajo raíl que corría a unos pocos centímetros del suelo. Los dos humanos se agarraban a otro que circundaba la parte superior del coche.

Jacob escuchaba a medias. LaRoque continuaba con el tema que había iniciado a bordo de la Bradbury: que los Tutores perdidos de la Tierra, aquellos seres míticos que supuestamente iniciaron la Elevación del hombre hacía miles de años y luego dejaron el trabajo a medio terminar, estaban de algún modo asociados con el sol. LaRoque pensaba que los Espectros Solares podrían ser esa raza.

—Y luego están todas las referencias en las religiones de la tierra.

¡En casi todas el sol es considerado algo sagrado! ¡Es una de las tendencias comunes a todas las culturas!

LaRoque abrió los brazos, como pretendiendo abarcar la magnitud de sus ideas.

—Tiene mucho sentido —dijo—. También explicaría por qué es tan difícil para la Biblioteca localizar a nuestros antepasados. Seguramente las razas de tipo solar se conocen de antes. Por eso esta «investigación» es tan estúpida. Pero naturalmente son raras y nadie ha pensado todavía en suministrar a la Biblioteca esta correlación, que sin duda resolvería dos problemas a la vez.

El problema era que la idea resultaba muy difícil de refutar. Jacob suspiró para sus adentros. Naturalmente que muchas civilizaciones primitivas terrestres habían tenido cultos solares. ¡El Sol era una clara fuente de calor, luz y vida, algo con poderes milagrosos! Tenía que ser una etapa común en los pueblos primitivos proyectarse y ver propiedades animadas en su estrella.

Y ése era el problema. La galaxia tenía pocos «pueblos primitivos» para compararlos con la experiencia humana; principalmente animales, cazadores-recolectores pre-inteligentes (o tipos análogos), y razas inteligentes plenamente elevadas. Casi nunca aparecía un caso intermedio como el hombre, al parecer abandonado por su tutor sin tener el entrenamiento para hacer funcionar su nueva sapiencia.

En casos tan raros se sabía que las nuevas mentes escapaban de su nicho ecológico. Inventaban extrañas burlas de la ciencia, raras reglas de causa y efecto,

supersticiones y mitos. Sin la mano de un tutor que les guiase, esas razas «salvajes» apenas duraban. La actual notoriedad de la humanidad se debía en parte a su supervivencia.

La propia carencia de otras especies con experiencias similares para compararla, hacía que las generalizaciones fueran fáciles de formular y difíciles de refutar. Ya que no había otros ejemplos de toda una raza en la adoración al sol que conociera la pequeña Sucursal de La Paz, LaRoque podía mantener que esas tradiciones de la humanidad recordaban que la Elevación nunca fue terminada.

Jacob prestó atención un momento por si LaRoque decía algo nuevo. Pero luego dejó que su mente divagara.

Habían pasado dos largos días desde el aterrizaje. Jacob había tenido que acostumbrarse a viajar de zonas de la base donde había gravedad a otras donde prevalecía el débil tirón de Mercurio. Le presentaron a muchos miembros del personal de la base, nombres que olvidó de inmediato en su mayoría. Luego Kepler asignó a alguien para que le llevara a sus habitaciones.

El médico jefe de la Base Hermes resultó ser un fanático de la Elevación de los Delfines. Se alegró de examinar las medicinas de Kepler, expresando sus dudas de que había demasiadas. Después insistió en celebrar una fiesta donde parecía que todos los miembros del departamento médico querían hacer preguntas sobre Makakai.

Entre brindis, claro. De todas formas, tampoco fueron demasiadas preguntas.

La mente de Jacob se movió un poco más despacio mientras el coche se detenía y las puertas se abrían para mostrar la enorme caverna subterránea donde se guardaban y atendían las Naves Solares.

Entonces, por un instante, pareció que el espacio mismo perdía su forma, y, peor aún, que todo el mundo tenía un doble.

La pared opuesta de la Caverna parecía hincharse hacia afuera, hasta una bombilla redonda situada sólo a unos pocos metros de distancia, directamente frente a él. Allí se encontraba un kantén de dos metros y medio de altura, un humano pequeño de rostro arrebolado, y un hombre alto, fornido y de tez oscura, que se quedó mirando a Jacob con una de las expresiones más estúpidas que había visto jamás.

De pronto Jacob se dio cuenta de que estaba contemplando el casco de una Nave Solar, el espejo más perfecto del sistema solar. El hombre sorprendido que tenía enfrente, con una clara resaca, era su propio reflejo.

La nave esférica de veinte metros era un espejo tan bueno que resultaba difícil definir su forma. Sólo advirtiendo la brusca discontinuidad del borde y la forma en que las imágenes reflejadas se arqueaban pudo enfocar sus ojos sobre algo que podía ser interpretado como un objeto real. —Muy bonita —admitió LaRoque a regañadientes—. Hermoso cristal, valiente y confundido. —Alzó su pequeña cámara y la movió de izquierda a derecha.

—Impresionante —añadió Fagin.

Sí, pensó Jacob. Y grande como una casa también.

Por grande que fuera la nave, la Caverna la hacía parecer insignificante. El techo rocoso formaba una cúpula en las alturas, desapareciendo en una bruma de condensación. Se encontraban en un lugar estrecho, pero que se extendía hacia la derecha durante al menos un kilómetro, antes de curvarse y perderse de vista.

Subieron a una plataforma que los puso a la altura del ecuador de la nave, por encima de la planta de trabajo del hangar. Había un pequeño grupo debajo, empequeñecido por la esfera plateada.

A doscientos metros a la izquierda se encontraban las enormes puertas de vacío, que tenían unos ciento cincuenta metros de anchura.

Jacob supuso que eran parte de la compuerta que conducía, a través de un túnel, a la poco amistosa superficie de Mercurio, donde las gigantescas naves interplanetarias, como la Bradbury, descansaban en grandes cavernas naturales.

Una rampa conducía de la plataforma al suelo de la caverna. Al fondo, Kepler hablaba con tres hombres ataviados con monos. Culla no se encontraba muy lejos. Su compañero era un chimpancé bien vestido que usaba monóculo y estaba subido a una silla para estar a la par con los ojos del extraterrestre.

El chimpancé saltaba flexionando las rodillas y hacía temblar la silla. Golpeó furiosamente un instrumento que tenía en el pecho. El diplomático pring lo observaba con una expresión que Jacob había aprendido a identificar como de amistoso respeto. Pero había algo más en la pose de Culla que le sorprendió... una indolencia, una flojedad en su postura ante el chimpancé que nunca había visto cuando el E.T. hablaba con un kantén, un cintiano, y especialmente con un pil.

Kepler saludó primero a Fagin y luego se volvió hacia Jacob.

—Me alegro de que haya venido, señor Demwa. —Kepler le estrechó la mano con una firmeza que sorprendió a Jacob, y luego llamó al chimpancé que tenía al lado.

—Éste es el doctor Jeffrey, el primero de su especie en ser miembro de pleno derecho de un equipo de investigación espacial, y un trabajador magnífico. Visitaremos su nave.

Jeffrey saludó con la mueca característica de la especie de superchimpancés. Dos siglos de ingeniería genética habían propiciado cambios en el cráneo y el arco pelviano, cambios modelados según la estructura humana, ya que era la más fácil de duplicar. Parecía un hombrecillo marrón muy peludo con brazos largos y dientes saltones.

Cuando Jacob le estrechó la mano se hizo evidente otra huella del trabajo de la ingeniería. El pulgar móvil del chimpancé apretó con fuerza, como para recordar a Jacob que estaba allí, la Marca del hombre.



Igual que Bubbacub llevaba su odor, Jeffrey llevaba un aparato con teclas negras horizontales a derecha e izquierda. En el centro había una pantalla en blanco de unos veinte centímetros por diez.

El superchimpancé se inclinó, y sus dedos revolotearon sobre las teclas. En la pantalla aparecieron unas letras brillantes.

ME ALEGRO DE CONOCERLE. EL DOCTOR KEPLER ME HA DICHO QUE ES USTED UNO DE LOS CHICOS BUENOS.

Jacob se echó a reír.

—Bueno, muchas gracias, Jeff. Intento serlo, aunque todavía no sé qué van a pedirme.

Jeffrey dejó escapar la familiar risa estridente de los chimpancés.

Luego habló por primera vez.

—¡Lo desscrubrirá pronto!

Casi fue un graznido, pero Jacob se sorprendió. Para esta generación de superchimpancés, hablar era tan difícil que casi resultaba doloroso, pero las palabras de Jeff sonaron muy claras.

—El doctor Jeffrey llevará esta Nave Solar, la más nueva, a una inmersión poco después de que terminemos nuestra visita —dijo Kepler—. En cuanto la comandante deSilva regrese de su misión de reconocimiento en nuestra otra nave.

»Lamento que la comandante no estuviera aquí para recibirnos cuando llegamos en la Bradbury. Y ahora parece que Jeff estará ausente cuando celebremos nuestras reuniones. Pero cuando acabemos mañana por la tarde traerá su primer informe, lo cual añadirá un toque dramático.

Kepler empezó a volverse hacia la nave.

—¿Me he olvidado de presentar a alguien? Jeff, sé que ya conoces a Kant Fagin. Parece que Pil Bubbacub ha declinado nuestra invitación.

¿Conoces al señor LaRoque?

Los labios del chimpancé se curvaron en una expresión de disgusto.

Lanzó un bufido y se volvió para contemplar su propio reflejo en la Nave Solar.

LaRoque se quedó mirando, ruborizado y avergonzado.

Jacob tuvo que contener una carcajada. No era extraño que llamaran chips a los superchimpancés. ¡Por una vez había alguien con menos tacto que LaRoque! El encuentro entre los dos en el Refectorio la noche anterior ya era leyenda. Lamentaba habérselo perdido.

Culla colocó una larga mano de seis dedos sobre la manga de Jeffrey.

—Vamosh, Amigo-Jeffrey. Moshremosh tu nave al she-ñor Demwa y shush amigosh.

El chimp miró hosco a LaRoque y luego se volvió hacia Culla y Jacob, y mostró una amplia sonrisa. Cogió una de las manos de Jacob y otra de Culla y los arrastró

hacia la entrada de la nave.

Cuando el grupo llegó a lo alto de la otra rampa encontraron un corto puente que cruzaba un vacío en el interior del globo de espejos.

Los ojos de Jacob tardaron unos momentos en acostumbrarse a la oscuridad. Entonces vio una cubierta plana que se extendía desde un extremo de la nave al otro.

Flotaba en el ecuador de la nave un disco circular de material oscuro y elástico. Las únicas irregularidades en la superficie plana eran media docena de asientos para la aceleración, colocados en la cubierta a intervalos en torno a su perímetro, alguno con modestos paneles de instrumentos, y una cúpula de siete metros de diámetro en el centro exacto.

Kepler se arrodilló junto a un panel de control y tocó un interruptor. La pared de la nave se volvió semitransparente. La luz de la caverna entró tenuemente por todas partes para iluminar el interior.

Kepler explicó que esa iluminación interior se mantenía al mínimo para impedir los reflejos internos de la concha esférica, que podían confundir al equipo y la tripulación.

Dentro de la concha casi perfecta, la Nave Solar era como un modelo sólido del planeta Saturno. La amplia cubierta componía el «anillo». El «planeta» asomaba por encima y por debajo de la cubierta en dos semiesferas. La superior, que Jacob podía ver ahora, tenía varias escotillas y cabinas a lo largo de su superficie. Sabía por sus lecturas que la esfera central contenía toda la maquinaria que dirigía la nave, incluyendo el controlador de flujo temporal, el generador de gravedad, y el láser refrigerador.

Jacob se acercó al borde de la cubierta. Flotaba en un campo de fuerza, a cuatro o cinco palmos del casco curvo, que se arqueaba hacia arriba con una curiosa ausencia de luces o sombras.

Se volvió cuando lo llamaron. El grupo se encontraba junto a una puerta situada a un lado de la cúpula. Kepler le hizo señas para que se acercara.

—Ahora inspeccionaremos el hemisferio de los instrumentos. Lo llamamos «zona invertida». Tenga cuidado, es un arco de gravedad, así que no se deje sorprender demasiado.

Jacob se hizo a un lado en la puerta para dejar pasar a Fagin, pero el E.T. indicó que prefería quedarse arriba. Un kantén de dos metros no se sentiría demasiado cómodo en una escotilla de dos metros. Jacob siguió a Kepler al interior.

¡Y trató de esquivarlo! Kepler estaba sobre él, subiendo un camino por encima, como parte de una montaña encerrada en una mampara. Parecía que estaba a punto de caer, a juzgar por la posición de su cuerpo. Jacob no comprendía cómo podía mantener el equilibrio el científico.

Pero Kepler siguió subiendo el sendero elíptico y desapareció tras el corto

horizonte. Jacob colocó las manos en cada una de las mamparas y dio un paso de prueba.

No sintió ninguna pérdida de equilibrio. Adelantó el otro pie. Se sentía perfectamente erguido. Otro paso. Miró hacia atrás.

La puerta estaba ladeada. Al parecer la cúpula tenía un campo de gravedad tan fuerte que podía ser contenido en unos cuantos metros.

Era tan suave y completo que engañaba su oído interno. Uno de los trabajadores sonrió desde la escotilla.

Jacob apretó los dientes y siguió avanzando por la pendiente, intentando no pensar en que se estaba colocando lentamente boca abajo. Examinó los signos de las placas de acceso en las paredes y suelo de su sendero. A mitad de camino dejó atrás una escotilla que tenía inscritas las palabras ACCESO TEMPO-COMPRESIÓN.

La elipse terminó en una suave pendiente. Jacob se sintió derecho cuando llegó a la puerta y supo lo que cabía esperar, pero incluso así, gruñó.

—¡Oh, no! —se llevó la mano a los ojos.

El suelo del hangar se extendía en todas direcciones a unos cuantos metros por encima de su cabeza. Había hombres caminando alrededor del casco de la nave como moscas en un techo.

Con un suspiro resignado, salió a reunirse con Kepler. El científico se encontraba en el borde de la cubierta, contemplando las entrañas de una complicada máquina. Alzó la cabeza y sonrió.

—Estaba ejercitando el privilegio del jefe de examinar y poner pegas. Naturalmente, la nave ya ha sido comprobada a la perfección, pero me gusta examinarlo todo. —Palmeó la máquina afectuosamente.

Kepler guió a Jacob al borde de la cubierta, donde el efecto boca abajo era aún más pronunciado. El neblinoso techo de la caverna era visible «bajo» sus pies.

—Ésta es una de las cámaras de multipolarización que emplazamos poco después de ver a los primeros Espectros de Luz Coherente —Kepler señaló una de las diversas máquinas idénticas que estaban situadas a intervalos a lo largo del borde—. Pudimos detectar a los Espectros en los altos niveles de la cromosfera porque, no importa cómo se moviera el plano de la polarización, podíamos seguirlo y mostrar que la coherencia de la luz era real y estable con el tiempo.

—¿Por qué están todas las cámaras aquí abajo? No he visto ninguna arriba.

—Descubrimos que los observadores vivos y las máquinas se interferían mutuamente cuando rodaban en el mismo plano. Por ésta y otras razones los instrumentos se alinean al borde del plano aquí abajo, y nosotros vamos en la otra mitad.

»Podemos acomodar ambas cosas orientando la nave para que el borde de la cubierta se alinee hacia el objeto que queremos observar.

Resultó ser una solución excelente pues la gravedad no supone ningún problema; podemos ladearnos en cualquier ángulo y conseguir que el punto de vista de los observadores mecánicos e inteligentes sea el mismo para hacer comparaciones posteriores.

Jacob trató de imaginar la nave, inclinada y sumergida en las tormentas de la atmósfera del sol, mientras que los pasajeros y la tripulación observaban tranquilamente.

—Hemos tenido algunos problemas con esta disposición —continuó Kepler—. Esta nave más nueva y más pequeña que llevará Jeff tiene algunas modificaciones, así que esperamos que pronto... ¡Ah!

Aquí vienen algunos amigos...

Culla y Jeffrey salieron por la puerta, el rostro medio simio medio humano del chimp deformado por su expresión de desprecio.

Palpó la pantalla de su pecho.

«LR MAREADO AL SUBIR LA RAMPA. CAMISA BASTARDO.»

Culla habló con suavidad al chimpancé. Jacob apenas pudo oírlo.

—Habla con respeto, Amigo-Jeff. El señor LaRoque es humano.

Jeffrey tecleó acalorado, con bastantes faltas de ortografía, a la que tenía tanto respeto como el que más, pero que no estaba dispuesto a someterse a cualquier humano exigente, sobre todo uno que no había tenido nada que ver con la Elevación de su especie.

¿TIENES QUE SOPORTAR TODA ESA MIERDA DE BUBBACUB SÓLO PORQUE SUS ANTEPASADOS ICIERON UN FAVOR A LOS TULLOS HACE MEDIO MILLÓN DE AÑOS?

Al pring le brillaron los ojos y hubo un destello de blanco entre sus gruesos labios.

—Por favor, Amigo-Jeff, shé que pretendesh lo mejor, pero Bubbaccub esh mi Tutor. Losh humanosh han dado libertad a tu raza.

Mi raza debe shervir. Esh la forma en que eshtá eshstructurado el mundo.

Jeffrey hizo una mueca.

—Ya veremos —gruñó.

Kepler se llevó a Jeffrey aparte, tras pedirle a Culla que enseñara a Jacob los alrededores. Culla guió al humano al otro lado de la semiesfera para mostrarle la máquina que permitía que la nave funcionara como una batisfera en el plasma semifluido de la atmósfera solar. Desmontó varios paneles para mostrarle a Jacob las unidades de memoria holográfica.

El Generador de Estasis controlaba el flujo de tiempo y espacio a través del cuerpo de la Nave Solar, de forma que sus ocupantes sintieran las violentas sacudidas de la cromosfera como un suave bamboleo. Los científicos de la Tierra aún no

comprendían más que parcialmente la física fundamental del generador, aunque el gobierno insistía en que fuera construido por manos humanas.

A Culla le brillaban los ojos, y su voz susurrante reveló el orgullo por las nuevas tecnologías que la Biblioteca había traído a la Tierra.

Los bancos de lógica que controlaban el generador parecían un amasijo de filamentos cristalinos. Culla explicó que las varillas y fibras almacenaban mucha más información óptica que la tecnología terrestre anterior, y además respondían con más rapidez. Mientras observaban, pautas de interferencia azul corrieron arriba y abajo por la varilla más cercana, paquetes fluctuantes de datos centelleantes. A Jacob le pareció que había algo casi vivo en la máquina. El láser de entrada y salida se hizo a un lado bajo el contacto de Culla, y los dos contemplaron durante varios minutos el crudo pulso de la información que era la sangre de la máquina.

Aunque debía de haber visto las entrañas del ordenador cientos de veces, Culla parecía tan embelesado como Jacob, meditando fijamente con aquellos ojos brillantes que nunca parpadeaban.

Por fin Culla volvió a colocar la tapa. Jacob advirtió que el extraterrestre parecía cansado. Debía de estar trabajando demasiado.

Hablaron poco mientras recorrían lentamente el camino de regreso para reunirse con Jeffrey y Kepler.

Jacob escuchó con interés, pero sin comprender demasiado, cómo el chimpancé y su jefe discutían sobre algún detalle menor del enfoque de una de las cámaras.

Jeffrey se marchó entonces, tras decir que tenía cosas que hacer en el suelo de la Caverna, y Culla le siguió poco después. Los dos hombres se quedaron allí unos minutos, hablando de la maquinaria.

Entonces Kepler indicó a Jacob que se adelantara mientras regresaban alrededor del bucle.

Cuando Jacob estaba a medio camino, escuchó una súbita conmoción arriba. Alguien gritaba, furioso. Intentó ignorar lo que le decían sus ojos sobre el curvado bucle de gravedad y aceleró el ritmo.

Sin embargo, el sendero no estaba hecho para ser tomado con rapidez.

Por primera vez sintió una confusa mezcla de sensaciones de gravedad mientras diferentes porciones del complicado campo tiraban de él.

En lo alto del arco, el pie de Jacob tropezó con una placa suelta, que se dispersó junto con algunos tornillos por la cubierta curva. Luchó por conservar el equilibrio, pero la enervante perspectiva, a mitad de camino del sendero curvo, le hizo tambalearse. Cuando llegó a la escotilla del lado superior de la cubierta, Kepler le había alcanzado.

Los gritos procedían de fuera de la nave.

En la base de la rampa, Fagin agitaba las ramas, trastornado.

Varios miembros del personal de la base corrían hacia LaRoque y Jeffrey, que estaban enzarzados en un violento abrazo.

Con la cara completamente roja, LaRoque resoplaba y se esforzaba mientras intentaba soltar la mano de Jeffrey de su cabeza. Descargó un puñetazo, sin ningún efecto aparente. El chimpancé gritó repetidas veces y enseñó los dientes mientras pugnaba por agarrar mejor la cabeza de LaRoque y hacerla llegar al nivel de la suya. Ninguno de los dos advirtió el corrillo que se había reunido a su alrededor. Ignoraron los brazos que intentaban separarlos.

Mientras se apresuraba hacia abajo, Jacob vio que LaRoque liberaba una mano y buscaba la cámara que colgaba de un cordón en su cintura.

Jacob se abrió paso hasta los combatientes. Sin detenerse, hizo que LaRoque soltara la cámara tras propinarle un duro golpe con el canto de una mano, y con la otra agarró el pelaje de la nuca del chimpancé. Tiró hacia atrás con todas sus fuerzas y lanzó a Jeffrey a los brazos de Kepler y Culla.

Jeffrey se debatió. Los grandes y poderosos brazos del simio lucharon contra la tenaza de sus captores. Echó atrás la cabeza y aulló.

Jacob sintió movimiento a sus espaldas. Giró y plantó una mano sobre el pecho de LaRoque cuando el hombre se abalanzaba hacia adelante. Los pies del periodista resbalaron y el hombre aterrizó en el suelo.

Jacob agarró la cámara del cinturón de LaRoque, justo cuando el otro intentaba cogerla. El cordón se partió con un chasquido. Los hombres contuvieron a LaRoque cuando éste intentaba ponerse en pie. Jacob alzó las manos.

— ¡Ya basta! —gritó. Se colocó de forma que ni LaRoque ni Jeffrey pudieran verse bien. LaRoque se acarició la mano, ignorando a los hombres que le contenían, y le miró airado.

Jeffrey todavía intentaba soltarse. Culla y Kepler lo agarraron con más fuerza. Tras ellos, Fagin silbaba, indefenso.

Jacob cogió la cara del chimpancé en sus manos. Jeffrey le miró.

—¡Chimpancé-Jeffrey, escúchame! Soy Jacob Demwa. Soy un ser humano. Soy supervisor del Proyecto Elevación. Te estás comportando de una manera indigna... ¡Estás actuando como un animal!

Jeffrey sacudió la cabeza como si le hubieran abofeteado. Miró aturdido a Jacob durante un instante. En su rostro se dibujó media mueca, y luego los profundos ojos marrones se desenfocaron. Se hundió flácido en los brazos de Culla y Kepler.

Jacob agarró la peluda cabeza con una mano y con la otra colocó en su sitio el pelaje agitado. Jeffrey se estremeció.

—Ahora relájate —dijo suavemente—. Intenta recuperarte. Todos te escucharemos cuando nos digas qué ha sucedido.

Jeffrey dirigió una mano temblorosa hacia su aparato fonador.

Tardó unos instantes en teclear lentamente LO SIENTO. Miró a Jacob: lo decía en serio.

—Muy bien —dijo Jacob—. Hace falta ser un hombre auténtico para pedir disculpas.

Jeffrey se enderezó. Con elaborada calma hizo un gesto de asentimiento a Kepler y Culla. Éstos le liberaron y Jacob dio un paso atrás.

A pesar de su éxito en el trato con delfines y chimpancés en el Proyecto, Jacob se sentía un poco avergonzado de la manera condescendiente con que había tratado a Jeffrey. Usar ese recurso con el chimpancé científico había funcionado. Por lo que Jeffrey había dicho antes, Jacob supuso que tenía en gran estima a sus tutores, pero la reservaba para algunos humanos. Jacob se alegró de haber podido recurrir a esa reserva, pero no se sentía particularmente orgulloso por ello.

Kepler se hizo cargo en cuanto vio que Jeffrey se tranquilizaba.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó, mirando a LaRoque.

— ¡Ese animal me atacó! —chilló LaRoque—. Acababa de superar mis temores y salí de ese lugar terrible y cuando estaba hablando con el honorable Fagin saltó la bestia contra mí como un tigre, y tuve que luchar por mi vida.

MENTIROSO. ESTABA SABOTEANDO. DESCUBRÍ SUELTA LA PLACA DE ACCESO T.C. FAGIN DIJO QUE EL GUSANO ACABABA DE SALIR CUANDO NOS OYÓ LLEGAR.

—¡Pido disculpas por la contradicción! —trinó Fagin—. No utilicé el término peyorativo «gusano». Simplemente respondí a una pregunta para afirmar...

—¡Passó una hora ahí dentro! —interrumpió Jeffrey, haciendo una mueca por el esfuerzo.

Pobre Fagin, pensó Jacob.

—Ya lo he dicho antes —gritó LaRoque—. ¡Ese loco me asaltó! ¡Me pasé la mitad del tiempo agarrado al suelo! Escucha, pequeño mono, no gastes tu saliva en mí. ¡Guárdala para tus compañeros arborícolas!

El chimp aulló, y Culla y Kepler se abalanzaron hacia delante para separarlos. Jacob se acercó a Fagin, sin saber qué decir. Por encima del tumulto, el kantén le dijo amablemente:

—Parece que vuestros tutores, fueran quienes fuesen, Amigo-Jacob, debieron ser realmente únicos.

Jacob asintió, aturdido.

## RECORDANDO AL GRAN AUK

Jacob observó al grupo al pie de la rampa. Culla y Jeffrey, cada uno a su modo, hablaban ansiosamente con Fagin. Un grupito del personal de la base se había congregado cerca, tal vez para escapar a las insistentes preguntas de LaRoque.

Desde el altercado, el hombre no paraba de recorrer la Caverna, lanzando preguntas a los trabajadores y quejándose a quienes no lo eran. Durante algún tiempo su ira por haberse visto privado de su cámara fue enorme, y sólo declinó lentamente hasta un estado que Jacob consideraba cercano a la apoplejía.

—No estoy seguro de por qué se la quité —le dijo Jacob a Kepler, sacándola del bolsillo. La estilizada cámara negra tenía un puñado de botoncitos y teclas. Parecía la herramienta perfecta de un periodista, compacta, flexible y sin duda muy cara.

Se la tendió a Kepler.

—Pensé que estaba buscando un arma.

Kepler se guardó la cámara en el bolsillo.

—Lo comprobaremos de todas formas, por si acaso. Mientras tanto, me gustaría darle las gracias por la manera en que se hizo cargo de las cosas.

Jacob se encogió de hombros.

—No hay de qué. Lamento haberme interpuesto en su autoridad.

Kepler se echó a reír.

—¡Pues me alegro de que lo hiciera! ¡Seguro que yo no habría sabido qué hacer!

Jacob sonrió, pero todavía se sentía preocupado.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Bueno, voy a inspeccionar el sistema T.C. de Jeff, para asegurarme de que no pasa nada, aunque estoy seguro de ello. Si LaRoque hubiera hurgado en la máquina, ¿qué podría hacer? Los circuitos necesitan herramientas especiales. Él no tenía ninguna.

—Pero el panel estaba suelto cuando llegamos al arco de gravedad.

—Sí, pero tal vez LaRoque sólo sentía curiosidad. De hecho, no me sorprendería demasiado si descubriera que Jeff aflojó la placa para tener una excusa y así pelearse con él.

El científico se echó a reír.

—No se sorprenda tanto. Los niños siempre serán niños. Y sabe que incluso el chimpancé más avanzado oscila entre la pedantería extrema y el vandalismo de un colegial.

Jacob sabía que eso era cierto, pero siguió preguntándose por qué la actitud de Kepler era generosa hacia LaRoque, a quien indudablemente despreciaba. ¿Tan



ansioso estaba de tener buena prensa?

Kepler volvió a darle las gracias y se marchó, recogiendo a Culla y Jeffrey en su camino de vuelta a la entrada de la Nave Solar. Jacob encontró un sitio donde no estorbar y se sentó sobre una de las cajas de embalaje.

Sacó un puñado de papeles del bolsillo interior de su chaqueta.

Habían llegado masergramas de la Tierra para muchos de los pasajeros de la Bradbury. Jacob se esforzó por no echarse a reír cuando captó la mirada recelosa que intercambiaron Bubbacub y Millie Martine cuando el pil fue a recoger su propio mensaje codificado.

Durante el desayuno, ella se sentó entre Bubbacub y LaRoque, intentando mediar entre la embarazosa xenofilia del terrestre y la recelosa tirantez del Representante de la Biblioteca. Parecía ansiosa por tender un puente entre ambos. Pero cuando llegaron los mensajes, LaRoque se quedó solo y Bubbacub y ella corrieron escaleras arriba.

Probablemente eso no había servido para mejorar el estado de ánimo del periodista.

Al terminar el desayuno, Jacob pensó en visitar el Laboratorio Médico, pero en cambio decidió recoger sus propios masergramas. De vuelta a sus habitaciones, vio que el material de la Biblioteca tenía un palmo de altura. Lo colocó sobre la mesa antes de sumergirse en un trance de lectura.

Era una técnica para absorber un montón de información en poco tiempo. Había resultado útil muchas veces en el pasado, y el único inconveniente era que interrumpía las facultades críticas. La información se almacenaba, pero el material tenía que ser leído de nuevo para que todo fuera recordado.

Cuando se recuperó, el material se hallaba amontonado a su izquierda. Estaba seguro de que lo había leído todo. Los datos que había absorbido se encontraban al borde de la consciencia, fragmentos aislados que saltaban caprichosamente a la mente sueltos y sin conectarse a un conjunto. Durante una semana como mínimo volvería a aprender, con una sensación de *dejá vu*, cosas leídas durante el trance. Si no quería permanecer mucho tiempo desorientado, sería mejor que empezara a hojear el material cuando antes.

Ahora, sentado en la caja de plástico en la Caverna de las Naves Solares, Jacob examinó el puñado de papeles que había traído consigo.

Los fragmentos dispersos de información le parecieron familiares.

... la raza kisa, recién liberada  
de su contrato con los soro,  
descubrió el planeta Pila poco  
después de la reciente migración de  
la cultura galáctica a este sector.  
Había señales de que el planeta

había sido ocupado por otra especie viajera doscientos millones de años antes. Se verificó en los Archivos Galácticos que antaño Pila había sido residencia, durante seiscientos milenios, de la especie mellin (ver listado; Mellin extinta). El planeta Pila, tras haber sido abandonado durante un período mayor del requerido, fue estudiado y registrado rutinariamente como colonia kis, clase C (ocupación temporal, no más de tres millones de años, con un impacto mínimo sobre la biosfera contemporánea). En Pila, los kisa encontraron una especie presofonte cuyo nombre se toma del planeta de su origen...

Jacob trató de imaginar a la raza pil tal como había sido antes de la llegada de los kisa y el principio de su elevación. Cazadores recolectores primitivos, sin duda. ¿Serían lo mismo hoy, después de medio millón de años, si los kisa no hubieran llegado jamás? ¿O habrían evolucionado, como aún sostenían algunos antropólogos de la Tierra, hasta una especie diferente de cultura inteligente, sin la influencia de sus tutores?

La críptica referencia a la extinta especie «mellin» le permitió advertir la escala temporal cubierta por la antigua civilización de los galácticos y su increíble Biblioteca. ¡Doscientos millones de años! En esa época remota el planeta Pila había sido dominado por una especie viajera, que había vivido allí durante seis mil siglos mientras los antepasados de Bubbacub no eran más que insignificantes animales en sus madrigueras.

Presumiblemente, los mellin cumplieron con su misión y tenían una Sucursal de la biblioteca propia. Ofrecieron sus respetos (tal vez más de palabra que de hecho) a la raza tutora que los había elevado mucho antes de que colonizaran Pila, y tal vez ellos, a cambio, elevaron a alguna especie prominente que encontraron al llegar... primos biológicos de la especie de Bubbacub, que ahora también podían estar extinguidos.

De repente, cobraron sentido para Jacob las extrañas Leyes Galácticas de Residencia y Migración. Obligaban a las especies a considerar sus planetas como hogares temporales, a que los dominaran en favor de las razas futuras cuya forma

actual pudiera ser pequeña y estúpida. No era extraño que muchos de los galácticos fruncieran el ceño ante el récord de la humanidad en la Tierra. Sólo la influencia de los timbrimi y otras razas amistosas habían permitido a la humanidad conservar sus tres colonias en Cygnus contra el fanático e inamovible Instituto de Migración. Y había sido una suerte que la Vesarius regresara con suficientes advertencias a los seres humanos para que enterraran las pruebas de algunos de sus crímenes. Jacob era uno de los escasos cien mil seres humanos que sabía lo que era un manatí, o un perezoso, o un orangután.

Esas víctimas del hombre tal vez se habrían convertido algún día en especies pensantes que él, más que nadie, estaba en disposición de apreciar, y lamentar. Jacob pensó en Makakai, en las ballenas, y en lo cerca que habían estado de no poder ser salvadas.

Cogió los papeles y siguió leyendo. Reconoció otro fragmento.

Estaba referido a la especie de Culla.

...colonizada por una expedición de Pila. (Los pila, tras haber amenazado a sus tutores kisa con una apelación de jihad a los soro, habían sido liberados de su contrato.) Después de recibir su licencia para el planeta Pring, los pila se encargaron de su ocupación cumpliendo a rajatabla las condiciones de impacto mínimo de su contrato. Desde la llegada de los pila a Pring, los inspectores del Instituto de Migración han observado que los pila han llevado a cabo más que las salvaguardas normales para proteger a las especies indígenas cuyo potencial preinteligente parecía realista. Entre las especies en peligro de extinción bajo el establecimiento de la colonia estaban los antepasados genéticos de la raza pring, cuyo nombre de especie es también el del planeta de su origen...

Jacob tomó nota mentalmente para ampliar sus conocimientos de las jihads de los pila, una raza agresiva y conservadora en la política galáctica. Cabe suponer que jihads o «guerras santas» eran el último recurso usado para reforzar la tradición entre las razas de la galaxia.

Los Institutos servían a la tradición, pero dejaban su cumplimiento a la opinión de la mayoría, o del más fuerte.

Jacob estaba seguro de que las referencias de la Biblioteca estarían llenas de guerras santas justificadas, con unos cuantos casos «lamentables» de especies que usaban la tradición como excusa para librar guerras por poder o por odio.

La historia la escriben normalmente los vencedores.

Jacob se preguntó bajo qué penalidades habían conseguido los pila su libertad del contrato con los kisa. Se preguntó también qué aspecto tendría un kisa.

Jacob se sobresaltó cuando sonó un fuerte timbre que retumbó por toda la Caverna. El sonido se repitió tres veces más, rebotando en las paredes de piedra, obligándole a ponerse en pie.

Todos los obreros soltaron sus herramientas y se volvieron para contemplar las ciclópeas piedras que conducían, a través de compuertas y túneles, a la superficie del planeta.

Las puertas se abrieron lentamente, con un suave ruido. Al principio sólo pudo verse negrura en la rendija. Entonces algo grande y brillante apareció en el otro lado, forzando la separación como un cachorrillo que empuja impaciente con la nariz para apresurar la abertura y entrar en la casa.

Era otra brillante burbuja de espejos, como la que acababan de visitar, sólo que más grande. Flotaba sobre el suelo del túnel como si careciera de sustancia. La nave gravitaba levemente en el aire y, cuando el camino quedó libre, entró en el hangar como impulsada por una brisa exterior. Reflejos de las paredes, la maquinaria y las personas nadaron sobre sus brillantes costados.

Mientras la nave se aproximaba, emitía un leve zumbido y un sonido chascante. Los trabajadores se congregaron en la cercana plataforma colgante.

Culla y Jeffrey pasaron junto a Jacob. El chimpancé le dirigió una sonrisa y le hizo señas para que los acompañase. Jacob se dispuso a hacerlo, tras doblar los papeles y guardárselos en el bolsillo. Buscó a Kepler. El jefe del Navegante Solar debía de encontrarse a bordo de la nave de Jeffrey, terminando la inspección, porque no estaba a la vista.

La nave chascó y siseó mientras maniobraba sobre su nido, y luego empezó a descender lentamente. Resultaba difícil creer que no brillaba con luz propia, porque su superficie de espejos resplandecía. Jacob se colocó al lado de Fagin, al borde de la multitud. Juntos contemplaron cómo la nave se detenía.

—Pareces sumido en tus pensamientos —trinó Fagin—. Por favor, perdona la intrusión, pero considero que es lógico inquirir informalmente sobre su naturaleza.

Jacob estaba lo bastante cerca de Fagin para detectar un leve olor, algo parecido al orégano. El follaje del alienígena se agitó suavemente.

—Supongo que pensaba dónde acaba de estar esta nave —respondió—. Intentaba imaginar cómo debe ser allá abajo. Yo... no puedo.

—No te sientas frustrado, Jacob. Siento un asombro similar, y soy incapaz de comprender lo que los terrestres habéis conseguido aquí.

Espero mi primer descenso con humilde expectación.

Y así me avergüenzas otra vez, bastardo verde, pensó Jacob.

Todavía estoy intentando buscar un medio para no tener que ir a una de esas locas inmersiones. ¡Y tú alardeas de estar ansioso por hacerlo!

—No quiero llamarte mentiroso, Fagin, pero creo que te estás mostrando demasiado diplomático al decir que te impresiona este proyecto. La tecnología, para los niveles galácticos, es pura edad de piedra. ¡Y no puedes decirme que nadie se ha zambullido en una estrella antes! Ha habido sofotes desperdigados por toda la galaxia durante casi mil millones de años. ¡Todo lo que merece la pena hacerse ha sido hecho al menos un trillón de veces!

Había una vaga amargura en su voz. Le sorprendió la fuerza de sus propios sentimientos.

—Sin duda eso es bastante cierto, Amigo-Jacob. No pretendo que el proyecto Navegante Solar sea único. Sólo es único en mi experiencia.

Las razas inteligentes con las que he contactado antes se han contentado con estudiar sus soles desde lejos y con comparar los resultados con los datos de la Biblioteca. Para mí, esto es una aventura en su forma más pura.

Un trozo rectangular de la Nave Solar empezó a deslizarse hacia abajo, para formar una rampa hasta el borde de la plataforma colgante.

Jacob frunció el ceño.

— ¡Pero antes han tenido que haber inmersiones tripuladas!

Es lógico intentarlo en un momento u otro si se demuestra que es posible. No puedo creer que nosotros seamos los primeros.

—No cabe duda, desde luego —dijo Fagin lentamente—. Si no lo ha hecho nadie más, sin duda lo hicieron los Progenitores, porque se dice que ellos lo hicieron todo antes de marcharse. Pero se han hecho tantas cosas, por tantos pueblos, que es difícil saberlo con certeza.

Jacob meditó sobre esto en silencio.

Mientras la sección de la Nave Solar se acercaba a la rampa, Kepler se aproximó sonriente a Jacob y Fagin.

—¡Ah! Están aquí. Excitante, ¿verdad? ¡Todo el mundo está aquí!

Siempre pasa lo mismo cuando alguien vuelve del sol, aunque sea una corta inmersión de exploración como ésta.

—Sí —dijo Jacob—. Es muy excitante. Si tiene un momento, hay algo que me gustaría preguntarle, doctor Kepler. Me gustaría saber si ha pedido a la Sucursal de la Biblioteca en La Paz alguna referencia sobre sus Espectros Solares. Seguramente alguien más habrá encontrado un fenómeno similar, y estoy convencido de que sería de gran ayuda tener...

Su voz se apagó al ver cómo se desvanecía la sonrisa de Kepler.

—Ésa fue la razón por la que nos asignaron a Culla en primer lugar, señor Demwa. Esto iba a ser un proyecto prototipo para ver hasta qué punto podíamos mezclar la investigación independiente con la ayuda limitada de la Biblioteca. El plan funcionó bien durante la construcción de las naves. Tengo que confesar que la tecnología galáctica es sorprendente. Pero desde entonces la Biblioteca no nos ha servido de mucha ayuda. Es muy complicado. Esperaba tocar el tema mañana, después de darle información completa, pero verá...

Un fuerte aplauso sonó cuando la multitud se abalanzó hacia adelante. Kepler sonrió, resignado.

—¡Más tarde! —gritó.

En lo alto de la plataforma, tres hombres y dos mujeres saludaban a la multitud. Una de las mujeres, alta y esbelta, con el pelo rubio cortado al cepillo, sonrió al ver a Kepler. Empezó a bajar, seguida por el resto de la tripulación.

Al parecer era la comandante de la Base Kermes, de quien Jacob había oído hablar de vez en cuando durante los dos últimos días. Uno de los médicos de la fiesta del día anterior por la noche había dicho que era la mejor comandante que había tenido jamás la avanzadilla de la Confederación en Mercurio. Una mujer más joven interrumpió al veterano comentando que también era una zorra. Jacob supuso que la med-tec se refería a la habilidad mental de la comandante.

Sin embargo, mientras contemplaba cómo la mujer bajaba la rampa (no parecía más que una muchacha), advirtió que la observación podía tener además otro significado complementario.

La multitud le dejó paso y la mujer se acercó al jefe de Navegante Solar, con la mano extendida.

— ¡Allí están, en efecto! —dijo—. Bajamos a tau punto dos, en la primera región activa, y allí estaban. ¡Estuvimos a ochocientos metros de uno! Jeff no tendrá ningún problema. ¡Era el rebaño más grande de magnetóvoros que he visto en mi vida!

Jacob descubrió que su voz era grave y melodiosa. Confiada. Sin embargo, su acento resultaba difícil de identificar. Su pronunciación parecía extraña, anticuada.

—¡Maravilloso, maravilloso! —asintió Kepler—. Donde hay ovejas, tiene que haber pastores.

La cogió por el brazo y la hizo volverse para presentarle a Fagin y Jacob.

—Sofontes, ésta es Helene deSilva, comandante de la Confederación en Mercurio, y mi mano derecha. No podría hacer nada sin ella. Helene, te presento al señor Jacob Álvarez Demwa, el caballero del que te hablé por máser. Ya conociste al kantén Fagin hace unos meses en la Tierra. Tengo entendido que habéis intercambiado unos cuantos masergramas desde entonces.

Kepler tocó el brazo de la joven.

—Helene, ahora me urge ocuparme de unos mensajes de la Tierra. Ya los he retrasado demasiado para estar aquí para tu llegada, así que me voy a tener que marchar. ¿Estás segura de que todo ha salido bien y de que la tripulación está descansada?

—Seguro, doctor Kepler, todo ha ido bien. Dormimos en el viaje de regreso. Me reuniré aquí con usted cuando sea la hora de despedir a Jeff.

El jefe del proyecto se despidió de Jacob y Fagin y asintió cortante a LaRoque, que estaba lo bastante cerca para oír pero no lo suficiente para ser educado. Kepler se marchó en dirección a los ascensores.

Helene deSilva tenía una respetuosa forma de inclinarse ante Fagin que era más cálida de lo que mucha gente podía soportar.

Rebosaba de alegría al ver de nuevo al E.T., y lo expresó en voz alta también.

—Y éste es el señor Demwa —dijo, mientras estrechaba la mano de Jacob—. Kant Fagin me ha hablado de usted. Es usted el intrépido joven que se zambulló en la Aguja de Ecuador para salvarla. Es una historia que me gustaría oír de labios del propio héroe.

Jacob se alarmaba siempre que mencionaban la Aguja. Ocultó el sobresalto con una risa.

—¡Créame, ese salto no fue hecho a propósito! ¡Preferiría subir a uno de sus cohetes solares antes que volver a hacerlo!

La mujer se echó a reír, pero al mismo tiempo le miró con extrañeza, con una expresión apreciativa que agradó a Jacob, aunque le confundía. Sintió que le faltaban las palabras.

—Bueno, de todas formas es un poco extraño que me llame "intrépido joven" alguien tan joven como usted. Debe ser muy competente para que le hayan ofrecido el puesto de comandante antes de que le salgan las arrugas típicas de la preocupación.

DeSilva volvió a reírse.

—¡Qué galante! Muy amable por su parte, señor, pero la verdad es que tengo el equivalente a sesenta y cinco años de arrugas de preocupación invisibles. Fui oficial auxiliar a bordo de la Calypso. Tal vez recuerde que volvimos al sistema hace un par de años. ¡Tengo más de noventa años!

—¡Oh!

Los astronautas eran una raza muy especial. No importaba cuál fuera su edad subjetiva, podían continuar con su trabajo cuando volvían a casa... si elegían seguir trabajando, claro.

—Bueno, en ese caso debo tratarla con el respeto que se merece, abuelita.

DeSilva dio un paso atrás y ladeó la cabeza. Le miró con los ojos entornados.

—¡No se pase! He trabajado duro para convertirme en una mujer —además de oficial y caballero— como para querer pasar de ser un yogurcito directamente al asilo de ancianos. Si el primer varón atractivo que llega en meses y no está bajo mis órdenes empieza a considerarme inabordable, puede que me decida a cargarlo de cadenas.

La mitad de las referencias de la mujer eran indescifrablemente arcaicas (¿qué demonios quería decir con aquello de «yogurcito»?), pero de algún modo el significado estaba claro. Jacob sonrió y alzó las manos con gesto de rendición. Helene deSilva le recordaba a Tania. La comparación era vaga. Sintió un temblor por respuesta, también vago y difícil de identificar. Pero merecía la pena seguirlo.

Jacob descartó la imagen. Basura filosófico-emocional. En eso era muy bueno cuando se lo permitía. La verdad pura y simple era que la comandante de la base era una mujer enormemente atractiva.

—Muy bien —dijo—. Y maldito el primero que diga «¡Basta!».

DeSilva se echó a reír. Lo cogió suavemente por el brazo y se volvió hacia Fagin.

—Vengan, quiero que los dos conozcan a la tripulación. Luego estaremos ocupados preparando la partida de Jeffrey. Es terrible con las despedidas. Incluso en una inmersión corta como ésta siempre lloriquea y abraza a todos los que se quedan, como si no fuera a volver a verlos.



## CUARTA PARTE

Únicamente con la Sonda Solar es posible obtener datos de la distribución de masa y momento angular del interior del sol, imágenes de alta resolución, detectar neutrones liberados en procesos nucleares que ocurren en la superficie solar o cerca de ella, o determinar cómo acelera el viento solar. Finalmente, dados los sistemas de seguimiento y comunicación, y tal vez el máser de hidrógeno de a bordo, la Sonda Solar será con diferencia la mejor plataforma para usar en la investigación de ondas gravitatorias de baja frecuencia en fuentes cosmológicas.

Extraído del informe preliminar del Taller Sonda Solar de la NASA.

## 10

# CALOR

Las formas ocres, con aspecto de rizos retorcidos y boas emplumadas, flotaban en un fondo rosado y neblinoso, como suspendidas por hilos invisibles. La hilera de oscuros arcos retorcidos —cada uno una cuerda encrespada de tentáculos gaseosos— se perdía en la distancia. Cada arco aparecía más lejano, empequeñecido por la perspectiva, hasta que el último se difuminaba en el arremolinado miasma rojo.

A Jacob le resultó difícil concentrarse en un solo detalle de la imagen holográfica grabada. Los oscuros filamentos y corrientes que componían la topografía visible de la cromosfera central resultaban engañosos en su forma y textura.

El filamento más cercano casi llenaba la esquina superior izquierda del tanque. Hilos encrespados de un gas más oscuro se arremolinaban en torno a un campo magnético casi invisible que se arqueaba sobre una mancha solar casi a mil kilómetros por debajo.

Muy por encima del lugar donde la mayor parte de la producción de energía del sol escapaba al espacio en forma de luz, un observador podía distinguir los detalles durante miles de kilómetros. Incluso así, era difícil acostumbrarse a la idea de que el campo magnético que ahora contemplaba Jacob tenía aproximadamente el tamaño de Noruega.

Apenas una filigrana en una cadena que se arqueaba durante doscientos mil kilómetros por encima de un grupo de manchas solares, más abajo.

Y éste era una minucia comparado con muchos otros que habían visto.

Un arco se había extendido un cuarto de millón de kilómetros de un extremo a otro. La imagen había sido grabada varios meses atrás, en una región activa que ya había desaparecido, y la nave que la había grabado mantuvo la distancia. La razón quedó clara cuando la cima del gigantesco arco retorcido estalló en la forma del más terrible de los eventos solares, una llamarada.

La llamarada era hermosa y terrible, un maelstrom ardiente de brillo representando un cortocircuito eléctrico de incomprensible magnitud. Ni siquiera una Nave Solar habría sobrevivido a la súbita liberación de neutrones cargados de energía de las reacciones nucleares provocadas por la llamarada, partículas inmunes a los campos electromagnéticos de la nave, demasiados neutrones para repelerlos usando compresión temporal. El jefe del Proyecto Navegante Solar recalcó que, por ese motivo, las llamaradas eran normalmente predecibles y evitables.

Jacob habría encontrado la afirmación más tranquilizadora sin el adverbio «normalmente».

Por lo demás, la reunión había sido rutinaria ya que Kepler repasó rápidamente

algunos fundamentos de física solar. Jacob había aprendido más sobre el tema en sus estudios anteriores a bordo de la *Bradbury*, pero tuvo que admitir que las proyecciones de las inmersiones en la cromosfera resultaron fantásticas ayudas visuales. Si resultaba difícil comprender el tamaño de las cosas que veía, Jacob no podía echar la culpa a nadie más que a sí mismo.

Kepler había esbozado brevemente la dinámica básica del interior del sol, la estrella real, de la que la cromosfera no era más que una fina piel.

En el profundo núcleo, el peso inimaginable de la masa del sol provoca reacciones nucleares, produciendo calor y presión e impidiendo que la gigantesca bola de plasma se contraiga bajo su propia tensión gravitacional. La presión mantiene el cuerpo «inflado».

La energía desprendida por los fuegos del núcleo se abre paso lentamente hacia afuera, unas veces en forma de luz, y otras como un intercambio del material caliente de abajo por el material más frío de arriba. Por radiación, la energía alcanza la gruesa capa conocida por «fotosfera» (la esfera de luz), donde finalmente encuentra la libertad y se marcha para siempre al espacio.

La materia del interior de una estrella es tan densa que un súbito cataclismo en el interior tardaría millones de años en notarse en el cambio de la cantidad de luz que irradia la superficie. Pero el sol no se acaba en la fotosfera: la densidad de la materia cae lentamente por su peso. Si se incluyen los iones y electrones que fluyen eternamente al espacio con el viento solar (para producir las auroras en la Tierra, y para dar forma a las colas de plasma de las cometas), podría decirse que el sol no tiene frontera real. En efecto, se extiende para tocar las demás estrellas.

El halo de la corona riela alrededor del borde de la luna cuando hay un eclipse de sol. Los tentáculos que parecen tan suaves en una placa fotográfica están compuestos de electrones calentados a millones de grados, pero son difusos, casi tan finos (e inofensivos para las Naves Solares) como el viento solar. Entre la fotosfera y la corona se encuentra la cromosfera, (la esfera de color), el lugar donde el viejo sol hace las alteraciones finales a su espectáculo de luz, donde coloca su firma espectral en la luz que ven los terrestres.

Aquí la temperatura se reduce súbitamente al mínimo, tan sólo unos pocos miles de grados. El pulso de las células fotosféricas envía ondas de gravitación hacia la cromosfera, tocando sutilmente las cuerdas del espacio-tiempo a lo largo de millones de kilómetros, y las partículas cargadas, en la cresta de las ondas de Alfvén, son barridas hacia arriba por un poderoso viento. Éstos eran los dominios del Navegante Solar. En la cromosfera, los campos magnéticos del sol juegan al escondite, y los componentes químicos simples arden efímeramente. Si se eligen las bandas adecuadas, puede verse a distancias tremendas. Y hay mucho que ver.

Kepler estaba ahora en su elemento. En la habitación a oscuras su pelo y su bigote

brillaban rojizos con la luz que desprendía el tanque.

Su voz sonaba confiada mientras usaba un fino punzón para señalar a su público rasgos de la cromosfera.

Explicó la historia del ciclo de las manchas solares, el ritmo alternativo de alta y baja actividad magnética que cambia la polaridad cada once años. Los campos magnéticos «brotan» del sol para formar complicados bucles en la cromosfera, bucles que a veces pueden ser seguidos mirando las pautas de los filamentos oscuros con luz de hidrógeno.

Los filamentos se retorcían alrededor de las líneas de campo y brillaban con complejas corrientes eléctricas inducidas. De cerca parecían menos emplumadas de lo que Jacob había supuesto al principio. Brillantes franjas de color rojo oscuro se retorcían unas sobre otras a lo largo del arco, a veces girando en complicadas pautas hasta que algunos nudos se tensaban y escupían brillantes gotas como la grasa caliente de un filete.

Era hermoso y aturdidor, aunque el rojo monocromo acabó por lastimar los ojos de Jacob. Apartó la mirada del tanque y descansó contemplando la pared de la sala.

Los dos días transcurridos desde que Jeffrey se despidió y se marchó con su nave al sol habían sido para Jacob una mezcla de placer y frustración. Ciertamente, había estado ocupado.

El día anterior había visto las minas de Mercurio. A Jacob le sorprendió la belleza de los grandes pliegues que cubrían grandes cavernas huecas al norte de la base con suaves cortezas irisadas de metal puro, y contempló con asombro las máquinas empequeñecidas y los hombres que comían a sus flancos. Siempre recordaría la sorpresa que sintió, tanto por la hermosura del gigantesco campo de material fundido y petrificado, como por la temeridad de los diminutos hombres que se atrevían a molestarla en busca de su tesoro.

También le resultó divertida la tarde que pasó en compañía de Helene deSilva. En su apartamento, ella compartió con Jacob una botella de coñac alienígena cuyo valor él no se atrevió a calcular.

En pocas horas llegó a apreciar a la comandante de la Base por su ingenio y sus variados intereses, así como por su encanto a la hora de flirtear, arcaico y agradable. Intercambiaron historias de relativo interés, dejando por mutuo acuerdo lo mejor para el final. Jacob la deleitó hablándole de su trabajo con Makakai, explicándole cómo persuadía a la joven delfín, usando hipnosis, sobornos (dejándola jugar con «juguetes» como las ballenas mecánicas), y amor, para concentrarse en la clase de pensamiento abstracto que usaban los humanos en vez del (o además del) Sueño cetáceo.

Describió cómo el sueño-ballena, a su vez, estaba siendo comprendido lentamente: usando filosofías de los indios hopi y los aborígenes australianos para

ayudar a traducir esa visión del mundo completamente extraña y convertirla en algo vagamente accesible a la mente humana.

Helene deSilva tenía una forma de escuchar que estimulaba a hablar a Jacob. Cuando terminó su historia, ella irradiaba satisfacción, y le correspondió con un relato de una estrella oscura que casi le puso los pelos de punta.

Helene hablaba de la Calypso como si fuera madre, hija y amante al mismo tiempo. La nave y su tripulación habían sido su mundo durante sólo tres años, en tiempo subjetivo, pero al regresar a la Tierra se convirtieron en un enlace con el pasado. De los que dejó en la Tierra, en su primer viaje al espacio, sólo los más jóvenes vivían para ver el regreso de la Calypso. Y ahora eran viejos.

Cuando se le ofreció un puesto interino en el Proyecto Navegante Solar, ella aprovechó la oportunidad. Aunque la aventura científica de la expedición solar y la de adquirir experiencia práctica eran posiblemente razones suficientes, a Jacob le pareció notar otro motivo tras su elección.

Aunque había intentado no demostrarlo, Helene desaprobaba ambos extremos de conducta por los que eran famosos los astronautas a su regreso: aislamiento total o hedonismo estentóreo.

Había un núcleo de... «timidez» —era la única palabra para describirlo— que fluía a la vez de la personalidad exterior abierta y competente y de la mujer interior, risueña y juguetona. Jacob ansiaba descubrir más sobre ella durante su estancia en Mercurio.

Pero la cena quedó pospuesta. El doctor Kepler había propuesto un banquete formal y, como suele suceder en esos casos, Jacob tuvo poco en qué pensar durante toda la velada, ya que todo el mundo se mostraba atento y adulador.

Pero la mayor frustración vino del propio Navegante Solar.

Jacob trató de interrogar a deSilva, Culla, y tal vez a una docena de ingenieros de la base, pero todas las veces recibió la misma respuesta.

—Por supuesto, señor Demwa, ¿pero no sería mejor hablar sobre eso después de la presentación del doctor Kepler? Las cosas quedarían entonces mucho más claras.

Todo aquello era muy sospechoso.

La pila de documentos de la Biblioteca todavía esperaba en su habitación. Los leía durante una hora, en estado de consciencia normal.

Mientras los repasaba, fragmentos aislados le resultaban familiares.

... no se comprende por qué los  
pring son binoculares, ya que  
ninguna otra forma de vida  
indígena de su planeta tiene más de  
un ojo. Se supone que esas y otras

diferencias son el resultado de manipulación genética llevada a cabo por los colonizadores pila. Aunque los pila son reacios a contestar preguntas que no sean las oficiales planteadas por el Instituto, admiten haber alterado a los pring a partir de un animal arbóreo braquial para convertirlo en un sofote capaz de caminar y servir en sus granjas y ciudades.

La única pieza dental de los pring tiene su origen en su estado anterior como rumiantes arborícolas. Evolucionó como método para roer la rica corteza de los árboles de su planeta; esa corteza hacía las veces de la fruta como órgano de difusión de esporas fertilizadoras para muchas de las plantas de Pring...

¡De modo que ésa era la historia tras la extraña dentadura de Culla! Saber su propósito creaba, de algún modo, una imagen mental menos repugnante de los dientes del pring. El hecho de que su función fuera vegetariana resultaba tranquilizador.

Fue interesante advertir, mientras releía el artículo, el buen trabajo que había hecho la Sucursal de la Biblioteca con este informe. El original había sido escrito a cientos de años luz de la Tierra, y mucho antes del Contacto. Las máquinas semánticas de la Sucursal de La Paz estaban aprendiendo a traducir palabras y significados alienígenas a frases en inglés con sentido, aunque, por supuesto, algo debió perderse en la traducción.

El hecho de que el Instituto de las Bibliotecas hubiera sido obligado a pedir ayuda humana para programar aquellas máquinas, después de los primeros desastrosos intentos poco después del Contacto, era una fuente de satisfacción. Usadas como traductoras para especies cuyos lenguajes derivaban todos de la misma Tradición general, los extraterrestres se sintieron anonadados por la «ligera e imprecisa» estructura de todos los lenguajes humanos.

Habían gemido (o trinado o aleteado o rugido) de desesperación ante el grado de desorden, sublime y contextualmente discursivo, en que había caído el inglés en

particular. Habrían preferido el latín, y más aún el indoeuropeo de finales del Neolítico, con su estructura altamente organizada de declinaciones y casos. Los humanos se negaron obstinadamente a cambiar su *lingua franca* en beneficio de la Biblioteca (aunque tanto los pieles como los camisas empezaron a estudiar indoeuropeo por diversión, cada uno por sus propias razones), y en cambio enviaron a sus mejores expertos a ayudar a que los serviciales alienígenas se ajustaran.

Los pring sirven en las ciudades y granjas de casi todos los planetas Pil, a excepción del planeta natal, Pila. El sol de Pila, una enana F3, es al parecer demasiado brillante para esta generación de pring elevados (el sol de Pring es F7). Ésta es la razón que dan los pila para continuar con la investigación genética sobre el sistema visual pring, mucho después de que su licencia de Elevación haya expirado...

...sólo se ha permitido a los pring colonizar mundos tipo A, carentes de vida y que requieran terraformación, pero libres de restricciones de uso por los Institutos de Tradición y Migración. Tras haber asumido el liderazgo en varias jihads, al parecer los pila no desean tener pupilos que puedan avergonzarlos al tratar de mala forma a un mundo vivo y antiguo...

Los datos sobre la raza de Culla abarcaban volúmenes de la Civilización Galáctica. Era fascinante, pero la manipulación que implicaba hizo que Jacob se sintiera incómodo. Inexplicablemente, se sintió responsable.

Fue en esta etapa de relectura cuando llegó la convocatoria para la largamente esperada charla con el doctor Kepler.

Jacob estaba ahora sentado en la sala, y se preguntaba cuándo iría al grano el científico. ¿Qué eran los magnetóvoros? ¿Y a qué se refería la gente cuando

mencionaba a un «segundo tipo» de solarianos que jugaban al escondite con las Naves Solares y hacían a las tripulaciones gestos amenazantes con formas antropomórficas?

Jacob volvió a mirar el holo-tanque.

El filamento escogido por Kepler había crecido para abarcar el tanque entero y luego se expandió hasta que el espectador se sentía visualmente inmenso en aquella masa fiera y deslumbrante. Los detalles se hicieron más claros: amasijos retorcidos que implicaban una tensión de las líneas del campo magnético, rizos que iban y venían como vapor mientras el movimiento soltaba los gases calientes dentro y fuera de la banda visible de la cámara, y grupos de brillantes puntitos que danzaban en el borde distante de la visión.

Kepler seguía con su monólogo, a veces demasiado técnico para Jacob, pero siempre empleando metáforas simples. Su voz se había vuelto firme y confiada, y era evidente que disfrutaba ofreciendo el espectáculo.

—Al principio se pensó que eran los habituales puntos calientes comprimidos —dijo—. Hasta que les echamos un segundo vistazo.

Entonces descubrimos que todo el espectro era diferente.

Kepler usó un control en la base de su punzón para ofrecer un zoom del centro del subfilamento.

—Recordarán que los puntos calientes que vimos antes parecían todavía rojos, aunque de un tono muy brillante. Es porque los filtros de la nave, cuando se tomaron estas imágenes, estaban sintonizados sólo para dejar entrar una banda espectral muy estrecha, centrada en el hidrógeno alfa. Pueden ver, incluso ahora, la cosa que provocó nuestro interés.

Sí que la veo, pensó Jacob.

Los puntos luminosos eran de un verde brillante.

Se agitaban como párpados y tenían el color de esmeraldas.

—Hay un par de bandas de verde y azul que aparecen menos eficientes que la mayoría, gracias al filtro. Pero la línea alfa normalmente las borra por completo con la distancia. Además, este verde no es ni siquiera una de esas bandas.

»Pueden imaginar nuestra consternación; naturalmente. Ninguna fuente de luz termal podría haber enviado ese color a través de estas pantallas. Para atravesarlas, la luz de estos objetos tendría que ser no sólo increíblemente brillante sino también totalmente monocromática, con una temperatura de brillo de millones de grados.

Jacob se enderezó, interesado por fin en la charla.

—En otras palabras —continuó Kepler—. Tienen que ser láseres.

—Hay muchos modos de que se produzca de forma natural una acción láser en una estrella —dijo Kepler—. Pero nadie la había visto antes en nuestro sol, así que nos dispusimos a investigar. Y lo que descubrimos fue la forma de vida más increíble



que nadie podría imaginar.

El científico manipuló el control de su indicador y el campo de visión empezó a cambiar.

Un suave trino sonó en la primera fila del público. Helene deSilva atendió un teléfono. Habló en voz baja por el aparato.

Kepler se concentró en su demostración. Lentamente, los puntos brillantes crecieron en el tanque hasta que se convirtieron en diminutos anillos de luz, demasiados aún para poder distinguir detalles.

De repente Jacob pudo apreciar el murmullo de la voz de deSilva mientras hablaba por teléfono.

Incluso Kepler se detuvo y esperó mientras ella preguntaba en voz baja a la persona al otro lado de la línea.

Colgó entonces el teléfono, con el rostro petrificado en una máscara de férreo control. Jacob la vio levantarse y acercarse hacia Kepler, que retorció nervioso el indicador en sus manos. La mujer se inclinó levemente para susurrarle algo al oído, y los ojos del director del proyecto Navegante Solar se cerraron. Cuando volvieron a abrirse, su expresión era totalmente vacía.

De repente todo el mundo empezó a hablar a la vez. Culla abandonó su asiento en la primera fila para unirse a deSilva. Jacob sintió el paso del aire cuando la doctora Martine corrió por el pasillo para situarse al lado de Kepler.

Jacob se puso en pie y se volvió hacia Fagin, que se encontraba en el pasillo.

—Fagin, voy a averiguar qué es lo que pasa. Espera aquí.

—No será necesario —trinó filosóficamente el kantén.

—¿Qué quieres decir?

—Pude oír lo que le dijeron a la comandante humana Helene deSilva por teléfono, Amigo-Jacob. No es una buena noticia.

Jacob gritó para sus adentros. ¡Siempre impasible, maldita planta larguirucha!  
¡Naturalmente que no es una buena noticia!

—¿Entonces qué demonios está sucediendo? —preguntó.

—Lo lamento sinceramente, Amigo-Jacob. ¡Parece que la Nave Solar del chimpancé-científico Jeffrey ha sido destruida en la cromosfera de vuestro sol!

# 11

## TURBULENCIA

Bajo la luz ocre del holo-tanque, la doctora Martine pronunciaba el nombre de Kepler una y otra vez, pasando la mano ante sus ojos vacíos. El público se subió al estrado, inquieto. El alienígena Culla permanecía de pie solo, mirando a Kepler, con su gran cabeza rodando levemente sobre sus finos hombros.

—Culla... —le llamó Jacob.

El pring no pareció oírle. Los grandes ojos estaban apagados y Jacob pudo oír un zumbido, como un castañeteo de dientes, procedente de detrás de los gruesos labios de Culla.

Jacob frunció el ceño ante la torva luz roja que fluía del holo-tanque. Se acercó al anonadado Kepler, y le quitó suavemente el controlador de las manos. Martine no le advirtió mientras intentaba en vano llamar la atención del científico.

Tras un par de intentos con el controlador, Jacob consiguió que la imagen se difuminara y logró encender las luces de la sala. La situación pareció ahora mucho más fácil de abordar. Los otros debieron sentirlo también, porque remitió la cacofonía de voces.

DeSilva alzó la mirada y vio a Jacob con el controlador en la mano. Le sonrió, mostrando su agradecimiento. Luego volvió al teléfono y formuló algunas claras preguntas a la persona que se hallaba al otro lado de la línea.

Un equipo médico llegó corriendo con una camilla. Bajo las indicaciones de la doctora Martine, colocaron a Kepler en ella y suavemente se abrieron paso entre la multitud congregada en la puerta.

Jacob se volvió hacia Culla. Fagin había conseguido colocar una silla tras el Representante de la Biblioteca e intentaba que se sentara.

El rumor de las hojas y el silbido aflautado remitió cuando Jacob se acercó.

—Creo que se encuentra bien —dijo el kantén con su voz cantarina—. Es un individuo altamente empático, y me temo que lamentará excesivamente la pérdida de su amigo Jeffrey. A menudo es la reacción típica de las especies más jóvenes ante la muerte de alguien con quien han intimado.

—¿Hay algo que podamos hacer? ¿Puede oírnos?

Los ojos de Culla no parecían enfocados. Pero de todas formas Jacob nunca había sabido interpretarlos. Continuó el chasquido en el interior de la boca del alienígena.

—Creo que puede oírnos —respondió Fagin.

Jacob agarró a Culla por el brazo. Le pareció muy fino y suave, como si no tuviera huesos.

—Vamos, Culla —dijo—. Tiene una silla detrás. Todos nos sentiríamos bastante

mejor si se sentase.

El alienígena intentó responder. Los gruesos labios se separaron, y de repente el chasquido sonó muy fuerte. La coloración de sus ojos cambió levemente y sus labios volvieron a cerrarse. Asintió tembloroso y permitió que le condujeran hasta la silla. Lentamente, apoyó la redonda cabeza en sus finas manos.

Empático o no, había algo extraño en que el alienígena sintiera con tanta fuerza la muerte de un hombre, un chimpancé, que debido a su química corporal fundamental sería siempre un extraño, un ser cuyos antepasados nadaban en diferentes mares que los suyos y boqueaban con sorpresa anaeróbica ante la luz de una estrella completamente diferente.

—Les agradeceré su atención —dijo deSilva desde el atril—. Para los que no se hayan enterado todavía, los informes preliminares indican que es probable que hayamos perdido la nave del doctor Jeffrey en la región activa J-12, cerca de la mancha solar Jane. Se trata tan sólo de un informe preliminar, y habrá que esperar nuevas confirmaciones hasta que podamos estudiar la telemetría que recibimos para aclararlo.

LaRoque hizo señas desde el otro extremo de la sala para atraer la atención de la comandante. En una mano sostenía una pequeña estenocámara, un modelo distinto al que le habían quitado en la Caverna. Jacob se preguntó por qué Kepler no le había devuelto todavía la otra.

—Señorita deSilva —interrumpió LaRoque—, ¿podrá la prensa asistir a la revisión telemétrica? Debería haber una grabación pública. —En su excitación, el acento de LaRoque había desaparecido casi por completo. Sin él, la anacrónica apelación «señorita deSilva» sonaba muy extraña.

Ella hizo una pausa sin mirar directamente al hombre. Las Leyes de Testigos eran muy claras a la hora de negar las grabaciones públicas de las noticias sin un «sello» de la Agencia de Registro de Secretos.

Incluso la gente de la ARS, que propugnaba la honestidad por encima de la ley, sentía reparos en permitirlo. LaRoque la había acorralado, obviamente, pero no presionaba. Todavía.

—Muy bien. La galería de observación situada sobre el Centro de Control puede albergar a todo el que quiera venir... excepto —miró a un puñado de miembros de la base que se habían agrupado cerca de la puerta—, aquellos que tengan trabajo que hacer.

Terminó su parlamento alzando una ceja. Hubo un rumor de movimiento inmediato junto a la salida.

—Nos reuniremos dentro de veinte minutos —anunció ella, y bajó de la tarima.

Los miembros del personal de la Colonia Hermes se marcharon de inmediato. Los que llevaban ropas terrestres, recién llegados y visitantes, lo hicieron más despacio.

LaRoque ya se había marchado, de camino sin duda a la estación más serena para enviar su historia a la Tierra.

En cuanto a Bubbacub, había estado hablando con la doctora Martine antes de que empezara la reunión, pero el pequeño alienígena con aspecto de oso no había asistido. Jacob se preguntó dónde había estado.

Helene deSilva se reunió con Fagin y con él.

—Culla es muy impresionable —le dijo a Jacob en voz baja—.

Solía bromear diciendo que se llevaba tan bien con Jeffrey porque los dos estaban muy bajos en el estatus, y porque hacía muy poco que ambos habían descendido de los árboles. —Miró a Culla con pena y colocó una mano en la cabeza del alienígena.

Seguro que eso es reconfortante, pensó Jacob.

—La tristeza es el requisito primario de los jóvenes. —Fagin agitó sus hojas, como un rumor de dólares arrastrados por la brisa.

DeSilva dejó caer su mano.

—Jacob, el doctor Kepler dejó instrucciones escritas para que consultara con Fagin y con usted si le sucedía algo.

—¿De veras?

—Sí. Por supuesto, la directiva tiene poco peso legal. Todo lo que puedo hacer es dejarle participar en nuestras reuniones de personal.

Pero está claro que cualquier cosa que pueda ofrecer sería útil. Esperaba que sobre todo ustedes dos no se perdieran la revisión telemétrica.

Jacob apreció su postura. Como comandante de la base, llevaría la carga de cualquier decisión que se tomara hoy. Sin embargo, para la gente que ahora había en Mercurio, LaRoque era hostil al proyecto, Martine no sentía mucha simpatía por él, y Bubbacub era un enigma. Si la Tierra oía muchas versiones de lo que sucedía aquí, iría también en su interés tener algunos amigos.

—Por supuesto —silbó Fagin—. Ambos nos sentiremos honrados de ayudar a su personal.

DeSilva se volvió hacia Culla y le preguntó suavemente si se encontraba bien. Tras una pausa, el alienígena alzó la cabeza y asintió con lentitud. El castañeteo había cesado, pero los ojos de Culla eran todavía sombríos, con brillantes puntos fluctuando en los bordes. Parecía exhausto y deprimido.

DeSilva se marchó para ayudar a preparar la revisión telemétrica.

Poco después, Pil Bubbacub entró con aire de importancia en la sala, el pelaje revuelto alrededor de su grueso cuello. Su boca se movió con rápidos gestos al hablar, y el volor de su pecho expuso las palabras en un radio audible.

—He oído la noticia. Es vital que todos estemos en la revisión te-le-métrica, así que les acompañaré a-llí.

Bubbacub vio a Culla sentado con aire ausente en la frágil silla plegable, detrás de

Jacob.

— ¡Culla! —llamó. El pring alzó la cabeza, vaciló y luego hizo un gesto que Jacob no comprendió, y que parecía implicar súplica, negación.

Bubbacub se agitó. Emitió rápidamente una serie de chasquidos y agudos trinos. Culla se puso en pie. Bubbacub se dio la vuelta al instante y empezó a dar poderosas zancadas hacia la puerta.

Jacob, Fagin y Culla le siguieron. De alguna parte situada en lo alto de la «cabeza» de Fagin surgió una extraña música.

## 12

# GRAVEDAD

La Sala de Telemetrías, mantenida de modo automático, parecía pequeña. Apenas media docena de consolas en dos filas bajo una gran pantalla visora. Tras una barandilla, sobre un dosel, los invitados observaban cómo los operadores comprobaban cuidadosamente los datos grabados.

De vez en cuando alguno de los operadores se inclinaba hacia adelante y escrutaba algún detalle en la pantalla, con la vana esperanza de encontrar una pista de que la Nave Solar todavía existía allá abajo.

Helene deSilva se encontraba ante el par de consolas más cercanas al dosel.

La grabación de las últimas observaciones de Jeffrey aparecían en una pantalla.

EL VIAJE ES SUAVE COMO UNA SEDA EN MODO AUTOMÁTICO... TUVE QUE APAGAR EL FACTOR TIEMPO DE DIEZ DURANTE LA TURBULENCIA... ACABO DE COMER DENTRO DE VEINTE SEGUNDOS JA JA...

Jacob sonrió. Podía imaginar la diversión del pequeño chimpancé con el diferencial de tiempo.

AHORA HE PASADO EL PUNTO TAU UNO... LÍNEAS DE CAMPO CONVERGEN ARRIBA... LOS INSTRUMENTOS INDICAN QUE HAY UN REBAÑO, TAL COMO DIJO HELENE... CERCA DE UN CENTENAR... ME ACERCO...

Entonces sonó la voz simiesca de Jeffrey, gruñona y brusca.

—¡Chicos, esperad a que os hable de los árboles! ¡El primero a solas en el sol! ¡Muérete de envidia, Tarzán!

Uno de los controladores empezó a reírse, luego se interrumpió. El sonido acabó pareciéndose a un sollozo.

Jacob dio un respingo.

—¿Quiere decir que estaba solo allá abajo?

—¡Creía que lo sabía! —DeSilva parecía sorprendida—. Las inmersiones son casi automáticas hoy en día. Sólo un ordenador puede ajustar los campos de estasis con la suficiente rapidez para impedir que la turbulencia reduzca al pasajero a gelatina. Jeffrey... tenía dos: uno a bordo y también un láser remoto de la gran máquina que tenemos aquí en Mercurio. De todas formas, ¿qué puede hacer un hombre, además de añadir un toque acá o allá?

—¿Pero por qué añadir más riesgo?

—Fue idea del doctor Kepler —respondió ella, un poco a la defensiva—. Quería ver si eran sólo las pautas psi humanas las que hacían que los Espectros huyeran o

hicieran gestos amenazantes.

—Nunca llegamos a esa parte en la reunión.

Ella se apartó un rizo dorado.

—Sí, bueno, en nuestros primeros encuentros con los magnetóvoros nunca vimos a ninguno de los pastores. Cuando lo hicimos, los observamos desde lejos para decidir su relación con las demás criaturas. Cuando por fin nos acercamos, al principio los pastores huyeron. Luego su conducta cambió radicalmente. Aunque la mayoría escapaba, uno o dos se acercaban trazando un arco a la nave, en el plano de la plataforma de instrumentos, y se quedaban al lado.

Jacob sacudió la cabeza.

—Creo que no comprendo...

DeSilva miró la consola más cercana, pero no había ningún cambio. Los únicos informes de la nave de Jeffrey eran datos solonómicos, informes de rutina sobre las condiciones solares.

—Bueno, Jacob, la nave es una cubierta plana dentro de una concha reflectante casi perfecta. Los Motores de Gravedad, los Generadores de Campos de Estasis y el Láser Refrigerador están todos en la esfera más pequeña que se encuentra en mitad de la cubierta.

Los instrumentos de grabación se alinean en el borde de la cubierta en la parte del «fondo», y la gente ocupa la parte «superior», de forma que ambas ven sin problemas en cualquier dirección. ¡Pero no habíamos contado con que algo esquivara nuestras cámaras a propósito!

—Si el Espectro salía del campo de visión de sus instrumentos acercándose por arriba, ¿por qué no girar simplemente la nave? Tienen completo control gravitatorio.

—Lo intentamos. ¡Simplemente desaparecían! O peor, se quedaban encima por rápido que giráramos. ¡Sólo gravitan! Fue entonces cuando algunos miembros de la tripulación empezaron a ver formas antropomorfas de lo más raro.

De repente, la voz áspera de Jeffrey volvió a llenar la sala.

—¡Eh! ¡Hay todo un grupo de perros pastor dando vueltas alrededor de esos toroides! ¡Me acerco a saludarlos! ¡Lindos perritos!

Helene se encogió de hombros.

—Jeffrey siempre fue un escéptico. Nunca vio ninguna de las formas-en-el-techo y siempre llamaba a los pastores «perros pastor» porque no veía nada en su conducta que implicara inteligencia.

Jacob sonrió amargamente. La condescendencia del superchimpancé hacía la raza canina era uno de los aspectos más humorísticos de su obsesión participativa. Tal vez también diluía su sensibilidad sobre la relación especial del perro con los seres humanos, anterior a la suya propia. Muchos chimpancés tenían perros por mascotas.

—¿Llamaba toroides a los magnetóvoros?

—Sí, tienen forma de donuts grandes. Los habría visto en la reunión si no... nos hubieran interrumpido. —Ella sacudió la cabeza tristemente y miró al suelo.

Jacob se agitó, inquieto.

—Estoy seguro de que no hay nada que se pudiera haber hecho... —empezó a decir. Entonces se dio cuenta de que estaba haciendo el tonto. DeSilva asintió una sola vez y se volvió hacia la consola; se entretuvo con las lecturas técnicas, o fingió hacerlo.

Bubbacub yacía tendido sobre un cojín, a la izquierda, cerca de la barrera. Tenía un libro play-back en las manos y había estado leyendo, totalmente absorto, los extraños caracteres que aparecían de arriba abajo en la diminuta pantalla. El pil alzó la cabeza y prestó atención cuando sonó la voz de Jeffrey, y luego miró enigmáticamente a Pierre LaRoque.

Los ojos de LaRoque destellaron mientras grababa un «momento histórico». De vez en cuando hablaba con voz excitada al micrófono de su estenocámara prestada.

—Tres minutos —dijo deSilva con voz apagada.

Durante un minuto no sucedió nada. Entonces volvieron a aparecer en la pantalla las grandes letras.

¡LOS CHICOS GRANDES SE DIRIGEN HACIA MÍ PARA VARIAR! AL MENOS UNA PAREJA. ACABO DE CONECTAR LAS CÁMARAS... ¡EH! ¡ACABO DE SENTIR UNA SACUDIDA AQUÍ DENTRO! ¡TEMPO-COMPRESIÓN ATASCADA!

— ¡Voy a interrumpir! —dijo de repente la voz profunda y ronca—. Subo rápido... ¡Más sacudidas! ¡«S» cayendo! ¡Los etés! Ellos...

Se produjo un breve estallido de estática, y luego el silencio seguido de un agudo siseo cuando el operador de la consola intentó sintonizar de nuevo. Luego, nada.

Durante un largo instante nadie dijo una palabra. Entonces uno de los operadores se levantó de su asiento.

—Implosión confirmada —dijo.

DeSilva asintió.

—Gracias. Por favor, preparen un sumario de los datos para transmitirlos a la Tierra.

Extrañamente, la emoción más fuerte que sintió Jacob fue de orgullo. Como miembro del personal del Centro de Elevación, había advertido que Jeffrey abandonó su teclado en los últimos momentos de su vida. En vez de retirarse ante el miedo, hizo un gesto difícil y orgulloso. El terrestre Jeffrey habló en voz alta.

Jacob quiso mencionárselo a alguien. Si alguno de los presentes era capaz de comprenderlo, era Fagin. Se acercó al kanten, pero Pierre LaRoque siseó bruscamente antes de que llegara a él.

—¡Idiotas! —El periodista miró alrededor con expresión de incredulidad—. ¡Y



yo soy el idiota más grande de todos! ¡Tendría que haberme dado cuenta de lo peligroso que era enviar a un chimpancé sin compañía al sol!

La sala permaneció en silencio. Rostros sorprendidos se volvieron hacia LaRoque, quien agitó los brazos en un gesto expansivo.

—¿Es que no lo ven? ¿Están todos ciegos? Si los solarianos son nuestros antepasados, y de eso no puede haber duda, entonces se han tomado la molestia de evitarnos durante milenios. Pero tal vez algún distante afecto les ha impedido destruirnos hasta ahora.

»Han intentado advertirles a ustedes y a sus Naves Solares de formas que no pudieron ignorar, y sin embargo insistieron en inmiscuirse. ¿Cómo iban a reaccionar esos poderosos seres, pues, si son molestados por una raza pupilo de la raza que ellos abandonaron? ¿Qué esperaban que hicieran al ser invadidos por un mono?

Varios operarios se levantaron de sus asientos, airados. De-Silva tuvo que alzar la voz para aplacarlos. Se volvió hacia LaRoque, con una expresión de férreo control en sus rasgos.

—Señor, si desea expresar su interesante hipótesis por escrito, con un mínimo de inventiva, el personal se sentirá feliz de considerarla.

—Pero...

—¡Y eso será suficiente por ahora! ¡Ya tendremos tiempo de sobra para hablar de ello más tarde!

—No, no tenemos tiempo en absoluto.

Todos se volvieron. La doctora Martine se encontraba al fondo de la Galería, en el pasillo.

—Creo que debemos discutirlo ahora mismo —dijo.

—¿Se encuentra bien el doctor Kepler? —preguntó Jacob.

Ella asintió.

—Vengo de su habitación. Conseguí sacarlo de su shock y ahora está durmiendo. Pero antes de quedarse dormido insistió en que se hiciera otra inmersión ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¿Por qué? ¿No deberíamos esperar a saber con seguridad lo que sucedió con la nave de Jeffrey?

—¡Ya sabemos lo que le sucedió a la nave de Jeff! —respondió ella bruscamente—. ¡Al entrar he oído lo que ha dicho el señor LaRoque, y no me gusta la forma en que han recibido su idea! ¡Están tan orgullosos y seguros de sí mismos que no saben escuchar una idea interesante!

—¿Quiere decir que realmente piensa que los Espectros son nuestros Tutores Ancestrales? —DeSilva mostró su incredulidad.

—Tal vez sí, y tal vez no. ¡Pero el resto de su explicación tiene sentido! Después de todo, antes de esto, ¿hicieron los solarianos algo más que amenazar? Y ahora de

repente se vuelven violentos. ¿Por qué?

¿Podría ser que no sintieran remordimientos por matar a un miembro de una especie tan inmadura como la de Jeff?

Martine sacudió la cabeza tristemente.

—¿Saben una cosa? ¡Es sólo cuestión de tiempo que los humanos se den cuenta de cuánto van a tener que adaptarse! El hecho es que las demás razas que respiran oxígeno se someten a un sistema de estatus... un orden vertical basado en la veteranía, fuerza y parentesco. A muchos de ustedes no les parece agradable. ¡Pero es así como son las cosas! Y si no queremos que nos suceda como a las razas no-europeas del siglo XIX, tendremos que aprender la forma en que les gusta ser tratadas a las especies más fuertes.

Jacob frunció el ceño.

—Está diciendo que si muere un chimpancé, y los seres humanos son amenazados o despreciados, entonces...

—Entonces tal vez los solarianos no quieren relacionarse con niños y animales...

—Uno de los operadores dio un puñetazo a su consola. Una mirada de deSilva lo tranquilizó—. Pero podrían estar dispuestos a hablar con una delegación de miembros de especies más viejas y experimentadas. Después de todo, ¿cómo podemos saberlo si no lo intentamos?

—Culla nos ha acompañado en la mayoría de nuestras inmersiones —murmuró el operador—. Y es un embajador experimentado.

—Con todo el respeto debido a Pring Culla. —Martine se inclinó levemente hacia el alto alienígena—. Es miembro de una raza muy joven. Casi tanto como la nuestra. Está claro que los solarianos no consideran que sea más digno de su atención que nosotros.

»No, propongo que nos aprovechemos de la presencia sin precedentes aquí en Mercurio de dos miembros de razas antiguas y honorables. Deberíamos pedir humildemente a Pil Bub-bacub y a Kant Fagin que se unan a nosotros, allá en el Sol, en un último intento por entablar contacto.

Bubbacub se levantó lentamente. Miró alrededor de forma deliberada, consciente de que Fagin esperaba que hablara primero.

—Si los seres humanos dicen que me necesitan en el sol, entonces, a pesar de los visibles peligros de las pri-mi-tivas Naves Sola-res, me siento in-clinado a a-ceptar.

Regresó con complacencia a sus cojines.

Fagin se agitó.

—También yo me siento complacido —dijo—. De hecho, haría cualquier trabajo para ganarme el pasaje en una nave semejante. No puedo imaginar qué ayuda podría ofrecer. Pero iré contento.

—¡Pues yo me opongo, maldita sea! —gritó deSilva—. Me niego a aceptar las

implicaciones políticas de llevar a Pil Bubbacub y Kant Fagin, sobre todo después del accidente. Habla usted de buenas relaciones con las razas alienígenas, doctora Martine, ¿pero puede imaginar lo que sucedería si murieran allá abajo en una nave terrestre?

—¡Oh, tonterías! —dijo Martine—. Si alguien puede manejar las cosas para que ninguna culpa recaiga sobre la Tierra, son precisamente estos sofones. Después de todo, la galaxia es un lugar peligroso.

Estoy segura de que podrían dejar testamentos o algo parecido.

—En mi caso, estos documentos ya están grabados —dijo Fagin.

También Bubbacub declaró su magnánima disposición para arriesgar la vida en una nave primitiva, absolviendo a todos de cualquier responsabilidad. El pil se volvió cuando LaRoque empezó a darle las gracias. Incluso Martine pidió al hombre que se callara.

DeSilva miró a Jacob, que se encogió de hombros.

—Bueno, tenemos tiempo. Demos tiempo a la tripulación para comprobar los datos de la inmersión de Jeff, y que el doctor Kepler se recupere. Mientras tanto, podemos referir a la Tierra esta idea en busca de sugerencias.

Martine suspiró.

—Ojalá fuera tan simple, pero no lo han pensado bien. Piensen que si intentamos hacer las paces con los solarianos, deberíamos regresar al mismo grupo que fue ofendido por la visita de Jeff.

—Bueno, no estoy segura de que eso sea necesario, pero no suena mal.

—¿Y cómo planea encontrar al mismo grupo allí, en la atmósfera solar?

—Supongo que tendrían que regresar a la misma región activa, donde están pastando los rebaños... Oh, ya veo lo que quiere decir.

—Seguro que sí —sonrió—. No hay ninguna «solografía» permanente para hacer ningún mapa. ¡Las regiones activas y las manchas solares se desvanecen en cuestión de semanas! El sol no tiene superficie *per se*, sólo diferentes niveles y densidades de gas. Incluso el ecuador rota más rápido que las demás latitudes ¿Cómo van a encontrar el mismo grupo si no parten ahora mismo, antes de que el daño causado por la visita de Jeff se extienda por toda la estrella?

Jacob se volvió hacia deSilva, aturdido.

—¿Cree que podría tener razón, Helene?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Quién sabe? Tal vez. Es algo a tener en cuenta. Pero lo que sí sé es que no vamos a hacer nada hasta que el doctor Kepler esté recuperado y pueda oírnos.

La doctora Martine frunció el ceño.

—¡Ya se lo he dicho antes! ¡Dwayne estuvo de acuerdo en que había que enviar otra expedición inmediatamente!

— ¡Y yo esperaré a oírsele en persona! —respondió deSilva, acalorada.

—Bien, aquí estoy, Helene.

Dwayne Kepler se encontraba en la puerta, apoyado contra el quicio. Junto a él, agarrándolo por el brazo, el médico jefe Laird. Los dos miraron a la doctora Martine.

—¡Dwayne! ¿Qué está haciendo levantado? ¿Quiere sufrir un infarto? —Martine avanzó hacia él, furiosa y preocupada, pero Kepler le hizo un gesto para que no se moviera.

—Me encuentro bien, Millie. Acabo de adulterar la receta que me dio, eso es todo. En dosis menores es igual de útil, y sé que no pretendía nada malo. ¡Pero no me servía de nada quedarme fuera de combate de esa forma!

Kepler se echó a reír débilmente.

—En cualquier caso, me alegro de no haber estado demasiado drogado para oír su brillante discurso. Lo escuché casi todo desde la puerta.

Martine se ruborizó.

Jacob se sintió aliviado al comprobar que Kepler no mencionaba su participación en aquello. Después de aterrizar y trabajar en el laboratorio, pareció una pérdida de tiempo no seguir adelante y analizar las muestras de los medicamentos de Kepler que había robado a bordo de la Bradbury.

Por fortuna, nadie había preguntado de dónde había sacado las muestras. Aunque cuando consultó al cirujano de la base le dijo que algunas de las dosis parecían un poco elevadas, todas las drogas, excepto una, resultaron ser normales para el tratamiento de estados maníacos suaves.

La droga desconocida todavía rondaba por la mente de Jacob: un misterio más que resolver. ¿Qué tipo de problema físico requería grandes dosis de un poderoso anticoagulante? El doctor Laird se irritó. ¿Por qué Martine había prescrito Warfarin?

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —preguntó deSilva.

Ayudó al médico a guiarle hasta una silla.

—Me encuentro bien —respondió Kepler—. Además, hay cosas que no pueden esperar.

»Primero, no estoy tan convencido de la teoría de Millie según la cual los Espectros saludarán a Pil Bubbacub o a Kant Fagin con más entusiasmo del que nos han mostrado a los demás. ¡Pero sí sé que no voy a aceptar ninguna responsabilidad por llevarlos a una inmersión! El motivo es que si murieran no sería a manos de los solarianos... sino por culpa de los seres humanos. Tendría que haber otra inmersión ahora mismo, sin nuestros distinguidos amigos extraterrestres, desde luego... y debería marchar inmediatamente hacia la misma región, como sugirió Millie.

DeSilva sacudió la cabeza con énfasis.

— ¡No estoy de acuerdo, señor! O bien los Espectros mataron a Jeff, o algo le pasó a su nave. Y creo que fue lo segundo, por mucho que odie admitirlo...

Tendríamos que comprobarlo todo antes de...

—Oh, no hay ninguna duda de que fue la nave —interrumpió Kepler—. Los Espectros no mataron a nadie.

—¿Cómo dice? —gritó LaRoque—. ¿Está ciego? ¿Cómo puede negar lo evidente?

—Dwayne —dijo Martine suavemente—. Ahora está demasiado cansado para pensar en esto.

Kepler la apartó.

—Discúlpeme, doctor Kepler —dijo Jacob—. ¿No mencionó algo sobre el peligro procedente de los seres humanos? La comandante deSilva probablemente piensa que se refería a que un error en la preparación de la nave de Jeff causó su muerte. ¿Está hablando de otra cosa?

—Sólo quiero saber una cosa —dijo Kepler lentamente—. ¿Mostró la telemetría que la nave de Jeff fue destruida por un colapso de su campo de estasis?

El operador de la consola que había hablado antes dio un paso al frente.

—Bueno... sí, señor. ¿Cómo lo sabía?

—No lo sabía. —Kepler sonrió—. Pero lo había supuesto, después de pensar en un sabotaje.

—¿Qué? —gritaron casi al unísono Martine, deSilva y LaRoque.

Y de repente Jacob lo vio.

—¿Quiere decir durante la visita...? —se volvió a mirar a LaRoque. Martine siguió su mirada y boqueó.

LaRoque dio un paso atrás, como si lo hubieran golpeado.

—¡Está loco! —gritó—. ¡Y usted también! —Señaló a Kepler con un dedo—. ¿Cómo pude sabotear los motores cuando me encontré mareado todo el tiempo que estuve en ese sitio de locos?

—Mire, LaRoque —dijo Jacob—. No he dicho nada, y estoy seguro de que el doctor Kepler tan sólo está especulando. —Miró dubitativo a Kepler.

Éste sacudió la cabeza.

—Estoy hablando en serio. LaRoque pasó una hora junto al Generador de Gravedad de Jeff, sin nadie cerca. Comprobamos el Generador de Gravedad en busca de algún daño que pudiera haber sido causado por alguien que usara las manos desnudas, y no encontramos nada. No se me ocurrió hasta después de comprobar la cámara del señor LaRoque.

»¡ Entonces descubrí que uno de sus aparatitos es un pequeño aturdidor sónico! —Sacó la grabadora de uno de sus bolsillos—. ¡Fue así como se dio el beso de Judas!

LaRoque se ruborizó.

—El aturdidor es un aparato de defensa normal en los periodistas.

Incluso lo había olvidado. ¡Y nunca podría haber dañado a una máquina tan

grande!

»¡Todo esto no tiene sentido! ¡Este lunático arcaico-religioso y terra-chauvinista que casi ha destruido toda oportunidad de encontrarnos con nuestros Tutores como amigos, se atreve a acusarme de un crimen para el que no hay ningún motivo! ¡Asesinó a ese pobre mono, y desea echar la culpa a otro!

—Cállese, LaRoque —dijo deSilva. Se volvió hacia Kepler—. ¿Es consciente de lo que dice, señor? Un ciudadano no podría cometer un asesinato simplemente porque no le gusta un individuo. Sólo una Personalidad Condicional podría matar sin causa. ¿Se le ocurre alguna razón por la que el señor LaRoque pudiera haber hecho algo tan drástico?

—No lo sé. —Kepler se encogió de hombros. Miró a LaRoque—. Un ciudadano que tiene justificaciones para matar sigue sintiendo remordimientos después. No parece que el señor LaRoque lamente nada, así que o bien es inocente, o es un buen actor... ¡o quizá después de todo es un Condicional!

— ¡En el espacio! —gritó Martine—. Eso es imposible, Dwayne. Y lo sabe. Todos los espaciopuertos están repletos de receptores-C. ¡Y todas las naves están también equipadas con detectores! ¡Debería pedir disculpas al señor LaRoque!

Kepler hizo una mueca.

—¿Disculpas? LaRoque mintió sobre su «mareo» en el bucle gravitatorio. Envié un masergama a la Tierra. Quería que su periódico me enviara un dossier sobre él. Se alegraron mucho de complacerme.

»¡ Parece que el señor LaRoque es un astronauta entrenado! ¡Fue separado del servicio por «razones médicas»... una frase que se utiliza a menudo cuando los test-C de una persona llegan a niveles condicionales y se ve obligado a renunciar a un trabajo sensible!

»Eso tal vez no demuestre nada, pero significa que LaRoque tenía demasiada experiencia con las naves espaciales como para "asustarse de muerte" en el bucle de gravedad de Jeffrey. Ojalá lo hubiera sabido a tiempo para avisar a Jeff.

LaRoque protestó y Martine puso objeciones, pero Jacob se dio cuenta de que las opiniones en la sala se volvían contra ellos. DeSilva miró a LaRoque con un frío salvajismo que sorprendió un poco a Jacob.

—Espere un momento. —Alzó una mano—. ¿Por qué no comprobamos si hay aquí en Mercurio algún condicional sin transmisor?

Sugiero que todos enviemos a la Tierra nuestras pautas retinales para comprobarlas. Si el señor LaRoque no está catalogado como condicional, entonces el doctor Kepler tendrá que demostrar por qué un ciudadano pudo pensar que tenía motivos para matar.

— ¡Muy bien, pues hagámoslo ahora, por el amor de Kukulcán! —chilló LaRoque—. ¡Pero únicamente con la condición de que no sea yo solo! Por primera

vez, Kepler empezó a parecer inseguro. En su beneficio, deSilva ordenó que toda la base quedara reducida a la gravedad de Mercurio. El Centro de Control respondió que la conversión tardaría unos cinco minutos. La comandante anunció por el intercomunicador que los visitantes y los miembros de la base pasarían por las pruebas de identificación, y luego se marchó para supervisar los preparativos.

El personal presente en la Sala de Telemetría empezó a dirigirse hacia los ascensores. LaRoque se mantuvo cerca de Kepler y Martine, como para demostrar su ansiedad por rebatir los cargos en su contra, la barbilla alzada en una expresión de martirio.

Los tres, junto con Jacob y dos miembros del personal, esperaban uno de los ascensores cuando sucedió el cambio de gravedad. Pareció que el suelo empezaba a hundirse de repente.

Todos estaban acostumbrados a los cambios de gravedad: muchas partes de la Base Kermes no tenían la gravedad terrestre. Pero normalmente la transición era a través de una compuerta de estasis controlada, algo que no era más agradable que esto, pero que la familiaridad hacía menos desconcertante. Jacob deglutió con dificultad, y uno de los miembros del personal se tambaleó ligeramente.

Con un súbito movimiento violento, LaRoque se lanzó hacia la cámara que Kepler tenía en la mano. Martine abrió la boca y Kepler gruñó, sorprendido. El miembro del personal recibió un puñetazo en la cara al intentar agarrar a LaRoque, que giró como un acróbata y empezó a correr pasillo abajo, alzando su cámara recuperada. Jacob y el otro operario le dieron caza, instintivamente.

Jacob sintió un destello de dolor en el hombro. Algo en su mente habló mientras esquivaba otro rayo aturdidor. «Vale —dijo—. Este es mi trabajo. Ahora yo me hago cargo.»

Se encontraba de pie en un pasillo, esperando. Había sido divertido, pero ahora era un auténtico infierno. El pasillo se oscureció durante un instante. Él abrió la boca y extendió la mano para afianzarse a la áspera pared mientras su visión se aclaraba.

Estaba solo en un corredor de servicio, con el hombro dolorido y los restos de una profunda y casi complaciente sensación de satisfacción que se disipaba como un sueño. Miró cuidadosamente a su alrededor, y luego suspiró.

—De modo que te hiciste cargo y pensaste que podías arreglártelas sin mí, ¿eh? —gruñó. El hombro le tintineaba como si acabara de despertar.

Jacob no tenía ni idea de cómo su otra mitad se había liberado, ni por qué había intentado encargarse de las cosas sin la ayuda de la personalidad principal. Pero debió encontrarse con problemas para renunciar ahora.

Una sensación de resentimiento respondió a aquella idea. El señor Hyde era muy sensible en lo referente a sus limitaciones, pero por fin se produjo la capitulación.

¿Eso es todo? Regresaron los recuerdos completos de los últimos diez minutos.

Se echó a reír. Su yo amoral se había visto enfrentado a una barrera infranqueable.

Pierre LaRoque se hallaba en una habitación al fondo del pasillo.

Entre el caos que siguió a su captura de la cámara-aturdidor, sólo Jacob pudo seguirlo, y egoístamente había recabado la tarea para sí.

Había jugado al gato y el ratón, dejándole pensar que había eludido toda persecución. Una vez incluso esquivó a un pelotón de personal de la base que se acercó demasiado.

Ahora LaRoque se estaba poniendo un traje espacial en un vestuario situado a unos veinte metros de una escotilla. Llevaba cinco minutos allí dentro y tardaría al menos otros diez en terminar. Ésa era la barrera infranqueable. El señor Hyde no podía esperar. Sólo era un conjunto de impulsos, no una personalidad, y Jacob tenía toda la paciencia del mundo. Lo había planeado así.

Jacob reprimió su disgusto, pero no sin sentir un retortijón. No hacía mucho que aquel impulso había sido una parte diaria de él. Podía comprender el dolor que la espera causaba a la pequeña personalidad artificial que demandaba gratificación instantánea.

Pasaron los minutos. Jacob observó el suelo en silencio. Incluso en su plena consciencia empezó a sentirse impaciente. Hizo falta un serio esfuerzo para mantener la mano apartada del pomo de la puerta.

El pomo empezó a girar. Jacob dio un paso atrás, con las manos a los costados.

La burbuja vidriosa de un casco asomó en la abertura cuando se abrió la puerta. LaRoque miró a la izquierda y luego a la derecha. Siseó al ver a Jacob. La puerta se abrió del todo y el hombre avanzó con una barra de material plástico en la mano.

Jacob alzó una mano.

—¡Alto, LaRoque! Quiero hablar con usted. De todas formas no puede marcharse.

—No quiero lastimarle, Demwa. ¡Corra! —La voz de LaRoque resonaba nerviosa en el altavoz que llevaba en el pecho. Blandió amenazante la barra de plástico.

Jacob sacudió la cabeza.

—Lo siento. Estropeé la compuerta del pasillo antes de esperarle aquí. Tendrá que hacer un largo paseo con ese traje espacial antes de encontrar la siguiente.

La cara de LaRoque reflejó el impacto.

—¿Por qué? ¡No he hecho nada! ¡Sobre todo a usted!

—Ya lo veremos. Mientras tanto, hablemos. No hay mucho tiempo.

—¡Hablaré! —gritó LaRoque—. ¡Hablaré con esto! —Avanzó blandiendo la barra.

Jacob adoptó una pose defensiva e intentó alzar ambas manos para agarrar a LaRoque por la muñeca. Pero se había olvidado del hombro aturdido. Su mano izquierda aleteó débilmente, a mitad de camino de su posición asignada. La derecha



se disparó para bloquear la barra, y en cambio recibió un golpe. Desesperado, se lanzó hacia adelante y encogió la cabeza mientras la barra silbaba apenas unos centímetros por encima.

El movimiento, al menos, fue perfecto. La gravedad inferior le sirvió de ayuda cuando se alzó y se giró sin esfuerzo, agachándose. Pero su mano derecha estaba ahora entumecida, mientras automáticamente ignoraba el dolor de una fea magulladura. Dentro de su traje, LaRoque giró con más facilidad de lo que Jacob esperaba. ¿Qué había dicho Kepler sobre la experiencia de astronauta de LaRoque? No había tiempo.

Aquí viene otra vez.

La barra bajó con un peligroso arco. LaRoque la sujetaba con las dos manos, como si fuera un palo de kendo: era fácil de bloquear, pero para eso le harían falta las manos. Jacob se agachó y dio un cabezazo a LaRoque en el vientre. Siguió empujando hasta que los dos chocaron contra la pared del corredor. LaRoque dejó escapar un gemido y soltó la barra.

Jacob la alejó de una patada y se echó atrás.

—¡Basta, LaRoque! —jadeó—. Sólo quería hablar con usted... Nadie tiene suficientes pruebas para acusarle de nada, ¿por qué huir entonces? Por otra parte, no hay ningún sitio al que ir.

LaRoque sacudió tristemente la cabeza.

—Lo siento, Demwa. —El acento afectado había desaparecido por completo. Se abalanzó hacia adelante, con los brazos extendidos.

Jacob saltó hacia atrás hasta la distancia adecuada, contando despacio. A la cuenta de cinco, cerró los ojos. Por un instante, Jacob Demwa quedó completo. Se agachó y trazó una geodésica en su mente desde la punta de su zapato a la barbilla de su oponente. El pie siguió al arco con un chasquido que pareció extenderse durante minutos. El impacto fue suave como el cuero.

LaRoque se alzó en el aire. En su plenitud, Jacob Demwa observó a la figura enfundada en el traje espacial volar hacia atrás, a cámara lenta. Le imitó y entonces pareció que era él quien se ponía horizontal en el aire y luego cayó todo avergonzado y dolorido hasta que el duro suelo golpeó su espalda a través de la mochila.

Entonces el trance terminó y vio que estaba aflojando el casco de LaRoque. Se lo quitó y ayudó al periodista a apoyarse contra la pared.

LaRoque lloraba en voz baja.

Jacob advirtió un paquete unido a la cintura de LaRoque. Cortó la atadura y empezó a desenvolverlo, apartando las manos del periodista cuando éste se resistió.

—Bien —Jacob hizo una mueca—. No intentó utilizar el aturdidor conmigo porque la cámara era demasiado valiosa. ¿Por qué? Tal vez lo averigüemos si la ponemos en marcha.

Se incorporó y ayudó al otro hombre a ponerse en pie.

—Vamos, LaRoque. Tenemos que detenernos donde haya una máquina lectora. A menos que tenga algo que decir primero.

LaRoque sacudió la cabeza. Siguió mansamente a Jacob, que le cogía del brazo.

En el corredor principal, cuando Jacob estaba a punto de entrar en el laboratorio fotográfico, fueron localizados por un pelotón mandado por Dwayne Kepler. Incluso con la gravedad reducida, el científico se apoyaba en el brazo de un enfermero.

—¡Aja! ¡Lo capturó! ¡Magnífico! ¡Esto demuestra todo lo que dije!

¡Huía de un justo castigo! ¡Es un asesino!

—Ya lo veremos —dijo Jacob—. Lo único que demuestra esta aventura es que se asustó. Incluso un ciudadano puede comportarse de forma violenta cuando se deja llevar por el pánico. Lo que me gustaría es saber dónde pensaba que iba. ¡Ahí fuera no hay más que roca fundida! Tal vez debería hacer que algunos hombres salieran e investigaran la zona alrededor de la base, para asegurarnos.

Kepler se echó a reír.

—No creo que fuera a ninguna parte. Los condicionales nunca saben adonde van. Actúan por instinto básico. Simplemente quería salir de un sitio cerrado, como un animal acosado.

El rostro de LaRoque permaneció inexpresivo. Pero Jacob sintió que su brazo se tensaba cuando mencionó la búsqueda en la superficie, y luego se relajaba cuando Kepler descartó la idea.

—Entonces renuncia a la idea de un asesinato adulto —le dijo Jacob a Kepler mientras se giraban hacia el ascensor. Kepler caminaba lentamente.

—¿Con qué motivo? ¡El pobre Jeff jamás hizo daño a una mosca!

¡Era un chimpancé decente y temeroso de Dios! ¡Además, ningún ciudadano ha cometido un asesinato en el Sistema desde hace diez años! ¡Son tan comunes como los meteoritos de oro!

Jacob tenía sus dudas al respecto. Las estadísticas eran especialmente un comentario sobre los métodos policiales. Pero guardó silencio.

Al llegar a los ascensores, Kepler habló brevemente por un comunicador de pared. Varios hombres llegaron casi de inmediato para hacerse cargo de LaRoque.

—Por cierto, ¿encontró la cámara? —preguntó Kepler.

Jacob vaciló. Por un momento pensó en esconderla y fingir más tarde que la había descubierto.

— *Ma camera á votre onde!* —gritó LaRoque. Alargó una mano en busca del bolsillo de Jacob. Los guardias lo contuvieron. Otro se adelantó y extendió la mano. Jacob le entregó el aparato de mala gana.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kepler—. ¿Qué idioma era ése?

Jacob se encogió de hombros. Llegó un ascensor del que salió más gente, entre la

que figuraba Martine y deSilva.

—Fue sólo un insulto —dijo—. No creo que le caigan bien sus antepasados.  
Kepler se echó a reír.

## 13

# BAJO EL SOL

Para Jacob, la Cúpula de Comunicaciones parecía una burbuja envuelta en alquitrán. Alrededor de toda la semiesfera de vidrio y estasis, la superficie de Mercurio desprendía un brillo sombrío y ondulante. La cualidad líquida de la luz reflejada aumentaba la sensación de hallarse dentro de una bola de cristal que estuviera atrapada en lodo, incapaz de escapar a la limpieza del espacio.

En las inmediaciones, las propias rocas parecían extrañas.

Minerales inusitados se formaban con aquel calor y bajo el bombardeo constante de las partículas del viento solar. El ojo se sorprendía sin saber por qué ante las polvaredas y extrañas formas cristalinas. E incluso había charcos. La sola idea de pensar en ellos hacía que uno se sintiera cohibido.

Y algo más cerca del horizonte demandaba atención.

El sol. Era muy tenue, reducido por las poderosas pantallas. Pero la pelota amarillo blancuzca parecía un diente de león dorado lo suficientemente cercano para poder tocarlo, una moneda incandescente. Oscuras manchas solares corrían en grupos, en abanico, de norte a sur y luego hacia el este, apartándose del ecuador. La superficie tenía una finura que escapaba al enfoque.

Mirar directamente al sol produjo en Jacob un extraño despegue.

Reducida, pero no sintonizada en rojo, su luz bañaba la cúpula con un enérgico brillo. Chorros de luz parecían acariciar la frente de Jacob.

Era como si, al igual que algún antiguo lagarto en busca de algo más que calor, hubiera expuesto cada parte de su entidad al Señor del Espacio y, bajo aquellos fuegos, sintiera una fuerza tirar, una necesidad de irse.

Experimentó una inquietante certidumbre. Algo vivía en aquel horno. Algo terriblemente antiguo, y terriblemente distante.

Bajo la cúpula, hombres y máquinas trabajaban en una placa de silicato de hierro. Jacob volvió la cabeza para contemplar el gran pilón que llenaba el centro de la cámara y surgía de la punta del campo de estasis, asomando a la cálida luz de Mercurio.

En su punta se encontraban los máser y el láser que mantenía a la Base Mermes en contacto con la Tierra y, gracias a una cadena de satélites sincronizados, orbitando a quince millones de kilómetros por encima de la superficie, seguían a las Naves Solares hasta el Maelstrom de Helios.

El rayo máser estaba ahora en funcionamiento. Una pauta retinal tras otra volaban a la velocidad de la luz hasta los ordenadores de casa.

Era tentador imaginar que uno iba montado en aquel rayo hasta la Tierra, hacia

cielos y aguas azules.

El Lector Retinal era un pequeño aparato unido al láser óptico del sistema de ordenador diseñado por la Biblioteca. El Lector era esencialmente una gran pieza ocular contra la que un usuario humano podía apoyar la mejilla y la frente. El input óptico hacía el resto.

Aunque los extraterrestres estaban exentos de la investigación en busca de condicionales (no podían dar positivo de ningún modo, y desde luego no había ningún código retinal archivado para los miles de galácticos del sistema solar), Culla insistió en ser incluido. Como amigo de Jeffrey, reclamaba el derecho a participar, aunque fuera simbólicamente, en la investigación sobre la muerte del chimpancé científico.

Culla tuvo problemas para ajustar sus grandes ojos a las piezas.

Permaneció muy quieto durante largo rato. Finalmente, siguiendo una nota musical, el alienígena se retiró de la máquina.

El operador ajustó la altura de la pieza ocular para Helene deSilva.

Luego le llegó el turno a Jacob. Esperó hasta que ajustaron la pieza, después apretó la nariz, la mejilla y la frente contra las barras y abrió los ojos.

Un punto azul brilló dentro. Nada más. Aquello recordó algo a Jacob, aunque no pudo identificarlo. Pareció girar y chispear mientras miraba, eludiendo el análisis, como el brillo del alma de alguien.

Entonces la nota musical le dijo que su turno había acabado. Se retiró y dejó el sitio libre. Kepler se acercó, apoyándose en el brazo de Millie Martine. El científico sonrió al pasar junto a Jacob.

¡A eso me recordó!, pensó. El punto era como el brillo de los ojos de un hombre.

Bueno, eso encaja. Hoy en día los ordenadores casi piensan. Hay algunos que incluso parecen tener sentido del humor. ¿Por qué no esto también? Que los ojos de los ordenadores brillen, y pongan los brazos en jarras. Que dirijan miradas significativas que podrían matar si las miradas matasen. ¿Por qué no podrían las máquinas empezar a tomar el aspecto de aquellos a quienes absorbían?

LaRoque se sometió al Lector, con aspecto confiado. Cuando terminó, se sentó solo y silencioso bajo la mirada de Helene deSilva y varios miembros de su equipo.

La comandante de la base había traído a los miembros de reserva, mientras todos los conectados con las naves solares pasaban ante el Lector. Muchos de los técnicos protestaron por la interrupción de su trabajo. Jacob tuvo que admitir, mientras contemplaba pasar la procesión, que era todo un esfuerzo. Nunca se le había ocurrido que Helene quisiera comprobar a todo el mundo.

DeSilva había ofrecido una explicación parcial en el ascensor.

Después de poner a Kepler y a LaRoque en compartimentos separados, viajó con Jacob.

—Hay una cosa que me confunde —dijo él.

—¿Sólo una? —sonrió ella sombríamente.

—Bueno, hay una que destaca sobre las demás. Si el doctor Kepler acusa a LaRoque de sabotear la nave de Jeff, ¿por qué se opone a llevar a Bubbacub y Fagin a una nueva inmersión, sea cual sea el resultado de esta investigación? Si LaRoque es culpable, eso significaría que la siguiente inmersión sería perfectamente segura, ya que estaría neutralizado.

DeSilva le miró durante un instante, reflexionando.

—Supongo que si puedo confiar en alguien en esta base es en usted, Jacob. Así que le diré lo que pienso.

»El doctor Kepler no ha querido nunca ayuda E.T. en este programa. Comprenderá que le digo esto en estricta confidencia, pero me temo que el equilibrio habitual entre humanismo y xenofilia que sienten la mayoría de los astronautas llega un poco demasiado lejos en este caso. Su educación hace que se oponga amargamente a la filosofía danikenita, y supongo que eso se convierte en una desconfianza parcial hacia los alienígenas. Además, un montón de colegas suyos se han quedado sin trabajo debido a la Biblioteca. Para un hombre que ama tanto la investigación como él, eso debió de ser duro.

»¡No estoy diciendo que sea un piel ni nada por el estilo! Se lleva bastante bien con Fagin y consigue ocultar sus sentimientos ante los otros etés. Pero podría decir que si un hombre peligroso llegó a Mercurio, otro podría hacerlo también, y utiliza la seguridad de nuestros invitados como excusa para mantenerlos apartados de sus naves.

—Pero Culla ha participado en casi todas las inmersiones.

DeSilva se encogió de hombros.

—Culla no cuenta. Es un pupilo. Pero al menos sé una cosa: voy a tener que examinar la cabeza del doctor Kepler si esto se confirma.

Todos los hombres de esta base confirmarán su identidad, y Bubbacub y Fagin irán en la siguiente inmersión aunque tenga que obligarlos. ¡No voy a dejar que circule el menor rumor de que las tripulaciones humanas no son dignas de confianza!

Asintió, con la barbilla firme. En ese momento Jacob pensó que su determinación era excesiva. Aunque podía comprender sus sentimientos, era una lástima que masculinizara aquellos hermosos rasgos. Al mismo tiempo se preguntó si Helene estaba siendo totalmente cándida sobre sus propias motivaciones.

Un hombre que esperaba junto al enlace máser arrancó una cinta con un mensaje y se lo llevó a deSilva. Hubo un tenso silencio mientras todos la observaban leer. Entonces, sombría, se dirigió a varios de los hombres ceñudos que la rodeaban.

—Arresten al señor LaRoque. Tiene que regresar en la próxima nave que zarpe.

—¿Bajo qué acusación? —gritó LaRoque—. ¡No puede hacer esto, hembra de

Neanderthal! ¡Me encargaré de que pague por este insulto!

DeSilva le miró como si se tratara de un insecto.

—Por ahora la acusación es la eliminación ilegal de un transmisor condicional. Más adelante se añadirán otras acusaciones.

—¡Mentiras, mentiras! —aulló LaRoque mientras se levantaba de un salto. Un hombre lo agarró por los brazos y lo empujó hacia los ascensores. LaRoque estaba furioso.

DeSilva le ignoró y se volvió hacia Jacob.

—Señor Demwa, la otra nave estará lista dentro de tres horas. Iré a decírselo a los demás. Podemos dormir en ruta. Gracias de nuevo por la forma en que se encargó de las cosas abajo.

Se volvió antes de que él pudiera contestar, dando órdenes en voz baja a un hombre cercano, la eficiencia enmascarando su furia ante la noticia: ¡un condicional en el espacio!

Jacob se quedó observando durante unos minutos mientras la cúpula se vaciaba. Una muerte, una loca persecución, y ahora un delito. ¿Y qué?, pensó. El único delito demostrado hasta ahora es uno que probablemente yo mismo cometería si me declararan condicional... Eso no significa que hubiera una buena causa para que LaRoque causara también la muerte.

Por mucho que le desagradara aquel hombre, nunca le había considerado capaz de asesinar a sangre fría, a pesar de aquellos golpes con la barra de plástico.

En el fondo de su mente, Jacob podía sentir su otra mitad frotándose alegremente las manos... amoralmente complacido por los misteriosos giros que había dado el caso Navegante Solar, y pidiendo ser liberado.

Olvídalo.

La doctora Martine se le acercó en el ascensor. Parecía abrumada.

—Jacob, no pensará usted que Pierre pudo matar a esa pobre criatura, ¿verdad? ¡Le gustan los chimpancés!

—Lo siento pero la evidencia parece señalar en esa dirección. No me gustan las Leyes Condicionales más que a usted. Pero las personas a las que se asigna ese grado son capaces de actos de violencia fácil, y el hecho de que el señor LaRoque se quitara el transmisor va contra la ley. Pero no se preocupe. Ya se encargarán de todo en la Tierra. Seguro que LaRoque tendrá un juicio justo.

—Pero... ¡ya ha sido acusado injustamente! —estalló ella—. ¡No es un condicional, y tampoco un asesino! ¡Puedo demostrarlo!

—¡Muy bien! ¿Tiene aquí la prueba?

Jacob frunció el ceño.

—¡Pero la transmisión de la Tierra dijo que era un condicional!

Ella se mordió los labios, sin querer mirarlo a los ojos.

—La transmisión era falsa.

Jacob sintió pena por ella. Ahora la psicóloga, siempre confiada, tartamudeaba y se agarraba a ideas descabelladas en medio de su shock. Era degradante. Deseó estar en cualquier otro lugar.

—¿Tiene pruebas de que el mensaje más era mentira? ¿Puedo verlas?

Martine le miró. De repente pareció muy insegura, como si se preguntara si debía decir algo más.

—El... el equipo de esta base. ¿Llegó a ver usted el mensaje? Esa mujer... sólo nos lo leyó en voz alta. Ella y los demás odian a Pierre...

Su voz se apagó, como si supiera que su argumento era débil.

Después de todo, pensó Jacob, ¿podía la comandante haber falsificado la lectura de una transmisión sabiendo que nadie pediría verla? O, del mismo modo, ¿colocaría a LaRoque en disposición para demandarla hasta el último céntimo del dinero que había ganado en setenta años, sólo por antipatía?

¿O había estado Martine a punto de decir algo más?

—¿Por qué no se va a su habitación y descansa un poco? —dijo amablemente—. Y no se preocupe por el señor LaRoque. Necesitarán más pruebas de las que tienen ahora para acusarle de asesinato en un tribunal terrestre.

Martine dejó que la condujera hasta el ascensor. Una vez allí, Jacob se volvió. DeSilva estaba ocupada con sus hombres. Se habían llevado a Kepler. Culla permanecía cerca de Fagin, los dos destacando sobre todas las otras personas de la sala, bajo el gran disco dorado del sol.

Se preguntó, mientras se cerraban las puertas, si ésa era una buena forma de empezar un viaje.



## QUINTA PARTE

La vida es una extensión del mundo físico. Los sistemas biológicos tienen propiedades únicas, pero sin embargo deben obedecer a las restricciones impuestas por las propiedades físicas y químicas del entorno y de los propios organismos. Las soluciones evolutivas para los problemas biológicos son influidas por el entorno físico-químico.

Robert E. Ricklefs, *Ecology Chiron Press*

## 14

# EL OCÉANO MÁS PROFUNDO

Se llamó Proyecto Ícaro, el cuarto programa espacial con ese nombre y el primero para el que era adecuado. Mucho antes de que los padres de Jacob nacieran (antes del Vuelco y la Alianza, antes de la Liga de Poderes Satélites, antes incluso de la plenitud de la antigua Burocracia), la vieja abuelita NASA decidió que sería interesante lanzar sondas al Sol para ver qué sucedía.

Descubrieron que las sondas hacían algo raro cuando se acercaban: se fundían.

En el «Verano Indio» de América nada se consideraba imposible.

Los americanos estaban construyendo edificios en el espacio. ¡Una sonda más duradera no podía ser ningún problema!

Se construyeron escudos, con materiales que podían soportar presiones inauditas y cuyas superficies lo reflejaban casi todo. Campos magnéticos guiaron los difusos pero tremendamente calientes plasmas de la corona y la cromosfera para apartarlos de aquellos cascos.

Poderosos láseres de comunicación taladraron la atmósfera solar con corrientes bidireccionales de órdenes y datos.

Sin embargo, las naves robot continuaron ardiendo. Por buenos que fueran los espejos y el aislamiento, por muy regularmente que los superconductores distribuyeran el calor, las leyes de la termodinámica seguían cumpliéndose. Tarde o temprano el calor pasa de una temperatura alta a una zona donde la temperatura es menor.

Los físicos solares podrían haber seguido resignados a quemar sondas a cambio de difusos estallidos de información si Tina Merchant no hubiera ofrecido otro sistema.

—¿Por qué no refrigeran? —preguntó—. Tienen toda la energía que quieran. Pueden emplear refrigeradores para pasar el calor de una parte de la sonda a otra.

Sus colegas le respondieron que, con los superconductores, igualar el calor de modo uniforme no era ningún problema.

—¿Quién habla de hacerlo de modo uniforme? —respondió la Bella de Cambridge—. Deberían coger todo el calor sobrante de la parte de la nave donde están los instrumentos y lanzarlos a otra parte donde no estén.

—¡Y esa parte arderá! —dijo un colega.

—Sí, pero podemos hacer una cadena de esos «vertidos de calor» —dijo otro ingeniero, algo más optimista—. Y luego podemos tirarlos, uno a uno...

—No, no comprenden. —La triple ganadora del Nobel se acercó a la pizarra y dibujó un círculo, y luego otro dentro.

— ¡Aquí! —Señaló el círculo interior—. Metan aquí su calor hasta que, en poco tiempo, esté más caliente que el plasma ambiental fuera de la nave. Luego, antes de que pueda causar daño aquí dentro, lo lanzan a la cromosfera.

—¿Y cómo espera hacer eso? —preguntó un reputado físico.

Tina Merchant sonrió como si casi pudiera ver el Premio de Astronáutica junto a ella.

—¡Cómo me sorprenden todos ustedes! —dijo—. ¡Tienen a bordo comunicaciones láser con una temperatura de millones de grados!

¡Úsenlo!

Comenzó la era de la Batisfera Solar. Flotando en parte por fuerza ascensional y en parte por equilibrio sobre el impulso de sus refrigeradores láser, las sondas aguantaban durante días, semanas, escrutando las sutiles variaciones del sol, que producía los climas en la Tierra.

Esa era llegó a su fin con el Contacto. Pero pronto nació un nuevo tipo de Nave Solar.

Jacob pensó en Tina Merchant. Se preguntó si la gran dama se sentiría orgullosa, o simplemente divertida, si se encontrara en la cubierta de una Nave Solar y surcara tranquilamente las peores tempestades de esta estrella irascible. Podría haber dicho «¡Desde luego!». ¿Pero cómo podría haber sabido que una ciencia alienígena tendría que sumarse a la suya propia para que los hombres surcaran esas tormentas?

A Jacob, la mezcla no le inspiraba ninguna confianza.

Sabía, por supuesto, que con esta nave se habían hecho un par de docenas de descensos con éxito. No había ningún motivo para pensar que este viaje fuera a ser peligroso.

Excepto que otra nave, la réplica a escala de ésta, había fallado misteriosamente sólo tres días antes.

La nave de Jeff era ahora probablemente una nube vagabunda de fragmentos disueltos y gases ionizados esparcidos a través de millones de kilómetros cúbicos en el maelstrom solar. Jacob intentó imaginar las tormentas de la cromosfera tal como el científico chimpancé las había visto en el último instante de su vida, sin la protección de los campos de espacio-tiempo.

Cerró los ojos y se los frotó suavemente. Había estado contemplando el sol, sin apenas parpadear.

Desde su punto de observación, en uno de los sofás situados en la cubierta, podía ver casi un hemisferio completo del sol. La mitad del cielo estaba ocupada por una pelota filamentosa que giraba lentamente, llena de suaves rojos, negros y blancos. Bajo la luz de hidrógeno, todo brillaba con tonos escarlata; el débil y delicado arco de una prominencia, recortado contra el espacio en el borde de la estrella; las oscuras y retorcidas bandas de filamentos; y las manchas solares, hundidas y negruzcas, con sus

profundidades umbrías y sus flujos en penumbra.

La topografía del sol tenía una variedad y una textura casi infinitas.

Desde destellos demasiado rápidos para que el ojo los captara, hasta giros leves y majestuosos, todo cuanto podía ver estaba en movimiento.

Aunque los rasgos principales cambiaban poco de una hora a la siguiente, Jacob podía distinguir incontables movimientos menores. Los más rápidos eran las pulsaciones de bosques de altas y estiradas «espículas» en torno a los bordes de las grandes células moteadas. Las pulsaciones tenían lugar en cuestión de segundos. Sabía que cada espícula cubría miles de kilómetros cuadrados.

Jacob había pasado un buen rato en el telescopio de la parte invertida de la Nave Solar, contemplando cómo las espículas fluctuantes de plasma supercalentado salían de la fotosfera como rápidas oleadas, liberándose de las grandes olas de sonido y materia gravitatoria del sol que componían la corona y el viento solar.

Dentro de los límites de las espículas, las grandes células granuladas latían en complicados ritmos mientras el calor de abajo terminaba su viaje de un millón de años para escapar súbitamente en forma de luz.

Éstas se agrupaban a su vez en gigantescas células, cuyas oscilaciones eran los modelos básicos del sol casi perfectamente esférico, el sonido de una campana estelar.

Por encima de todo, como un ancho mar rugiendo sobre el suelo oceánico, se encontraba la cromosfera.

La analogía podía ser exagerada, pero se podía pensar que las turbulentas zonas situadas sobre las espículas eran arrecifes de coral, y las hileras de filamentos deshilachados que seguían a todas partes los caminos de los campos magnéticos, como lechos de algas que se mecían suavemente con la marea. ¡No importaba que cada arco rosado tuviera muchas veces el tamaño de la Tierra!

Una vez más, Jacob apartó los ojos de la esfera ardiente. Voy a ser un completo inútil si sigo mirando de esta forma, pensó. Me pregunto cómo lo resisten los demás.

Todo el suelo de observación era visible desde su posición, a excepción de una pequeña sección al otro lado de la cúpula en el Centro.

Una abertura en un lado de la cúpula central permitió que la luz entrara en la cubierta. En ella apareció la silueta de un hombre, seguido de una mujer alta. Jacob no tuvo que esperar a que sus ojos se adaptaran para conocer los contornos de la comandante deSilva.

Helene sonrió mientras se acercaba y se sentó con las piernas cruzadas junto a él.

—Buenos días, señor Demwa. Espero que haya dormido bien esta noche. Será un día agotador.

Jacob se echó a reír.

— Es la tercera vez que habla como si aquí existiera la noche. No me voy a creer

que tenemos un bello amanecer. —Señaló al sol, que cubría la mitad del cielo.

—La rotación de la nave para crear ocho horas de noche permite una oportunidad de dormir —dijo ella.

—No tenía por qué molestarse. Puedo dormir en cualquier momento. Es mi cualidad más valiosa.

La sonrisa de Helene se amplió.

—No fue ninguna molestia. Pero, ya que lo menciona, siempre ha sido una tradición de los helionautas rotar la nave una vez antes del descenso final y decir que es de noche.

—¿Ya tienen tradiciones? ¿Después de sólo dos años?

—¡Oh, esta tradición es mucho más antigua! Se remonta a la época en que nadie podía imaginar otra forma de visitar el sol más que... —Hizo una pausa.

Jacob se echó a reír en voz alta.

—¡Más que hacerlo de noche, cuando no hace tanto calor!

— ¡Lo acertó!

—Elemental, mi querido Watson.

Ahora fue ella la que se echó a reír.

—De hecho, estamos creando una sensación de tradición entre los que hemos bajado a Helios. Tenemos el Club de los Tragafuegos. Ya le iniciarán en Mercurio. Desgraciadamente, no puedo decirle en qué consiste la iniciación... ¡pero espero que sepa nadar!

—No veo ningún lugar dónde esconderme, comandante. Me sentiré orgulloso de convertirme en un tragafuegos.

—¡Bien! Y no olvide que todavía me debe esa historia sobre cómo salvó a la Aguja Finnilia. Nunca le he dicho cuánto me alegré al ver esa monstruosidad cuando regresó la Calypso, y quise conocer al hombre que la conservó.

Jacob miró más allá de la comandante de la Nave Solar. Por un momento le pareció oír el ulular del viento, y a alguien llamando... una voz gritando palabras indescifrables mientras caía... Se estremeció.

—Oh, se la reservaré. Es demasiado personal para contarla en una de esas reuniones de anécdotas. Hubo otra persona implicada en la salvación de las agujas, alguien de quien tal vez le guste oír hablar.

Había algo en la expresión de Helene deSilva, algo compasivo, que implicaba que ya sabía lo que le había sucedido en Ecuador, y que le dejaría hablar de ello a su tiempo.

—Lo espero ansiosamente. Y ya sé qué voy a contarle. Trata de los pájaros cantores de Omnivarium. Parece que el planeta es tan silencioso que los colonos humanos tienen que tener mucho cuidado de que los pájaros no empiecen a imitar cualquier ruido que hagan. ¡Esto tiene un interesante efecto en las costumbres de

apareamiento de los colonos, sobre todo entre las mujeres, dependiendo de que quieran anunciar las «habilidades» de su compañero a la antigua usanza o ser discretas!

»Pero ahora debo volver a mi trabajo. Y desde luego no quiero revelar toda la historia. Ya le avisaré cuando llegemos a la primera turbulencia.

Jacob se puso en pie con ella y se quedó mirándola mientras se dirigía a la estación de mando. Medio sumergido en la cromosfera solar era probablemente un lugar extraño para maravillarse por la forma en que andaba una mujer, pero hasta que ella no desapareció de la vista no sintió ningún deseo de apartar los ojos. Admiraba la flexibilidad que los miembros del cuerpo interestelar inculcaban a sus extremidades.

Era probable que ella lo hiciera a propósito. Cuando no interfería con su trabajo, estaba claro que Helene deSilva cultivaba la libido como hobby.

No obstante, había algo extraño en su conducta hacia él. Parecía confiar en Jacob más de lo que se merecía por las pequeñas contribuciones que había hecho en Mercurio y en sus pocas conversaciones amistosas. Tal vez perseguía algo, aunque no podía imaginar qué.

Por otro lado, tal vez la gente intimaba de forma más natural cuando ella abandonó la Tierra para hacer el gran Salto en la Calypso. Una persona educada en una Colonia O'Niel, en un período de introspección causado por el empobrecimiento político, podría estar más dispuesta a confiar en sus instintos que un hijo de la individualista Confederación.

Se preguntó qué le habría dicho Fagin sobre él.

Jacob se dirigió a la cúpula central, cuya pared exterior contenía un pequeño cubículo.

Al salir se sintió mucho más despierto. Al otro lado de la cúpula, junto a las máquinas de comida y bebida, encontró a la doctora Martine y a los dos alienígenas bípedos. Ella le sonrió, y los ojos de Culla resplandecieron de amistad. Incluso Bubbacub gruñó un saludo a través de su vodor.

Pulsó los botones para pedir un zumo de naranja y una tortilla.

—¿Sabe, Jacob? Anoche se acostó demasiado temprano. Pil Bubbacub nos estuvo contando algunas historias increíbles. ¡Eran sorprendentes, de verdad!

Jacob se inclinó levemente ante Bubbacub.

—Pido disculpas, Pil Bubbacub. Estaba muy cansado, pues de lo contrario me habría encantado oír más cosas sobre los grandes galácticos, en especial sobre los gloriosos pila. Estoy seguro de que las historias son inagotables.

Martine se envaró al oírle, pero Bubbacub se hinchó de satisfacción. Jacob sabía que sería peligroso insultar al pequeño alienígena. Pero ya había supuesto que el embajador no consideraría un insulto ninguna acusación de arrogancia. Jacob no pudo resistir la broma inofensiva.

Martine insistió en que comiera con ellos, pues los asientos ya habían sido colocados para la cena. Dos de los cuatro tripulantes de la comandante deSilva comían cerca.

—¿Ha visto alguien a Fagin? —preguntó Jacob.

La doctora Martine sacudió la cabeza.

—No, me temo que lleva más de doce horas en la parte invertida.

No sé por qué no viene.

No era propio de Fagin mostrarse reticente. Cuando Jacob fue al hemisferio de los instrumentos para usar el telescopio y encontró allí al kantén, Fagin apenas dijo una palabra. Ahora la comandante había puesto el otro lado de la nave fuera de los límites de todo el mundo menos del E.T., quien lo ocupaba solo.

Si no tengo noticias de Fagin para la hora de la comida, voy a pedir una explicación, pensó Jacob.

Martine y Bubbacub conversaban. De vez en cuando Culla decía una o dos palabras, siempre con el respeto más untuoso. El pring parecía tener siempre un liquitubo entre sus gigantescos labios. Sorbía lentamente, y consumió con firmeza el contenido de varios tubos mientras Jacob comía.

Bubbacub se puso a contar una historia de un Antepasado suyo, un miembro de la raza soro que, aproximadamente un millón de años antes, había tomado parte en uno de los contactos pacíficos entre la laxa civilización de respiradores de oxígeno y la misteriosa cultura paralela de las razas respiradoras de hidrógeno que coexistían en la galaxia.

Durante eones hubo poca o ninguna comprensión entre hidrógeno y oxígeno. Cada vez que se producía un conflicto entre ambos, moría un planeta. A veces más. Era una suerte que casi no tuvieran nada en común, así que los conflictos eran raros.

La historia era larga y complicada, pero Jacob tuvo que admitir que Bubbacub era un narrador soberbio. Podía resultar encantador y gracioso, siempre que controlara el centro de atención.

Jacob permitió que su imaginación divagara mientras el pil describía vívidamente aquellas cosas que sólo un puñado de hombres habían probado: la infinita belleza de las estrellas, y la variedad de cosas que habitaban en multitud de planetas. Empezó a envidiar a Helene deSilva.

Bubbacub sentía intensamente la causa de la Biblioteca. Era el vehículo de conocimiento y de una tradición que unificaba a todos los que respiraban oxígeno. Proporcionaba continuidad y aún más, pues sin la Biblioteca no podía haber puentes entre las especies. Las guerras no se librarían con restricciones, sino hasta la aniquilación. Los planetas quedarían arruinados por ser usados en exceso.

La Biblioteca, y los otros Institutos desperdigados, ayudaban a impedir el genocidio entre sus miembros.

La historia de Bubbacub llegó a su clímax y el pil concedió a su asombrada audiencia unos instantes de silencio. Por fin preguntó a Jacob si le importaría honrarlos con un relato propio.

Jacob se quedó sorprendido. Según los niveles humanos, tal vez hubiera llevado una vida interesante, pero desde luego no era sobresaliente. ¿Qué podría hablar sobre historia? Al parecer, las reglas decían que tenía que tratarse de una experiencia personal, o de una aventura de un antepasado.

Sudando, Jacob pensó en contar un relato de alguna figura histórica; tal vez Marco Polo o Mark Twain. Pero a Martine probablemente no le interesaría.

Y estaba la participación que su abuelo Álvarez había tenido en el Vuelco. Pero esa historia estaba cargada de tintes políticos y Bubbacub consideraría que la moraleja era subversiva. Su mejor historia era su propia aventura en la Aguja Finnilia, pero eso era demasiado personal, demasiado cargado de dolorosos recuerdos para compartirlos aquí y ahora. Además, se la había prometido a Helene deSilva.

Lástima que LaRoque no estuviera aquí. El relamido hombrecito habría podido hablar seguramente hasta que los fuegos del sol se apagarán.

Una idea traviesa asaltó a Jacob. Había un personaje histórico que era antepasado directo suyo y cuya historia podría ser suficientemente relevante. Lo divertido era que la historia podía ser interpretada a dos niveles. Se preguntó hasta qué punto podía ser obvio sin que algunos oyentes se molestaran.

—Bueno, hay un hombre de la historia de la Tierra del que me gustaría hablar —empezó a decir lentamente—. Es interesante porque estuvo implicado en un contacto entre una cultura y tecnología «primitivas» y otra que podía aniquilarla en casi todos los aspectos.

Naturalmente, todos conocen la situación. Desde el Contacto, los historiadores no han hablado de otra cosa.

»El destino del indio americano es la moralidad de esta época. Las viejas películas del siglo XX donde se glorifica al «noble piel roja» hoy sólo se ven para reírse. Como Millie nos recordó allá en Mercurio, y como todo el mundo sabe en casa, el piel roja hizo el trabajo más pobre de cualquiera de las culturas impactadas para adaptarse a la llegada de los europeos. Su orgullo le impidió estudiar los poderosos medios del hombre blanco hasta que fue demasiado tarde, exactamente lo contrario a la exitosa «cooperación» hecha por Japón a finales del siglo XIX... el ejemplo de la facción «adáptate y sobrevive» sigue señalando a todos los que quieran escuchar hoy en día.

Los tenía. Los humanos le observaban en silencio. Los ojos de Culla brillaban. Incluso Bubbacub, que rara vez prestaba atención, no le quitaba los ojillos de encima. Martine dio un respingo cuando mencionó la facción «A & S». Un dato.

Si LaRoque estuviera aquí, no le importaría lo que voy a decir, pensó Jacob. ¡Pero



la desazón de LaRoque no sería nada comparada con la de sus parientes Álvarez si le oyeran hablar de esta forma!

—Por supuesto, el fallo de los amerindios para adaptarse no fue por completo culpa suya —continuó Jacob—. Muchos estudiosos piensan que las culturas del hemisferio occidental se hallaban en un bache histórico que coincidió, desgraciadamente, con la llegada de los europeos. De hecho, los pobres mayas acababan de terminar una guerra civil en la que se habían trasladado al campo abandonando sus ciudades, y a sus príncipes y sacerdotes, para que se pudrieran. Cuando llegó Colón, los templos estaban casi desiertos. Naturalmente, la población se había duplicado y la prosperidad y el comercio se habían cuadruplicado durante la «Edad Dorada de los Mayas», pero eso apenas es una medida válida de las culturas.

Con cuidado, chico. No te pases de irónico.

Jacob advirtió que uno de los tripulantes, un tipo llamado Dubrowsky, se separaba de los demás. Sólo Jacob pudo ver la mueca sardónica en su rostro. Todos los demás parecían escuchar con tranquilo interés, aunque era difícil decirlo en el caso de Culla y Bubbacub.

—Este antepasado mío era amerindio. Se llamaba Se-quo-yi, y era miembro de la nación cherokee.

»Los cherokee vivieron casi siempre en el estado de Georgia. Ya que éste se encuentra en la Costa Este de América, los cherokee tuvieron aún menos tiempo que los otros indios para prepararse a tratar con el hombre blanco. Con todo, lo intentaron a su modo. Su intento no fue tan grandioso ni tan completo como el de los japoneses, pero no obstante lo intentaron.

»Se adaptaron rápidamente a la tecnología de sus vecinos. Las cabañas de troncos reemplazaron a las chozas y las herramientas de hierro y las forjas se convirtieron en parte de la vida cherokee. Pronto aprendieron el uso de la pólvora, y los métodos europeos para sembrar.

Aunque a muchos no les gustó la idea, la tribu llegó a dedicarse al comercio de esclavos.

»Eso fue después de que fueran masacrados en dos guerras.

Cometieron el error de apoyar a los franceses en 1765, y luego apoyaron a la corona inglesa durante la primera Revolución Americana.

Incluso así, tuvieron una pequeña república en la primera mitad del siglo XIX, en parte porque varios jóvenes cherokee habían aprendido lo suficiente del conocimiento del hombre blanco para convertirse en abogados. Junto con sus primos iroqueses del norte, se adaptaron bastante bien.

»Durante una temporada.

»Llega mi antepasado. Se-quo-yi era un hombre al que no le gustaban ninguna de las opciones que se ofrecían a su pueblo: continuar siendo nobles salvajes y ser

aniquilados, o adaptarse por completo al modo de vida de los colonos y desaparecer como pueblo. En concreto, vio el poder de la palabra escrita, pero pensó que los indios estarían siempre en desventaja si tenían que aprender inglés para ser cultos.

Jacob se preguntó si alguien haría la conexión, comparando la situación a la que se enfrentaron Se-quo-yi y los cherokee con el momento actual de la humanidad, *vis-á-vis* con la Biblioteca.

Juzgando por la expresión del rostro de Martine, al menos una persona se sorprendió al oír una narración histórica tan larga de boca de Jacob Demwa, normalmente tan silencioso. No había forma de que pudiera conocer las largas lecciones de historia y oratoria, después del colegio, que había soportado junto con los otros niños Álvarez. Aunque era la oveja negra de la familia y se había mantenido apartado de la política, todavía conservaba algunas de las habilidades.

—Bien, Se-quo-yi resolvió el problema para su propia satisfacción inventando una forma escrita del lenguaje cherokee. Fue una tarea hercúlea, conseguida a costa de episodios de tortura y exilio, pues muchos en su tribu se resistieron a sus esfuerzos. Pero cuando terminó, toda la literatura y la tecnología quedó disponible, no sólo para el intelectual que pudiera estudiar inglés durante años sino también para el cherokee de inteligencia media.

»Pronto incluso los asimilacionistas aceptaron el trabajo del genio de Se-quo-yi. Su victoria estableció el tono para las siguientes generaciones de cherokee. Este pueblo, el único amerindio cuyo principal héroe fue un intelectual y no un guerrero, decidió ser selectivo.

»Y ese fue su gran error. Si hubieran dejado que los misioneros locales los convirtieran en una imitación de los colonos, probablemente habrían podido mezclarse con la burguesía y los europeos los habrían considerado como un tipo levemente inferior de hombre blanco.

»En cambio pensaron que podrían convertirse en indios modernos, conservando los elementos esenciales de su antigua cultura...

Obviamente, había una contradicción en los términos.

»Con todo, algunos estudiosos piensan que podrían haberlo conseguido. Las cosas iban bien hasta que un grupo de hombres blancos descubrió oro en tierras cherokee. Eso excitó mucho a los colonos.

Promulgaron una ley para declarar que la tierra era suya.

»Entonces los cherokee hicieron algo extraño, algo que no se explicó adecuadamente hasta cien años después. ¡La nación india llevó a la legislatura de Georgia a los tribunales por apropiarse de sus tierras!

Recibieron ayuda de algunos blancos que simpatizaban con ellos y consiguieron llevar el caso al Tribunal Supremo de Estados Unidos.

»El Tribunal declaró que la expropiación era ilegal. Los cherokee pudieron

conservar sus tierras.

»Pero es aquí donde lo incompleto de su adaptación les falló. Como no habían hecho ningún intento importante por encajar en la estructura básica de una sociedad superior, los cherokee no tenían ningún poder político para apoyar lo justo de su causa. Confiaron y usaron con inteligencia las altas y honorables leyes de la nueva nación, pero no advirtieron que la opinión pública tiene tanta fuerza como la ley.

»Para la mayoría de sus vecinos blancos no eran más que otra tribu de indios. Cuando Andy Jackson mandó al infierno al Tribunal y envió al Ejército a expulsar a los cherokee, no les quedó nadie a quien volverse.

»Así, el pueblo de Se-quo-yi tuvo que hacer las maletas y recorrer el trágico Sendero de las Lágrimas hacia un nuevo «territorio indio», en unas tierras que ninguno de ellos había visto jamás.

»La historia del Sendero de las Lágrimas es una epopeya de valor y capacidad de aguante. Los sufrimientos de los cherokee durante esa larga marcha fueron profundos y tristes. De ellos surgieron historias muy conmovedoras, así como una tradición de fuerza en medio de las privaciones que ha afectado al espíritu de ese pueblo desde entonces hasta nuestros días.

»Esa expulsión no fue el último trauma que cayó sobre los cherokee.

»Cuando Estados Unidos libraron su Guerra Civil, los cherokee hicieron lo mismo. Los hermanos se mataron entre sí cuando los Voluntarios Indios Confederados se enfrentaron a la Brigada India de la Unión. Lucharon tan apasionadamente como las tropas blancas, incluso con más disciplina. Y en el conflicto sus nuevos hogares fueron arrasados.

»Más tarde hubo problemas con bandas de ladrones, enfermedades, y más expropiaciones de tierras. En su estoicismo, llegaron a ser conocidos como los "judíos americanos". Mientras algunas de las otras tribus se disolvían llenas de desesperación y apatía, ante los crímenes cometidos contra ellos, los cherokee mantuvieron su tradición de confianza en sí mismos.

»Se-quo-yi fue recordado. Tal vez por simbolismo con el orgullo de los cherokee, dieron su nombre a un cierto tipo de árbol que crece en los neblinosos bosques de California. El árbol más alto del mundo.

»Pero todo esto nos aparta de la estupidez de los cherokee. Pues aunque su orgullo les ayudó a sobrevivir a los estragos del siglo XIX y el desprecio del XX, les impidió participar en la Consolidación India del XXI. Rehusaron las "reparaciones culturales" ofrecidas por los gobiernos americanos justo antes del principio de la Burocracia, riquezas amontonadas sobre los restos de la Nación India para salvar las delicadas conciencias del público culto y educado en una era que hoy, irónicamente, es conocida como "verano indio" de América.

»Se negaron a establecer Centros Culturales para ejecutar antiguas danzas y

rituales. Mientras otros revitalistas amerindios resucitaron artes precolombinas «para recuperar el contacto con su herencia», los cherokee preguntaron por qué tendrían que estar rescatando Modelos T cuando podrían estar construyendo su propia versión especial de la cultura americana del siglo XXI.

»Junto con los mohawks y grupos dispersos de otras tribus, cambiaron su "Consolidación" y la mitad de sus riquezas tribales para participar en la Liga de Potencias Satélites. El orgullo de sus jóvenes se destinó a ayudar a construir ciudades en el espacio, igual que sus abuelos habían ayudado a construir las grandes ciudades de América.

Los cherokee rehusaron una oportunidad de ser ricos a cambio de una parte del cielo.

»Y una vez más pagaron terriblemente su orgullo. Cuando la Burocracia inició su supresión, la Liga se rebeló. Aquellos brillantes jóvenes, el tesoro de su nación, murieron a millares junto con sus hermanos en el espacio, descendientes de Andy Jackson y los esclavos de Andy Jackson. Las ciudades de la Liga fueron diezmadas. Se permitió que los supervivientes vivieran en el espacio sólo porque tenía que haber algunos para mostrar cómo vivir a los reemplazos que la Burocracia había escogido cuidadosamente.

»También los cherokee sufrieron en la Tierra. Muchos tomaron parte en la Revuelta Constitucionalista. Fueron la única nación india castigada por los vencedores como grupo, junto con los vietams, y los minnesotanos. El Segundo Sendero de las Lágrimas fue tan triste como el primero. Esta vez, sin embargo, tuvieron compañía.

»Naturalmente, pasó la primera generación de implacables líderes de la Burocracia, y llegó la era de los auténticos burócratas. La Hegemonía se preocupó más por la productividad que por la venganza.

La Liga se reconstruyó bajo supervisión y una rica cultura nueva se desarrolló en las Colonias O'Niel, influida por los supervivientes de los constructores originales.

»En la Tierra, los cherokee todavía resisten, mucho después de que muchas tribus hayan sido absorbidas por la cultura cosmopolita o se hayan convertido en bichos raros. Todavía no han aprendido la lección.

Tengo entendido que su último plan demencial es un proyecto conjunto con los vietams e Israel-Apu para intentar terraformar Venus. Ridículo, por supuesto.

»Pero todo esto nos desvía del tema. Si mi antepasado Se-quo-yi y los suyos se hubieran adaptado completamente a los modos del hombre blanco, podrían haber ganado un pequeño lugar en su cultura y habrían sido absorbidos en paz, sin sufrimiento. Si hubieran resistido con indiscriminada testarudez, igual que muchos de sus vecinos amerindios, habrían seguido sufriendo, pero por fin habrían conseguido un lugar, gracias a la «amabilidad» de una generación posterior de hombres blancos.

»En cambio, intentaron hallar una síntesis entre los aspectos buenos y poderosos de la civilización occidental y su propia herencia.

Experimentaron y fueron picajosos. Incordiaron y protestaron por la comida durante seiscientos años, y por esa causa sufrieron más que ninguna otra tribu.

»La moraleja de esta historia debería ser obvia. Los humanos nos enfrentamos a una opción similar a la de los amerindios, la de ser picajosos o aceptar plenamente la cultura de millones de años que se nos ofrece a través de la Biblioteca. Que todos aquellos que insisten en lo primero recuerden la historia de los cherokees. Su camino ha sido largo, y aún no ha acabado.

Cuando Jacob hubo terminado su relato se produjo un largo silencio. Bubbacub siguió contemplándolo con sus ojillos negros. Culla se le quedó mirando fijamente. La doctora Martine miró al suelo, con el ceño fruncido.

El tripulante Dubrowsky, se quedó atrás. Estaba cruzado de brazos y se tapaba la boca con la mano. Había arrugas en torno a sus ojos: ¿traicionaba aquello una risa silenciosa?

Debe de ser miembro de la Liga, pensó Jacob. El espacio está infectado de ellos. Espero que mantenga la boca cerrada. Ya he corrido suficiente riesgo.

Sentía la garganta reseca. Dio un largo sorbo al liquitubo de zumo de naranja que había guardado del desayuno.

Bubbacub colocó finalmente las manos detrás del cuello y se enderezó. Miró a Jacob durante un instante.

—Buena his-toria —chascó—. Le pediré que me la gra-be, cuando vol-vamos. Tiene una buena lec-ción para la gente de la Tierra.

»Pero hay al-gunas preguntas que qui-siera hacer. Ahora o más tar-de. Algunas cosas que no com-prendo.

—Como desee, Pil Bubbacub. —Jacob inclinó la cabeza, intentando ocultar su sonrisa. ¡Tenía que cambiar rápidamente de tema, antes de que Bubbacub empezara a preguntar detalles! Pero, ¿cómo?

—Yo también he disfrutado con la historia de mi amigo Jacob —trinó una voz sibilante tras ellos—. Me acerqué tan silenciosamente como pude. Me alegra que mi presencia no perturbara el relato.

Jacob se puso en pie, aliviado.

— ¡Fagin!

Todo el mundo se puso en pie mientras el kantén se deslizaba hacia ellos. Bajo la luz de rubí, parecía completamente negro. Sus movimientos eran negros.

—¡Quisiera ofrecer mis disculpas! Mi ausencia era inevitable. La Comandante permitió graciosamente que entrara más radiación por las pantallas, para que pudiera nutrirme. Pero lógicamente era necesario que lo hiciera sólo en la sección invertida y sin ocupar de la nave.

—Es verdad —rió Martine—. ¡No queremos quemarnos aquí dentro!

—Cierto. Sin embargo, me sentí solo allí. Me alegro de volver a tener compañía.

Los bípedos se sentaron y Fagin se colocó en la cubierta. Jacob aprovechó la oportunidad para salir del lío.

—Fagin, hemos estado contando algunas historias mientras esperamos. ¿Por qué no nos cuentas algo sobre el Instituto del Progreso?

El kantén agitó su follaje. Hubo una pausa.

—Ay, Amigo-Jacob. Contrariamente al de la Biblioteca, el Instituto del Progreso no es una sociedad importante. El mismo nombre es una pobre traducción. No hay ninguna palabra en vuestro idioma para representarlo adecuadamente.

»Nuestra pequeña orden fue fundada para cumplir una de las menores misiones que los Progenitores impusieron sobre las razas más antiguas cuando abandonaron la galaxia. Dicho con crudeza, se nos impuso el deber de respetar la "novedad".

»Puede ser difícil para una especie tan joven como la vuestra, huérfanos como si dijéramos, que no ha sentido hasta hace poco los lazos agridulces de relación y obligación tutor-pupilo, comprender el conservadurismo inherente a nuestra cultura galáctica. Este conservadurismo no es malo porque entre tanta diversidad creer en la Tradición y en la herencia común es una buena influencia. Las razas jóvenes oyen las palabras de las más viejas, que han aprendido sabiduría y paciencia con los años.

»Podríamos decir, usando una expresión terrestre, que sentimos un profundo aprecio por nuestras raíces.

Sólo Jacob advirtió que Fagin se agitó levemente en este punto. El kantén cruzaba y descruzaba los nudosos tentáculos que le servían de pies. Jacob intentó no ahogarse con el zumo de naranja que se le había atragantado.

—Pero también existe la necesidad de afrontar el futuro —continuó Fagin—. Y en su sabiduría, los Progenitores advirtieron a los más antiguos para que no despreciaran a lo que es nuevo bajo el sol.

La silueta de Fagin se recortaba contra el gigantesco orbe rojo, su destino. Jacob sacudió la cabeza, impotente.

—Así que cuando se corrió la voz de que alguien había encontrado a un puñado de salvajes chupando de la teta de una loba, vinisteis corriendo, ¿no?

El follaje de Fagin volvió a agitarse.

—Muy gráfico, Amigo-Jacob. Pero tu resumen es esencialmente correcto. La Biblioteca tiene la importante misión de enseñar a las razas de la Tierra lo que necesitan conocer para sobrevivir. Mi Instituto tiene la misión más humilde de apreciar vuestra novedad.

—Kant Fagin —intervino la doctora Martine—, ¿ha sucedido esto antes, que usted sepa? Me refiero a si ha habido alguna vez un caso de una especie que no tenga recuerdos de una Creación Ancestral y haya salido a la galaxia por su propia cuenta,

como hicimos nosotros.

—Sí, respetada doctora Martine. Ha sucedido varias veces. El espacio es inimaginablemente grande. Las migraciones periódicas de las civilizaciones de oxígeno e hidrógeno cubren grandes distancias, y rara vez se explora por completo un área colonizada. A menudo, en estos grandes movimientos, un fragmento diminuto de una raza, apenas surgida del bestialismo, ha sido abandonado por sus tutores para que encuentre su camino a solas. Esos abandonos son normalmente vengados por los pueblos civilizados...

El kantén vaciló. De repente, Jacob advirtió con sorpresa por qué, mientras Fagin se apresuraba a continuar.

—Pero puesto que normalmente estos raros casos se producen en épocas de migración, existe un problema añadido. La raza expósita puede desarrollar burdos rudimentos espaciales a partir de fragmentos de la tecnología de sus tutores, pero para cuando entre en el espacio interestelar, su parte de la galaxia puede estar bajo Interdicto. Sin saberlo puede caer presa de los respiradores de hidrógeno a quienes puede tocarles el turno de ocupar ese brazo en espiral o ese conjunto de estrellas.

»Sin embargo, esas especies se encuentran ocasionalmente. A menudo los huérfanos conservan vividos recuerdos de sus tutores. En algunos casos, mitos y leyendas han ocupado el lugar de los hechos.

Pero la Biblioteca es casi siempre capaz de localizar la verdad, pues en ella están almacenadas nuestras verdades.

Fagin agitó varias ramas en dirección de Bubbacub. El Pil lo reconoció con una inclinación amistosa.

—Por eso esperamos con gran expectación el descubrimiento del motivo de que no haya ninguna mención a la Tierra en este gran archivo —continuó Fagin—. No hay ninguna lista, ningún archivo de ocupaciones previas, a pesar de las cinco migraciones completas que han atravesado esta región desde la marcha de los Progenitores.

Bubbacub se quedó inmóvil. Los ojillos negros observaron al kantén con ferocidad, pero Fagin pareció no advertirlo, pues siguió hablando.

—Que yo sepa, la humanidad es el primer caso donde existe la intrigante posibilidad de una inteligencia evolucionada. Tengo la seguridad de que ya saben que esta idea viola varios principios bien establecidos de nuestra ciencia biológica. Sin embargo, algunos de los argumentos de sus antropólogos poseen una sorprendente autoconsistencia.

—Es una idea extraña —despreció Bubbacub—. Como el movimiento per-petuo, esas re-clamaciones que hacen aquellos a quienes llaman «pieles». Las teorías sobre el crecimiento «natural» de la in-teligencia son fuente de muchos chistes, huma-no-Jacob-Demwa.

Pero pronto la Bi-blioteca dará a su preocu-pa-da raza lo que necesita:

¡El consuelo de saber de dónde proceden!

El bajo zumbido de los motores de la nave se hizo más fuerte, y por un segundo Jacob sintió una leve desorientación.

—Atención todo el mundo. —La voz amplificada de la comandante deSilva resonó por toda la nave—. Acabamos de cruzar el primer arrecife. A partir de ahora habrá sacudidas momentáneas como ésa.

Les informaré cuando nos acerquemos a nuestro objetivo. Eso es todo.

El horizonte del sol era ahora casi plano. Alrededor de toda la nave un amasijo rojo y negro de formas se extendía hasta el infinito. Más y más filamentos se igualaban con la nave para convertirse en prominencias contra lo que quedaba de la negrura del espacio y desaparecer luego en la bruma rojiza que crecía sobre sus cabezas.

El grupo se dirigió, por mutuo acuerdo, al borde de la cubierta, para así poder mirar directamente la cromosfera inferior.

Permanecieron en silencio durante un rato, observando, mientras la cubierta se sacudía de vez en cuando.

—Doctora Martine —dijo Jacob—. ¿Están preparados Pil Bubbacub y usted para llevar a cabo sus experimentos?

Ella señaló un par de cofres espaciales en la cubierta, cerca del puesto de Bubbacub y el suyo propio.

—Lo tenemos todo aquí. He traído el equipo psi que utilicé en anteriores inmersiones, pero principalmente ayudaré a Pil Bubbacub en lo que pueda. Mis amplificadores de ondas cerebrales y aparatos-Q parecen huesecillos y hojas de té en comparación con lo que él trae.

Pero intentaré servir de ayuda.

—Su ayuda será re-cibida con a-grado —dijo Bubbacub. Pero cuando Jacob pidió ver los aparatos de pruebas-psi del pil, éste alzó su mano de cuatro dedos—. Más tarde, cuando estemos preparados.

Jacob volvió a sentir el antiguo picor en las manos. ¿Qué tiene Bubbacub en esos cofres? La Sucursal de la Biblioteca no contiene nada sobre fenómenos psi. Algo de fenomenología, pero muy poco de metodología.

¿Qué sabe una cultura galáctica de mil millones de años sobre los profundos niveles fundamentales que todas las especies inteligentes parecen tener en común? Al parecer no lo saben todo, pues los galácticos todavía operan en este plano de la realidad. Y sé con certeza que algunos de ellos no son más telépatas que yo.

Había rumores de que las especies más antiguas desaparecían periódicamente de la galaxia. A veces por agotamiento, guerra o indiferencia, pero también simplemente «marchándose», desapareciendo en intereses y conductas que no tenían ningún



significado para sus pupilos o vecinos.

¿Por qué no tiene nuestra Sucursal de la Biblioteca nada sobre esos temas, ni de los aspectos prácticos de los fenómenos psi?

Jacob frunció el ceño y cruzó las manos. No, decidió. ¡Voy a dejar tranquilo el cofre de Bubbacub!

La voz de Helene deSilva volvió a sonar por el intercomunicador.

—Nos acercaremos al objetivo en treinta minutos. Los que lo deseen pueden acercarse ahora a la Cámara del Piloto para obtener una buena visión de nuestro destino.

El resto del sol pareció oscurecerse levemente mientras sus ojos se adaptaban al brillo de la zona. Las fáculas eran puntos brillantes, destellando intermitentemente en las profundidades. A alguna distancia indeterminada se extendía un gran grupo de manchas solares. El punto más cercano parecía la boca abierta de una mina, un hueco hundido en la «superficie» granulosa de la fotosfera. La oscura sombra estaba muy quieta, pero las regiones en penumbra alrededor del borde de la mancha solar se agitaban incesantemente hacia afuera, como las ondas provocadas por una piedra en un lago. La frontera era vaga, como una cuerda de piano vibrando.

Arriba y en derredor gravitaba la enorme forma de una maraña de filamentos. Tenía que ser una de las cosas más grandes que Jacob había visto en su vida. Nubes gigantescas rebullían y fluían, siguiendo las líneas de campos magnéticos que se mezclaban, se retorcían, y se enroscaban unas en otras, para desaparecer luego convertidas «en aire».

Alrededor de ellos había ahora un remolino de formas más pequeñas, casi invisible, pero que excluía la cómoda negrura del espacio en una bruma rosada.

Jacob se preguntó cómo describiría un escritor esta escena. A pesar de todos sus defectos, LaRoque tenía fama por su facilidad de expresión. Jacob había leído algunos de sus artículos y había disfrutado de la fluida prosa, aunque se hubiera reído de sus conclusiones. Aquí había una escena que exigía un poeta, fuera cual fuera su ideología.

Lamentó que LaRoque no estuviera presente... por más de un motivo.

—Nuestros instrumentos han detectado una anómala fuente de luz polarizada. Ahí es donde empezaremos nuestra búsqueda.

Culla se acercó al borde de la cubierta y contempló con determinación un punto que le señaló uno de los tripulantes.

Jacob le preguntó a la comandante qué estaba haciendo.

—Culla puede detectar el color con más precisión que nosotros —dijo deSilva—. Puede ver diferencias en la longitud de ondas hasta casi un angstrom. También es capaz de retener la fase de luz que ve. Un fenómeno de interferencia, supongo. Pero eso le hace ideal para detectar la luz coherente que producen esas bestias láser. Casi

siempre es el primero en verlas.

Las mandíbulas de Culla chascaron una vez. Señaló.

—Eshtá allí —dijo—. Hay muchosh puntosh de luz. Esh un rebaño grande, y creo que también hay pashtoresh.

DeSilva sonrió, y la nave apresuró su maniobra.

## 15

# VIDA, MUERTE...

En el centro del filamento, la Nave Solar se movía como un pez capturado en un río rápido. La corriente era eléctrica, y la marea que agitaba la esfera era un plasma magnetizado de increíble complejidad.

Protuberancias e hilillos de gas ionizado surcaban de un lado a otro, retorcidos por las fuerzas que creaba a su mismo paso. Flujos de materia brillante aparecían y desaparecían súbitamente, mientras el efecto Doppler tomaba las líneas de emisión del gas y luego las sacaba de la coincidencia con la línea espectral que se usaba como observación.

La nave se bamboleaba a través de los turbulentos vientos de la cromosfera, absorbiendo las fuerzas de plasma con sutiles cambios de sus propios campos magnéticos, navegando con velas hechas de matemáticas casi corpóreas. Los rayos que se enroscaban y crecían en esos campos de fuerza (permitiendo que la tensión de los remolinos en conflicto cayera en una dirección y luego en la otra), ayudaban a recortar las sacudidas de la tormenta.

Esos mismos escudos mantenían fuera la mayor parte del ululante calor, diversificando el resto en formas tolerables. El que pasaba era absorbido en una cámara para alimentar el Láser Refrigerador, el riñón que filtraba el flujo de rayos que apartaba incluso el plasma en su camino.

Sin embargo, todo esto no eran más que invenciones de los terrícolas. Lo que hacía que la nave fuera grácil y segura era la ciencia de los galácticos. Los campos gravitatorios repelían el amoroso y aplastante tirón del sol, de forma que la nave caía o volaba a voluntad.

Las fuerzas resonantes en el centro del filamento eran absorbidas o neutralizadas, y la duración misma era alterada por tempo-compresión.

En relación con un punto fijo del sol (si es que eso existía), se movía a lo largo del arco magnético a miles de kilómetros por hora.

Pero en relación a las nubes que la rodeaban, la nave parecía abrirse paso lentamente, persiguiendo un objetivo apenas entrevisto.

Jacob contemplaba el abismo con un ojo y observaba a Culla con el otro. El alto alienígena era el vigía de la nave. Se encontraba junto al timonel, con los ojos brillantes, señalando la oscuridad.

Las direcciones de Culla eran sólo un poco mejores que las que daban los instrumentos de la nave, pero a Jacob le costaba trabajo leerlos, así que apreciaba tener a alguien que dijera a los pasajeros y la tripulación dónde mirar.

Durante una hora contemplaron motas que brillaban en la distante bruma. Las

motas eran extremadamente débiles, en las líneas azules y grises que deSilva había ordenado abrir, pero de vez en cuando un estallido de luz verdosa corría de una a otra, como un faro que de repente alcanza a un barco y luego pasa de largo.

Ahora los destellos se producían con más frecuencia. Había al menos un centenar de objetos, todos del mismo tamaño aproximado.

Jacob observó el Medidor de Proximidad. Setecientos kilómetros.

A los doscientos, su forma se hizo clara. Cada una de las «ovejas magnéticas» era un toro geométrico. A esta distancia la colonia parecía una gran colección de diminutos anillos de boda azules. Cada anillito estaba alineado de la misma forma, a lo largo del arco filamentoso.

—Se alinean a lo largo del campo magnético donde es más intenso —dijo deSilva—. Y giran sobre su eje para generar una corriente eléctrica. Dios sabe cómo llegan de una región activa a otra cuando los campos cambian. Todavía estamos intentando averiguar qué los mantiene juntos.

Hacia el borde de la multitud, unos cuantos toros se bamboleaban lentamente mientras giraban. La avanzadilla.

De repente, por un instante, un brusco brillo rojo bañó la nave.

Luego regresó el tono ocre. El piloto miró a Jacob.

—Acabamos de atravesar la cola láser de uno de estos toros. Un disparo ocasional como ése no causa ningún daño —dijo—. ¡Pero si nos acercáramos desde atrás y por debajo del rebaño principal, podríamos tener problemas!

Un amasijo de oscuro plasma, más frío o moviéndose mucho más rápido que el gas circundante, pasó delante de la nave, bloqueando su visibilidad.

—¿Para qué sirve ese láser? —preguntó Jacob.

DeSilva se encogió de hombros.

—¿Estabilidad dinámica? ¿Propulsión? Posiblemente lo usan para enfriarse, como nosotros. Supongo que incluso podría haber materia sólida en su composición, si esto fuera cierto.

»Sea cual sea su función, es lo suficientemente poderoso para lanzar luz verde a través de esas pantallas sintonizadas en rojo. Ése fue el único motivo por el que los descubrimos. Aunque grandes, son como polen sacudido por el viento. Sin la ayuda del láser, podríamos buscar durante un millón de años y no encontrar ningún toroide. Son invisibles en el hidrógeno alfa, así que para observarlos mejor abrimos un par de bandas en el azul y el verde. ¡Naturalmente no podremos abrir la longitud de onda a la que está sintonizada ese láser! Las líneas que elegimos son tranquilas y ópticamente densas, así que todo lo que vea verde o azul procede de una bestia. Tendría que ser un cambio desagradable.

—Cualquier cosa mejor que este condenado rojo.

La nave atravesó la materia oscura y de repente casi estuvieron entre las criaturas.

Jacob tragó saliva y cerró los ojos momentáneamente. Cuando volvió a mirar, descubrió que no podía deglutir. Después de tres días de increíbles panoramas, lo que vio le dejó indefenso ante un poderoso temblor de emoción.

Si un grupo de peces es un «banco» por su disciplina, y varios leones comprenden una «carnada», por su actitud, Jacob decidió que el grupo de seres solares sólo podía ser considerado una «bengala». Tan intenso era su brillo que sus miembros parecían resplandecer contra el negro espacio.

Los toroides más cercanos brillaban con los colores de una primavera terrestre. Sólo a lo lejos se desvanecían los colores. Un verde claro titilaba bajo sus ejes, donde la luz láser se esparcía en el plasma.

Alrededor de ellos chispeaba un halo difuso de luz blanca.

—Radiación sincrotrónica —dijo un tripulante—. ¡Sí que deben estar girando! ¡Detecto un gran flujo a 100KeV!

El toroide más cercano, cuatrocientos metros de diámetro y más de dos mil de largo, giraba locamente. Alrededor de su borde, formas geométricas volaban como las perlas de un collar, cambiando, de modo que los diamantes azul intenso se convertían en sinuosas bandas púrpura, circundando un brillante anillo esmeralda, todo en cuestión de segundos.

La capitana de la Nave Solar se encontraba junto a la cámara del Piloto, contemplando indicadores y medidores, y alerta a todos los detalles. Mirarla era como mirar a una versión suavizada del espectáculo ante la nave, pues los colores flexibles e iridiscentes del toroide más cercano bañaban su rostro y su uniforme blanco y quedaban domados y difuminados cuando llegaban a los ojos de Jacob.

Primero débilmente y luego con más brillantez a medida que el verde y el azul se mezclaban y expulsaban el rosa, los colores chispeaban cada vez que ella alzaba la cabeza y sonreía.

De repente, el azul aumentó cuando un estallido de exuberancia del toroide coincidió con una intrincada muestra de pautas, como el agitar de unos ganglios en el borde de la bestia-anillo.

La ejecución fue inaudita. Las arterias brotaron en verde y se entrelazaron con venas absorbidas por un azul casto y pulsante. Las venas latieron en contrapunto, luego crecieron como ávidas enredaderas, retirándose para revelar nubes de diminutos triángulos: chorros de polen bidimensional que se esparcieron en una multitud de colisiones minúsculas de tres puntos alrededor del cuerpo no-euclidiano del toro. De inmediato el motivo se hizo isósceles, y el borde en forma de donut se convirtió en una confusión de lados y de ángulos.

La exhibición alcanzó un clima de intensidad, luego remitió. Las pautas del borde se hicieron menos brillantes y el toro retrocedió, encontrando un lugar donde girar entre sus compañeros mientras el rojo empezaba a regresar, apartando verdes y azules

de la cubierta de la nave y de los rostros de los observadores.

—Eso ha sido un saludo —dijo por fin Helene deSilva—. Hay escépticos en la Tierra que todavía piensan que los magnetóvoros no son más que una forma de aberración magnética. Que vengan y lo vean con sus propios ojos. Somos testigos de una forma de vida. Está claro que el Creador acepta pocos límites al alcance de su trabajo.

Tocó suavemente el hombro del piloto. Éste dirigió las manos a los controles y la nave empezó a retirarse.

Jacob estuvo de acuerdo con Helene, aunque su lógica no era científica. No tenía dudas de que los toroides estaban vivos. La exhibición de la criatura, fuera un saludo o simplemente una respuesta territorial a la presencia de la nave, había sido signo de algo vital, e incluso inteligente.

La anacrónica referencia a una deidad suprema pareció extrañamente adecuada a la belleza del momento.

La comandante volvió a hablar por su micrófono, mientras la bengala de magnetóvoros quedaba atrás y la cubierta giraba.

—Ahora vamos a cazar fantasmas. Recuerden que no estamos aquí para estudiar a los magnetóvoros sino a sus depredadores. La tripulación mantendrá vigilancia constante en busca de cualquier signo de esas criaturas esquivas. Ya que antes han sido avistadas incluso por accidente, sería de agradecer que todo el mundo ayudara. Por favor, infórmenme de cualquier acontecimiento extraordinario.

DeSilva y Culla mantuvieron una reunión. El alienígena asintió lentamente, y un ocasional destello blanco entre sus grandes encías traicionó su excitación. Por fin, se dirigió a la curvatura de la cúpula central.

DeSilva explicó que había enviado a Culla al otro lado de la cubierta, a la zona invertida, donde normalmente sólo había instrumentos, para que actuara como vigía por si los seres láser aparecían desde el nadir, donde los detectores colocados en el borde no podrían detectarlos.

—Hemos tenido varios avistamientos en el cénit —repitió deSilva—.

Y a menudo han sido los casos más interesantes, como cuando vimos las formas antropoides.

—¿Y esas formas desaparecieron siempre antes de que la nave pudiera girar? —preguntó Jacob.

—O las bestias giraron con nosotros para ponerse encima. ¡Fue irritante! Pero eso nos dio la primera pista de que podría haber fenómenos psi en funcionamiento. Después de todo, sean cuales sean sus motivos, ¿cómo podrían conocer nuestro modo de colocar instrumentos en el borde de un disco y seguir nuestros movimientos con tanta precisión, sin saber lo que pretendemos hacer?

Jacob frunció el ceño, pensativo.

—¿Pero por qué no colocar unas cuantas cámaras aquí arriba? No sería un gran problema.

—No, desde luego —coincidió deSilva—. Pero los equipos de apoyo e inmersión no quieren perturbar la simetría original de la nave.

Tendríamos que poner otro conducto a través de la cubierta hasta el ordenador grabador principal, y Culla nos aseguró que esto eliminaría cualquier pequeña habilidad que pudiéramos tener para maniobrar con un fallo de estasis... aunque esa habilidad es probablemente nula en cualquier caso. Recuerde lo que le pasó al pobre Jeff.

»La nave de Jeffrey, la pequeña que visitó usted en Mercurio, fue diseñada desde el principio para llevar grabadoras apuntando al cenit y al nadir. La suya era la única con esta modificación. Tendremos que arreglárnoslas con los instrumentos del borde, nuestros ojos, y unas cuantas cámaras de mano.

—Y los experimentos psi —recalcó Jacob.

DeSilva asintió, sin expresión ninguna.

—Sí, todos esperamos hacer un contacto amistoso, desde luego.

—Discúlpeme, capitana.

El piloto alzó la cabeza de sus instrumentos. Llevaba un micrófono en la oreja.

—Culla dice que hay una diferencia de color en la zona superior norte del rebaño. Podría ser un parto.

DeSilva asintió.

—Muy bien. Avance en una tangente norte hasta el flujo de campo. Elévese con el rebaño mientras lo hace y no se acerque demasiado para no asustarlos.

La nave empezó a asumir un nuevo ángulo. El sol salió por la izquierda hasta que se convirtió en una pared que se extendía hacia arriba y hacia adelante, hasta el infinito. Una débil luminosidad se apartó de ellos, hacia la fotosfera de debajo. El chispeante rastro siguió en paralelo la alineación del rebaño de toroides.

—Es el rastro de superionización que dejó nuestro Láser Refrigerador cuando apuntábamos hacia allá —explico deSilva—. Debe de tener un par de kilómetros de largo.

—¿Tan fuerte es el láser?

—Bueno, tenemos que desprendernos de un montón de calor. Y la idea es calentar una pequeña parte del sol, de lo contrario el refrigerador no funcionaría. Por cierto, ése es otro motivo por el que tenemos tanto cuidado de que el rebaño no quede delante o detrás nuestro.

Jacob se sintió momentáneamente asombrado.

—¿Cuándo estaremos a la vista de... qué fue lo que dijo que era?

¿Un parto?

—Sí, un parto. Tenemos mucha suerte. Sólo lo hemos visto dos veces antes. Los

pastores estuvieron presentes en ambas ocasiones.

Parece que ayudan a los toroides a dar a luz. Es un sitio lógico donde empezar a buscarlos.

»Y respecto a cuándo llegaremos, depende de lo violentas que sean las cosas entre aquí y allá, y cuánto tempo-compresión necesitaremos para hacerlo cómodamente. Podría ser un día. Si tenemos suerte —miró a la Cámara del Piloto—, podríamos estar allí en diez minutos.

Un tripulante se acercó con una carta de navegación, al parecer para hablar con deSilva.

—Será mejor que vaya a avisar a Bubbacub y a la doctora Martine para que se preparen —dijo Jacob.

—Sí, es una buena idea. Avisaré en cuanto sepa cuándo llegaremos.

Mientras se retiraba, Jacob tuvo la extraña sensación de que ella seguía mirándole. Duró hasta que franqueó el lado de la cúpula central.

Bubbacub y Martine tomaron la noticia con calma. Jacob los ayudó a colocar las cajas de su equipo cerca de la Cámara del Piloto.

Los aparatos de Bubbacub eran incomprensibles y sorprendentes.

Uno de ellos, complejo, brillante, y multifacetado, ocupaba media caja.

Sus brotes retorcidos y sus ventanas vidriosas aumentaban su misterio.

Bubbacub sacó otros dos aparatos. Uno era un casco bulboso aparentemente diseñado para la cabeza de un pil. El otro parecía un pedazo arrancado de un meteorito de hierro y níquel, con el extremo de vidrio.

—Hay tres formas de buscar un psi —dijo Bubbacub a través de su vodor. Hizo un gesto a Jacob con su mano de cuatro dedos para que se sentara—. Como el psi es sólo poder sen-sorial muy fino, se detectan las ondas ce-rebrales a largo alcance y se descifran. Con esto —señaló el casco.

—¿Y esta máquina grande? —Jacob se acercó para examinarla.

—Ésta ve si el tiempo y el es-pacio están siendo retorcidos por la fuerza de la voluntad de un so-fonte. Eso se ha-ce a veces. Ra-ra vez se per-mite. La palabra es «pi-ngrli». Ustedes no tienen palabra para ello. La mayoría, in-cludiendo a los humanos, no necesitan saber de su existencia, pues es ra-ro.

»La Bi-blioteca pro-porciona estos ka-ngrl a cada Su-cursal —frotó el lado de la máquina—, por si los fo-rajidos intentan usar pi-ngrli.

—¿Puede contrarrestar esa fuerza?

—Sí.

Jacob sacudió la cabeza. Le molestaba que hubiera todo un tipo de poder al que el hombre no tenía acceso. Una deficiencia en tecnología era una cosa, algo que se remediaría con el tiempo. Pero una carencia cualitativa le hizo sentirse vulnerable.

—¿La Conferencia sabe de este... ka-ka...?



—Ka-ngrl. Sí. Me dieron permiso para sacarlo de la Tierra. Si se pierde, será reemplazado.

Jacob se sintió mejor. De repente la máquina le pareció más amistosa.

—¿Y este último aparato...? —empezó a acercarse al bloque de hierro.

—Eso es un p-is. —Bubbacub lo agarró y lo volvió a guardar en el cofre. Dio la espalda a Jacob y empezó a jugar con el casco de ondas cerebrales.

—Es muy sensible respecto a esa cosa —dijo Martine cuando Jacob se acercó—. Todo lo que pude sacarle es que se trata de una reliquia de los lethani, los quintos altos antepasados de su raza. Data de antes de que «pasaran» a otro plano de realidad.

La Sonrisa Perpetua se ensanchó.

—¿Le gustaría ver las herramientas de esta vieja alquimista?

Jacob se echó a reír.

—Bueno, nuestro amigo el pil tiene la piedra filosofal. ¿Qué milagrosos aparatos tiene usted para mezclar los efluvios, y exorcizar los espectros caloríficos?

—Además de los detectores psi normales, como éstos de aquí, no hay mucho. Un aparato de ondas cerebrales, un sensor de movimiento inerte que probablemente es inútil en un campo de supresión temporal, una cámara taquistoscópica en tres dimensiones y un proyector...

—¿Puedo verlo?

—Claro, está al fondo del cofre.

Jacob metió la mano y sacó la pesada máquina. La colocó sobre la cubierta y examinó las cabezas de grabación y proyección.

—¿Sabe? —dijo en voz baja—. Es posible...

—¿Qué pasa? —preguntó Martine.

Jacob la miró.

—Esto, más el lector de pautas retínales que usamos en Mercurio, podría ser un perfecto medidor de proclividades mentales.

—¿Se refiere a uno de esos aparatos que se usan para determinar un estatus condicional?

—Sí. Si hubiera sabido que teníamos esto, habríamos examinado a LaRoque en la base. No habríamos tenido que contactar con la Tierra vía máser y atravesar capas de burocracia falible en busca de una respuesta que podría estar equivocada. ¡Podríamos haber descubierto su índice de violencia en el acto!

Martine se quedó inmóvil. Entonces miró al suelo.

—Supongo que no habría servido de nada.

—¡Pero si estaba usted segura de que pasaba algo con el mensaje de la Tierra! —dijo Jacob—. Si tuviera razón, esto podría salvar a LaRoque de pasarse dos meses en una prisión. ¡Es posible que hubiera podido estar con nosotros ahora! Y también tendríamos más seguridad sobre el posible peligro de los Espectros.

—¿Y su intento de huida en Mercurio? ¡Dijo usted que fue violento!

—La violencia producida por el pánico no implica que sea un condicional. ¿Qué pasa con usted? ¡Creí que estaba segura de que habían inculpado a LaRoque!

Martine suspiró. Evitó mirarle a los ojos.

—Me temo que me puse un poco histérica allá en la base. ¡Imagine, crear toda una conspiración sólo para tenderle una trampa al pobre Peter! Sigue pareciéndome difícil creer que sea un condicional, y tal vez se cometió un error. Pero ya no creo que fuera a propósito.

Después de todo, ¿quién querría echarle la culpa de la muerte de ese pobre chimpancé?

Jacob se quedó mirándola durante un instante, sin saber a qué achacar su cambio de actitud.

—Bueno... el asesino auténtico, por ejemplo —dijo suavemente.

Lo lamentó al instante.

—¿De qué está hablando? —susurró Martine. Miró rápidamente a ambos lados para asegurarse de que no había nadie cerca. Ambos sabían que Bubbacub, a unos pocos metros de distancia, era sordo a los susurros.

—Hablo de que Helene deSilva, por mucho que le desagrade LaRoque, cree que es improbable que el aturdidor pudiera haber dañado el mecanismo del campo de estasis de la nave de Jeff. Cree que la tripulación cometió un error, pero...

— ¡Entonces Peter será liberado por insuficiencia de pruebas y tendrá otro libro para escribir! Averiguaremos la verdad sobre los solarianos y todo el mundo estará contento. Cuando se establezcan buenas relaciones, estoy segura de que no importará que mataran al pobre Jeff en un arrebato de ira. Será considerado un mártir de la ciencia y toda esta charla de asesinatos podrá terminar de una vez por todas. Es muy desagradable, de todas formas.

Jacob empezaba a sentir que la conversación con Martine también era desagradable. ¿Por qué se comportaba así? Era imposible seguir con ella un argumento lógico.

—Tal vez tenga usted razón —dijo, encogiéndose de hombros.

—Claro que sí. —Ella le palmeó la mano y luego se volvió hacia el aparato de ondas cerebrales—. ¿Por qué no va a buscar a Fagin? Voy a estar ocupada durante un rato, y es posible que no se haya enterado todavía de lo del parto.

Jacob asintió y se puso en pie. Mientras cruzaba la cubierta, que temblaba levemente, se preguntó qué extrañas cosas estaría pensando su receloso otro yo. La expresión «asesino auténtico» le preocupaba.

Encontró a Fagin donde la fotosfera llenaba el cielo en todas direcciones, como una pared enorme. Delante del kantén, el filamento en el que viajaban rodaba en espiral hacia abajo y se disipaba en rojo.

A derecha e izquierda, y muy por debajo, los bosques de espículas rebullían como filas efervescentes de hierbas gigantes.

Contemplaron en silencio el espectáculo.

Cuando un tentáculo de gas ionizado pasó ante la nave, Jacob recordó por enésima vez las algas flotando en la marea.

Sonrió al imaginar a Makakai, ataviada con un traje mecánico de cermet y estasis, saltando y zambulléndose entre aquellas fuentes de llamas y hundiéndose, dentro de su concha de gravedad, para jugar entre los hijos de este océano, el más grande de todos.

¿Distraen los eones los Espectros Solares como nuestros cetáceos? ¿Cantando?

Ninguno tiene máquinas (ni la prisa neurótica que causan las máquinas, incluyendo la enfermedad de la ambición), porque ninguno tiene los medios. Las ballenas no tienen manos y no pueden usar el fuego. Los Espectros Solares carecen de materia sólida y tienen demasiado fuego.

¿Ha sido para ellos una bendición o una maldición?

(Pregúntale a la ballena corcovada, mientras gime en la tranquilidad submarina. Probablemente no se molestará en contestar, pero algún día tal vez añada la pregunta a su canción.)

—Llega a tiempo. Estaba a punto de llamar. —La capitana avanzó entre una neblina rosada.

Una docena o más de toroides giraba pintorescamente ante ellos.

Este grupo era diferente. En vez de vagar pasivamente se movían buscando colocarse alrededor de algo en las profundidades de la multitud. Un toro que se hallaba a sólo un kilómetro de distancia se apartó, y entonces Jacob pudo ver el objeto de su atención.

El magnetóforo era más grande que los demás. En vez de las formas geométricas cambiantes y multifacetadas, bandas claras y oscuras alternaban en torno a su cuerpo, que se hinchaba perezosamente mientras su superficie ondulaba. Sus vecinos se congregaban en todas direcciones, pero a distancia, como frenados por algo. DeSilva dio una orden. El piloto tocó un control y la nave giró, enderezándose de forma que la fotosfera pronto quedó bajo ellos una vez más. Jacob se sintió aliviado. Por mucho que lo indicaran los campos de la nave, tener el sol a su izquierda le hacía sentirse ladeado.

El magnetóforo que Jacob había bautizado como «El Grande» giró al parecer ajeno a su séquito. Se movía con torpeza, con un pronunciado temblor.

El halo blanco que bañaba a los demás toroides fluctuaba tenuemente en torno a los contornos de éste, como una llama moribunda. Las bandas claras y oscuras latieron con pulsación irregular.

Cada pulsación evocaba una respuesta en el grupo de toroides. Las pautas de los

bordes destacaron en los brillantes diamantes y espirales azules cuando cada magnetóvoro respondió al ritmo cada vez más fuerte de los latidos del Grande.

De repente, el más cercano de los toros se abalanzó hacia el Grande, enviando brillantes destellos verdes a lo largo de su rumbo giratorio.

Alrededor del toro grávido, un puñado de brillantes puntos azules voló hacia el intruso. Se colocaron ante él un instante, danzando, como temblequeantes gotas de agua sobre una cacerola caliente, cerca de su enorme masa. Los puntos brillantes empezaron a repelerlos, mordisqueando y empujando, al parecer, hasta que quedó por debajo la nave.

Bajo la mano del piloto, la nave giró para presentar su borde a la más cercana de las motas chispeantes, sólo a un kilómetro de distancia. Entonces, por primera vez, Jacob pudo ver claramente las formas de vida llamadas Espectros Solares.

Flotaba como un fantasma, delicadamente, como si los vientos cromosféricos fueran una brisa que aceptar sin apenas un aleteo: tan diferente de los danzarines toroides como una mariposa de un trompo.

Parecía una medusa, o una brillante toalla de baño azul que se agitaba al viento mientras colgaba de un cordel. Posiblemente era más un pulpo, como apéndices efímeros que nacían y morían a lo largo de sus bordes irregulares. A veces a Jacob le pareció un trozo de la superficie del mar que hubiera sido traído aquí, mantenido en su líquido, moviéndose milagrosamente.

El espectro se agitó. Se dirigió hacia la Nave Solar, lentamente, durante un minuto. Entonces se detuvo.

También nos está mirando, pensó Jacob.

Por un momento se observaron mutuamente, la tripulación de seres de agua, en su nave, y el Espectro.

Entonces la criatura se volvió, de forma que su superficie plana quedó hacia la Nave Solar. De repente un destello de brillante luz multicolor inundó la cubierta. Las pantallas hicieron soportable el resplandor, pero el rojo claro de la cromosfera desapareció.

Jacob se protegió los ojos con una mano y parpadeó, asombrado.

¡De modo que así es el interior de un arco iris!, pensó con cierta irreverencia.

Tan súbitamente como se produjo, el espectáculo de luz desapareció. El sol rojo regresó, y con él el filamento, la mancha solar muy por debajo, y los toroides giratorios.

Pero los Espectros se habían ido. Habían regresado con el magnetóvoro gigante y una vez más danzaban como puntos casi invisibles a su alrededor.

—¡Nos... nos ha disparado con su láser! —dijo el piloto—. Hasta ahora nunca lo había hecho.

—Tampoco se había acercado ninguno con su forma normal —respondió Helene

deSilva—. Pero no estoy segura de lo que quería significar esa acción.

—¿Cree que pretendía hacernos daño? —preguntó la doctora Martine, vacilante—. ¡Tal vez empezaron así con Jeffrey!

—No lo sé. Quizá fuera una advertencia.

—O tal vez sólo quería volver al trabajo —dijo Jacob—. Estábamos casi en la dirección opuesta al gran magnetóforo. Habrán advertido que todos sus compañeros volvieron al mismo tiempo.

DeSilva sacudió la cabeza.

—No sé. Supongo que deberíamos quedarnos y observar. Veamos qué hacen cuando terminen con el parto.

Ante ellos, el gran toro empezó a hincharse más a medida que giraba. Las bandas claras y oscuras a lo largo de su borde se hicieron más pronunciadas, las oscuras convirtiéndose en estrechas estructuras y las más claras hinchándose hacia afuera con cada oscilación.

Dos veces vio Jacob grupos de brillantes pastores que se abalanzaban para contener a un magnetóforo que se acercaba demasiado, como perros mordiendo las patas de un macho cabrío despistado, mientras los demás se quedaban con la hembra.

La hinchazón fue aumentando y las bandas oscuras se hicieron más tensas. La luz verde del láser, esparcida bajo el gran toro, se redujo. Finalmente desapareció.

Los Espectros se acercaron. Cuando la inclinación del Grande alcanzó un ángulo casi horizontal, se congregaron en el borde para agarrarlo de algún modo y completar el giro con una súbita sacudida.

El leviatán giraba ahora perezosamente sobre un eje perpendicular al campo magnético. Mantuvo la posición durante un momento, hasta que la criatura pareció descomponerse de pronto.

Como un collar con el hilo roto, el toro se dividió por donde las bandas oscuras se tensaban. Una a una, mientras el cuerpo del progenitor giraba lentamente, las bandas claras, ahora pequeñas formas individuales anulares, quedaron libres, mientras rotaban hacia el lugar donde se produjo la ruptura. Fueron arrojadas de una en una hacia arriba, a lo largo de las líneas invisibles del flujo magnético, hasta que corrieron por el cielo como perlas. Del Grande, el progenitor, no quedó nada.

Unas cincuenta formas anilladas giraron deslumbrantes en un enjambre protector de brillantes pastores azules. Avanzaron inseguras y, desde el centro de cada una de ellas, un diminuto brillo verde fluctuó indeciso.

A pesar de su cuidadosa vigilancia, los espectros perdieron a varios de sus erráticos custodios. Algunos de los infantes, más activos que los demás, salían de la cola. Un breve estallido de brillo verde sacó a un bebé magnetóforo de la zona protegida y lo dirigió hacia uno de los adultos que acechaban cerca. Jacob esperó que continuara hacia la nave. ¡Si tan sólo el toroide adulto se quitara de en medio!

Como si hubiera oído sus pensamientos, el adulto empezó a dejar paso al joven. Su borde latió con diamantes verdiazules cuando el recién nacido pasó por encima.

De repente, el toro saltó hacia arriba en una columna de plasma verde. Demasiado tarde, el joven intentó escapar. Volvió su débil antorcha hacia el borde de su perseguidor mientras huía.

El adulto no se inmutó. En un momento el bebé quedó vencido, arrastrado al latiente agujero central del adulto y consumido en un destello de vapor.

Jacob advirtió que estaba conteniendo la respiración. Resopló, y le pareció un suspiro.

Los bebés fueron dispuestos en filas ordenadas junto a sus mentores. Empezaron a apartarse lentamente del rebaño, mientras unos cuantos pastores permanecían allí para mantener en fila a los adultos.

Jacob observó los brillantes anillos de luz hasta que un grueso rizo de filamento llegó flotando y le impidió la visión.

—Ahora empecemos a ganarnos nuestra paga —susurró Helene deSilva. Se volvió hacia el piloto—. Mantenga a los restantes pastores alineados con el plano de la cubierta. Y pídale a Culla que esté ojo avizor. Quiero ver si se acerca algo desde el nadir.

¡Ojo avizor! Jacob reprimió un escalofrío involuntario, y negó firmemente cuando su imaginación intentó formar una imagen. ¿De qué época venía esta mujer?

—Muy bien —dijo la comandante—. Acerquémonos despacio.

—¿Cree que se darán cuenta de que esperamos hasta que terminó el parto? —preguntó Jacob.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tal vez creyeron que éramos sólo una forma tímida de toroide adulto. Tal vez ni siquiera recuerdan nuestras visitas anteriores.

—¿Ni la de Jeff?

—Ni la de Jeff. Yo no supondría demasiado. Creo a la doctora Martine cuando dice que sus máquinas registran una inteligencia básica. ¿Pero qué significa eso? En un entorno como éste, aún más simple que un océano terrestre, ¿qué razón tendría una raza para desarrollar una habilidad semántica, o una memoria? Esos gestos amenazantes que hemos visto en inmersiones previas no indican necesariamente mucho cerebro.

»Podrían ser como los delfines antes de que iniciáramos experimentos genéticos hace unos pocos cientos de años, mucha inteligencia y ninguna ambición mental. ¡Demonios, tendríamos que haber traído hace mucho tiempo a gente como usted, del Centro de Elevación!

—Está hablando como si la inteligencia evolucionada fuera la única ruta —sonrió él—. Dejando a un lado por el momento la opinión galáctica, ¿no debería considerar

al menos otra posibilidad?

—¿Quiere decir que tal vez los Espectros hayan sido también elevados? — DeSilva pareció aturdida por un momento. Entonces la idea recaló y se dio cuenta de las implicaciones—. Pero si ése fuera el caso, entonces tendría que haber...

El piloto la interrumpió.

—Mi comandante, están empezando a moverse.

Los Espectros aleteaban en el gas cálido y retorcido. Luces azules y blancas ondularon a lo largo de la superficie de cada uno mientras gravitaban perezosamente, a cien mil kilómetros por encima de la fotosfera. Se retiraron lentamente de la nave, permitiendo que la separación disminuyera, hasta que pudo verse una leve corona de nubes blancas rodeando a cada uno.

Jacob advirtió que Fagin se colocaba a su izquierda.

—Sería una lástima que tanta belleza fuera considerada culpable de un crimen — trinó suavemente el kantén—. Podría tener grandes problemas sintiendo el mal y asombrándome al mismo tiempo.

Jacob asintió muy despacio.

—Los ángeles son brillantes... —empezó a decir. Pero, por supuesto, Fagin conocía el resto.

Los ángeles son brillantes, aunque los más brillantes cayeron. Aunque todas las cosas malas llevaran el rostro de la gracia, la gracia debe seguir pareciendo lo que es.

—¡Culla dice que están a punto de hacer algo! —El piloto se asomó, cubriéndose una oreja con la mano.

Un rizo de gas más oscuro del filamento entró rápidamente en la zona, bloqueando por un instante la visión de los Espectros. Cuando se despejó, todos los Espectros menos uno se habían alejado.

Esperó hasta que la nave se acercó lentamente. Parecía distinto, semitransparente, más grande y más azul. Y más simple. Parecía rígido y no ondulaba como los demás. Se movía más deliberadamente.

Un embajador, pensó Jacob.

El solariano se alzó despacio mientras se acercaban.

—Mantente a su nivel —dijo deSilva—. ¡No pierdas contacto instrumental!

El piloto la miró sombrío y se volvió hacia sus instrumentos, con los labios apretados. La nave empezó a rotar.

El alienígena se alzó más y se acercó. El cuerpo en forma de abanico parecía latir contra el plasma como un pájaro intentando ganar altura.

—Está jugando con nosotros —murmuró deSilva.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no tiene que hacer tantos esfuerzos para mantenerse encima. —DeSilva

pidió al piloto que acelerara la rotación.

El sol salió por la derecha y se dirigió a su cénit. El Espectro continuó latiendo hacia una posición superior, aunque tenía que girar boca abajo junto a la nave. El sol cubrió el cielo y luego se puso.

Entonces salió y volvió a ponerse en menos de un minuto.

El alienígena permaneció arriba.

La rotación se aceleró. Jacob apretó los dientes y resistió el impulso de agarrarse a Fagin para mantener el equilibrio mientras la nave experimentaba día y noche en cuestión de segundos. Sintió calor por primera vez desde que comenzó el viaje al sol. El Espectro permaneció enloquecedoramente encima y la fotosfera se encendía y se apagaba como una lámpara intermitente.

—Vale, déjalo —dijo deSilva.

La rotación se redujo. Jacob se tambaleó mientras se detenían del todo. Sintió como si una brisa fresca acariciara su cuerpo. Primero calor, luego escalofríos: ¿Voy a enfermar?

—Ganó —dijo deSilva—. Siempre gana, pero merecía la pena intentarlo. ¡Por una vez me gustaría intentarlo con el Láser Refrigerador funcionando! —Miró al alienígena de encima—. Me pregunto qué sucedería si se acercase a una fracción de la velocidad de la luz.

—¿Quiere decir que teníamos el refrigerador desconectado? —Ahora Jacob no pudo evitarlo. Se apoyó levemente en el tronco de Fagin.

—Claro —dijo la comandante—. No creará que queremos freír a docenas de toroides y pastores inocentes, ¿verdad? Por eso estuvimos sumergidos un tiempo límite. ¡De lo contrario podríamos haber intentado alinearlos con los instrumentos del borde hasta que el infierno se congele!

Miró al Espectro.

Una vez más, la frase extraña. Jacob no estaba seguro de que la fascinación de la mujer se encontrara en sus cualidades más directas o en la forma que tenía de expresarse algunas veces. En cualquier caso, el calor abrumador y las siguientes brisas refrescantes quedaron explicadas. Habían permitido que el calor del sol se filtrara durante unos momentos.

Me alegro de que eso fuera todo, pensó.



## 16

### ... Y APARICIONES

—Todo lo que recibimos es una imagen difusa —dijo el tripulante—.

Las pantallas de estasis deben de estar doblando de algún modo la imagen del Espectro, porque parece retorcida, como reflejada a través de una lente. De cualquier forma —se encogió de hombros mientras repartía las fotos—, es lo mejor que podemos hacer con una cámara de mano.

DeSilva contempló la foto que tenía en la mano. Mostraba una caricatura azul y deforme de un hombre, una figura tiesa con piernas retorcidas, brazos largos y grandes manos extendidas. La fotografía había sido tomada justo antes de que las manos se convirtieran en puños, rudos pero identificables.

Cuando le tocó el turno, Jacob se concentró en la cara. Los ojos eran agujeros vacíos, igual que la boca irregular. En la foto parecían negros, pero Jacob recordó que el escarlata de la cromosfera era el verdadero color. Los ojos ardían rojos y la boca se movía como si pronunciara maldiciones, toda roja.

—Hay una cosa —continuó el tripulante—. El tipo es transparente. Lo atraviesa el H-alfa. Sólo lo advertimos en los ojos y en la boca porque el azul que produce no lo traga. Pero por lo que podemos decir, su cuerpo no bloquea nada.

—Bueno, ésa es la mejor definición de lo que es un espectro que he oído en mi vida —dijo Jacob, y devolvió la foto.

Tras volver a levantar la cabeza, preguntó por enésima vez:

—¿Está segura de que el solariano volverá?

—Siempre lo hace —dijo deSilva—. Nunca queda satisfecho con una simple ronda de insultos.

Martine y Bubbacub descansaban, preparados para ponerse los cascos si el alienígena volvía a aparecer. Culla, aliviado de sus deberes en la zona inversa, estaba tumbado en un sofá, sorbiendo lentamente un liquitubo que contenía una bebida azul. Sus grandes ojos estaban ahora vidriosos, y parecía cansado.

—Supongo que todos deberíamos tumbarnos —dijo deSilva—. No conseguiremos nada rompiéndonos el cuello de tanto mirar hacia arriba.

Por ahí es por donde aparecerá el Espectro cuando venga.

Jacob escogió un asiento junto a Culla, para poder ver a Bubbacub y Martine.

Los dos tuvieron poco tiempo para hacer gran cosa durante la primera aparición. En cuanto el Espectro Solar se colocó cerca del cenit, cambió a la forma amenazante parecida a un hombre. Martine apenas pudo ajustarse el casco antes de que la criatura sonriera, agitara un puño y se marchara.

Pero Bubbacub tuvo tiempo de comprobar su ka-ngrl. Anunció que el solariano

no usaba el particular tipo de potente psi que la máquina detectaba y contrarrestaba. Al menos no entonces. El pequeño pil la dejó encendida de todas formas, por si acaso.

Jacob apoyó la cabeza en el asiento y tocó el botón que le permitía reclinarsse lentamente, hasta que quedó mirando el cielo rosado y filamentoso.

Era un alivio saber que el poder pi-ngrli no estaba funcionando aquí. Pero entonces, ¿cuál era el motivo de la extraña conducta del Espectro? Volvió a preguntarse si LaRoque no tendría razón, si los solarianos sabían cómo hacerse entender en parte porque conocían a los humanos de antes. Estaba claro que el hombre nunca había visitado el sol en el pasado, pero ¿fueron las criaturas de plasma alguna vez a la Tierra, e incluso crearon allí la civilización? Parecía descabellado, pero lo mismo sucedía con el proyecto Navegante Solar.

Otra idea: Si LaRoque no era responsable de la destrucción de la nave de Jeff, entonces los Espectros podrían ser capaces de matarlos a todos en cualquier momento.

Si era así, Jacob esperaba que el periodista-astronauta tuviera razón en lo demás: que los solarianos sintieran más respeto al tratar con humanos, pila y kantén que el que habían mostrado hacia un chimpancé.

Jacob pensó en probar por su cuenta con la telepatía cuando la criatura volviera a acercarse. Le habían hecho pruebas una vez y descubrieron que no tenía aptitudes psi, a pesar de sus extraordinarias habilidades memorísticas e hipnóticas, pero de todas formas, tal vez debería intentarlo.

Un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Culla, que miraba a un punto delante de él y a cuarenta y cinco grados del cénit, se llevó un micro a los labios.

—Capitana —dijo—. Creo que vuelve. —La voz del pring resonó por toda la nave—. Pruebe ángulosh de 120 a 30 gradosh.

Culla soltó el micro. El cable flexible lo introdujo en una rendija situada junto a su mano derecha y el tubo de bebida, ahora vacío.

La neblina roja se oscureció brevemente mientras un hilillo de gas pasaba ante la nave. Entonces el Espectro volvió, todavía empequeñecido por la distancia pero haciéndose más grande a medida que se aproximaba.

Esta vez era más brillante, y más concreto en los bordes. Pronto resultó doloroso contemplar su tono azul.

Volvió de nuevo como la figura de un hombre, los ojos y la boca ardiendo como brasas mientras gravitaba, a la mitad de camino del cénit.

Permaneció allí durante largos minutos, sin hacer nada. La figura era decididamente malévola. Jacob podía sentirlo! La exclamación de la doctora Martine le hizo darse la vuelta, y advirtió que había estado conteniendo la respiración.

— ¡Maldito sea! —Ella se quitó el casco—. ¡Hay demasiado ruido!

¡Pensé que había conseguido algo... un toque aquí y allá... y entonces desapareció!

—No se moleste —dijo Bubbacub. La voz entrecortada procedía del vodor, situado ahora sobre la cubierta junto al pequeño pil.

Bubbacub tenía el casco puesto y contemplaba fijamente al Espectro—.

Los humanos no tienen el psi que ellos usan. Su intento, de hecho, les causa dolor y algo de ira.

Jacob deglutió rápidamente.

—¿Ha entrado en contacto con ellos? —preguntaron Jacob y Martine casi al mismo tiempo.

—Sí —dijo la voz mecánica—. No me molesten. —Los ojos de Bubbacub se cerraron—. Dígame si se mueve. ¡Sólo si se mueve!

Después de eso, no pudieron sacarle nada.

Jacob se preguntó qué le estaría diciendo. Observó la aparición.

¿Qué se podía decir a una criatura semejante?

De repente, el solariano empezó a agitar las «manos» y a mover la «boca». Esta vez sus rasgos eran más claros. No quedaba nada de la imagen convulsa que habían visto en su primera aparición. La criatura habría aprendido a manejar las pantallas de estasis. Un ejemplo más de su habilidad para adaptarse. Jacob no quiso pensar lo que aquello implicaba a la seguridad de la nave.

Un destello de color a la izquierda llamó su atención. Jacob se acercó al panel que tenía al lado, sacó el micro y lo conectó en modo personal.

—Helene, mire a uno ocho por sesenta y cinco. Creo que tenemos más compañía.

—Sí. —La voz de deSilva inundó suavemente la parte de la sala ocupada por su cabeza—. Lo veo. Parece hallarse en su forma estándar. Veamos qué hace.

El segundo espectro se aproximó, vacilante, desde la izquierda. Su estructura amorfa y ondulante era como una mancha de aceite en la superficie del océano. Su forma no se parecía en nada a la de un hombre.

La doctora Martine contuvo el aliento bruscamente cuando vio al intruso, y empezó a ponerse el casco.

—¿Cree que deberíamos avisar a Bubbacub? —preguntó Jacob rápidamente.

Ella lo pensó un instante, y luego miró al primer solariano. Todavía agitaba sus «brazos», pero no había cambiado de posición. Ni Bubbacub.

—Dijo que se le avisara si se movía —dijo.

Miró ansiosamente al recién llegado.

—Tal vez yo debería ocuparme de este nuevo y dejar que él siga con el primero, y no molestarle.

Jacob no estaba seguro. Hasta ahora Bubbacub era el único que había encontrado algo positivo. Los motivos de Martine para no informarle de la llegada del segundo

solariano eran sospechosos.

¿Estaba envidiosa del éxito del pil?

Oh, bueno, el eté odia ser interrumpido de todas formas, pensó Jacob, y se encogió de hombros.

El recién llegado se acercó cuidadosamente, con pequeños impulsos y paradas, hacia el lugar donde su primo más grande y brillante ejecutaba su representación de un hombre furioso.

Jacob miró a Culla.

¿Debería decírselo al menos a él? Parece tan concentrado en el primer espectro. ¿Por qué no lo ha anunciado Helene? ¿Y dónde está Fagin? Espero que no se esté perdiendo esto.

En algún lugar de las alturas se produjo un destello. Culla se agitó.

Jacob alzó la cabeza. El recién llegado había desaparecido. El primer espectro se encogió lentamente y se desvaneció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jacob—. Tan sólo he vuelto la cabeza un momento...

— ¡No lo shé, Amigo-Jacob! Eshtaba mirando para ver shi la conducta vishual del sher podría revelar algunash pishtas shobre shu naturaleza, cuando de repente apareció otro. El primero atacó al shegundo con un deshtello de luz, y lo hizo marcharsh. ¡Entoncesh también él she marchó!

— ¡Tendrían que haberme anunciado la llegada del segundo —dijo Bubbacub. Estaba de pie, con el vodor una vez más alrededor de su cuello—. No im-porta. Sé todo lo que necesitaba saber. Informaré a la hu-mana deSilva.

Se volvió y se marchó. Jacob se puso en pie para seguirle. Fagin les esperaba, junto a deSilva y la Cámara del Piloto. —¿Lo viste? —susurró Jacob.

—Sí. Bastante bien. Estoy ansioso por oír lo que ha descubierto nuestro estimado amigo.

Con un gesto teatral, Bubbacub pidió a todo el mundo que le escuchara.

—Dijo que es viejo. Lo cre-o. Es una ra-za muy vieja.

Sí, pensó Jacob. Eso es lo primero que Bubbacub quería averiguar.

—Los so-larianos di-cen que mataron al chimpancé. LaRo-que lo mató también. Empezarán a matar a hu-manos si no se mar-chan para siempre.

—¿Qué? —exclamó deSilva—. ¿De qué está hablando? ¿Cómo podrían ser responsables LaRoque y los Espectros?

—No pierda la cal-ma, se lo a-consejo. —La voz del pil, moderada por el vodor, tenía un tono de amenaza—. El so-lariano me dijo que hicieron que el hombre lo hiciera. Le dieron su ira. Le dieron su necesidad de matar. Le dieron también la verdad.

Jacob terminó de resumir las observaciones de Bubbacub a la doctora Martine.

—... y entonces terminó diciendo que sólo había una forma de que los solarianos pudieran haber influido en LaRoque desde tanta distancia. Y si usaron ese método quedaban explicadas las faltas de referencias en la Biblioteca. El uso de ese poder es tabú. Bubbacub quiere que nos quedemos el tiempo suficiente para comprobarlo y que luego salgamos de aquí.

—¿Qué poder? —preguntó Martine. Estaba sentada, con el burdo casco psi terrestre sobre el regazo. Culla escuchaba a su lado, con otro fino liquitubo entre los labios.

—No es pi-ngrli. Eso se usa a veces legalmente. Además no puede llegar tan lejos, y de todas formas él no pudo encontrar rastro. No, creo que Bubbacub planea usar esa cosa parecida a una piedra.

—¿La reliquia lethani?

—Sí.

Martine sacudió la cabeza. Miró hacia abajo y jugueteó con un mando del casco.

—Es tan complicado... No lo comprendo en absoluto. Nada ha salido bien desde que regresamos a Mercurio. Nada es lo que parece ser. —¿Qué quiere decir?

La parapsicóloga hizo una pausa, y luego se encogió de hombros.

—Ya no se puede estar segura de nada... Yo estaba convencida de que el tonto pique entre Peter y Jeffrey era verdadero e inofensivo a la vez. Ahora descubro que fue inducido artificialmente y que resultó letal.

Y supongo que también tenía razón respecto a los solarianos. Sólo que no fue idea suya, sino de ellos.

—¿Cree que de verdad son nuestros Tutores perdidos?

—¿Quién sabe? Si es cierto, es una tragedia que no podamos volver aquí a hablar con ellos.

—Entonces acepta la historia de Bubbacub sin reservas.

—¡Sí, claro! Es el único que ha logrado establecer contacto, y además lo conozco. Bubbacub nunca podría confundirnos. ¡La verdad es el trabajo de su vida!

Pero Jacob sabía ahora a quién se refería cuando dijo que ya no se podía estar seguro de nada. La doctora Martine estaba aterrada.

—¿Está segura de que Bubbacub fue el único que entabló algún tipo de contacto?

Sus ojos se abrieron de par en par, pero luego miró hacia otro lado. —Parece que es el único con esa habilidad.

—¿Entonces por qué se quedó detrás con el casco puesto cuando Bubbacub nos reunió a todos para comunicarnos su informe?

—¡No tiene que interrogarme de esa forma! —respondió ella acaloradamente—. Quise intentarlo una vez más. ¡Tenía celos de su éxito y quise probar otra vez! Fracasé, por supuesto.

Jacob no se dejó convencer. La irritación de Martine parecía inadecuada y estaba

claro que sabía más de lo que decía.

—Doctora Martine, ¿qué sabe acerca de una droga llamada «Warfarin»?

—¡Usted también! —La doctora se ruborizó—. Le dije al médico de la base que nunca había oído hablar de ella, y desde luego no sé cómo apareció entre las medicinas de Dwayne Kepler. ¡Es decir, si alguna vez ha estado allí!

Se dio la vuelta.

—Creo que será mejor que me vaya a descansar, si no le importa.

Quiero estar despierta cuando vuelvan los solarianos.

Jacob ignoró su hostilidad: un poco de presión de su otro yo podría haber despejado sus sospechas. Pero estaba claro que Martine no diría nada más. Se puso en pie. Ella le ignoró mientras bajaba su asiento.

Culla se encontró con él junto a las máquinas de refrescos.

—¿Eshtá moleshto, Amigo-Jacob?

—No, creo que no. ¿Por qué lo pregunta?

El alto extraterrestre parecía cansado. Los finos hombros estaban caídos, aunque le brillaban los grandes ojos.

—Eshpero que no she tome demashiado mal eshta noticia que ha anunciado Bubbacub.

Jacob se dio la vuelta y miró a Culla.

—¿Tomármelo mal, Culla? Sus declaraciones son datos. Eso es todo.

Me decepcionaría si resulta que el proyecto Navegante Solar tiene que terminar. Y tendré que encontrar un medio de verificar lo que Bubbacub dice antes de reconocer que es necesario... buscando una referencia en la Biblioteca, por ejemplo. Pero por lo demás, mi emoción más fuerte es la curiosidad. —Jacob se encogió de hombros, irritado ante la pregunta. Le picaban los ojos, probablemente por sobredosis de luz roja.

Culla sacudió lentamente su gran cabeza redonda.

—Creo que esh lo contrario. Dishculpe mi preshunción, pero creo que eshtá muy preocupado.

Jacob sintió un instante de cálida ira. Estuvo a punto de estallar, pero consiguió controlarse.

—¿De qué está hablando, Culla? —dijo lentamente.

—Jacob, ha hecho un buen trabajo permaneciendo neutral en el conflicto interno de shu eshpecie. Pero todosh losh sho-fontesh tienen opinionesh. Le duele desh descubrir que Bubbacub hizo contacto donde los humanosh fracasharon. Aunque nunca ha expreshado shu poshtura en la Cueshtión del Origen, shé que no she shiente feliz al desh descubrir que la humanidad tuvo en efecto un Tutor.

Jacob volvió a encogerse de hombros.

—Es cierto, sigue sin convencerme esa historia de que los solarianos elevaran a la

humanidad en el pasado remoto y luego nos abandonaran antes de terminar el trabajo. Nada tiene sentido.

Jacob se frotó la sien derecha. Sentía la proximidad de un dolor de cabeza.

—Y la gente se ha estado comportando de forma muy peculiar en este proyecto. Kepler sufrió una especie de histeria inexplicable y depende por completo de Martine. LaRoque se comportó de forma más exagerada que de costumbre, a veces autodestructivamente. Y no olvide su supuesto sabotaje. Luego la propia Martine pasa de su emotiva defensa de LaRoque a su temor a decir nada que pudiera molestar a Bubbacub. Eso me hace preguntarme... —Hizo una pausa.

—Tal vez los sholarianos shon reshponshablesh de todo eshto. Shi pudieron hacer que el sheñor LaRoque cometiera un asheshinato deshde tan lejosh, podrían haber caushado también otrash aberracionesh.

Jacob cerró los puños. Miró a Culla y apenas pudo reprimir su furia. Los brillantes ojos del alienígena eran opresivos. No quería que le mirase.

—No me interrumpa —dijo, con los labios tensos, y con toda la calma que pudo acumular.

Podía sentir que había algo raro. Una nube parecía rodearle. Nada estaba muy claro pero seguía experimentando la necesidad de decir algo importante. Cualquier cosa.

Miró rápidamente en derredor.

Bubbacub y Martine estaban otra vez en sus puestos. Ambos llevaban los cascos y miraban en su dirección. Martine hablaba.

¡Zorra! Probablemente le está diciendo a ese oso arrogante todo lo que dije. ¡Pelota!

Helene deSilva se detuvo junto a los dos mientras hacía sus rondas, distrayendo su atención de Culla y Jacob. Por un momento, Jacob se sintió mejor. Deseaba que Culla se marchara. ¡Era una lástima que hubiera que tratarlo así, pero un pupilo tenía que saber cuál era su sitio!

DeSilva terminó de hablar con Bubbacub y Martine, y empezó a dirigirse a las máquinas de refrescos. Una vez más, los ojitos negros de Bubbacub le miraron.

Jacob gruñó. Se dio la vuelta para evitar aquella mirada y contempló la máquina de bebidas.

¡A la mierda con todos! He venido a tomar un trago y eso es lo que voy a hacer. ¡De todas formas, ellos no existen!

La máquina se agitó ante él. Una voz interna gritaba algo sobre una emergencia, pero decidió que la voz tampoco existía.

Sí que es una máquina extraña, pensó. Espero que no sea tan complicada como la de la Bradbury. Esa no fue nada amistosa.

No, ésta tenía un puñado de botones tridimensionales transparentes que

destacaban de los demás. De hecho, había filas y filas de pequeños botones, todos ellos asomando al espacio.

Extendió la mano para pulsar uno al azar, pero se contuvo. Oh-oh. ¡Esta vez leeremos las etiquetas!

¿Qué es lo que quiero? ¿Café?

La pequeña voz interior gritaba Gyroade. Sí, eso es sensato. Una bebida maravillosa, Gyroade. No sólo es deliciosa, sino que también te pone a tono. Una bebida perfecta para un mundo de alucinaciones.

Tuvo que admitir que sería una buena idea beber un poco. Pero había algo que parecía un poco extraño. ¿Por qué todo se desarrollaba tan despacio?

Su mano se movió como un caracol hacia el botón deseado. Vaciló unas cuantas veces pero por fin la controló. Estaba a punto de pulsarlo cuando la vocecita regresó, esta vez suplicándole que se detuviese.

¡Vaya, hombre! Me das un buen consejo y luego te asustas.

¡Maldita sea! De todas formas, ¿quién te necesita?

Pulsó el botón. El tiempo se aceleró un poco, y Jacob oyó el sonido del líquido.

¿Quién demonios necesita a nadie? Maldito sea el largiru-cho de Culla. El gordo Bubbacub y su fría consorte humana.

Incluso el loco de Fagin... por traerme de la Tierra a este lugar estúpido.

Se inclinó y sacó el liquitubo de su ranura. Tenía un aspecto delicioso.

El tiempo se aceleró, casi de vuelta a la normalidad. Ya se sentía mejor, como si le hubieran aliviado de una gran presión. Antagonismos y alucinaciones parecieron desvanecerse. Sonrió a Helene deSilva, que se acercaba. Luego se volvió para sonreírle a Culla.

Más tarde me disculparé por ser tan brusco, pensó. Alzó el tubo en un brindis.

—... estado gravitando ahí fuera, justo al borde de la detección —decía deSilva—. Estamos preparados, así que sería mejor que...

—¡Alto, Jacob! —gritó Culla.

DeSilva soltó una exclamación y dio un brinco para agarrarle la mano. Culla añadió sus leves fuerzas para quitarle el tubo de los labios.

Aguafiestas, pensó él amistosamente. Le demostraré a un alienígena debilucho y a una nonagenaria lo que un hombre puede hacer.

Los apartó, pero ellos siguieron atacando. La comandante incluso intentó algunas tretas desagradables, pero él las esquivó y se llevó la bebida a la boca, lenta, triunfalmente.

Una pared se rompió y el sentido del olfato que no recordaba haber perdido regresó como una apisonadora. Tosió una vez y miró el tubo que tenía en la mano.

Hervía marrón y venenoso con burbujas y grumos. Lo arrojó al suelo. Todo el mundo lo miraba. Culla decía algo desde el lugar donde había caído. DeSilva se



incorporaba, alerta. Los otros humanos se congregaban alrededor.

Pudo oír el preocupado silbido de Fagin desde alguna parte.

¿Dónde está Fagin?, pensó, mientras se tambaleaba hacia adelante.

Consiguió dar tres pasos y entonces se desplomó en la cubierta delante de Bubbacub.

Volvió en sí lentamente. Le resultó difícil porque sentía la frente tensa. Notaba la piel estirada como el cuero de un tambor. Pero no se trataba de cuero seco. Estaba húmedo, primero de sudor y luego de algo más, algo frío.

Gruñó y alzó la mano. Tocó piel, la mano de alguien, cálida y suave. Por el olor notó que era una mujer.

Jacob abrió los ojos. La doctora Martine estaba sentada cerca, con un paño en la negra mano. Sonrió y le acercó un liquitubo a los labios.

Él vaciló un momento, luego se inclinó hacia adelante para dar un sorbo. Era limonada, y tenía un sabor maravilloso.

La terminó mientras miraba alrededor. Los asientos repartidos por la cubierta estaban ocupados por figuras tendidas.

Miró hacia arriba. ¡El cielo estaba casi negro!

—Vamos de regreso —dijo Martine.

—¿Cuánto...? —Jacob pudo sentir la laringe irritada—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unas doce horas.

—¿Me suministraron algún sedante?

Ella asintió. La Perpetua Sonrisa Profesional apareció de nuevo.

Pero ahora no parecía tan falsa. Jacob se llevó una mano a la frente.

Todavía le dolía.

—Entonces supongo que no lo soñé. ¿Qué fue lo que intenté beber ayer?

—Un compuesto de amoníaco que trajimos para Bubbacub.

Probablemente no le habría matado. Pero le habría causado mucho daño. ¿Puede decirme por qué lo hizo?

Jacob acomodó la cabeza en el cojín.

—Bueno... me pareció una buena idea en ese momento—. Sacudió la cabeza—. En serio. Supongo que me sucedió algo. Pero que me zurzan si sé qué fue.

—Tendría que haber sabido que algo iba mal cuando empezó a decir cosas extrañas sobre asesinatos y conspiraciones. En parte es culpa mía por no reconocer los síntomas. No hay nada de qué avergonzarse. Creo que sólo es un caso de shock de orientación. ¡Una inmersión en una Nave Solar puede ser una horrible experiencia desorientadora en muchos sentidos!

Jacob se frotó los ojos para espantar el sueño.

—Bueno, tiene razón en eso último. Pero se me acaba de ocurrir que algunas

personas estarán pensando probablemente que caí bajo una influencia.

Martine dio un respingo, como sorprendida por verle alerta tan pronto.

—Sí —dijo—. De hecho, la comandante deSilva pensó que fue obra del Espectro. Dijo que probablemente estaban usando sus poderes psi para demostrar su argumento. Incluso habló de contraatacar. La teoría tiene su interés, pero prefiero la mía.

—¿Que me volví 'loco?

—¡Oh, no, nada de eso! ¡Sólo desorientado y confuso! Culla dijo que se comportó... anormalmente en los minutos anteriores a su... accidente. Eso, más mis propias observaciones...

—Sí —asintió Jacob—. Le debo una disculpa a Culla. ¡Oh, Dios mío!

No resultó herido, ¿verdad? ¿Y Helene? —Empezó a ponerse en pie.

Martine le obligó a tenderse.

—No, no, todo el mundo está bien. No se preocupe. Estoy segura de que la única preocupación que tienen es por su salud.

Jacob se tumbó. Contempló el liquitubo vacío.

—¿Puedo beber otro?

—Claro. Ahora mismo vuelvo.

Martine le dejó solo. Pudo oír sus suaves pisadas que se dirigían hacia el centro de refrescos, el lugar donde ocurrió el «accidente».

Dio un respingo al pensar en el suceso. Sintió una mezcla de vergüenza y disgusto. Pero por encima de todo estaba la ardiente pregunta, ¿POR QUÉ?

Tras él, dos personas hablaban en voz baja. La doctora Martine debió dejar a alguien a cargo.

Jacob sabía que tarde o temprano tendría que hacer una inmersión que haría parecer una tontería al Navegante Solar. Ese trance sería un riesgo, pero habría que correrlo para descubrir la verdad. La única cuestión era cuándo. ¿Ahora, cuándo podría abrir en dos su mente? ¿O en la Tierra, en presencia de los terapeutas del Centro, donde las respuestas no servirían de nada para su trabajo ni para el proyecto?

Martine regresó. Se agachó junto a él y le ofreció un liqui-tubo lleno. Helene deSilva la acompañaba. La comandante se sentó junto a la parapsicóloga.

Jacob pasó varios minutos asegurándole que se encontraba bien.

Ella no hizo caso a sus disculpas.

—No tenía ni idea de que fuera tan bueno en C.S.A., Jacob —dijo.

—¿C.S.A.?

—Combate sin armas. Soy bastante buena, aunque tengo que reconocer que estoy un poco oxidada. Pero usted es mejor. Lo averiguamos de la forma más segura en una lucha entre partes ansiosas por anular al otro sin causar daños ni dolor. Es algo terriblemente difícil, pero usted es un experto.

Jacob nunca hubiera imaginado que fuera posible ruborizarse ante un cumplido como aquél, pero notó que se ponía colorado.

—Gracias. Me cuesta trabajo recordarlo, pero me parece que también usted estuvo bastante bien.

Se miraron mutuamente y sonrieron.

Martine los observó, y se aclaró la garganta.

—Creo que el señor Demwa no debería pasar tanto tiempo hablando. Un shock como ése requiere mucho descanso.

—Sólo quiero saber unas cuantas cosas, doctora, y luego cooperaré. Primero, ¿dónde está Fagin? No lo veo por ninguna parte.

—Kant Fagin está en la zona invertida —dijo deSilva—. Se está nutriendo.

—Estaba muy preocupado por usted. Estoy segura de que le alegrará saber que se encuentra bien —dijo Martine.

Jacob se relajó. Por algún motivo, le preocupaba la seguridad de Fagin.

—Ahora cuénteme qué sucedió después de que me desmayara.

Martine y deSilva intercambiaron una mirada. Luego deSilva se encogió de hombros.

—Tuvimos otra visita. Duró bastante. Durante varias horas el solariano aleteó al borde de la visibilidad. Habíamos dejado muy atrás la manada de toroides y con ella a todos sus compañeros.

»Pero menos mal que esperó. Estuvimos bastante nerviosos durante un rato, bueno...

—Debido a mi numerito —suspiró Jacob—. ¿Pero intentó alguien entablar contacto con él mientras aleteaba ahí fuera?

DeSilva miró a Martine. Sacudió levemente la cabeza.

—No sucedió gran cosa luego —continuó apresuradamente la comandante—. Todavía estábamos conmocionados. Pero luego, a eso de las cuatrocientas, desapareció. Volvió poco después con su... «modo amenazante».

Jacob dejó que terminara la conversación entre las dos mujeres.

Pero se le ocurrió algo.

—¿Están seguras de que no eran los mismos Espectros? Tal vez los modos «normal» y «amenazante» son dos especies diferentes.

Martine pareció momentáneamente aturdida.

—Eso podría explicar... —entonces guardó silencio.

—Esto... ya no los llamamos Espectros —dijo deSilva—. Bubbacub dice que no les gusta.

Jacob sintió un momento de irritación, pero lo controló rápidamente para que las mujeres no lo advirtieran. Esta conversación no los llevaba a ninguna parte.

—¿Qué pasó cuando vino en su estado amenazante?

DeSilva frunció el ceño.

—Bubbacub habló con él durante un rato. Luego se enfadó y lo expulsó.

—¿Qué hizo?

—Intentó razonar con él. Citó el libro de los derechos Tu-tor-Pupilo. Incluso prometió hacer negocios. El solariano no dejó de proferir amenazas. Dijo que enviaría mensajes psi a la Tierra y causaría desastres indescriptibles.

»Por fin, Bubbacub le conminó a rendirse. Hizo que todo el mundo se tumbara. Luego sacó ese trozo de hierro y cristal que guarda tan en secreto. ¡Ordenó que todos cerraran los ojos, luego dijo abracadabra y expulsó a la maldita cosa!

—¿Qué hizo?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Sólo los Progenitores lo saben, Jacob. Hubo una luz cegadora, una sensación de presión en los oídos... y cuando volvimos a mirar, el solariano había desaparecido.

»¡Y no sólo eso! Volvimos al lugar donde pensábamos que habíamos dejado el rebaño de toroides. También había desaparecido. ¡No había un ser viviente a la vista!

—¿Nada en absoluto? —Jacob pensó en los hermosos toroides y en sus brillantes aros multicolores.

—Nada —dijo Martine—. Todo había sido borrado. Bubbacub nos aseguró que no habían sido dañados.

Jacob se sintió aturdido.

—Bueno, al menos ahora existe una protección. Podemos negociar con los solarianos desde una postura de fuerza.

DeSilva sacudió la cabeza tristemente.

—Bubbacub dice que no puede haber negociaciones. Son malignos, Jacob. Ahora nos matarán si pueden.

—Pero...

—Y ya no podemos contar con Bubbacub. Le dijo a los solarianos que la Tierra se vengaría si resultaba dañada. Pero aparte de eso, no nos ayudará. La reliquia vuelve a Pila.

Miró al suelo. Su voz sonó ronca.

—El Proyecto Navegante Solar ha terminado.

## SEXTA PARTE

La medida de la salud mental es la flexibilidad (no la comparación con alguna «norma»), la libertad para aprender de la experiencia, de ser influido por argumentos razonables, y la atención a las emociones, y especialmente la libertad de contenerse cuando se está saciado. La esencia de la enfermedad es la congelación de la conducta en pautas inalterables e insaciables.

Lawrence Kubie

# 17

## SOMBRA

El taller estaba vacío; cada herramienta colgaba en incómodo desuso del apropiado gancho de la pared. Las herramientas estaban limpias. El tablero, rayado y agujereado, brillaba bajo una nueva capa de cera.

El puñado de instrumentos a medio desmontar que Jacob había apartado yacía en el suelo acusadoramente, como el mecánico jefe, que le observaba receloso mientras se apropiaba del banco de trabajo. A Jacob no le importaba. A pesar del fiasco a bordo de la Nave Solar, o quizás a causa de ello, nadie puso objeciones cuando decidió continuar sus propios estudios. El taller era un lugar grande y adecuado y nadie más lo quería en aquel momento. Además, allí era menos probable que lo encontrara Millie Martine.

En un ábside de la enorme Caverna de las Naves Solares, Jacob podía ver una rendija de la gigantesca nave plateada, sólo ocultada parcialmente a la vista por la pared rocosa. En las alturas, la pared se perdía en una niebla de condensación.

Estaba sentado en un taburete ante el banco. Jacob dibujó recuadros de alternativa en dos hojas de papel y las colocó sobre la mesa. Cada una de las hojas rosadas tenía una pregunta con respuesta sí o no, representando las posibles realidades morfológicas alternativas.

La de la izquierda decía: B TIENE RAZÓN RESPECTO A LOS ESPECTROS-S, SÍ (I)/NO(II).

La otra hoja era aún más difícil de mirar: ME HE VUELTO LOCO, SÍ(III)/NO(IV).

Jacob no podía permitir que el juicio de nadie más le apartara de estas preguntas. Por eso había evitado a Martine y los demás desde que regresaron a Mercurio. Aparte de hacer una visita de cortesía al convaleciente doctor Kepler, se había convertido en un ermitaño.

La pregunta de la izquierda se refería al trabajo de Jacob, aunque no podía excluir una relación con la pregunta de la derecha.

Ésta sería difícil. Todas las emociones tendrían que ser descartadas para llegar a la respuesta adecuada.

Colocó una hoja con el número romano I ante la pregunta de la izquierda, listando la evidencia de que la historia de Bubbacub era correcta.

### POSIBILIDAD I: LA HISTORIA DE B ES CIERTA.

La lista era grande. Primero estaba la consistencia de la explicación del pil para la conducta de los Espectros Solares. Siempre habían sabido que las criaturas usaban algún tipo de psi. Las amenazantes apariciones con forma humana implicaban

conocimiento del hombre e inclinaciones poco amistosas. «Sólo» un chimpancé había muerto, y sólo Bubbacub podía demostrar que había tenido éxito en sus comunicaciones con los solarianos. Todo encajaba con la historia de LaRoque, que supuestamente había sido implantada en su mente por las criaturas.

El logro más impresionante, el que tuvo lugar mientras Jacob estaba inconsciente a bordo de la Nave Solar, fue la hazaña de Bubbacub con la reliquia lethani. Era prueba de que Bubbacub entabló contacto con los Espectros Solares.

Repeler a un Espectro con un destello de luz podría ser plausible (aunque Jacob no comprendía cómo un ser que habitaba en la brillante cromosfera podía detectar nada en el tenue interior de una Nave Solar), pero la dispersión de todo el rebaño de magnetóvoros y pastores implicaba que el pil debía de haber empleado alguna fuerza poderosa (¿psi?).

Todos estos elementos tendrían que ser examinados de nuevo en el curso del análisis morfológico de Jacob. Pero tenía que admitir que la posibilidad número I parecía verdadera.

POSIBILIDAD II: LA HISTORIA DE B ES FALSA: (IIA) ESTÁ EQUIVOCADO/(IIB) ESTÁ MINTIENDO.

IIA no daba a Jacob ninguna idea, Bubbacub parecía demasiado seguro, demasiado confiado. Por supuesto, podría haber sido engañado por los propios Espectros... Jacob garabateó una nota a ese efecto y la colocó en la posición IIA. De hecho, era una posibilidad muy importante, pero no se le ocurría ninguna forma de probarla o rebatirla sin hacer más inmersiones. Y la situación política hacía imposibles más inmersiones.

Bubbacub, apoyado por Martine, insistía en que cualquier nueva expedición carecería de sentido, y probablemente sería también fatal sin el pil y su reliquia lethani. Curiosamente, el doctor Kepler no discutió. La Nave Solar fue puesta en dique seco siguiendo sus órdenes, el mantenimiento normal suspendido, e incluso la reducción de datos interrumpida mientras conferenciaba con la Tierra.

Los motivos de Kepler aturdían a Jacob. Durante varios minutos se quedó mirando una hoja que decía: TEMA COLATERAL: ¿KEPLER?

Finalmente la arrojó sobre el montón de material desmontado, con una imprecación. Estaba claro que Kepler tenía razones políticas para querer que el cierre de Navegante Solar cayera sobre la cabeza de Bubbacub. Jacob se sintió decepcionado. Se volvió hacia la hoja IIB.

Era atractivo pensar que Bubbacub estaba mintiendo. Jacob no podía fingir ya ningún afecto hacia el pequeño Representante de la Biblioteca. Reconoció sus propias motivaciones personales. Jacob quería que IIB fuera cierto.

Desde luego, Bubbacub tenía motivos para mentir. El fracaso de la Biblioteca a la hora de encontrar una referencia a formas de vida solarianas era un engorro para él.

El pil también lamentaba la investigación independiente de una raza «expósita». Ambos problemas serían eliminados si Navegante Solar era interrumpido de forma que impulsara la estatura de la antigua ciencia.

Pero suponer que Bubbacub había mentido provocaba un montón de problemas. Primero, ¿hasta dónde era mentira la historia?

Obviamente, el truco con la reliquia lethaní fue auténtico. ¿Pero dónde más podía trazarse la línea?

Y si Bubbacub mentía, tenía que estar tremendamente seguro de que no iba a ser capturado. Los Institutos Galácticos, especialmente la Biblioteca, se basaban en su reputación de honestidad absoluta.

Freirían vivo a Bubbacub si era descubierto.

La posibilidad IIB parecía inútil, pero de algún modo Jacob tendría que demostrar que era cierta o el proyecto Navegante Solar se habría acabado.

Esto iba a ser complicado. Toda teoría basada en que Bubbacub mentía tendría que explicar la muerte de Jeffrey, el anómalo estatus y la conducta de LaRoque, la conducta amenazante del Espectro Solar...

Jacob garabateó una nota y la colocó sobre la hoja IIB.

NOTA AL MARGEN: ¿DOS TIPOS DE ESPECTROS SOLARES? Recordó la observación de que nadie había visto jamás a un Espectro Solar «normal» convertirse en la variedad semitransparente que hacía gestos de amenaza.

Se le ocurrió otra idea.

NOTA AL MARGEN: LA TEORÍA DE CULLA DE QUE LA PSI DE LOS SOLARIANOS EXPLICA NO SÓLO LA DE LR SINO TAMBIÉN OTRAS CONDUCTAS EXTRAÑAS.

Jacob pensaba en Martine y Kepler cuando lo escribió. Pero después de reflexionar, escribió cuidadosamente una segunda copia de la misma observación y la colocó sobre la hoja que había marcado ME HE VUELTO LOCO — NO(IV).

Hizo falta todo un acopio de valor para enfrentarse a la pregunta de su propia cordura. Metódicamente anotó las pruebas de que había algo mal, bajo la hoja número III.

1. «LUZ» CEGADORA ALLÁ EN LA BAJA. El trance en el que había entrado justo antes de la reunión en el Centro de Información era el último profundo que había tenido. Le había despertado un aparente artefacto psicológico, un tono azul que atravesó su estado hipnótico como un faro. Pero fuera cual fuese la señal de advertencia que debía estar enviándole su subconsciente, fue interrumpida cuando se acercó Culla.



2. USO INCONTROLADO DE MISTER HYDE. Jacob sabía que la bifurcación de su mente en una parte normal y otra anormal era una solución temporal al menos para los problemas de largo alcance. Un par de centenares de años antes su estado habría sido diagnosticado como esquizofrénico. Pero la transacción hipnótica, supuestamente, permitiría que sus mitades divididas se reensamblaran pacíficamente bajo la guía de su personalidad dominante. Las ocasiones en que su yo feroz se abría paso o tomaba el control se producían cuando era necesario, cuando Jacob tenía que revertir al entrometido frío, duro y terriblemente confiado que había sido antaño.

Jacob no se había preocupado antes por las acciones de su otro yo, por mucho que le avergonzaran. Por ejemplo, fue bastante lógico robar muestras de los medicamentos del doctor Kepler a bordo de la Bradbury, dado lo que había visto hasta entonces, aunque habrían sido preferibles otros medios para llegar al mismo fin.

Pero algunas de las cosas que le había dicho a la doctora Martine a bordo de la Nave Solar implicaban una gran cantidad de celos justificados dando vueltas en su inconsciente, o un problema muy grande más profundo.

3. CONDUCTA EN LA NAVE SOLAR: ¿INTENTO DE SUICIDIO? Eso dolía menos de lo que había esperado cuando lo escribió. Jacob se hallaba desorientado por el episodio. Pero curiosamente se sentía más furioso que avergonzado, como si alguien le hubiera hecho quedar como un tonto.

Por supuesto, eso significaría algo, incluida una frenética autojustificación, pero no se lo parecía. Jacob no sentía ninguna resistencia interna cuando sondeó esa línea de razonamiento. Sólo negación.

El número tres podría haber sido parte de una pauta general de deterioro mental. O podría haber sido un caso aislado de desorientación, como había diagnosticado la doctora Martine (quien desde el regreso le había estado persiguiendo por toda la base para someterle una terapia). O podría haber sido inducido por algo externo, como ya había considerado.

Jacob se retiró del banco de trabajo. Eso requeriría tiempo. La única manera de conseguir algo sería haciendo pausas frecuentes y dejar que las ideas se filtraran desde el inconsciente, el mismo inconsciente que estaba investigando.

Bueno, ésa no era la única forma, pero hasta que hubiera resuelto el problema de su propia cordura no estaba dispuesto a intentar los otros medios.

Jacob dio un paso atrás y empezó a mover su cuerpo lentamente en la pausa de posturas de relajación conocida por Tai Chi Chuan. Las vértebras de su espalda crujieron por haber estado sentado en el taburete. Se estiró para permitir que la energía regresara a las partes de su cuerpo que se habían quedado dormidas.

La ligera chaqueta que llevaba entorpecía sus movimientos.

Interrumpió la rutina y se la quitó.

Había un perchero junto a la oficina del mecánico jefe, frente al taller de

mantenimiento y cerca de los grifos. Jacob se acercó al perchero, sobre sus talones, sintiéndose tenso y lleno de energía por el Tai Chi.

El mecánico jefe asintió con un gruñido cuando Jacob pasó por delante; el hombre no parecía feliz. Estaba sentado ante su mesa en la oficina con paneles de espuma de caucho, con una expresión que Jacob había visto muy a menudo desde el regreso, sobre todo entre el personal inferior. Al recordarlo le dio sed.

Mientras se inclinaba sobre la fuente, Jacob oyó un sonido metálico. Alzó la cabeza cuando se repitió. Procedía de la dirección de la nave. La mitad de ella era ahora visible desde el lugar donde se encontraba. Mientras se acercaba a la esquina de la pared de roca, el resto apareció lentamente.

La puerta en forma de cuña de la Nave Solar descendió muy despacio. Culla y Bubbacub esperaban al pie, sujetando entre ambos una larga máquina cilíndrica. Jacob se agazapó tras la pared de roca.

¿Qué están haciendo esos dos?

Oyó la rampa que se extendía desde el borde de la cubierta de la Nave Solar, y luego el sonido del pil y el pring introduciendo la máquina en la nave.

Jacob apoyó la espalda contra la pared y sacudió la cabeza. Esto era demasiado. Si se encontraba con un nuevo misterio se volvería loco de verdad... si es que no lo estaba ya.

Parecía como si estuvieran usando un compresor de aire dentro de la nave, o una aspiradora. Los chasquidos y roces y alguna maldición ocasional pilana hacían pensar que estaban arrastrando la máquina por el interior de la nave.

Jacob cedió a la tentación. Bubbacub y Culla estaban dentro de la nave y no había nadie más a la vista.

En cualquier caso, si lo sorprendían espiando, probablemente no habría nada más que perder que el resto de su reputación.

Subió la rampa en unas pocas zancadas. Cerca de la cima se tendió en el suelo y miró dentro.

La máquina era una aspiradora. Bubbacub tiraba de ella, de espaldas a Jacob, mientras Culla manipulaba el largo y rígido succionador en el extremo de su manguera flexible. El pring sacudía lentamente la cabeza, y sus dientes castañeaban. Bubbacub emitió una serie de bruscos ladridos a su pupilo y el castaño aumentó, pero Culla trabajó más rápido.

Esto era enormemente extraño y preocupante. ¡Culla estaba limpiando la zona entre la cubierta y la pared curva de la nave! Allí no había más que los campos de fuerza que mantenían la cubierta en su sitio. Culla y Bubbacub desaparecieron alrededor de la cúpula central mientras avanzaban hacia el borde. En cualquier momento saldrían por el otro lado y le verían. Jacob se deslizó por la rampa unos pocos palmos, y luego descendió a pie el resto del camino. Regresó al ábside y se

sentó de nuevo en el taburete delante de los papeles.

¿Si tuviera tiempo! Si la cúpula central hubiera sido más grande o el trabajo de Bubbacub más lento, podría haber encontrado un medio de bajar a aquella abertura en el campo de fuerza para conseguir una muestra de lo que estaban recogiendo, fuera lo que fuese. Jacob se estremeció ante la idea, pero habría merecido la pena intentarlo.

¿O una foto de Culla y Bubbacub trabajando! ¿Pero dónde podría conseguir una cámara en los pocos minutos que le quedaban?

No había ningún modo de demostrar que Bubbacub era un traidor, pero Jacob decidió que la teoría IIB había recibido un gran impulso. En un pedazo de papel, garabateó: LA ASPIRADORA DE B, O LO QUE SEA... ¿ALUCINÓGENOS LANZADOS A BORDO DE LA NAVE? La colocó en el montón, y luego se apresuró hacia la oficina del mecánico jefe.

El hombre protestó cuando Jacob le pidió que le acompañara. Dijo que tenía que estar sentado ante el teléfono y que no podía imaginar dónde podría encontrar una cámara fotográfica normal. A Jacob le pareció que estaba mintiendo, pero no tenía tiempo para discutir. Tenía que conseguir un teléfono.

Había un aparato en la pared cerca de la esquina donde había visto a Culla y Bubbacub subir la rampa. Pero al descolgarlo se preguntó a quién podría llamar, y qué diría.

¿Hola, doctor Kepler? ¿Me recuerda? Jacob Demwa. El tipo que intentó matarse en una de sus Naves Solares. Sí... bueno, me gustaría que viniera aquí abajo y viera a Pil Bubbacub limpiando un poco...

No, eso no serviría. Para cuando llegara, Culla y Bubbacub se habrían marchado y la llamada sería otro punto en su lista de aberraciones públicas.

La idea golpeó a Jacob.

¿Lo he imaginado todo? Ahora no sonaba ninguna aspiradora. Sólo había silencio. Todo el asunto era además tan condenadamente simbólico...

Del otro lado de la esquina llegó un chirrido. Maldiciones pilanas, y el sonido de una máquina al caerse. Jacob cerró los ojos durante un instante. El sonido era hermoso. Se arriesgó a asomarse.

Bubbacub se hallaba al pie de la rampa sujetando un extremo de la aspiradora, las cerdas alrededor de sus ojos prominentes, y el pelaje encrespado en torno al cuello. El pil miraba a Culla, que tenía en la mano el asa de la bolsa de la máquina. Un montoncito de polvo rojo manaba de la abertura.

Bubbacub bufó disgustado mientras Culla cogía el polvo a puñados y luego conectaba la máquina ya montada. Jacob estuvo seguro de que un puñado no fue al montón sino al bolsillo de la túnica plateada de Culla.

Bubbacub dispersó a patadas el polvo restante hasta que se mezcló con el suelo. Luego, tras dirigir una furtiva mirada a los lados, lo que hizo que Jacob se apretujara

contra la pared, ladró una rápida orden y guió a Culla de regreso a los ascensores.

Cuando regresó al banco de trabajo, Jacob descubrió al mecánico jefe observando los papeles de su análisis morfológico. El hombre alzó la cabeza cuando se acercó.

—¿Qué pasaba? —Hizo un ademán hacia la Nave Solar.

—Oh, nada —respondió Jacob. Se mordió un instante el interior de la mejilla—. Sólo algunos etés trasteando con la nave.

—¿Con la nave? —El mecánico jefe se puso rígido—. ¿Eso era lo que murmuraba antes? ¿Por qué no lo dijo?

—¡Espere! —Jacob agarró al hombre por el brazo, pues se abalanzó hacia el emplazamiento de la nave—. Es demasiado tarde, ya se han ido. Además, para descubrir qué pretenden hará falta algo más que sorprenderlos haciendo algo extraño. De todas formas, lo que mejor hacen los etés son cosas raras.

El ingeniero miró a Jacob como si lo viera por primera vez.

—Sí —dijo lentamente—. Tiene razón. Pero tal vez sería mejor que me dijera lo que ha visto.

Jacob se encogió de hombros y contó toda la historia, desde que oyó el sonido de la compuerta al abrirse, a la comedia del polvo vertido.

—No lo comprendo —el mecánico jefe se rascó la cabeza.

—Bueno, no se preocupe. Como le decía, hará falta más que una pista para poner en su sitio a ese culto peludo.

Jacob se sentó de nuevo en el taburete y empezó a escribir cuidadosamente en varias hojas.

C TIENE UNA MUESTRA DE POLVO... ¿POR QUÉ? ¿SERÁ PELIGROSO PEDIRLE QUE LO COMPARTA? ¿ES C UN CÓMPLICE VOLUNTARIO? ¿POR CUÁNTO TIEMPO? ¡¡¡CONSIGUE UNA MUESTRA!!!

—Eh, ¿qué está haciendo aquí, por cierto? —preguntó el mecánico jefe. —Estoy siguiendo pistas.

Tras un momento de silencio, el hombre dio un golpecito a las hojas situadas en el extremo derecho de la mesa.

— ¡Chico, yo no podría ser tan frío si pensara que me estoy volviendo loco! ¿Cómo fue? Me refiero a cuando se volvió majareta y trató de beber veneno.

Jacob alzó la cabeza. Hubo una imagen. Una gestalt. El olor del amoníaco llenó su nariz y un poderoso latido golpeó sus sienes. Parecía que hubiera pasado horas ante el foco de un inquisidor.

Recordó vivamente la imagen. Lo último que vio antes de desplomarse fue la cara de Bubbacub. Los ojillos negros le miraban bajo el borde del casco psi. En toda la nave, sólo el pil había contemplado impasible cómo Jacob caía sin sentido a unos

pasos de distancia.

La idea hizo que Jacob sintiera frío. Empezó a escribir pero se detuvo. Era demasiado. Esbozó una nota en el argot del trinario de los delfines y la arrojó sobre la pila IV.

—Lo siento —miró al ingeniero jefe—. ¿Decía algo?

El ingeniero sacudió la cabeza.

—Oh, de todas formas no es asunto mío. No tendría que haber asomado la nariz. Sólo sentía curiosidad por lo que está haciendo aquí.

El hombre hizo una pausa.

—Está intentando salvar el proyecto, ¿verdad? —preguntó por fin.

—Sí.

—Entonces debe de ser el único de los jefazos que lo está haciendo —dijo amargamente—. Lamento haberle tratado mal. Le dejaré tranquilo para que pueda trabajar.

Empezó a retirarse. Jacob reflexionó un instante.

—¿Le gustaría ayudarme? —dijo.

El hombre se volvió.

—¿Qué necesita?

Jacob sonrió.

—Bueno, para empezar me vendría bien un recogedor y una escoba.

—¡Marchando! —el mecánico jefe echó a correr.

Jacob tamborileó los dedos sobre la mesa. Luego recogió las hojas dispersas y se las guardó en el bolsillo.

## 18

# FOCO

—Ya sabe que el director no quiere que nadie entre ahí dentro.

Jacob alzó la cabeza del trabajo.

—¡Caramba, jefe! —sonrió salvajemente—. ¡No lo sabía! ¡Intentaba forzar este candado por deporte!

El otro hombre se agitó nervioso y murmuró algo acerca de que no sospechaba que tomara parte en un robo.

Jacob se echó hacia atrás. La habitación osciló y se tuvo que agarrar a la pata de plástico de la mesa para guardar el equilibrio. Bajo la tenue luz del laboratorio fotográfico resultaba difícil ver bien, sobre todo después de veinte minutos de trabajo con las diminutas herramientas.

—Se lo he dicho antes, Donaldson. No tenemos elección. ¿Qué podemos mostrar? ¿Un puñado de polvo y una teoría descabellada? Use la cabeza. Estamos atascados. ¡No nos dejarán acercarnos a las pruebas porque no tenemos las pruebas necesarias para demostrarlo!

Jacob se frotó la nuca.

—No, vamos a tener que hacerlo nosotros mismos... es decir, si quiere quedarse...

—Sabe que me quedaré —gruñó el mecánico jefe.

—Muy bien, muy bien —asintió Jacob—. Discúlpeme. ¿Quiere acercarme esa pequeña herramienta de ahí, por favor? No, la que tiene el garfio en el extremo. Eso es.

»¿Por qué no se dirige ahora a la puerta exterior y vigila desde allí?

Deme algún tiempo para despejarlo todo por si se acerca alguien. ¡Y tenga cuidado de no tropezar!

Donaldson se apartó un poco, pero se quedó a observar mientras Jacob volvía al trabajo. Se apoyó contra el fresco marco de una de las puertas y se secó el sudor de las mejillas y las cejas.

Demwa parecía cuerdo y razonable, pero el salvaje sendero que su imaginación había tomado en las últimas horas preocupaba a Donaldson.

Lo peor de todo era que encajaba muy bien. Esta búsqueda de pistas era excitante. Y lo que había descubierto antes de encontrarse aquí con Demwa apoyaba la historia del hombre. Pero también resultaba aterrador. Siempre existía la posibilidad de que aquel tipo estuviera realmente loco, a pesar de la consistencia de sus argumentos.

Donaldson suspiró. Se alejó de los sonidos de metal rozando y de los movimientos de cabeza de Jacob, y se acercó lentamente a la puerta exterior del laboratorio fotográfico.

En realidad no importaba. Algo olía a podrido en Mercurio. Si alguien no actuaba pronto, ya no habría más Naves Solares.

Un simple candado para una llave dentada. Nada podía ser más fácil. De hecho, Jacob no esperaba que en Mercurio hubiera pocos candados modernos. Los electrónicos requerían protección en un planeta donde los campos magnéticos surcaban la superficie desprotegida. No resultaba muy caro protegerlos, pero alguien debía de haber pensado que era ridículo que aquella expedición usara candados.

De todas formas, ¿quién querría forzar el laboratorio fotográfico? ¿Y quién sabría cómo?

Jacob lo sabía. Pero eso no parecía servirle de nada, porque no le salía bien. Las ganzúas no le hablaban. No sentía ninguna continuidad entre sus manos y el metal.

A este paso tardaría toda la noche.

«Déjame hacerlo.»

Jacob apretó los dientes y sacó lentamente la ganzúa del candado. La soltó.

Deja de personificar, pensó. No eres más que un conjunto de tendencias sociales que he puesto bajo protección hipnótica durante algún tiempo. ¡Si sigues actuando como una personalidad separada nos... me meterás en un estado esquizofrénico total!

«Mira quién personifica ahora.»

Jacob sonrió.

No debería estar aquí. Tendría que haberme quedado en casa durante los tres años completos y terminado mi limpieza mental en paz y tranquilidad. Las pautas de conducta que quería... que necesitaba mantener sumergidas están ahora completamente despiertas, por mi trabajo.

«¿Entonces por qué no las usas?»

Cuando se creó este acuerdo mental se suponía que no iba a ser rígido. ¡Ese tipo de supresión produciría problemas! Las cualidades salvajes, amorales y despiadadas brotarían en una corriente firme, pero normalmente quedarían bajo completo control. La intención era que estuvieran disponibles para una emergencia.

La supresión y personificación a las que había reaccionado últimamente a esa corriente tal vez hubieran causado algunos de sus problemas. Su mitad siniestra tenía que dormir mientras superaba el trauma de la muerte de Tania, no ser cortada de cuajo.

«Entonces déjame hacerlo.»

Jacob cogió otra ganzúa y la hizo girar en sus dedos. Sintió suave y frío el leve contacto de la herramienta.

Cállate. No eres una persona sino un talento ligado desgraciadamente a una neurosis... como una voz bien entrenada que sólo puede usarse cuando se está de pie desnudo en mitad de un escenario.

«Bien. Usa el talento. ¡La puerta podría estar ya abierta!»

Jacob soltó cuidadosamente sus herramientas y se inclinó hacia adelante hasta tocar la puerta con la frente. ¿Debo hacerlo? ¿Y si en efecto me volví loco a bordo de la Nave Solar? Mi teoría podría estar equivocada. Y luego está ese destello azul en La Baja. ¿Puedo arriesgarme a abrir si hay algo suelto dentro?

Débil por la indecisión, sintió que el trance empezaba a caer. Lo detuvo con un esfuerzo, pero luego, encogiéndose mentalmente de hombros, permitió que continuara. A la cuenta de siete, una barrera de miedo le bloqueó. Era una barrera familiar. Parecía el borde de un precipicio. Lo apartó conscientemente y continuó contando.

A la cuenta de doce, ordenó: Eso será temporal. Sintió su asentimiento.

La cuenta atrás terminó en un instante. Abrió los ojos. Un escalofrío recorrió sus brazos y entró subrepticamente en sus dedos, como un perro que regresa olisqueando a un antiguo hogar.

Hasta ahora muy bien, pensó Jacob. No me siento menos ético.

No me siento menos «yo». No noto las manos como si estuvieran controladas por una fuerza extraña... sólo más vivas.

Las herramientas no estaban frías cuando las cogió. Las sintió cálidas, como extensiones de sus manos. La ganzúa se deslizó sensualmente en el candado y acarició los cerrojos mientras hurgaba.

Uno tras otro fueron repitiéndose los diminutos chasquidos a lo largo del metal. Entonces la puerta se abrió.

— ¡Lo consiguió! —La sorpresa de Donaldson le molestó un poco.

—Naturalmente —fue todo lo que dijo. Resultó muy fácil y tranquilizador reprimir la insultante respuesta que asomó en su mente.

Muy bien. El genio parecía benigno. Jacob abrió la puerta y entró.

La pared izquierda de la estrecha habitación estaba cubierta de archivadores. A lo largo de la otra pared una mesita baja alojaba un grupo de máquinas de fotoanálisis. En el otro extremo, una puerta conducía a un cuarto oscuro que apenas se utilizaba.

Jacob empezó por un lado de la fila de archivadores, mirando las etiquetas. Donaldson le ayudó.

— ¡Los he encontrado! —dijo poco después. Señaló una caja abierta, junto a una máquina situada en la mitad de la mesa.

Cada cinta estaba guardada en una casilla acolchada, con la fecha y la hora inscrita en los lados y un código para indicar el instrumento que había hecho la grabación. Al menos una docena de casillas estaban vacías.

Jacob alzó varias cajitas a la luz. Luego se volvió hacia Donaldson.

—Alguien ha llegado primero y ha robado todo lo que queríamos.

—¿Robado? ¿Pero cómo?

Jacob se encogió de hombros.



—Tal vez igual que nosotros, forzando y entrando. O tal vez tenían una llave. Todo lo que sabemos es que falta la cinta final de cada grabación.

Permanecieron en silencio durante un momento.

—Entonces no tenemos ninguna prueba —dijo Donaldson.

—A menos que podamos localizar las cintas perdidas.

—¿Quiere decir que también deberíamos forzar las habitaciones de Bubbacub? No sé. Si quiere saber mi opinión, creo que esos datos estarán ya quemados. ¿Por qué iba a conservarlos?

—No, sugiero que salgamos de aquí y dejemos que el doctor Kepler o la doctora deSilva descubran por sí mismos la falta. No es gran cosa, pero pueden considerarlo una evidencia que apoye nuestra historia.

Jacob vaciló. Después asintió.

—Déjeme ver sus manos —dijo Jacob.

Donaldson se las mostró. La fina cobertura de flex-plástico estaba intacta. Probablemente estaban a salvo de las investigaciones en busca de huellas y residuos químicos.

—Muy bien —dijo—. Pongámoslo todo en su sitio, con la mayor exactitud posible. No toque nada que no haya tocado ya. Luego nos marcharemos.

Donaldson se volvió para obedecer, pero entonces oyeron algo que caía en el Laboratorio Exterior. El sonido llegó ahogado a través de la puerta.

La trampa que Jacob había dispuesto junto a la puerta del pasillo se había disparado. Había alguien en el Laboratorio Exterior. ¡Su camino de escape estaba bloqueado!

Los dos hombres corrieron al pasillo del cuarto oscuro. Doblaron la esquina del laberinto iluminado justo cuando el sonido de la llave de metal rozando el cerrojo cruzaba la estrecha habitación.

Jacob oyó la puerta abrirse muy despacio, por encima del rugido subjetivo de su propia respiración entrecortada. Palpó los bolsillos de su mono. La mitad de sus herramientas de ladrón estaban allí fuera, en lo alto de uno de los archivadores.

Afortunadamente, su espejo de dentista todavía estaba en el bolsillo de su pecho.

Los pasos del intruso sonaron suavemente en la sala a unos pocos metros de distancia. Jacob sopesó con cuidado las posibilidades en contra de los beneficios potenciales y luego sacó muy despacio el espejo. Se arrodilló y asomó el extremo redondo y brillante, a unos pocos centímetros por encima del suelo.

La doctora Martine se detuvo delante de un archivador, mientras escogía una llave. Dirigió una mirada furtiva hacia la puerta exterior.

Parecía agitada, aunque era difícil decirlo por la imagen que se repetía en el diminuto espejo que se agitaba en el suelo a dos metros de sus pies. Jacob notó que Donaldson se inclinaba sobre él, a su espalda, intentando asomarse. Irritado, trató de

hacer retroceder al hombre, pero el ingeniero perdió el equilibrio. Lanzó la mano izquierda para agarrarse y aterrizó sobre la espalda de Jacob.

—¡Uf! —El aire de los pulmones de Jacob salió expulsado cuando el peso del ingeniero jefe cayó sobre él. Sus dientes entrechocaron mientras recibía la fuerza del impacto a través del brazo izquierdo estirado. De algún modo, impidió que ambos cayeran al umbral, pero el espejo resbaló de su mano y cayó al suelo con un diminuto chasquido.

Donaldson regresó a la oscuridad, respirando pesadamente, intentando guardar silencio de un modo patético. Jacob sonrió amargamente. Si había alguien que no había oído aquella debacle tenía que ser sordo.

—¿Quién... quién anda ahí?

Jacob se puso en pie y se sacudió el polvo deliberadamente.

Dirigió una breve mirada de reproche al jefe Donaldson, que estaba sentado con expresión sombría, y evitó mirarle a los ojos.

Unos rápidos pasos se alejaron en la sala exterior. Jacob salió al pasillo.

—Espere un momento, Millie.

La doctora Martine se detuvo junto a la puerta. Sus hombros se encogieron mientras giraba lentamente, el rostro convertido en una máscara de miedo hasta que reconoció a Jacob. Entonces sus oscuros rasgos patricios se volvieron de un rojo intenso.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Observándola, Millie. Un pasatiempo interesante, pero ahora todavía más.

—¡Me estaba espiando! —jadeó ella.

Jacob avanzó, esperando que a Donaldson no se le ocurriera salir de donde permanecía oculto.

—No sólo a usted, querida. A todo el mundo. Algo huele mal en Mercurio. Todos silban una melodía diferente, y todos tienen algo que ocultar. Tengo la sensación de que sabe usted más de lo que dice.

—No sé de qué está hablando —dijo Martine fríamente—. Pero no es de extrañar. No está usted en sus cabales y necesita ayuda... —empezó a retroceder.

—Es posible —asintió Jacob seriamente—. Pero tal vez sea usted quien necesite ayuda para explicar su presencia aquí.

Martine se envaró.

—Dwyane Kepler me dio sus llaves. ¿Y usted?

—¿Cogió las llaves con su conocimiento?

Martine se sonrojó y no respondió.

—Faltan varias cintas de datos de la última inmersión... todas referidas al período en que Bubbacub hizo su truquito con la reliquia lethani. No sabrá por casualidad dónde están, ¿verdad?

Martine miró a Jacob.

—¡Está bromeando! ¿Pero quién...? No... —sacudió la cabeza lentamente, confundida.

—¿Las cogió usted?

—¡No!

—¿Entonces quién lo hizo?

—No lo sé. ¿Cómo podría saberlo? ¿Qué derecho tiene a preguntar...?

—Podría llamar a Helene deSilva ahora mismo —amenazó Jacob—.

Podría decir que acabo de llegar, que he descubierto la puerta abierta y a usted dentro, y la llave con sus huellas. Ella investigaría y descubriría que faltan las cintas y se acabó. Ha estado usted encubriendo a alguien, y tengo algunas pruebas independientes de quién se trata. Si no dice ahora mismo todo lo que sabe, le juro que va a tener que tragarse toda la culpa, con o sin su amigo. Sabe tan bien como yo que el personal de esta base está deseando quemar a alguien.

Martine vaciló. Se llevó una mano a la cabeza.

—No sé... no sé...

Jacob la ayudó a sentarse en una silla. Entonces cerró la habitación con llave.

Tómalo con calma, dijo una parte de él. Cerró los ojos un momento y contó hasta diez. Lentamente, el brutal picor en sus manos remitió.

Martine se cubrió el rostro con las manos. Jacob vio a Donaldson que asomaba por la puerta. Hizo un movimiento con la mano, y la cabeza del ingeniero jefe desapareció.

Jacob abrió el archivador que la mujer había estado examinando.

Aja. Aquí está.

Cogió la estenocámara y la llevó a la mesa, conectó el interruptor en uno de los visores y encendió ambas máquinas.

La mayor parte del material era bastante interesante, notas de LaRoque sobre los sucesos acaecidos entre el aterrizaje en Mercurio y la mañana que llevó la cámara a la Caverna de las Naves Solares, justo antes del aciago viaje de la nave de Jeffrey. Jacob ignoró el sonido. LaRoque tendía a ser aún más exuberante a la hora de dejar notas para sí mismo que en su prosa escrita. Pero de repente el personaje de la porción visual cambió, justo después de una panorámica del exterior de la Nave Solar.

Durante un momento, Jacob se sorprendió al ver pasar las imágenes. Luego se echó a reír en voz alta.

Millie Martine se sorprendió tanto que alzó los ojos llorosos. Jacob le hizo un gesto de simpatía.

—¿Sabía lo que venía a coger?

—Sí. —La voz de ella era ronca. Asintió lentamente—, Quería devolverle a Peter su cámara para que pudiera escribir su historia.

Pensé que después de que los solarianos fueran tan crueles con él, utilizándole de esa forma...

—Todavía está detenido, ¿no?

—Sí. Consideraron que era lo más seguro. Los solarianos le manipularon una vez, ya sabe. Podrían hacerlo de nuevo.

—¿Y de quién fue la idea de devolverle la cámara?

—De él, por supuesto. Quería las grabaciones y no me pareció que fuera malo...

—¿Dejarle poner las manos en un arma?

—¡No! El aturdidor sería desconectado. Bubb... —Sus ojos se dilataron y su voz se apagó.

—Adelante, dígalo. Ya lo sé.

Martine bajó los ojos.

—Bubbacub dijo que se reuniría con Peter en su habitación y desconectaría el aturdidor, como un favor y para demostrar que no le guardaba rencor.

Jacob suspiró.

—Eso lo colma todo —murmuró.

-¿Qué...?

—Déjeme ver sus manos.

Se adelantó cuando ella se mostró indecisa. Los dedos largos y finos temblaron mientras los examinaba.

—¿Qué pasa?

Jacob la ignoró. Recorrió lentamente la estrecha habitación.

La simetría de la trampa le atraía. Si salía bien, no quedaría un solo humano en Mercurio con la reputación intacta. Él mismo no podría haberlo hecho mejor. La única pregunta era cuándo se suponía que iba a dispararse.

Se volvió y miró de nuevo a la entrada del cuarto oscuro. Una vez más, la cabeza de Donaldson se perdió de vista.

—Muy bien, jefe. Salga. Va a ayudar a la doctora Martine a borrar sus huellas de este sitio.

Martine abrió la boca cuando el grueso ingeniero jefe apareció sonriendo mansamente.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó.

En vez de responder, Jacob descolgó el teléfono de la puerta interna y marcó.

—¿Hola, Fagin? Sí, ya estoy dispuesto para la «escena del salón».

¿Ah, sí...? Bueno, no estés tan seguro todavía. Depende de la suerte que tengamos en los próximos minutos.

»¿Quieres invitar por favor al grupo central para que se reúna dentro de cinco minutos en las habitaciones donde está detenido LaRoque? Sí, eso es, e insiste, por favor. No te molestes con la doctora Martine, está aquí.

Martine alzó la cabeza mientras frotaba el tirador de uno de los archivadores, sorprendida por el tono de voz de Jacob Demwa.

—Es eso —continuó Jacob—. Y por favor invita primero a Bubbacub y a Kepler. Haz que se pongan en movimiento como los dos sabemos. Tendré que darme prisa. Sí, gracias.

—¿Y ahora qué? —dijo Donaldson mientras salían por la puerta.

—Ahora ustedes dos, aprendices, pasarán al primer curso de la escuela de ladrones. Y tienen que hacerlo rápido. El doctor Kepler dejará sus habitaciones pronto y será mejor que no tarden demasiado en seguirlo a la reunión.

Martine se detuvo.

—Está usted bromeando. ¡No esperará en serio que saquee el apartamento de Dwayne!

—¿Por qué no? —gruñó Donaldson—. ¡Le ha estado suministrando matarratas! Robó sus llaves para entrar en el Laboratorio Fotográfico.

Martine hizo una mueca de sorpresa y disgusto.

—¡No he suministrado matarratas a nadie! ¿Quién le ha dicho eso? Jacob suspiró.

—El «Warfarine». Antiguamente se usaba como matarratas. Antes de que las ratas se volvieran inmunes a él y a casi todo lo demás.

— ¡Ya se lo dije antes, nunca he oído hablar del «Warfarine»!

Primero el doctor, y luego usted en la Nave Solar. ¿Por qué piensa todo el mundo que soy una envenenadora?

—Yo no. Pero será mejor que coopere si quiere que lleguemos al fondo de este asunto. Tiene las llaves de las habitaciones de Kepler, ¿no? Martine se mordió los labios. Asintió.

Jacob le dijo a Donaldson lo que tenía que buscar y qué hacer cuando lo encontrara. Entonces se marchó corriendo en dirección a las habitaciones de los extraterrestres.

## 19

# EN EL SALÓN

—¿Quiere decir que Jacob convocó esta reunión y ni siquiera está aquí? —preguntó Helene deSilva desde la puerta.

—No se preocupe, comandante deSilva. Ya llegará. Nunca he visto al señor Demwa convocar una reunión a la que no resultara interesante asistir.

—¿De verdad? —rió LaRoque desde un extremo del gran sofá, con los pies apoyados en una otomana. Hablaba sarcásticamente mientras mordía su pipa, a través de una cortina de humo—. ¿Y por qué no?

¿Qué más tenemos que hacer aquí? La «investigación» ha terminado, y los estudios también. La Torre de Marfil se ha desplomado por su arrogancia y es el momento de los cuchillos largos. Que Demwa se tome su tiempo. ¡Lo que tenga que decir será más divertido que ver todas esas caras serias!

Dwayne Kepler hizo una mueca desde el otro extremo del sofá. Se sentaba tan lejos de LaRoque como podía. Nervioso, apartó la manta que el auxiliar médico acababa de ajustar. El enfermero miró al doctor, que se encogió de hombros.

—Cállese, LaRoque —dijo Kepler.

LaRoque simplemente sonrió, y cogió una herramienta para limpiar su pipa.

—Sigo pensando que debería tener una grabadora. Conociendo a Demwa, esto podría ser histórico.

Bubbacub lanzó un bufido y se dio la vuelta. Había estado caminando. Extrañamente, no se había acercado a ninguno de los cojines situados por toda la habitación alfombrada. El pil se detuvo delante de Culla, de pie junto a la pared, y chascó sus dedos simétricos en una complicada pauta. Culla asintió.

—Me han inshtuido para decir que ya han shucedido shu-ficientesh tragediash a causha del aparato grabador del sheñor LaRoque. Pil Bubbacub ha indicado también que no eshpera-rá másh que otrosh cinco minutosh.

Kepler ignoró la declaración. Metódicamente se frotó el cuello, como si buscara un picor. Había perdido gran parte de su color en las últimas semanas.

LaRoque se encogió de hombros. Fagin guardó silencio. Ni siquiera las hojas plateadas se agitaron en los extremos de sus ramas verdeazuladas.

—Siéntese, Helene —dijo el médico—. Estoy seguro de que los demás vendrán pronto. —Su expresión era suficientemente expresiva.

Entrar en esta habitación era como internarse en una charca de agua muy fría y no muy limpia.

DeSilva encontró un asiento lo más alejado posible de los otros. Se preguntó con tristeza qué pretendía Jacob Demwa.

Espero que no sea lo mismo, pensó. Si en este grupo hay algo en común, es el hecho de que ni siquiera quieren que se mencionen las palabras «Navegante Solar». Están a punto de lanzarse a la garganta de los demás, pero al mismo tiempo existe esta conspiración de silencio.

Sacudió la cabeza. Me alegro de que este viaje termine pronto. Tal vez las cosas mejorarán dentro de otros cincuenta años.

No albergaba muchas esperanzas al respecto. El único lugar donde se podían escuchar las canciones de los Beatles era en una orquesta sinfónica, menuda monstruosidad. Y el buen jazz no existía fuera de una biblioteca.

¿Por qué me marché de casa?

Entraron Mildred Martine y el jefe Donaldson. A Helene le parecieron patéticos sus intentos por aparentar despreocupación, pero nadie más pareció advertirlo.

Interesante. Me pregunto qué tendrán esos dos en común.

Contemplaron la sala y luego se dirigieron a un rincón tras el único sofá, donde Kepler, LaRoque y la tensión entre ellos ocupaba todo el espacio. LaRoque miró a Martine y sonrió. ¿Un guiño de conspiración?

Martine evitó su mirada y LaRoque pareció decepcionado. Volvió a encender su pipa.

—¡Ya he tenido suficiente! —anunció Bubbacub por fin, y se volvió hacia la puerta. Pero antes de que llegara a ella se abrió, al parecer por su cuenta. Entonces Jacob Demwa apareció en el umbral, con un saco blanco al hombro. Entró en la habitación silbando suavemente. Helene parpadeó, incrédula. La canción se parecía enormemente a «Santa Claus viene a la ciudad». Pero seguramente...

Jacob hizo girar el saco en el aire. Lo dejó caer sobre la mesa con un golpe que hizo que la doctora Martine saltara de su asiento.

Kepler frunció aún más el ceño y se agarró al brazo del sofá.

Helene no pudo evitarlo. La anacrónica canción, el ruido, y la conducta de Jacob rompieron el muro de tensión como si fueran una tarta en la cara de alguien que a uno no le cae especialmente bien. Se echó a reír.

Jacob hizo un guiño.

—¿Ha venido a jugar? —preguntó Bubbacub—. ¡Me roba mi tiempo! ¡Explíquese!

Jacob sonrió.

—Naturalmente, Pil Bubbacub. Espero que se encuentre satisfecho con mi demostración. Pero siéntese primero, por favor.

Las mandíbulas de Bubbacub se cerraron con un chasquido. Los ojillos negros parecieron arder por un instante, luego bufó y se tendió en un cojín cercano.

Jacob observó los rostros. Las expresiones eran confusas u hostiles, con excepción de LaRoque, que permanecía desdeñosamente distante, y Helene, que

sonreía insegura. Y Fagin, por supuesto. Por enésima vez deseó que Fagin tuviera ojos.

—Cuando el doctor Kepler me invitó a Mercurio —empezó a decir—, tenía algunas dudas sobre el Proyecto Navegante Solar, pero en general aprobaba la idea. Después de la primera reunión esperaba verme envuelto en uno de los acontecimientos más emocionantes desde el Contacto: un complejo problema de relaciones entre especies con nuestros vecinos más cercanos y extraños, los Espectros Solares.

»Pero el problema de los solarianos parece ser secundario en una complicada maraña de intrigas y asesinatos interestelares.

Kepler alzó la cabeza tristemente.

—Jacob, por favor. Todos sabemos que ha estado usted bajo presión. Millie piensa que deberíamos ser amables con usted y estoy de acuerdo. Pero hay límites.

Jacob extendió las manos.

—Si ser amable significa seguirme la corriente, hágalo, por favor.

Estoy harto de que me ignoren. Si usted no me escucha, estoy seguro de que las autoridades terrestres lo harán.

La sonrisa de Kepler se congeló. Se echó atrás en su asiento.

—Adelante. Escucharé.

—Primero: Pierre LaRoque ha negado fehacientemente haber matado al chimpancé Jeffrey o usado su aturdidor para sabotear la Nave Solar pequeña. Niega ser un condicional y sostiene que los archivos de la Tierra han sido manipulados de algún modo.

»Sin embargo, desde nuestro regreso del sol, se ha negado a pasar una prueba-C, que podría demostrar su inocencia. Al parecer cree que los resultados de la prueba también pueden ser falsificados.

—Eso es —asintió LaRoque—. Otra mentira más.

—¿Aunque el doctor Laird, la doctora Martine y yo lo supervisáramos?

LaRoque gruñó.

—Podría perjudicar mi juicio, sobre todo si decido interponer una demanda.

—¿Por qué ir a juicio? No tenía usted motivos para matar a Jeffrey cuando abrió la placa de acceso al sintonizador R.Q....

—¡Cosa que niego haber hecho!

—...y sólo un condicional mataría a un hombre en un arrebato.

¿Por qué permanecer entonces detenido?

—Tal vez esté cómodo aquí —comentó el enfermero. Helene frunció el ceño. La disciplina se había ido al infierno últimamente, junto con la moral.

—¡Se niega a hacer la prueba porque sabe que no la pasará! —gritó Kepler.

—Por eso los Hombres-Solares lo eligieron para que matara —añadió Bubbacub



—. Eso es lo que me dijeron.

—¿Y yo soy un condicional? Algunas personas parecen pensar que los Espectros me hicieron intentar suicidarme.

—Su-fría estrés. La doc-tora Mar-tine lo dice. ¿Verdad? —Bubbacub se volvió hacia Millie. Sus manos se retorcieron, pero no dijo nada.

—Llegaremos a eso dentro de unos minutos —dijo Jacob—. Pero antes de empezar me gustaría tener unas palabras en privado con el doctor Kepler y con el señor LaRoque.

El doctor Laird y su ayudante se apartaron amablemente.

Bubbacub puso mala cara al verse obligado a moverse, pero obedeció.

Jacob rodeó el sofá. Mientras se inclinaba entre los dos hombres, se puso una mano a la espalda. Donaldson se inclinó y le entregó un objeto pequeño.

Jacob miró alternativamente a Kepler y a LaRoque.

—Creo que deberían dejarlo. Sobre todo usted, doctor Kepler.

—Por el amor de Dios, ¿de qué está hablando? —siseó Kepler.

—Creo que tiene algo que pertenece al señor LaRoque. No importa que lo consiguiera ilegalmente. Lo quiere. Tanto que no le importa soportar temporalmente una acusación que sabe no aguantará.

Tal vez sea suficiente para cambiar el tono de los artículos que escribirá sobre esto.

»No creo que el trato aguante. Verá, yo tengo el aparato ahora.

—¡Mi cámara! —susurró LaRoque roncamente, con los ojos brillantes.

—Vaya cámara. Un espectrógrafo sónico completo. Sí, la tengo.

También tengo las copias de las grabaciones que estaban ocultas en las habitaciones del doctor Kepler.

—T-traidor —tartamudeó Kepler—. Creía que era un amigo...

—¡Cállese, piel bastardo! —gritó LaRoque—. ¡El traidor es usted!

—El desdén pareció hervir en el pequeño escritor como vapor largamente contenido.

Jacob dio una palmadita a cada hombre.

—¡Los dos se encontrarán en órbitas sin retorno si no bajan la voz!

¡LaRoque puede ser acusado de espionaje, y Kepler de chantaje y complicidad en el espionaje!

»De hecho, ya que la prueba del espionaje de LaRoque es también una evidencia circunstancial de que no tuvo tiempo de sabotear la nave de Jeffrey, la sospecha inmediata recaería en la última persona que inspeccionó los generadores de la nave. Oh, no creo que lo hiciera usted, doctor Kepler. ¡Pero me andaría con cuidado si estuviera en su pellejo!

LaRoque guardó silencio. Kepler se mordisqueó la punta del bigote.

—¿Qué quiere? —dijo por fin.

Jacob intentó resistirse, pero su yo reprimido estaba ahora demasiado despierto. No pudo evitar una pequeña pulla.

—Bueno, todavía no estoy seguro. Ya se me ocurrirá algo. Pero no dejen que su imaginación se desborde. Mis amigos en la Tierra lo saben ya todo.

No era cierto. Pero Mister Hyde era cauteloso.

Helene deSilva se esforzó por oír lo que decían los tres hombres.

Si creyera en posesiones diabólicas habría pensado que los rostros familiares se movían siguiendo las órdenes de espíritus invasores. El amable doctor Kepler, taciturno y silencioso desde su regreso del sol, murmuraba como un sabio furioso a quien niegan su voluntad. LaRoque, pensativo y cauto, se comportaba como si todo el mundo dependiera de una cuidadosa selección de situaciones.

Y Jacob Demwa... Gestos anteriores apuntaban que había carisma bajo aquel silencio reflexivo y a veces acuoso. Era algo que la había atraído a pesar de que la frustraba. Pero ahora radiaba. Ardía como una llama.

Jacob se enderezó.

—Por ahora el doctor Kepler ha accedido amablemente a olvidar los cargos contra Pierre LaRoque —anunció.

Bubbacub se levantó de su cojín.

—Está loco. Si los humanos perdonan la muerte de sus pupilos, es su problema. ¡Pero los Hombres Solares pueden obligarle a causar daño otra vez!

—Los Hombres Solares nunca le obligaron a hacer nada —dijo Jacob lentamente.

—Ya le he dicho que está loco —replicó Bubbacub—. Hablé con ellos. No mintieron.

—Como usted diga. —Jacob inclinó la cabeza—. Pero me gustaría continuar con mi sinopsis.

Bubbacub bufó con fuerza y se desplomó sobre el cojín.

— ¡Loco! —exclamó.

—Primero —dijo Jacob—, me gustaría dar las gracias al doctor Kepler por habernos dado permiso al jefe Donaldson, a la doctora Martine y a mí mismo para visitar los Laboratorios Fotográficos y estudiar las películas de la última inmersión.

La expresión de Bubbacub cambió ante la mención del nombre de Martine. De modo que así expresan los pila su disgusto, pensó Jacob.

Sintió lástima por el pequeño alienígena. Había sido una trampa maravillosa, y ahora estaba completamente desactivada.

Jacob contó una versión corregida de su descubrimiento en el laboratorio, la desaparición de las cintas del último tercio de la misión.

El único sonido en la sala, aparte de su voz, era el sacudir de las ramas de Fagin.

—Me pregunté durante algún tiempo dónde podrían estar las cintas. Sospechaba

quién podía tenerlas, pero no estaba seguro de si las había destruido o las había ocultado. Finalmente decidí confiar en que un «acumulador de datos» nunca tira nada. Registré las habitaciones de cierto sofote y encontré las cintas perdidas.

—¡Se atrevió! —siseó Bubbacub—. ¡Si tuvieran a-mos adecuados le haría a-zotar! ¡Se atrevió!

Helene se recuperó de su sorpresa.

—¿Quiere decir que admite haber escondido cintas de datos del Proyecto Navegante Solar, Pil Bubbacub? ¿Por qué?

Jacob sonrió.

—Oh, eso quedará claro. De hecho, tal como se desarrollaba este caso, pensé que sería más complicado. Pero la verdad es que es muy simple. Verán, esas cintas dejan muy claro que Pil Bubbacub ha mentido.

Un rugido se alzó en la garganta de Bubbacub. El pequeño alienígena se quedó muy quieto, como si no se atreviera a moverse.

—Bueno, ¿dónde están las cintas? —preguntó deSilva.

Jacob cogió el saco de la mesa.

—Tengo que reconocer la intervención del diablo. Fue una suerte que se me ocurriera pensar que las cintas cabían en un frasco de gas vacío. —Sacó un objeto y lo alzó.

—¡La reliquia lethani! —exclamó deSilva. Fagin dejó es capar un pequeño trino de sorpresa. Mildred Martine se levantó, llevándose la mano a la garganta.

—Sí, la reliquia lethani. Estoy seguro de que Bubbacub contaba con una reacción como la suya por si se producía la oscura posibilidad de que registraran sus habitaciones. Naturalmente, a nadie se le ocurriría molestar un objeto de reverencia semirreligioso perteneciente a una raza antigua y poderosa, sobre todo un objeto que no parece más que un trozo de roca y cristal.

Lo giró en sus manos.

—¡Ahora, observen!

La reliquia se abrió con un chasquido. Había una especie de lata dentro de una de las mitades. Jacob soltó la otra mitad y tiró del extremo de la lata. En el interior sonó algo. La lata se soltó de pronto y una docena de pequeños objetos cayó rodando al suelo. Las mandíbulas de Culla chascaron.

—¡Las cintas! —LaRoque asintió satisfecho mientras jugueteaba con su pipa.

—Sí —dijo Jacob—. Y en la superficie exterior de esta «reliquia» se encuentra el botón que liberó el contenido previo de este tubo de gas ahora vacío. Parece que quedan algunos restos dentro. Estoy seguro de que será igual que la sustancia que el jefe Donaldson y yo le dimos ayer al doctor Kepler cuando no logramos convencer... —Se detuvo y se encogió de hombros—... Restos de una molécula inestable que, bajo el control de cierto sofote, producía un «estallido de luz y sonido» para cubrir la

superficie interna del hemisferio superior del escudo de la Nave Solar...

DeSilva se puso en pie. Jacob tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del castaño de Culla.

—...y para bloquear la luz verde y azul, la única longitud de onda con la que podíamos distinguir a los Espectros Solares de su medio ambiente.

—¡Las cintas! —exclamó deSilva—. Deberían mostrar...

—¡Muestran toroides, Espectros... cientos de ellos! Resulta interesante que no hubiera formas antropoides, pero quizá no las hicieron porque nuestras pautas psi indicaban que no los veíamos.

»¡Pero menuda confusión la de ese rebaño cuando nos metimos entre ellos sin avisar! ¡Toroides y Espectros «normales» apartándose de nuestro camino... todo porque no podíamos ver que estábamos justo en medio!

—¡Loco eté! —gritó LaRoque. Agitó el puño ante Bubbacub. El pil hizo una mueca pero permaneció inmóvil, con los dedos cruzados, mientras observaba a Jacob.

—La monomolécula fue diseñada para deteriorarse justo cuando dejáramos la cromosfera. Se desmoronó convirtiéndose en una fina capa de polvo en el campo de fuerza del borde de la cubierta, donde nadie la advertiría hasta que Bubbacub pudiera regresar con Culla para limpiarla. ¿No es cierto, Culla?

Culla asintió tristemente.

Jacob sintió una distante complacencia al comprobar que la piedad se producía tan fácilmente como la furia amoral de antes. Una parte de él había empezado a preocuparse. Sonrió, tranquilizador.

—No importa, Culla. No tengo ninguna prueba para conectarle con nada más. Los vi a los dos cuando lo recogían y comprendí que lo hacía obligado.

El pring alzó los ojos. Eran muy brillantes. Asintió una vez más y el castaño tras sus gruesos labios remitió un poco. Fagin se acercó al delgado E.T.

Donaldson terminó de recoger las cintas.

—Creo que será mejor que nos preparemos para ponerlo bajo custodia.

Helene ya se había acercado al teléfono.

—Yo me encargaré de eso —dijo en voz baja.

Martine se acercó a Jacob.

—Esto pertenece ya a Asuntos Externos —susurró—. Deberíamos dejar que ellos se hicieran cargo.

Jacob sacudió la cabeza.

—No, todavía no. Hay que aclarar algo más.

DeSilva colgó el teléfono.

—Vendrán enseguida. Mientras tanto, ¿por qué no continúa, Jacob? ¿Hay algo más?

—Sí. Dos asuntos. Uno es éste. —Sacó de la bolsa el casco psi de Bubbacub—.

Sugiero que mantengan esto bajo custodia. No sé si alguien lo recuerda, pero Bubbacub lo tenía puesto y me miraba cuando me desplomé a bordo de la Nave Solar. Me irrita que me obliguen a hacer cosas, Bubbacub. No tendría que haberlo hecho.

Bubbacub hizo un gesto con la mano que Jacob no intentó interpretar.

—Finalmente está el asunto de la muerte del chimpancé, Jeffrey.

De hecho es la parte más fácil.

»Bubbacub sabía casi todo lo que hay que saber sobre la tecnología galáctica en el Proyecto Navegante Solar. Los impulsos, el sistema de ordenadores, las comunicaciones... aspectos que los científicos terrestres no han arañado siquiera.

»Sólo tenemos la prueba circunstancial de que Bubbacub trabajara en el pilón de comunicaciones láser, saltándose la presentación del doctor Kepler, cuando estalló la nave de Jeff, dirigida por control remoto. No convencería a ningún tribunal, pero eso no importa, ya que Pila tiene extraterritorialidad y todo lo que podemos hacer es deportarlo.

»Otra cosa que resultará difícil de demostrar será la hipótesis de que Bubbacub puso una pista falsa en el Sistema de Identificación Espacial, un sistema enlazado directamente con la Biblioteca de La Paz, creando el falso informe de que La-Roque era un condicional. Sin embargo, está bastante claro que él lo hizo. Fue un señuelo perfecto.

Como todo el mundo estaba seguro de que LaRoque lo hizo, nadie se molestó en hacer una doble comprobación detallada de la telemetría de la inmersión de Jeff. Me parece recordar que la nave de Jeff tuvo problemas justo cuando conectó sus cámaras de cercanía, un detonador a distancia perfecto si ésa era la tecnología usada por Bubbacub. De todas formas, probablemente no lo sabremos nunca. La telemetría se habrá perdido o ya estará destruida.

—Jacob, Culla te pide que pares —trinó Fagin—. Por favor, no avergüences más a Pil Bubbacub. No servirá de nada.

Tres hombres armados aparecieron en la puerta. Miraron con expectación a la comandante deSilva. Ella les ordenó con un gesto que esperaran.

—Sólo un momento —dijo Jacob—. No hemos tratado de la parte más importante, los motivos de Bubbacub. ¿Por qué un sofote importante, que representa a una prestigiosa institución galáctica, incurriría en robo, falsificación, asalto físico y asesinato?

»Para empezar, Bubbacub sentía antipatía personal hacia Jeffrey y LaRoque. Jeff rey representaba para él una abominación, una especie que había sido elevada apenas unos cientos de años antes y que sin embargo se atrevía a contestar. La «arrogancia» de Jeff y su amistad con Culla contribuyeron a la furia de Bubbacub.

»Pero creo que odiaba lo que los chimpancés representan. Junto con los delfines,

implican un estatus inmediato para la ruda y vulgar raza humana. Los pila tuvieron que luchar durante medio millón de años para llegar adonde están. Supongo que Bubbacub lamenta que lo tuviéramos «fácil».

»Y en cuanto a LaRoque, bueno, yo diría que no le caía bien a Bubbacub. Demasiado charlatán y avasallador, supongo...

LaRoque hizo una mueca.

—Y tal vez se sintió insultado cuando LaRoque sugirió que los soro pudieron haber sido nuestros tutores. La «capa superior» de la sociedad galáctica desprecia a las especies que abandonan a sus pupilos.

—Pero éstos son motivos personales —objetó Helene—. ¿No tiene nada mejor?

—Jacob —empezó a decir Fagin—. Por favor...

—Naturalmente que Bubbacub tenía otro motivo. Quería acabar con el proyecto Navegante Solar de un modo que pusiera en duda el concepto de investigación independiente e impulsara el estatus de la Biblioteca. Hizo parecer que él, un pil, fue capaz de establecer contacto donde los humanos no pudieron, e inventó una historia que dejaba fuera de funcionamiento al proyecto. Luego falsificó un informe de la Biblioteca para verificar sus tesis sobre los solarianos y asegurarse de que no hubiera más inmersiones.

»Probablemente lo que más irritó a Bubbacub fue el fracaso de la Biblioteca para ofrecer datos. Y es la falsificación de ese mensaje lo que le traerá más problemas cuando vuelva a su planeta. ¡Por eso le castigarán más que por haber matado a Jeff!

Bubbacub se puso lentamente en pie. Alisó cuidadosamente su pelaje y luego dio una palmada.

—Es usted muy lis-to —le dijo a Jacob—. Pero habla mucho... y apunta demasiado alto. Construye demasiado con tan poco material.

Los hu-manos siempre serán pe-queños. No volveré a hablar más su mierda de lengua terrestre.

Dicho esto, se quitó el vodor del cuello y lo dejó caer sobre la mesa.

—Lo siento, Pil Bubbacub —dijo deSilva—. Pero parece que vamos a tener que restringir sus movimientos hasta que recibamos instrucciones de la Tierra.

Jacob casi esperaba que el pil asintiera o se encogiera de hombros, pero el alienígena ejecutó otro movimiento que de algún modo contenía la misma indiferencia. Se dio la vuelta y marchó hacia la puerta, una figura pequeña y rechoncha guiando a los grandes guardias humanos.

Helene deSilva alzó la «reliquia lethani». La sopesó pensativa.

Entonces sus labios se tensaron y lanzó el objeto con todas sus fuerzas contra la puerta.

—Asesino —murmuró.

—He aprendido mi lección —dijo Martine muy lentamente—. No confiar nunca

en nadie de más de treinta millones de años.

Jacob estaba perplejo. La sensación de júbilo se difuminaba rápidamente. Como una droga, dejaba tras de sí un vacío, un regreso a la racionalidad, pero también una pérdida de totalidad.

Pronto empezaría a preguntarse si había hecho bien en soltarlo todo de una sola vez en una exhibición orgiástica de lógica deductiva.

La observación de Martine le hizo levantar la cabeza.

—¿En nadie? —preguntó.

Fagin estaba ayudando a Culla a sentarse. Jacob se acercó a él.

—Lo siento, Fagin —dijo—. Tendría que haberte advertido, haberlo discutido contigo primero. Puede que haya... complicaciones en este asunto, repercusiones en las que no he pensado. —Se llevó una mano a la frente.

Fagin silbó suavemente.

—Soltaste todo lo que habías estado conteniendo, Jacob. No comprendo por qué has sentido tanta reticencia para usar tus habilidades, pero en este caso la justicia demandaba todo tu vigor. Es una suerte que lo hicieras.

»No te preocupes demasiado por lo que ha sucedido. La Verdad era más importante que el daño causado por un menor exceso de ansiedad, o por el uso de técnicas dormidas durante demasiado tiempo.

Jacob quiso decirle a Fagin lo equivocado que estaba. Las «habilidades» que había liberado eran más que eso. Eran una fuerza letal en su interior. Temía que hubieran hecho más mal que bien.

—¿Qué crees que sucederá? —preguntó, cansado.

—Creo que la humanidad descubrirá que tiene un enemigo muy poderoso. Tu gobierno protestará. Tendrá mucha importancia cómo lo haga, pero no cambiará en nada los hechos esenciales. Oficialmente, los pila descalificarán las desafortunadas acciones de Bubbacub. Pero son rencorosos y orgullosos, si me permites una descripción dolorosa pero necesariamente desagradable de una raza sofonte.

»Esto no es más que el resultado de una cadena de acontecimientos.

Pero no te preocupes demasiado. No es culpa tuya. Lo único que has hecho es advertir a la humanidad del peligro. Tenía que suceder. Siempre ha sucedido con las razas expósitas.

—¿Pero por qué?

—Mi querido amigo, eso es una de las cosas que intento descubrir.

Aunque no te sirva de mucho consuelo, piensa por favor que hay muchos seres a quienes les gustaría ver sobrevivir a la humanidad. A algunos de nosotros nos importa mucho.

## MEDICINA MODERNA

Jacob presionó contra el borde de goma de la pieza ocular del escáner retinal, y una vez más vio el punto azul danzar y titilar en el fondo negro. Intentó no concentrarse en él, ignorando su tentadora sugestión de comunión, mientras esperaba la tercera imagen taquistoscópica.

Destelló de repente, llenando todo su campo de visión con una imagen tridimensional en sepia oscuro. La impresión que tuvo en aquel primer instante desenfocado fue de una escena pastoril. Había una mujer al fondo, rolliza y bien alimentada, con las faldas pasadas de moda revoloteando mientras corría.

Nubes oscuras y amenazantes asomaban en el horizonte, por encima de las granjas emplazadas en una colina. Había gente a la izquierda... ¿bailando? No, luchando. Había soldados. Sus rostros estaban excitados y... tal vez temerosos. La mujer tenía miedo. Corría con los brazos sobre la cabeza mientras dos hombres con armaduras del siglo XVII la perseguían, alzando sus mosquetes con las bayonetas caladas. Su...

La escena se apagó, y el punto azul volvió a aparecer. Jacob cerró los ojos y se retiró del aparato.

—Ya está —dijo la doctora Martine. Se inclinó sobre una consola cercana, junto al médico Laird—. Jacob, dentro de un minuto tendremos los resultados de su test-C.

—¿Está segura de que no necesitan más? Sólo han sido tres. —De hecho, se sentía aliviado.

—No, tomamos cinco de Peter para hacer una doble comprobación.

Usted es sólo un control. ¿Por qué no se sienta y se relaja mientras terminamos?

Jacob se acercó a una de las sillas, pasándose la mano izquierda por la frente para secar una fina capa de sudor. El test había sido una prueba de treinta segundos.

La primera imagen fue el retrato de la cara de un hombre, convulsionada y llena de preocupación, la historia de toda una vida que había examinado durante dos, tal vez tres segundos, antes de que desapareciera, tan breve como cualquier cosa efímera que pudiera haber en su memoria.

La segunda fue una confusa mezcla de formas abstractas que sobresalían y entrechocaban en un despliegue estático... algo parecido a las pautas del borde de un toroide solar pero sin el brillo o la consistencia general.

La tercera fue la escena en sepia, al parecer sacada de un viejo grabado de la Guerra de los Treinta Años. Jacob recordó que era explícitamente violenta, el tipo que cabría esperar en un test-C.

Después de la dramática «escena del salón», Jacob se sentía reacio a entrar



siquiera en un leve trance para calmar sus nervios. Y descubrió que no podía relajarse sin ello. Se levantó y se acercó a la consola.

Frente a la cúpula, cerca de la concha de estasis, LaRoque deambulaba mientras esperaba, contemplando las largas sombras y rocas fundidas del polo norte de Mercurio.

—¿Puedo ver los datos en bruto? —le preguntó Jacob a Martine.

—Claro. ¿Cuál le gustaría ver?

—El último.

Martine tecleó. Salió una hoja de una rendija situada bajo la pantalla. La arrancó y se la tendió.

Era la «escena pastoril». Naturalmente, ahora reconoció su verdadero contenido, pero todo el propósito de la visión anterior era seguir sus reacciones a la imagen durante los primeros instantes, antes de que interviniera la consideración consciente.

Una línea irregular corría arriba y abajo, adelante y atrás de la imagen. En cada vértice o punto de descanso había un número. La línea mostraba el camino de su atención durante la primera ojeada según había detectado el Lector Retinal al observar los movimientos de su ojo.

El número uno, y el principio de la línea, estaba cerca del centro.

La línea se extendía hasta el número seis. Luego se detenía sobre la generosa hendidura presentada por el pecho de la mujer que corría. El número siete aparecía allí en un círculo.

Allí se acumulaban los números, no sólo del siete al dieciséis, sino del treinta al treinta y cinco, y también del ochenta y dos al ochenta y seis.

A partir del veinte los números cambiaban súbitamente de los pies de la mujer a las nubes sobre la granja. Luego se movían rápidamente entre las personas y objetos representados, a veces envueltos en círculos o en cuadrados para denotar el nivel de dilatación del ojo, profundidad de foco, y cambios en su presión sanguínea medida en las diminutas venas de su retina. Al parecer el escáner ocular Stanford-Purkinje que había diseñado para este test, a partir del taquistoscopio de Martine y otros aparatos dispersos, había funcionado.

Jacob sabía que no tenía que sentirse avergonzado o preocupado por su reacción refleja hacia los pechos de la mujer de la imagen. Si él mismo hubiera sido una mujer su reacción habría sido distinta, y habría pasado más tiempo en general con la campesina de la imagen, pero concentrándose más en el pelo, las ropas y el rostro.

Lo que más le preocupaba era su reacción a la escena en general. A la izquierda, cerca de los hombres en lucha, había un número dentro de una estrella. Representaba el punto en el que advirtió que la imagen era violenta, no pastoril. Asintió con satisfacción. El número era relativamente bajo y la línea se interrumpía inmediatamente durante un período de cinco latidos antes de regresar al mismo punto.

Eso significaba una sana dosis de aversión seguida de un arrebató directo de curiosidad encubierta.

A primera vista parecía que probablemente había pasado el test.

La verdad era que nunca lo había dudado.

—Me pregunto si alguien llegará a aprender a engañar un test-C —dijo, tendiendo la copia a Martine.

—Tal vez lo harán algún día —respondió ella mientras recogía sus materiales—. Pero el condicionamiento necesario para cambiar la respuesta de un hombre a estímulos instantáneos, a una imagen tan rápida que sólo el inconsciente tiene tiempo de reaccionar, causaría demasiados efectos colaterales, nuevas pautas que tendrían que aparecer en el test.

»El análisis final es muy simple: la mente del sujeto sigue un juego de suma, cualificándolo para la ciudadanía, o es adicto a los placeres agridulces de una suma negativa. Eso, más que cualquier índice de violencia, es la esencia de este test.

Martine se volvió hacia el doctor Laird.

—Es así, ¿verdad, doctor?

Laird se encogió de hombros.

—Usted es la experta. —Había permitido que Martine recuperara lentamente sus buenas formas, aunque todavía no la perdonaba por haber prescrito medicinas a Kepler sin consultarle.

Tras la escena de antes, quedó claro que nunca había prescrito «Warfarine». Jacob recordó la costumbre de Bubbacub, a bordo de la Bradbury, de quedarse dormido sobre prendas de vestir dejadas en cojines o sillas. El pil debía de haberlo hecho como subterfugio para permitirle introducir, en la farmacia portátil de Kepler, una droga que deterioraría su conducta.

Tenía sentido. Kepler quedó eliminado de la última inmersión. Con su astucia podría haber detectado el truco de Bubbacub con la «reliquia lethani». También sus aberrantes acciones le habrían ayudado a la larga a desacreditar al Navegante Solar.

Todo encajaba, pero a Jacob tantas deducciones le sabían como una comida de copos de proteínas. Eran suficientes para convencer, pero no tenían sabor. Un cuenco lleno de suposiciones.

Algunas de las malas acciones de Bubbacub estaban demostradas.

Las demás tendrían que continuar siendo especulaciones ya que el representante de la Biblioteca tenía inmunidad diplomática.

Pierre LaRoque se reunió con ellos. La actitud del francés era sumisa.

—¿Cuál es el veredicto, doctor Laird?

—Está bastante claro que el señor LaRoque no es una personalidad asocialmente violenta y no se le puede calificar de condicional —dijo Laird lentamente—. De hecho revela un índice de conciencia social bastante alto. Eso puede ser parte de su

problema. Al parecer está sublimando algo y sería aconsejable que buscara la ayuda de un profesional en la clínica de su barrio cuando llegue a casa. —Laird miró fijamente a LaRoque. Este tan sólo asintió mansamente.

—¿Y los controles? —preguntó Jacob.

Había sido el último en hacerse la prueba. El doctor Kepler, Helene deSilva, y tres miembros del equipo seleccionados al azar habían ocupado también sus turnos ante la máquina. Helene no se preocupó demasiado por los resultados y se llevó a los hombres con ella para supervisar el chequeo prelanzamiento de la Nave Solar. Kepler hizo una mueca cuando el doctor Laird le leyó sus propios resultados en privado, y se marchó rezongando.

Laird se frotó el puente de la nariz, justo bajo las cejas.

—Oh, no hay ni un solo condicional en el grupo, tal como esperábamos después de su discurso anterior. Pero hay problemas y cosas que no comprendo del todo, borboteando en las mentes de algunos de ellos. Ya sabe, no es fácil para un matasanos pueblerino como yo tener que hacer a un lado su formación y examinar el alma de la gente. Habría pasado por alto media docena de detalles si la doctora Martine no me hubiera ayudado. Tal como son las cosas, me resulta difícil interpretar esas oscuridades ocultas, especialmente en hombres a quienes conozco y admiro.

—No hay nada serio, espero.

—¡Si lo hubiera no iría en esta loca inmersión que Helene ha ordenado! ¡No he dejado en tierra a Dwayne Kepler porque esté resfriado!

Laird sacudió la cabeza y pidió disculpas.

—Perdóneme. No estoy acostumbrado a esto. No hay nada de qué preocuparse, Jacob. En su test aparecieron algunas cosas bastante raras, pero la lectura básica es tan sana como cualquiera que yo haya visto.

Una suma decididamente positiva y realista.

»Con todo, hay algunas cosas que me confunden. No entraré en detalles que pudieran causarle más preocupación de la necesaria mientras prepara esta inmersión, pero agradecería que Helene y usted vinieran a verme cuando regresen.

Jacob le dio las gracias y se dirigió con él, Martine y LaRoque hacia el ascensor.

En lo alto, el pilón de comunicaciones taladraba la cúpula de estasis. Alrededor de ellos, más allá de los hombres y mujeres de la cámara, las rocas fundidas de Mercurio chispeaban o brillaban sombrías. El sol era una pelota amarilla incandescente por encima de una cordillera baja.

Cuando llegó el ascensor, Martine y Laird entraron en él, pero LaRoque impidió que Jacob entrara, dejándolos a solas.

—¡Quiero mi cámara! —le susurró.

—Claro, LaRoque. La comandante deSilva desarmó el aturdidor y podrá recogerla en cualquier momento, ahora que ha quedado limpio.

—¿Y la grabación?

—La tengo yo. Y me la voy a quedar.

—No tiene derecho...

—¡Venga ya, LaRoque! —gruñó Jacob—. ¿Por qué no deja de actuar y admite que alguien más tiene inteligencia? ¡Quiero saber por qué estaba tomando fotos sónicas del oscilador de estasis en la nave de Jeffrey! ¡Y también quiero saber quién le dio la idea de que mi tío estaría interesado en ellas!

—Le debo mucho, Demwa —dijo LaRoque lentamente. El fuerte acento casi había desaparecido—. Pero tengo que saber si sus puntos de vista políticos son como los de su tío antes de responderle.

—Tengo un montón de tíos, LaRoque. ¡Mi tío Jeremy está en la Asamblea de la Confederación, pero sé que usted no trabajaría con él!

Mi tío Juan es un teórico y desprecia la ilegalidad... Yo supongo que se refiere al tío James, el chiflado de la familia. Estoy de acuerdo con él en un montón de cosas, incluso en aquéllas que el resto de la familia desapruueba. Pero si está implicado en algún plan de espionaje, no voy a ayudarlo a enterrarlo más profundamente... sobre todo en un plan tan torpe como parece que es el suyo.

»¡Puede que no sea un asesino ni un condicional, LaRoque, pero es un espía! El único problema es averiguar para quién trabaja.

Reservaré ese misterio para cuando regresemos a la Tierra.

»Entonces tal vez podrá visitarme: James y usted podrán intentar convencerme de que no los denuncie. ¿Es lo bastante justo?

LaRoque asintió, cortante.

—Puedo esperar, Demwa. Pero no pierda las grabaciones, ¿eh? He pasado un infierno para conseguirlas. Quiero tener la oportunidad de convencerle para que me las entregue.

Jacob miraba el sol.

—LaRoque, ahórreme sus lamentaciones. No ha ido al infierno... todavía.

Se dio la vuelta y se dirigió a los ascensores. Tenía tiempo para dormir unas cuantas horas en una de las máquinas de sueño. No quería ver a nadie hasta que fuera la hora de partir.

## SÉPTIMA PARTE

En toda la evolución no hay una transformación, un «salto cuántico», comparable a éste. Nunca había cambiado tan completa y totalmente al estilo de vida de una especie, su forma de adaptarse. Durante unos quince millones de años la familia del hombre vivió como animales entre animales. El ritmo de los hechos desde entonces ha sido explosivo: las primeras aldeas, las ciudades, las supermetrópolis, todo esto ha sido condensado en un instante de la escala temporal evolucionaría, apenas diez mil años.

Jhon E. Pfeiffer

## 21

### *DÉJÀ PENSÉ*

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué la mayoría de nuestras astronaves saltaron al espacio con tripulaciones femeninas en un setenta por ciento?

Helene tendió a Jacob el primer liquitubo de café caliente y se volvió hacia la máquina para recoger otro para ella.

Jacob recorrió el sello exterior de la membrana semipermeable, permitiendo que el vapor escapara mientras contenía el líquido oscuro.

El Jiquitubo casi estaba demasiado caliente para poder sujetarlo, a pesar de su aislamiento.

¡Y confiaba que Helene sacara otro tema de conversación provocativo! Cada vez que estaban a solas, tanto como se podía estar en la cubierta abierta de una Nave Solar, Helene deSilva no perdía la oportunidad de enzarzarle en un ejercicio de gimnasia mental. Lo extraño era que no le importaba nada. La competición le había animado considerablemente desde que dejaron Mercurio diez horas antes.

—Cuando era una adolescente, mis amigos y yo nunca consideramos los motivos. Sólo pensábamos que era una bonificación añadida por ser hombre en una nave. «De tales pensamientos nacen las fantasías púberes...» ¿Quién escribió eso, John Two-Clouds? ¿Ha leído alguna vez algo suyo? Creo que nació en Alto Londres, así que tal vez conociera a sus padres.

Helene le dirigió una mirada acusadora. Jacob tuvo que combatir por enésima vez la tentación de decirle que la expresión era encantadora. ¿Qué profesional femenina adulta quería que le recordaran que todavía tenía hoyuelos? De todas formas, no merecía la pena acabar por ello con un brazo roto.

—Muy bien, muy bien —se rió—. Me ceñiré al tema. Supongo que la proporción hombre-mujer se debe a que las mujeres responden mejor a las altas aceleraciones, el calor y el frío... tienen mejor coordinación mano-ojo y superior fuerza pasiva. Supongo que eso debe de convertirlas en mejores astronautas.

Helene sorbió del sifón de su liquitubo.

—Sí, ésa es una parte. Casi todas las mujeres parece que son inmunes al mareo del Salto. Pero usted sabe que las diferencias no son tan grandes. Esto explica que haya más hombres que se presenten voluntarios para astronautas que mujeres.

»Además, la mitad de los tripulantes de las naves del interior del sistema son varones, y siete de cada diez en las naves militares.

—Bueno, no sé nada de naves comerciales ni de investigación, pero yo diría que los militares seleccionan aptitudes de lucha. Sé que eso no se ha demostrado todavía, pero yo diría que...

Helene se echó a reír.

—Oh, no tiene que ser tan diplomático, Jacob. Naturalmente que los hombres son mejores luchadores que las mujeres... estadísticamente, claro. Las amazonas como yo son la excepción. De hecho, ése es un factor de la selección. No queremos demasiados guerreros a bordo de una nave estelar.

— ¡Pero eso no tiene sentido! La tripulación de esas naves sale a una galaxia inmensa que ni siquiera ha sido explorada del todo por la Biblioteca. Tienen que enfrentarse a una amplia gama de razas alienígenas, la mayoría de ellas temperamentales como el infierno. Y los Institutos no prohíben luchar entre las razas. A juzgar por lo que dice Fagin, no podrían aunque quisieran. Sólo intentan mantener las cosas en orden.

—¿Entonces una astronave con humanos a bordo debería estar preparada para luchar? —Helene sonrió mientras apoyaba el hombro contra la pared de la cúpula. Bajo la luz moteada de la cromosfera superior en hidrógeno alfa, su pelo rubio parecía un casco ajustado—.

Bueno, tiene razón, desde luego. Tenemos que estar preparados para luchar. Pero piense por un momento en la situación a la que nos enfrentamos ahí fuera.

»Tenemos que tratar literalmente con cientos de especies cuya única cosa en común es aquello de lo que nosotros carecemos, una cadena de tradición y elevación que se remonta a dos mil millones de años. Todos llevan eones utilizando la Biblioteca, aumentándola, aunque lentamente, todo el tiempo.

»La mayoría de ellos son quisquillosos, hiperconscientes de sus privilegios, y dudan de esa tonta raza "expósita" del Sistema Solar.

»¿Y qué podemos hacer cuando nos desafía una especie del tres al cuarto cuyos tutores extinguidos los elevaron para convertirlos en caballitos parlantes que ahora poseen sus propios planetas terraformados que se encuentran en medio de nuestra única ruta a la colina de Omnivarium? ¿Qué podemos hacer cuando esas criaturas sin ambición ni sentido del humor detienen nuestra nave y piden nada menos que cuarenta canciones de ballena como peaje?

Helene sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—¡Sí que sería mejor pelear en una situación como ésa! ¡Una belleza como la Calypso, llena hasta rebosar de cosas necesarias en una comunidad precaria, y con un cargamento aún más precioso de... detenida en el espacio por un par de cascarones anticuados que obviamente habían sido comprados, no construidos, por los camellos "inteligentes" de a bordo! —La voz de la mujer se fue apagando mientras recordaba.

—Imagine. Una nave y nueva y hermosa, aunque primitiva, usando sólo la diminuta porción de la ciencia galáctica que pudimos absorber cuando estaba siendo acondicionada, sobre todo de los impulsores, detenida por cascarones más viejos que César pero construidos por alguien que había usado la Biblioteca toda su vida.

Helene se detuvo un momento y se dio la vuelta.

Jacob se sintió conmovido, pero todavía más honrado. Conocía ya a Helene lo suficientemente bien para saber que, para ella, abrirse de esta forma era un acto de confianza.

Advirtió que Helene había estado haciendo la mayor parte del trabajo: Hace la mayoría de las preguntas, sobre mi pasado, sobre mis sentimientos, y por algún motivo no he querido preguntarle a ella, a la persona interior. Me pregunto qué me lo impide. ¡Debe de haber tanto ahí dentro!

—Supongo que la idea es no luchar, porque probablemente perderíamos —dijo en voz baja.

Ella se giró y asintió. Tosió dos veces, cubriéndose la boca con la mano.

—Oh, tenemos un par de trucos con los que pensamos que podríamos superar a alguien de vez en cuando, simplemente porque no hemos tenido la Biblioteca y eso es todo lo que ellos conocen. Pero hay que guardar esos trucos para el momento adecuado.

»En cambio, halagamos, adulamos, sobornamos, cantamos espirituales... bailamos... y cuando todo eso falla, huimos.

Jacob imaginó cómo sería encontrarse con una nave de Pila.

—A veces huir debe de ser terriblemente difícil.

—Sí, pero tenemos una forma secreta de enfriarnos. —Helene sonrió levemente. Por un momento, aquellos atractivos hoyuelos volvieron a aparecer en sus mejillas—. Es uno de los motivos principales por los que las tripulaciones están compuestas sobre todo por mujeres.

—Vamos. La probabilidad de que una mujer le dé un puñetazo a alguien que le ha insultado debe de ser igual que la de un hombre.

No creo que sea una gran garantía.

—No, normalmente no. —Volvió a mirarle con aquella atractiva expresión. Por un momento pareció a punto de continuar. Luego se encogió de hombros.

—Vamos a sentarnos —dijo—. Quiero mostrarle algo.

Le guió alrededor de la cúpula y a través de la cubierta a una parte de la nave donde no había nadie y la cubierta circular flotaba a dos metros del casco de la nave.

El brillo chispeante de la cromosfera se refractaba extrañamente donde la pantalla de estasis se curvaba bajo sus pies. El estrecho campo de suspensión permitía que pasara la luz, pero la desviaba un poco. Desde donde se encontraban, podía verse parte de la Gran Mancha; su configuración había cambiado considerablemente desde la última inmersión. Donde intervenía el campo, la mancha solar titilaba y ondulaba con nuevas pulsaciones que se añadían a las suyas propias.

Helene bajó lentamente a la cubierta y luego se acercó al borde.

Por un instante se sentó con los pies a milímetros del temblequeo, con las rodillas



bajo la barbilla. Entonces se puso las manos a la espalda y dejó que sus piernas entraran en el campo.

Jacob tragó saliva.

—No sabía que se podía hacer eso —dijo.

La contempló mientras ella giraba las piernas lánguidamente. Éstas se movían como en un denso almíbar, y la tensa cobertura de su traje ondulaba como algo animado.

Estiró las piernas por encima del nivel de la cubierta, con aparente facilidad.

—Hmmm, parece que están bien. Pero no puedo sumergirlas mucho. Supongo que la masa de mis piernas crea un agujero en el campo de suspensión. Al menos no las siento al revés cuando lo hago.

—Las bajó de nuevo.

Jacob sintió que las rodillas se le aflojaban.

—¿Quiere decir que nunca había hecho esto?

Ella le miró y sonrió.

—¿Estoy alardeando? Sí, supongo que intentaba impresionarle.

Pero no estoy loca. Después de lo que nos dijo sobre Bubbacub y la aspiradora, repasé cuidadosamente las ecuaciones. Es perfectamente seguro. ¿Por qué no me acompaña?

Jacob asintió, aturdido. Después de tantos milagros y cosas inexplicables, esto era poca cosa. Decidió que el secreto era no pensarlo.

Parecía en efecto un denso almíbar que aumentaba su viscosidad mientras empujaba hacia abajo. Era gomoso y respondió.

Y las piernas del traje de Jacob parecieron desconcertantemente vivas.

Helene no dijo nada durante un rato. Jacob respetó su silencio.

Obviamente, tenía algo en mente.

—¿Es cierta la historia de la Aguja Finnilia? —preguntó por fin, sin mirarle.

—Sí.

—Debió de ser toda una mujer.

—Sí, lo fue.

—Quiero decir, además de valiente. Tuvo que ser valiente para saltar de un globo a otro, a treinta y cinco kilómetros de altura, pero...

—Intentaba distraerlos mientras yo desactivaba el detonador. No tendría que haberla dejado. —Jacob oyó su propia voz, remota y apagada—. Pero pensé que podría protegerla al mismo tiempo...

Tenía un aparato...

—Pero ella debió de ser una, gran persona en otros aspectos. Me gustaría haberla conocido.

Jacob advirtió que no había dicho nada en voz alta.

—Sí, Helene. Le habría gustado a Tania. —Se estremeció. Esto no les llevaba a ninguna parte—. Pero creí que estábamos hablando de otra cosa, de la proporción de hombres y mujeres en las naves estelares, ¿no?

Ella se miró los pies.

—Estamos hablando del mismo tema —dijo suavemente.

—¿Sí?

—Claro. ¿Recuerda que dije que había una forma de hacer que una tripulación con mayoría femenina fuera más cautelosa en el trato con los alienígenas, una forma de garantizar que huirían en vez de luchar?

—Sí, pero...

—Hasta ahora la humanidad ha podido fundar tres colonias, pero los costes de transporte son demasiado grandes para llevar a tantos pasajeros, de modo que aumentar el acervo genético de una colonia aislada es todo un problema. —Hablaba con rapidez, como avergonzada—. Cuando regresamos la primera vez y descubrimos que la Constitución imperaba de nuevo, la Confederación hizo que las mujeres fueran voluntarias al siguiente Salto en vez de obligatoriamente. Sin embargo, la mayoría de nosotras nos presentamos.

—Yo... no comprendo.

Ella le miró y sonrió.

—Bueno, tal vez ahora no sea el momento. Pero tendría que darse cuenta de que voy a partir en la Calypso dentro de unos pocos meses y hay algunos preparativos que tengo que hacer de antemano.

»Y puedo ser tan selectiva como quiera.

Le miró directamente a los ojos.

Jacob sintió que tenía la boca abierta.

—¡Bien! —Helene se frotó las manos en el regazo y se dispuso a incorporarse—. Supongo que será mejor que volvamos. Ya estamos muy cerca de la Región Activa, y debería estar en mi puesto para supervisar todo.

Jacob se puso rápidamente en pie y le ofreció la mano. Ninguno de los dos vio nada gracioso en el arcaísmo.

De camino al puesto de mando, Jacob y Helene se detuvieron para examinar el Láser Paramétrico. El jefe Donaldson alzó la cabeza cuando se acercaron.

—¡Hola! Creo que todo está a punto. ¿Quiere echar un vistazo?

—Claro.

Jacob se agachó junto al láser. Su armazón estaba vuelto hacia la cubierta. Su cuerpo largo, fino y multicilíndrico giraba en un contenedor esférico.

Jacob sintió que el suave tejido que cubría la pierna derecha de Helene rozaba levemente su brazo cuando se acercó. No era algo que le ayudara a concentrarse.

—Éste es el Láser Paramétrico —empezó a decir Donaldson—, mi contribución

al intento de contactar con los Espectros Solares.

Consideré que el psi no nos estaba llevando a ninguna parte, y me planteé comunicar con ellos de la forma en que ellos se comunican con nosotros, es decir, visualmente.

»Bien, como probablemente ya saben, la mayoría de los láseres operan sólo en una o dos bandas espectrales muy estrechas, sobre todo en transiciones moleculares y atómicas concretas. Pero éste podrá hacerlo en cualquier longitud de onda que quieran, sólo con marcarla en este control —señaló el control central de los tres que había en la cara del armazón.

—Sí —dijo Jacob—. Entiendo algo de Láseres Paramétricos, aunque nunca he visto uno. Supongo que tiene que ser suficientemente poderoso para penetrar nuestras pantallas y seguir pareciendo brillante a los Espectros.

—En mi otra vida... —dijo deSilva irónicamente (a menudo hablaba de su pasado, antes de saltar con la Calypso, con defensivo sarcasmo)—, podíamos crear láseres multicolores y sintonizables con tintes ópticos.

Producían gran cantidad de energía, eran eficaces e increíblemente simples. —Sonrió—. Es decir, a menos que se te cayera el tinte.

¡Entonces, vaya lío! ¡Nada me hace apreciar más la Ciencia Galáctica que saber que nunca tendré que limpiar del suelo un charco de Rhodamina 6-G!

—¿Podían sintonizar de veras a través de todo el espectro óptico con una sola molécula? —Donaldson mostró su incredulidad—. De todas formas, ¿cómo cargaban un «láser teñido»?

—Oh, a veces con lámparas. Normalmente con una reacción química interna usando moléculas de energía orgánica, como azúcares.

»Había que usar varios tintes para cubrir todo el espectro visible. Se usaba mucho cumarina polimetílica para el azul y el verde. Y rhodamina y otros similares para los colores rojos.

»De todas formas, es historia pasada. ¡Quiero saber qué diabólico plan han cocido Jacob y usted esta vez! —Se desplomó junto a Jacob en la cubierta. En vez de mirar a Donaldson, contempló a Jacob con su expresión desconcertante.

—Bueno, la verdad es que es muy simple. —Jacob tragó saliva—.

Traje canciones de ballena y poemas de delfín, por si los Espectros resultaban ser poetas. Cuando el jefe Donaldson mencionó la idea de apuntar un rayo para comunicar con ellos, le ofrecí las cintas.

—Añadiremos una versión modificada de un viejo código de contacto matemático. También es cosa de él —sonrió Donaldson—. ¡Yo no sabría reconocer una serie de Fibonacci si viniera una y me mordiera! Pero Jacob dice que es uno de los viejos estándares.

—Lo era —dijo deSilva—. Pero después de la Vesarius dejamos de usar las

rutinas matemáticas. La Biblioteca se asegura de que todo el mundo se comprenda mutuamente en el espacio, así que ya no tiene sentido usar los viejos códigos pre-Contacto.

Empujó levemente el calibrador. Éste rotó suavemente en su armazón.

—No dejarán que esto gire libremente cuando el láser esté conectado, ¿verdad?

—No, naturalmente lo fijaremos bien, para que el rayo láser dispare a lo largo de un radio desde el centro de la nave. Eso impedirá que se produzcan esos reflejos internos que le preocupan.

—Pero todos queremos llevar puestas estas gafas cuando esté conectado. —Donaldson sacó un par de gruesas gafas oscuras de un saco colocado junto al láser—. Aunque no existiera ningún daño para la retina, la doctora Martine insistiría. Está convencida de los efectos del resplandor sobre la percepción y la personalidad. Volvió la base entera patas arriba, y encontró luces brillantes donde nadie sabía que existían.

Las responsabilizó de las «alucinaciones en masa» cuando llegó. ¡Sí que cambió de canción cuando vio a las bestias!

—Bueno, es hora de que vuelva al trabajo —anunció Helene—. No debería haberme apartado tanto tiempo. Debemos de estar acercándonos. Los mantendré informados.

Los dos hombres se levantaron mientras ella sonreía y se marchaba. Donaldson se la quedó mirando.

—¿Sabe, Demwa? Al principio pensé que estaba usted loco; luego supe que tenía razón. Ahora estoy empezando a cambiar de opinión otra vez.

Jacob se sentó.

—¿Cómo es eso?

—Todos los tipos que conozco serían capaces de desarrollar una cola para agitarla si esa mujer silbara. No puedo creer que tenga tanto autocontrol. Pero no es asunto mío, claro.

—Tiene razón. No lo es. —A Jacob le molestaba que la situación fuera tan obvia. Estaba empezando a desear que terminara la misión para poder dedicar toda su atención al problema.

Se encogió de hombros. Era un gesto que había hecho muchas veces desde que salió de la Tierra.

—Cambiando de tema, me estaba preguntando sobre este asunto de los reflejos internos. ¿Se le ha ocurrido que alguien podría estar perpetrando un gran engaño?

—¿Un engaño?

—Con los Espectros Solares. Todo lo que tendrían que hacer es meter a bordo una especie de proyector holográfico...

—Olvídelo. —Donaldson sacudió la cabeza—. Eso fue lo primero que

comprobamos. Además, "¿quién podría falsificar algo tan intrincado y hermoso como ese rebaño de toroides? Y una proyección como ésta, llenando todo nuestro campo de visión, tendría que ser hecha por las cámaras situadas en la zona invertida.

—Bueno, tal vez el rebaño no, ¿pero y los Espectros «humanoides»? Son bastante simples y pequeños, y es increíble la forma en que evitan las cámaras, girando más rápido que nosotros para permanecer arriba.

—¿Qué puedo decir, Jake? Cada pieza de equipo que se sube a bordo es inspeccionada cuidadosamente, junto con los artículos personales de cada uno, por ese mismo motivo. No se ha encontrado ningún proyector, ¿y dónde podrían esconderse en una nave abierta como ésta? Tengo que admitir que a veces me he preguntado eso mismo. Pero no veo ninguna forma de que alguien pueda estar perpetrando un truco.

Jacob asintió lentamente. El argumento de Donaldson tenía sentido. Además, ¿cómo podría reconciliar una proyección con el truco de Bubbacub con la reliquia lethani? Era una idea tentadora, pero un truco no parecía muy probable.

Distantes bosques de espículas latieron como fuentes ondulantes.

Chorros individuales se alzaron unos junto a otros a lo largo del borde de la célula supergranulada que latía lentamente cubriendo la mitad del cielo. En su centro se encontraba la Gran Mancha, un gran ojo negro, bordeado por zonas de brillante calor.

A unos noventa grados al otro lado de la cubierta, un grupo de oscuras siluetas esperaban de pie o arrodilladas junto a la Cámara del Piloto. Sólo podían distinguirse los contornos contra el brillo escarlata de la fotosfera.

Dos sombras podían identificarse entre las personas cercanas al puesto de mando. La figura alta y delgada de Culla se encontraba a un lado, apuntando a un alto y retorcido arco filamentosos que colgaba, suspendido, sobre la Mancha. El arco crecía lentamente, cada vez más cercano.

La otra sombra identificable se separó del grupo y empezó a acercarse a trompicones hacia Jacob y el jefe. Era redondo por arriba, más grande que por abajo.

—¡Ahí sí podría esconderse un proyector! —Donaldson señaló con un ademán la enorme silueta que se acercaba hacia ellos retorciéndose.

—¿Qué? ¿Fagin? —susurró Jacob, aunque no servía de nada dados los sistemas auditivos del kantén—. ¡No puede hablar en serio! ¡Sólo ha participado en dos inmersiones!

—Sí —murmuró Donaldson—. Pero con todas esas ramas... Preferiría buscar contrabando entre las ropas de Bubbacub que ahí dentro.

A Jacob le pareció captar por un instante cierto tono humorístico en la voz del ingeniero jefe. Miró a su compañero, pero el hombre puso cara de póquer. Eso era en sí mismo un pequeño milagro. Sería demasiado si el hombre estuviera haciendo un chiste.

Los dos se levantaron para saludar a Fagin. El kantén silbó una alegre respuesta, sin mostrar ningún signo de que hubiera oído nada.

—La comandante Helene deSilva ha expresado la opinión de que las condiciones climatológicas solares son sorprendentemente tranquilas.

Dijo que esto será de gran valor para resolver problemas solonómicos no relacionados con los Espectros Solares. Las mediciones implicadas requerirán poco tiempo. Mucho menos del que nosotros ahorraremos con estas excelentes condiciones.

»En otras palabras, amigos míos, tienen ustedes unos veinte minutos para prepararse.

Donaldson silbó. Pidió ayuda a Jacob y los dos hombres se pusieron a trabajar en el láser, colocándolo en su sitio y comprobando las cintas de proyección.

A unos pocos metros de distancia, la doctora Martine rebuscó en su bolsa pequeñas piezas de instrumentos. Tenía ya puesto el casco psi y a Jacob le pareció oír una imprecación en voz baja.

—¡Maldita sea! ¡Esta vez vas a tener que hablar conmigo!

## 22

# DELEGACIÓN

—«¿Cuál es el propósito de estas criaturas de luz?», se pregunta el reportero. Pero sería mejor preguntar: «¿Qué propósito tiene el hombre?» Nuestro trabajo es alzarnos sobre nuestras metafóricas rodillas, ignorando el dolor con la barbilla levantada con orgullo infantil, diciendo a todo el universo: «¡Mírenme! ¡Soy el hombre! ¡Me arrastro donde otros caminan! ¿Pero no es estupendo que pueda arrastrarme a cualquier parte?».

»La capacidad de adaptación, sostienen los neolíticos, es la "especialización" del hombre. No puede correr tan rápido como el guepardo, pero al menos puede correr. No puede nadar tan bien como una nutria, pero sabe nadar. Sus ojos no son tan agudos como los de un halcón ni puede almacenar comida en sus carrillos. Por eso debe entrenar sus ojos y crear instrumentos a partir de fragmentos y trozos de la tierra torturada: no sólo para permitirle ver, sino para vencer al felino y a la nutria. Puede atravesar un desierto ártico, cruzar a nado un río tropical, subir a un árbol y, al final de su viaje, construir un hermoso hotel. Allí se aseará y alardeará de sus logros mientras cena con sus amigos.

»Y sin embargo, durante todo el tiempo nuestro héroe no se ha sentido satisfecho. Ansiaba conocer su lugar en el mundo. Gritó en voz alta. Pidió saber por qué estaba aquí. El universo de las estrellas tan sólo contestó sonriendo a sus preguntas con un profundo y ambiguo silencio.

»Él anhelaba un propósito. Como se le negó, llevó sus frustraciones a las demás criaturas. El especialista en él conocía sus funciones y las odiaba por ello. Se convirtieron en sus esclavos, sus fábricas de proteínas. Se convirtieron en víctimas de su ira genocida.

»La "capacidad de adaptación" pronto quiso decir que no necesitábamos a nadie más. Especies cuyos descendientes tal vez pudieran ser grandes algún día se convirtieron en polvo en el holocausto provocado por el egoísmo del hombre.

»Por suerte sólo nos convertimos en ecologistas poco antes del Contacto, esquivando así la justa ira de nuestros mayores. ¿O no fue suerte? ¿Es un accidente que John Muir y los que le siguieron aparecieran poco después de los primeros "avista-mientos" confirmados?

»Mientras este reportero yace tendido aquí, en una burbuja, rodeado de engañoso vapor rosa, se pregunta si el propósito del hombre pudiera ser el de convertirse en ejemplo. El pecado original que hizo marcharse a nuestros Tutores hace tanto tiempo, está siendo pagado en una comedia.

»Espero que nuestros vecinos se sientan edificados, además de divertidos,

mientras nos ven arrastrarnos, con la boca abierta de asombro y resentimiento, ante aquéllos que son culminación encarnada, sin ambición.

Pierre LaRoque apartó el pulgar del botón de grabación y frunció el ceño. No, esa última parte no valía. Parecía casi amarga. Más quejumbrosa que punzante. De hecho, todo el trabajo tendría que ser reelaborado. Había muy poca espontaneidad. Las frases apenas encajaban.

Dio un sorbo del liquitubo que tenía en la mano izquierda, y luego empezó a atusarse el bigote. Delante de él, la brillante manada de toroides se alzaba lentamente mientras la nave se enderezaba. La maniobra había requerido menos tiempo del esperado. Ya no podía seguir haciendo digresiones sobre la plaga de la humanidad. Aunque, después de todo, eso podría hacerlo cualquier otro día.

Pero esto... esto era extraordinario.

Volvió a pulsar el interruptor y se acercó el micrófono.

—Nota para reelaborar —dijo—. Más ironía, y más sobre las ventajas de ciertos tipos de especialización. Mencionar también a los timbrimi... que son más adaptables de lo que nosotros llegaremos a serlo jamás. Hacerlo breve y recalcar el resultado si toda la humanidad participa.

Hasta el momento el rebaño había consistido en pequeños anillos, a cincuenta kilómetros de distancia o más. El cuerpo principal apareció ahora a la vista, junto con una pequeña rendija de la fotosfera. El toroide más cercano era un brillante monstruo azulgrisáceo. A lo largo de su borde, pequeñas líneas azules se entremezclaban y cambiaban, como pautas moi-ré. Un halo blanco titilaba a su alrededor.

LaRoque suspiró. Este sería su mayor desafío. Cuando los halos de estas criaturas fueran emitidos, todo el mundo y sus criados chimpancés estarían atentos para ver si sus palabras estaban a la altura. Sin embargo, sentía lo contrario de lo que esperaba. Cuanto más profundamente entraba la nave en el sol, más se despegaba de todo. Era como si no estuviera sucediendo nada de esto. Las criaturas no parecían reales.

También admitió que estaba asustado.

—Son perlas de serenidad, colgando en collares de esmeraldas ondulantes. Si algún galeón galáctico fondeó alguna vez aquí para dejar su tesoro en estos fieros arrecifes filamentosos, sus diademas están ahora a salvo. Sin corromper por el tiempo, todavía chispean. Ningún cazador se las llevará en un saco.

»Desafían a la lógica porque no deberían estar aquí. Desafían a la historia porque no son recordadas. Desafían el poder de nuestros instrumentos e incluso el de los galácticos, nuestros mayores.

»Imperturbables como Bombadil, ignoran el paso del oxígeno y el hidrógeno en sus incesantes movimientos, y se nutren de la más atemporal de las fuentes.

»Recuerdan... ¿podrían haberse encontrado entre los Progenitores cuando la galaxia era nueva? Esperamos poder preguntárselo, pero por ahora se mantienen al



margen.

Jacob levantó la cabeza de su trabajo cuando el rebaño volvió a aparecer a la vista. El espectáculo le causó menos efecto que la primera vez. Para experimentar las emociones que sintió durante la primera inmersión tendría que ver otra cosa por vez primera. Y para ver algo tan impresionante, tendría que Saltar.

Era uno de los inconvenientes de haber tenido monos por antepasados.

Sin embargo, Jacob podría pasarse horas mirando las encantadoras pautas que hacían los toroides. Y durante unos momentos, cuando recordaba el significado de lo que veía, se sentía otra vez anonadado.

El ordenador que Jacob llevaba en el regazo mostraba una pauta de líneas curvas conectadas, isótopos del Espectro que habían visto una hora antes.

El contacto no había sido gran cosa. Un solariano aislado se sorprendió cuando la nave salió de detrás de un grueso rizo de filamentos cerca del borde del rebaño.

Se alejó de ellos, y luego permaneció gravitando receloso a unos pocos kilómetros de distancia. La comandante deSilva ordenó que la nave virara para que el Láser Paramétrico de Donaldson pudiera apuntar a la aleteante criatura.

Al principio el Espectro retrocedió. Donaldson murmuró y maldijo mientras ajustaba el láser, para ejecutar las diversas modulaciones de la cinta de contacto de Jacob.

Entonces la criatura reaccionó. Sus (¿tentáculos? ¿alas?) brotaron del centro de su cuerpo como un resorte. Empezó a ondular pintorescamente.

Luego desapareció en un destello verde brillante.

Jacob examinó las lecturas del ordenador. El solariano había ofrecido una buena visión a las cámaras. Las primeras grabaciones mostraban que parte de su ondular estaba en fase con el ritmo bajo de una melodía ballena. Jacob intentaba averiguar ahora si el complicado espectáculo que emitió justo antes de marcharse tenía una pauta que pudiera interpretarse como una respuesta.

Terminó de esbozar el programa de análisis que quería que ejecutara el ordenador. Tenía que buscar variaciones sobre el tema de la canción-ballena y el ritmo en tres regímenes, color, tiempo y brillo, a lo largo de la superficie del Espectro. Si encontraba algo, podría conseguir un enlace por ordenador en tiempo real durante el próximo encuentro.

Es decir, si había un nuevo encuentro. La canción-ballena era sólo una introducción a la secuencia de escalas y series matemáticas que Jacob planeaba enviar. Pero el Espectro no se quedó a «escuchar» el resto.

Hizo a un lado el ordenador y bajó su asiento para poder mirar los toroides más cercanos sin tener que mover la cabeza. Un par de ellos giraba lentamente a cuarenta y cinco grados del ángulo de la cubierta.

Aparentemente, el giro de las criaturas toroides era más complicado de lo que

pensaba. Las intrincadas pautas que barrían rápidamente el borde de cada una representaba algo en su configuración interna.

Cuando dos de los toroides se tocaban, buscando mejores posiciones en los campos magnéticos, no había ningún cambio en las figuras rotatorias. Interactuaban unas con otras como si no estuvieran girando.

Los empujones y apretones se hicieron más pronunciados a medida que pasaban por el rebaño. Helene deSilva sugirió que era debido a que la región activa sobre la que estaban se moría. Los campos magnéticos se hacían más y más difusos.

Culla se sentó junto a Jacob, cerrando sus mandíbulas con un chasquido. Jacob empezaba a reconocer algunos de los ritmos que los dientes de Culla hacían en diversas situaciones. Había tardado mucho tiempo en darse cuenta de que eran parte del repertorio fundamental del pring, como las expresiones faciales lo son para un ser humano.

—¿Puedo shentarme aquí, Jacob? —preguntó—. Esh mi primera oportunidad de darle lash graciash por su cooperación allá en Mercurio.

—No tiene que agradecerme nada, Culla. Un juramento de secreto durante dos años es de rigor en un incidente como éste. De todas formas, la comandante deSilva recibió órdenes muy claras de la Tierra para que nadie volviera a casa hasta que firmaran.

—Shin embargo, tenía ushted derecho a decírshelo al mundo, a la galaxia. El Inshtituto de la Biblioteca ha quedado avergonzado por las accionesh de Bubbacub. Esh admirable que ushted, el deshclubridor de shu... error, mueshtre meshura y lesh deje enmendarshe.

—¿Qué hará el Instituto, aparte de castigar a Bubbacub?

Culla dio un sorbo de su ubicuo liquitubo. Sus ojos brillaban.

—Probablemente cancelarán la deuda de la Tierra y otorgarán sherviciosh gratuitosh a la Shucurshal durante algún tiempo. Másh aún shi la Confederación accede a un período de shilencio. No puedo definir su anshiedad por evitar un eshcándalo. Ademásh, probablemente le recompensarán.

—¿A mí? —Jacob se sintió aturdido. Para un terrestre «primitivo», cualquier recompensa que los galácticos pudieran darle sería como una lámpara mágica. Apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Shí, aunque probablemente shentirán cierta amargura porque no ha mantenido shush deshclubrimientosh másh en privado. La magnitud de shu generoshidad probablemente sherá inversha a la notoriedad que conshiga el casho de Bubbacub.

—Oh, ya veo.

La burbuja había estallado. Una cosa era recibir un premio de gratitud de los poderes establecidos, y otra que le ofrecieran un soborno. No es que el valor de la recompensa resultara menor. De hecho el premio sería incluso más valioso.

¿O no? Ningún alienígena pensaba exactamente igual que un hombre. Los directores del Instituto de las Bibliotecas eran un enigma para él. Todo lo que sabía con seguridad era que no les gustaría recibir mala prensa. Se preguntó si Culla hablaba ahora a nivel oficial, o si simplemente predecía lo que creía que iba a suceder a continuación.

De repente Culla se volvió y miró al rebaño que pasaba. Sus ojos brillaron y un leve zumbido surgió tras los gruesos labios prensiles. El pring sacó el micrófono de la rendija situada junto a su asiento.

—Dishcúlpeme, Jacob, pero me parece ver algo. Debo informar a la comandante.

Culla habló brevemente por el micrófono, sin apartar la mirada de una posición a unos treinta grados a la derecha y veinticinco de altura.

Jacob miró, pero no vio nada. Pudo oír el distante murmullo de la voz de Helene llenando la zona de la cabeza del asiento de Culla.

Entonces la nave empezó a virar.

Jacob comprobó el ordenador. Los resultados estaban allí. El encuentro anterior no había mostrado nada reconocible como respuesta.

Tendrían que seguir haciendo lo de antes.

—Sofontes. —La voz de Helene resonó por el intercomunicador—.

Pring Culla ha hecho otro avistamiento. Por favor, regresen a sus puestos.

Las mandíbulas de Culla chascaron. Jacob alzó la cabeza.

A unos cuarenta y cinco grados, un pequeño punto de luz fluctuante empezó a crecer más allá de la masa del toroide más cercano.

El punto azul fue aumentando mientras se aproximaba hasta que pudieron distinguir cinco apéndices irregulares, bilateralmente simétricos. Se alzó rápidamente, y luego se detuvo.

La manifestación de Espectro Solar del segundo tipo les sonrió con su burda imitación de la forma humana. La cromosfera brillaba en rojo a través de los agujeros irregulares de sus ojos y su boca.

No hicieron ningún intento de enfocar a la aparición con las cámaras invertidas. Probablemente habría sido inútil, y además esta vez el láser-P tenía prioridad.

Jacob le dijo a Donaldson que siguiera con la cinta de contacto primario, desde el punto en que se interrumpió el último.

El ingeniero alzó su micrófono.

—Que todo el mundo se ponga las gafas, por favor. Vamos a conectar el láser.

Se puso las suyas, y luego miró alrededor para asegurarse de que todo el mundo lo había hecho. (Culla estaba exento: aceptaron su palabra de que no corría peligro.) Entonces conectó el interruptor.

Incluso a través de las gafas, Jacob pudo ver un tenue brillo contra la superficie interior del escudo mientras el rayo se abría paso hacia el Espectro. Se preguntó si la

figura antropomórfica sería más cooperativa que la manifestación anterior, la de «forma natural». Por lo que sabía, era la misma criatura. Tal vez antes se había marchado para «maquillarse» para esta aparición actual.

El Espectro se agitó impasible mientras era atravesado por el rayo del Láser de Comunicación. No muy lejos, Jacob pudo oír a Martine que maldecía en voz baja.

—¡No, no, no! —susurró. El casco psi y las gafas sólo permitían divisar su nariz y su barbilla—. Hay algo, pero no está ahí. ¡Maldita sea! ¿Qué demonios pasa con esa cosa?

La aparición se hinchó de repente como una mariposa aplastada contra el casco de la nave. Los rasgos de su «cara» se convirtieron en largas y estrechas franjas de negrura ocre. Los brazos y el cuerpo se extendieron hasta que la criatura no fue más que una banda azul rectangular e irregular a unos diez grados del cielo. A lo largo de su superficie empezaron a formarse motas verdes. Se agitaron, se mezclaron y se separaron, y luego empezaron a tomar una forma coherente.

—¡Santo Dios! —murmuró Donaldson.

Fagin dejó escapar un trino tembloroso. Culla empezó a chascar los dientes.

El solariano estaba completamente cubierto de brillantes letras verdes, en alfabeto romano. Decían:

MÁRCHENSE. NO VUELVAN.

Jacob se agarró a los lados de su asiento. A pesar de los efectos sonoros de los extraterrestres y la ronca respiración de los humanos, el silencio era insoportable.

—¡Minie! —Intentó no gritar con todas sus fuerzas—. ¿Recibe algo?

Martine gimió.

—Sí... ¡NO! ¡Recibo algo pero no tiene sentido! ¡No encaja!

—¡Intentaremos enviar una pregunta! ¡Pregunte si recibe nuestro psi! Martine asintió y se llevó las manos a la cara, concentrándose.

Las letras se reformaron inmediatamente.

CONCÉNTRESE. HABLE EN VOZ ALTA PARA ENFOCAR.

Jacob estaba anonadado. Pudo sentir en su interior que su mitad controlada casi temblaba llena de horror. Lo que él no pudo resolver lo hizo el aterrado Mister Hyde.

—Pregúntele por qué nos habla ahora y no lo hizo antes.

Martine repitió la pregunta en voz alta, lentamente.

EL POETA. ÉL HABLARÁ POR NOSOTROS. ESTÁ AQUÍ.

—¡No, no, no puedo! —gritó LaRoque. Jacob se volvió rápidamente y vio al pequeño periodista, encogido, aterrado, junto a las máquinas de alimento.

ÉL HABLARÁ POR NOSOTROS.

Las letras verdes brillaban.

—Doctora Martine —llamó Helene deSilva—. Pregúntele al solariano por qué no podemos volver.

Después de una pausa, las letras volvieron a cambiar.

QUEREMOS INTIMIDAD. POR FAVOR, MÁRCHENSE.

—¿Y si volvemos? ¿Entonces qué? —preguntó Donaldson. Martine repitió la pregunta, sombría.

NADA. NO NOS PODRÁN VER. TAL VEZ A NUESTROS JÓVENES, A NUESTRO GANADO. NO A NOSOTROS.

Eso explicaba los dos tipos de solarianos, pensó Jacob. La variedad «normal» debían de ser los jóvenes, que tenían la tarea de pastorear a los toroides. ¿Dónde vivían entonces los adultos? ¿Qué clase de cultura tenían? ¿Cómo podían unas criaturas compuestas de plasma ionizado comunicarse con los acuosos seres humanos? Jacob se sintió angustiado ante la amenaza de la criatura. Si querían, los adultos podían evitar a una Nave Solar, o a una flota de ellas, tan fácilmente como un águila podía hacerlo con un globo. Si cortaban ahora el contacto, los humanos nunca podrían obligarlos a renovarlo.

—Por favor —pidió Culla—. Pregúntele shi Bubbacub losh ofendió.

Los ojos del pring brillaban acaloradamente y el castañeteo continuaba, ahogado, entre cada palabra.

BUBBACUB NO SIGNIFICA NADA. INSIGNIFICANTE. MÁRCHENSE.

El solariano empezó a desvanecerse. El rectángulo irregular se hizo más pequeño a medida que retrocedía.

—¡Espera! —Jacob se levantó. Estiró una mano para agarrar la nada—. ¡No nos dejéis! ¡Somos vuestros vecinos más cercanos! ¡Sólo queremos compartir con vosotros! ¡Al menos decidnos quiénes sois!

La imagen quedó difusa en la distancia. Un rizo de gas oscuro cubrió al solariano, pero antes pudieron leer un último mensaje. Un grupo de «jóvenes» se congregó a su alrededor y el adulto repitió una de sus frases anteriores.

EL POETA HABLARÁ POR NOSOTROS.

## OCTAVA PARTE

En la antigüedad, dos aviadores se procuraron alas. Dédalo voló sin problemas por el aire y fue debidamente honrado cuando aterrizó. Ícaro se acercó al sol hasta que la cera que sujetaba sus alas se fundió, y su vuelo terminó en fracaso. Naturalmente, las autoridades clásicas nos dicen que sólo estaba «haciendo alardes», pero yo prefiero pensar que fue el hombre que sacó a la luz un grave defecto de construcción en las máquinas voladoras de su tiempo.

Arthur Eddington, *Stars and Atoms*  
(Oxford University Press, 1927, p. 41)

## UN ESTADO EXCITADO

Pierre LaRoque estaba sentado dando la espalda a la cúpula. Se abrazaba las rodillas y miraba ausente la cubierta. Se preguntó tristemente si Millie le suministraría una inyección que durara hasta que la Nave Solar saliera de la cromosfera.

Desgraciadamente, eso no encajaba demasiado con su nuevo rol de profeta. Se estremeció. Durante toda su vida profesional, nunca había advertido cuánto significaba tener sólo que comentar y no dar forma a los hechos. Los solarianos le habían lastrado con una maldición, no con una bendición.

Se preguntó, aturdido, si las criaturas le habrían elegido siguiendo un capricho irónico, como una especie de broma. O si de algún modo habían introducido palabras en su interior para que surgieran cuando regresara a la Tierra, al objeto de aturdirle y avergonzarle.

¿O se supone que tengo que expresar mis opiniones como he hecho siempre? Se meció lenta, tristemente. Imponer sus ideas en los demás a fuerza de personalidad era una cosa. Hablar envuelto en un manto de profeta era otra muy distinta.

Los demás se habían reunido cerca del puesto de mando para discutir los próximos pasos a dar. Podía oírlos hablar y deseó que se marcharan. Sin alzar la cabeza, pudo sentir que se volvían y le miraban.

LaRoque deseó estar muerto.

—Yo digo que lo tiremos por la borda —sugirió Donaldson. Ahora su tono era muy afectado. A Jacob, que le escuchaba cerca, le hubiera gustado que la moda de los lenguajes étnicos nunca hubiera llegado a producirse—. Los problemas que este hombre causará si se le suelta en la Tierra no tendrán fin.

Martine se mordió los labios un instante.

—No, eso no sería aconsejable. Será mejor llamar a la Tierra para recibir instrucciones cuando regresemos a Mermes. Los federales podrán decidir si usamos una provisión de secuestro de emergencia con él, pero no creo que nadie sugiera eliminar a Peter.

—Me sorprende que reaccione de esa forma a la sugerencia del jefe —dijo Jacob—. Pensaba que la idea la repugnaría.

Martine se encogió de hombros.

—Ya debe de haber quedado claro que represento a una facción de la Asamblea de la Confederación. Peter es amigo mío, pero si pensara que mi deber hacia la Tierra es eliminarle, lo haría.

Parecía decidida.

Jacob no estaba tan sorprendido como parecía. Si el ingeniero jefe tenía la necesidad de aparentar ironía para superar el shock de la última hora, los demás habían renunciado a toda pretensión. Martine estaba dispuesta a pensar lo impensable. LaRoque no pretendía nada, pero estaba aterrado. Se mecía lentamente, al parecer ajeno a los demás.

Donaldson alzó su índice derecho.

—¿Se han dado cuenta de que los solarianos no dijeron nada sobre el rayo con el mensaje? Lo atravesó y no pareció importarle. Sin embargo, antes, el otro Espectro...

—El joven.

—El joven, sí, reaccionó claramente.

Jacob se rascó una oreja.

—Los misterios no tienen fin. ¿Por qué ha evitado siempre la criatura adulta ponerse en línea con nuestros instrumentos del borde de la nave? ¿Tiene algo que ocultar? ¿Por qué los gestos amenazantes en todas las inmersiones previas, cuando podía comunicarse desde que la doctora Martine usó el casco psi a bordo hace meses?

—Tal vez su láser-P le dio un elemento necesario —sugirió uno de los tripulantes, un oriental llamado Chen, a quien Jacob había visto sólo al principio de la inmersión—. Otra hipótesis podría ser que estaba esperando a hablar con alguien de estatus razonable.

Martine hizo una mueca.

—Ésa es la teoría en la que estuvimos trabajando en la última inmersión, y no funcionó. Bubbacub falsificó el contacto, y a pesar de toda su capacidad, Fagin fracasó... oh, se refiere a Peter...

El silencio podía cortarse con un cuchillo.

—Jacob, ojalá hubiéramos encontrado un proyector. —Donaldson sonrió amargamente—. Habría resuelto todos nuestros problemas.

Jacob sonrió, sin humor.

—¿Deus ex machina, jefe? Sabe bien que no hay que esperar favores del universo.

—Podríamos abandonar —dijo Martine—. Nunca volveremos a ver a otro Espectro adulto. En la Tierra la gente era escéptica respecto a todas esas historias sobre «seres antropomorfos». Sólo contamos con la palabra de un par de docenas de sofones que afirmaban haberlos visto, más unas cuantas fotos borrosas. A pesar de mis pruebas, con el tiempo todo será achacado a la histeria. —Miró al suelo, sombría.

Jacob advirtió que Helene deSilva estaba a su lado. Había permanecido extrañamente silenciosa desde que los había reunido unos minutos antes.

—Bueno, al menos esta vez el Proyecto Navegante Solar no está amenazado —dijo—. La investigación solonómica puede continuar, igual que los estudios de los rebaños de toroides. El solariano dijo que no intervendrían.



—Sí —añadió Donaldson—. ¿Pero lo hará él?

Señaló a LaRoque.

—Tenemos que decidir lo que vamos a hacer. Nos acercamos al fondo del rebaño. ¿Subimos y seguimos husmeando? Tal vez los solarianos varíen tanto entre sí como los humanos.

Tal vez el que nos encontramos era un cascarrabias —sugirió Jacob.

—No lo había pensado —comentó Martine.

—Pongamos el Láser Paramétrico con el dispositivo automático y añadamos una porción en inglés codificado a la cinta de comunicaciones. El rayo alcanzará el rebaño mientras vayamos subiendo en espiral, y es posible que un solariano adulto más amistoso se sienta atraído.

—Si alguno lo hace, espero que no me asuste como ese último —murmuró Donaldson.

Helene deSilva se frotó los hombros, como si combatiera un escalofrío.

—¿Tiene alguien más algo que decir «en camera»? Entonces voy a zanjar la parte humana de la discusión prohibiendo toda acción precipitada referida al señor LaRoque. Que nadie le quite ojo de encima.

»Se suspende la sesión. Piensen en lo que se podría hacer a continuación. Que alguien le pida a Fagin y Culla que se reúnan con nosotros en el centro de avituallamiento dentro de veinte minutos.

Eso es todo.

Jacob sintió una mano en su brazo. Helene estaba junto a él.

—¿Se encuentra bien?

—Sí... sí —ella sonrió sin mucha convicción—. Es que... Jacob, ¿quiere acompañarme a mi despacho, por favor?

—Claro.

Helene sacudió la cabeza. Sus dedos se hundieron en el brazo de Jacob y le arrastró rápidamente hacia el cubículo en un lado de la cúpula que servía como despacho. Cuando estuvieron dentro, despejó un espacio en la diminuta mesa y le hizo un gesto para que se sentara. Entonces cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—Oh, Dios —suspiró.

—Helene... —Jacob dio un paso hacia adelante, luego se detuvo.

Los ojos de ella le miraron, ardientes.

—Jacob. —Ella hacía un esfuerzo de concentración para calmarse—.

¿Me promete que me hará un favor durante unos minutos y que después no hablará sobre ello? No puedo decirle de qué se trata hasta que acceda. —Sus ojos suplicaron en silencio.

Jacob no tuvo que pensarlo.

—Por supuesto, Helene. Puede pedir lo que quiera. Pero dígame qué. —Entonces,

por favor, abráceme. —Su voz se perdió en un sollozo. Se desplomó contra el pecho de Jacob con los brazos extendidos. Mudo y sorprendido, Jacob la abrazó con fuerza.

Ella se meció lentamente adelante y atrás mientras una serie de poderosos temblores recorrían su cuerpo.

—Sshhh... Tranquila. —Jacob pronunció palabras sin sentido. El pelo de ella le rozaba la mejilla y su olor parecía llenar toda la habitación. Era mareante.

Permanecieron juntos en silencio durante un rato. Ella movía la cabeza lentamente sobre su hombro.

Los temblores remitieron. Gradualmente, su cuerpo se relajó.

Jacob frotó los músculos tensos de su espalda con una mano, y éstos se aflojaron uno a uno.

Se preguntó quién hacía el favor a quién. No había sentido esta paz, esta calma, desde Ifni sabía cuándo. Le emocionó que ella confiara tanto en él.

Más aún, le hacía feliz. Había una vocecita amarga por debajo que rechinaba los dientes en este momento, pero no le prestó atención.

Hacer lo que estaban haciendo parecía más natural que respirar.

Unos instantes después, Helene alzó la cabeza. Cuando habló, su voz fue pastosa.

—No había estado tan asustada en toda mi vida —dijo—. Quiero que comprenda que no hubiera tenido que hacer esto. Podría haber seguido siendo la Dama de Hierro durante el resto de la inmersión... pero usted estaba aquí, disponible... tuve que hacerlo. Lo siento.

Jacob advirtió que Helene no hacía ningún esfuerzo por soltarse de su abrazo.

—No tiene importancia —dijo suavemente—. Ya le diré más adelante lo agradable que ha sido. No se preocupe por estar asustada. Yo me quedé sin respiración cuando vi esas letras.

Curiosidad y aturdimiento son mis mecanismos de defensa. Ya vio cómo reaccionaron los demás. Usted tiene más responsabilidad, eso es todo.

Helene no dijo nada. Alzó las manos y las colocó sobre sus hombros, sin crear un espacio entre ellos.

—De todas formas —continuó Jacob, colocándole en su sitio algunos rizos dispersos—, ha debido de pasar mucho más miedo durante sus Saltos.

Helene se puso tensa y se retiró un poco.

—¡Señor Demwa, es intolerable! ¡Constantemente mencionando mis Saltos! ¿Cree que he estado alguna vez más asustada que antes? ¿Qué edad cree que tengo?

Jacob sonrió. Ella no había empujado demasiado fuerte para soltarse de sus brazos. Obviamente, no estaba dispuesta a dejarle escapar.

—Bueno, relativamente hablando... —empezó a decir.

— ¡Al cuerno con la relatividad! ¡Tengo veinticinco años! ¡Puede que haya visto más cielo que usted, pero he experimentado mucho menos del universo real, y mi

nivel de competencia no dice nada de cómo me siento por dentro! Da miedo tener que ser perfecta, fuerte y responsable de las vidas de la gente... para mí al menos, no como a usted, héroe imperturbable y frío, que puede permanecer tan tranquilo como quiera, igual que el capitán Beloc de la Calypso cuando nos encontramos con ese loco bloqueo falso en J8'lek y... ¡y ahora voy a hacer algo completamente ilegal y te voy a ordenar que me beses, ya que no pareces dispuesto a hacerlo de propia iniciativa!

Ella le miró, desafiante. Cuando Jacob se echó a reír y la atrajo hacia sí, se resistió momentáneamente. Luego deslizó los brazos alrededor de su cuello y sus labios se apretaron contra los suyos.

Jacob la sintió temblar de nuevo.

Pero esta vez era diferente. Resultaba difícil decir por qué, ya que estaba ocupado en ese momento. Y de forma encantadora.

De repente, dolorosamente, advirtió cuánto tiempo había pasado desde... dos largos años. Descartó el pensamiento. Tania estaba muerta, y Helene estaba maravillosamente viva, hermosa. La abrazó con más fuerza y respondió a su pasión del único modo posible.

—Excelente terapia, doctor —sonrió ella mientras trataba de alisar los rizos de su pelo—. Me ha sentado mejor que un millón de dólares, aunque parece que has pasado por una exprimidera.

—¿Qué... esto, es una «exprimidera»? No importa, no quiero ninguna explicación a tus anacronismos. ¡Mírate! ¡Te gusta hacerme parecer una barra de hierro que ha sido fundida y deformada!

—Aja.

Jacob no consiguió reprimir una sonrisa.

—Cierra el pico y respeta a tus mayores. Por cierto, ¿cuánto tiempo tenemos?

Helene consultó su anillo.

—Unos dos minutos. Un momento espantoso para tener una reunión. Empezabas a ponerte interesante. ¿Quién demonios la convocó para una hora tan intempestiva?

—Tú .

—Ah, sí. Es verdad. La próxima vez te daré al menos media hora, e investigaremos las cosas con más detalle.

Jacob asintió, inseguro. A veces era difícil saber hasta qué punto bromeaba esta mujer.

Antes de abrir la puerta, Helene se inclinó sobriamente hacia adelante y le besó.

—Gracias, Jacob.

El acarició su mejilla con la mano izquierda. Ella la apretó brevemente.

No había nada que decir cuando él retiró la mano.

Helene abrió la puerta y se asomó. Únicamente el piloto estaba a la vista. Todos los demás probablemente se habían marchado a la segunda reunión en el centro de

avituallamiento.

—Vamos —dijo—. ¡Me podría comer un caballo!

Jacob se estremeció. Si iba a conocer mejor a Helene, sería mejor que se preparara para ejercitar mucho la imaginación. ¡Un caballo, nada menos!

No obstante se rezagó un poco para poder ver cómo se movía.

Estaba tan distraído que no se dio cuenta cuando un toroide pasó girando ante la nave, con sus costados esmaltados con colores brillantes y rodeado por un halo tan blanco y resplandeciente como el pecho de una paloma.

## EMISIÓN ESPONTÁNEA

Cuando regresaron, Culla estaba retirando un liquitubo del follaje de Fagin. Tenía uno de los brazos dentro de las ramas del kantén. El pring sostenía un segundo liquitubo en la otra mano.

—Bienvenidos —trinó Fagin—. Pring Culla acaba de ayudarme con mi complemento dietético. Me temo que al hacerlo ha descuidado el suyo.

—No hay problema, sheñor —dijo Culla. Retiró lentamente el tubo.

Jacob se acercó tras el pring para observar. Era una oportunidad para aprender más del funcionamiento de Fagin. El kantén le dijo una vez que su especie no tenía ningún tabú, así que seguramente no le importaría que Jacob intentara averiguar qué clase de orificio usaba el alienígena semivegetal.

Estaba empinado detrás de Culla cuando el pring se echó atrás de repente, soltando el liquitubo. Su codo chocó dolorosamente encima del ojo de Jacob, derribándole.

Culla castañeteó ruidosamente. Los liquitubos cayeron de sus manos, que colgaron flácidas a sus costados. Helene tuvo problemas para contener la risa. Jacob se puso rápidamente en pie. Su mueca hacia Helene («Ya me desquitaré algún día») sólo la hizo toser con más fuerza.

—Olvídelo, Culla. No me ha hecho daño. Ha sido culpa mía.

Además, todavía me queda un ojo sano. —Resistió el impulso de frotarse el punto dolorido.

Culla le miró con ojos resplandecientes. El castañeteo remitió.

—Esh ushted muy amable, Amigo-Jacob —dijo por fin—. En una shituación adecuada, pupilo-mayor, la culpa fue mía por deshcurado.

Le doy lash graciash por perdonarme.

—No importa, amigo mío —concedió Jacob. Podía sentir el principio de un feo chichón. Con todo, sería aconsejable cambiar de tema para ahorrar más vergüenza a Culla.

—Hablando de ojos, he leído que su especie y la mayoría de las de Pring, tenían un solo ojo antes de que llegaran los pila y comenzaran su programa genético.

—Shí, Jacob. Losh pila nosh dieron dosh ojosh por cuesh-tionesh eshtéticash. La mayoría de los bípedosh de la galaxia son binocularesh.

No querían que lash demásh razash jóve-nesh she burlaran de noshotrosh.

Jacob frunció el ceño. Había algo... sabía que Mister Hyde lo tenía ya pero lo contenía, todavía de mal humor.

¡Maldición, es mi inconsciente!

No tenía sentido. Oh, bueno.

—Pero también he leído, Culla, que su especie era arborí-cola... incluso braquial, si no recuerdo mal...

—¿Y eso qué significa? —susurró Donaldson a deSilva.

—Significa que solían columpiarse en las ramas de los árboles —respondió ella—. ¡Ahora, cállese!

—Pero si sólo disponían de un ojo, ¿cómo podían tener sus antepasados suficiente percepción de profundidad para no fallar cuando intentaban agarrar la siguiente rama?

Antes de terminar la frase, Jacob se sintió contento. ¡Ésa era la pregunta que Mister Hyde estaba conteniendo! ¡De modo que el pequeño demonio no tenía un cerrojo completo sobre la reflexión inconsciente! Helene le estaba haciendo bien. Apenas le importó la respuesta de Culla.

—Creía que lo sabía, Amigo-Jacob. Oí a la comandante deShilva explicar durante nuestra primera inmersión que tengo diferentes receptores. Mis ojos pueden detectar flashes además de intensidad.

—Sí. —Jacob empezaba a divertirse. Tendría que mirar a Fagin.

El viejo kanten le avisaría si se metía en un terreno que a Culla le resultara molesto—. —Sí, pero la luz del sol, sobre todo en un bosque, sería totalmente incoherente... de fase aleatoria. Los delfines usan un sistema parecido en su sonar, conservando la fase y todo lo demás. Pero proporcionan su propio campo de fase coherente emitiendo trinos bien sintonizados.

Jacob dio un paso atrás, disfrutando de una pausa dramática. Pisó uno de los liquitubos que Culla había dejado caer. Lo recogió con gesto automático.

—Entonces, si los ojos de sus antepasados no hacían más que retener la fase, todo el asunto seguiría sin funcionar si no tenían una fuente de luz coherente en su entorno —dijo Jacob, excitado—.

¿Láseres naturales? ¿Tienen sus bosques alguna fuente natural de luz láser?

—¡Por Júpiter que eso sería interesante! —comentó Donaldson.

Culla asintió.

—Shí, Jacob. Los llamamos lash... —Sus mandíbulas se unieron en un complicado ritmo... plantash. Es increíble que dedujera su existencia a partir de tan pocas pistas. Hay que felicitarle. Le mostraré fotos de uno cuando regresemos.

Jacob vio que Helene le sonreía posesivamente. (Sintió en su interior un gruñido distante. Lo ignoró.)

—Sí. Me gustaría verlo, Culla.

El liquitubo en su mano estaba pegajoso. El aire olía a heno recién cortado.

—Tome, Culla —tendió el liquitubo—. Creo que se le ha caído esto.

—Entonces su brazo se congeló. Miró el tubo durante un instante y luego soltó una carcajada.

— ¡Millie, venga aquí! —gritó—. ¡Mire esto!

Tendió el tubo a la doctora Martine y señaló la etiqueta.

—¿Una mezcla de alcalido-3-(alfa-acetonilbenzil)-4-hidroxi-cumarina?

—Ella pareció insegura durante un instante—. ¡Vaya, eso es «Warfarin»!

¡De modo que es uno de los complementos dietéticos de Culla! Entonces ¿cómo demonios llegó una muestra a los medicamentos de Dwyane?

Jacob sonrió tristemente.

—Me temo que ese asunto fue culpa mía. Cogí sin darme cuenta una muestra de una de las tabletas de Culla a bordo de la Bradbury.

Tenía tanto sueño cuando lo hice que lo olvidé. Debí meterlo en el mismo bolsillo donde más tarde guardé las muestras del doctor Kepler.

Y fueron todas juntas al laboratorio del doctor Laird.

»Fue pura coincidencia que uno de los suplementos nutritivos de Culla fuera idéntico a un viejo veneno terrestre, pero sí que me hizo andar en círculos. Pensaba que Bubbacub se lo dio a Kepler para volverlo inestable, pero nunca me sentí satisfecho con esa teoría. —Se encogió de hombros.

— ¡Bueno, pues yo me alegro de que todo el asunto quede zanjado!

—rió Martine—. ¡No me gustaba lo que la gente empezaba a pensar de mí! Era un pequeño descubrimiento. Pero de algún modo aclarar un misterio transformó el estado de ánimo de los presentes. Charlaron animadamente.

La única mancha se produjo cuando pasó Pierre LaRoque, riendo en voz baja. La doctora Martine fue a pedirle que se reuniera con ellos, pero el hombrecito se limitó a sacudir la cabeza, y luego siguió dando vueltas alrededor de la nave.

Helene estaba junto a Jacob. Tocó la mano que aún sostenía el liquitubo de Culla.

—Hablando de coincidencias, ¿has echado un vistazo a la fórmula del suplemento de Culla? —Se detuvo y alzó la cabeza. Culla se acercó a ellos y saludó.

—Shi ya ha terminado, Jacob, me llevaré eshte tubo pega-josho.

—¿Qué? Oh, claro, Culla. Tome. ¿Qué decías, Helene?

Aunque el rostro de ella permanecía serio, resultaba difícil no sorprenderse de su belleza. Era la fase inicial del período de enamoramiento que, durante algún tiempo, dificulta escuchar a la amada.

—Decía que advertí una extraña coincidencia cuando la doctora Martine leyó en voz alta esa fórmula química. ¿Recuerdas cuando hablaste de láseres orgánicos teñidos? Bueno...

La voz de Helene se apagó. Jacob pudo ver cómo se movía su boca, pero todo lo que pudo distinguir fue una palabra:

—... cumarina...

Había problemas en erupción. Su neurosis controlada se había rebelado. Mister Hyde intentaba impedirle que escuchara a Helene. De hecho, de pronto advirtió que su otra mitad había estado dominando su habitual habilidad de reflexión desde que Helene había dado a entender, en su conversación al borde de la cubierta, que quería que él proporcionara los genes que llevaría consigo a las estrellas cuando la Calypso diera el salto.

¡Hyde odia a Helene!, advirtió con sorpresa. ¡La primera chica que conozco y que podría empezar a reemplazar lo que he perdido —un temblor, como una migraña, amenazó con hendir su cráneo—, y Hyde la odia! (El dolor vino y se fue instantáneamente.) Más aún, aquella parte de su inconsciente lo había estado engañando. Había visto todas las piezas y no las había dejado salir a la superficie. Eso era una violación del acuerdo. ¡Era intolerable, y no era capaz de imaginar por qué!

—Jacob, ¿te encuentras bien? —Volvió a sentir la voz de Helene. Le miró aturdida. Por encima de su hombro, Jacob pudo ver a Culla, que los miraba desde las máquinas de comida.

—Helene —dijo bruscamente—, escucha, dejé una cajita de píldoras junto a la Cámara del Piloto. Son para los dolores de cabeza que sufro a veces... ¿Podrías traérmelas, por favor? —Se llevó una mano a la frente y sonrió.

—Bueno... claro. —Helene le tocó el brazo—. ¿Por qué no vienes conmigo? Podrías tenderte. Hablaremos...

—No. —Él la cogió por los hombros y la hizo girar con suavidad—.

Por favor, ve a buscarlas. Te esperaré aquí.

Furioso, combatió el pánico al tiempo que intentaba que ella se marchara.

—Muy bien, ahora mismo vuelvo —dijo Helene. Al verla marchar, Jacob suspiró aliviado. La mayoría de los presentes tenían las gafas colgadas del cinturón, esperando órdenes. La eficaz comandante de Silva había dejado las suyas en su asiento.

Cuando había recorrido unos diez metros hacia su destino, Helene empezó a dudar.

Jacob no había dejado ninguna caja de píldoras junto a la Cámara del Piloto. Me habría dado cuenta. Quería deshacerse de mí. ¿Pero por qué?

Miró hacia atrás. Jacob se apartaba de la máquina de comida con un rollo de proteínas en la mano. Sonrió a Martine y asintió a Chen, y luego empezó a dirigirse a la cubierta, más allá de Fagin. Culla observaba tras él al grupo con ojos brillantes, cerca de la escotilla del bucle de gravedad.

¡No parecía que a Jacob le doliera la cabeza! Helene se sintió herida y confusa.

Bueno, si no me quiere cerca, muy bien. ¡Fingiré que busco sus malditas píldoras!

Empezaba a volverse cuando, de pronto, Jacob tropezó con una de las raíces de Fagin y cayó al suelo. El rollo de proteínas rebotó y chocó contra el armazón del



Láser Paramétrico. Antes de que ella pudiera reaccionar, Jacob volvió a ponerse en pie, sonriendo tímidamente. Se acercó a recoger la comida. Al agacharse, su hombro tocó el calibrador del láser.

Una luz azul inundó la habitación al instante. Las alarmas ulularon.

Helene se cubrió instintivamente los ojos con el brazo y echó mano al cinturón en busca de sus gafas.

¡No estaban allí!

Su asiento se encontraba a tres metros de distancia. Podía imaginar dónde estaba con exactitud, y en qué lugar había dejado las estúpidas gafas. Se volvió y se abalanzó hacia ellas. Al levantarse, siguiendo el mismo movimiento, los protectores cubrían ya sus ojos.

Había puntos brillantes por todas partes. El láser-P, desviado del radio de la nave, enviaba su rayo por la superficie cóncava interna del casco de la Nave Solar. El «código de contacto» modulado destellaba contra la cubierta y la cúpula.

Los cuerpos se agitaban en la cubierta cerca de las máquinas de alimentos. Nadie se había acercado al láser-P para desconectarlo.

¿Dónde estaban Jacob y Donaldson? ¿Se quedaron ciegos en el primer momento?

Varias figuras luchaban cerca de la compuerta del bucle de gravedad. Bajo la parpadeante luz sepulcral vio que eran Jacob Demwa, el ingeniero jefe... y Culla. Ellos... ¡Jacob intentaba colocar una bolsa sobre la cabeza del alienígena!

No había tiempo para decidir qué hacer. Entre intervenir en una misteriosa pelea y eliminar un posible peligro para la seguridad de su nave, Helene no tenía elección. Corrió hacia el láser-P, esquivando los rayos entrecruzados, y lo desenchufó.

Los puntos de luz destellante se interrumpieron bruscamente, a excepción de uno que coincidió con un alarido de dolor y un golpe, cerca de la escotilla. Las alarmas se apagaron y de repente sólo quedó el sonido de la gente gimiendo.

—Capitana, ¿qué sucede? ¿Qué está pasando? —La voz del piloto resonó en su intercomunicador. Helene cogió un micrófono de un asiento cercano.

—Hughes —dijo rápidamente—. ¿Cuál es el estatus de la nave?

—Estatus nominal, señor. ¡Pero menos mal que tenía las gafas puestas! ¿Qué demonios ha pasado?

—El láser-P se soltó. Continúe como hasta ahora. Mantenga la nave firme a un kilómetro del rebaño. Volveré pronto con usted. —Soltó el micro y alzó la cabeza para gritar—: ¡Chen! ¡Dubrowsky!

¡Informen!

Se esforzó por ver algo en la penumbra.

—¡Aquí, capitana! —Era la voz de Chen. Helene maldijo y se arrancó las gafas. Chen estaba más allá de la escotilla, arrodillado junto a una figura tendida.

—Es Dubrowsky —dijo el hombre—. Está muerto. Abrasado.

La doctora Martine se ocultaba detrás del grueso tronco de Fagin.

El kantén silbó suavemente mientras Helene se acercaba.

—¿Están bien los dos?

Fagin emitió una larga nota que sonó vagamente como un confuso «sí». Martine asintió, entrecortadamente, pero siguió agazapada tras el tronco de Fagin. Tenía las gafas torcidas. Helene se las quitó.

—Vamos, doctora. Tiene pacientes que atender. —Tiró del brazo de Martine—. ¡Chen! ¡Vaya a mi despacho y traiga el botiquín! ¡Rápido!

Martine empezó a levantarse, pero enseguida se desmoronó, sacudiendo la cabeza.

Helene apretó los dientes y de repente tiró del brazo que tenía agarrado, alzando a la otra mujer. Martine se puso en pie, vacilante.

Helene la abofeteó.

— ¡Despierte, doctora! ¡Me va a ayudar a atender a estos hombres o le romperé los dientes de una patada!

Cogió a Martine por el brazo y la arrastró unos cuantos metros hacia el lugar donde estaban el jefe Donaldson y Jacob Demwa.

Jacob gimió y empezó a agitarse. Helene sintió que su corazón daba un respingo cuando apartó el brazo de su rostro. Las quemaduras eran superficiales y no habían alcanzado los ojos. Jacob tenía las gafas puestas.

Dirigió a Martine hacia Donaldson y la hizo sentarse. El ingeniero jefe tenía el lado izquierdo del rostro malherido. La lente izquierda de sus gafas estaba rota.

Chen llegó corriendo, con el botiquín.

La doctora Martine se volvió y se estremeció. Luego alzó la cabeza y vio al tripulante con el botiquín. Extendió las manos para recogerlo.

—¿Necesitará ayuda, doctora? —preguntó Helene.

Martine colocó los instrumentos sobre la cubierta. Sacudió la cabeza.

—No. Tranquila.

Helene se dirigió a Chen.

—Busque a LaRoque y a Culla. Informe cuando los encuentre.

El hombre salió corriendo.

Jacob volvió a gemir y trató de levantarse, apoyándose en los codos. Helene trajo un paño húmedo. Se arrodilló junto a él y le hizo colocar la cabeza sobre su regazo.

Él gimió cuando ella atendió con cuidado sus heridas.

—Oh... —Se llevó una mano a la cabeza—. Tendría que haberlo sabido. Sus antepasados se balanceaban en los árboles. Tiene la fuerza de un chimpancé. ¡Y parece tan débil!

—¿Puedes decirme lo que ha pasado? —preguntó ella en voz baja.

Jacob gruñó mientras se tocaba la espalda con la mano izquierda.

Tiró de algo un par de veces. Por fin sacó la gran bolsa donde guardaba las gafas protectoras. La miró, y luego la arrojó.

—Siento la cabeza como si me hubieran dado una paliza —dijo.

Se sentó, se tambaleó un momento con las manos en la cabeza, y luego las dejó caer—. Culla no estará tendido inconsciente por ahí, ¿verdad? Creí que iba a dejarlo fuera de combate cuando me aturdió, pero supongo que perdí el conocimiento.

—No sé dónde está Culla —dijo Helene—. ¿Qué...?

La voz de Chen sonó por el intercomunicador.

—¿Capitana? He encontrado a LaRoque. Está en grado dos-cuarenta. Está bien. ¡De hecho ni siquiera sabía lo que ha sucedido!

Jacob se acercó a la doctora Martine y empezó a hablarle urgentemente. Helene se levantó y se dirigió al intercomunicador situado junto al centro de alimentos.

—¿Ha visto a Culla?

—No, señor, ni rastro. Debe de estar en la zona invertida. —La voz de Chen se fue apagando—. Me dio la impresión de que había lucha. ¿Sabe qué ha pasado?

—Le informaré cuando sepa algo. Mientras tanto, será mejor que releve a Hughes.

Jacob se unió a ella por el intercomunicador.

—Donaldson se pondrá bien, pero necesitará un ojo nuevo.

Escucha, Helene, voy a tener que ir por Culla. Préstame a uno de tus hombres, si quieres. Luego será mejor que nos saques de aquí lo más rápidamente posible.

Ella se revolvió.

—¡Acabas de matar a uno de mis hombres! ¡Dubrowsky está muerto! Donaldson está ciego, ¿y ahora quieres que te envíe a otro más para ayudarte a acosar al pobre Culla? ¿Qué locura es esta?

—Yo no he matado a nadie, Helene.

—¡Te vi, maldito imbécil! ¡Chocaste con el láser-P y se volvió loco!

¡Igual que tú! ¿Por qué atacaste a Culla?

—Helene... —Jacob vaciló. Se llevó una mano a la cabeza—. No hay tiempo para explicaciones. Tienes que sacarnos de aquí. No hay forma de saber qué hará ahora que lo sabemos.

— ¡Explícate primero!

—Yo... choqué con el láser a propósito... yo...

El traje de Helene era tan ajustado que Jacob nunca habría imaginado que contenía la pistola chata que apareció en su mano.

—Adelante, Jacob —dijo suavemente.

—Me estaba vigilando. Supe que si mostraba algún signo de que lo había descubierto, podría cegarnos a todos en un instante. Hice que te marcharas para que quedaras libre y luego fui a por la bolsa de las gafas. Solté el láser para confundirle...

luz láser por todas partes...

—¡Y mataste y mutilaste a mis hombres!

Jacob se armó de valor.

—¡Escucha, pequeña liante! —Se alzó sobre ella—. ¡Reduje la intensidad de ese rayo! ¡Podía cegar, pero no quemar! ¡Y si no me crees, golpéame! ¡Detenme! ¡Pero sácanos de aquí antes de que Culla nos mate a todos!

—Culla...

—¡Sus ojos, maldición! ¡Cumarina! ¡Su suplemento dietético es un tinte usado con los láseres! ¡Él mató a Dubrowksy cuando intentó ayudarnos a Donaldson y a mí!

»¡Mintió sobre esa planta láser en su planeta natal! ¡Los pring tienen su propia fuente de luz coherente! ¡Ha estado proyectando el tipo «adulto» de Espectro Solar todo el tiempo! ¡Y... Dios mío! —Jacob dio un puñetazo al aire.

»¡Si su proyector es lo bastante sutil para mostrar «Espectros» falsos en el interior del casco de una Nave Solar, debe ser suficientemente bueno para interactuar con los impulsos ópticos de esos ordenadores diseñados por la Biblioteca! Él programó los ordenadores para inculpar a LaRoque como condicional. ¡Y... y yo estaba junto a él cuando programó la nave de Jeff para que se autodestruyera! ¡Estaba dando sus órdenes mientras yo admiraba las bonitas luces!

Helene retrocedió, sacudiendo la cabeza. Jacob dio un paso hacia ella, amenazante y con los puños tensos, pero su rostro era una máscara de autorreproche.

—¿Por qué era siempre Culla el primero en detectar a los Espectros humanoides? ¿Por qué no se vio ninguno mientras estuvo con Kepler en la Tierra? ¿Por qué no me pregunté, antes, sobre los motivos de Culla para presentarse voluntario para que «leyeran» su retina durante la investigación de identidades?

Las palabras surgían demasiado rápido. Helene frunció el ceño mientras trataba de pensar.

—Helene, tienes que creerme —suplicó Jacob.

Ella vaciló.

—¡Oh, mierda! —gritó, y se abalanzó hacia el intercomunicador—.

¡Chen! ¡Sáquenos de aquí! ¡No se preocupe por las comodidades, ponga impulso máximo y coloque la tempo-compresión! ¡Quiero ver cielo negro antes de parpadear dos veces!

—¡Sí, señor! —respondió el piloto.

La nave se abalanzó hacia arriba cuando los campos de compensación quedaron temporalmente sobrepasados, haciendo tambalear a Helene y a Jacob. La comandante agarró el intercomunicador.

—¡Que todo el mundo se ponga las gafas en todo momento a partir de ahora! ¡Siéntense y abróchense los cinturones tan rápido como puedan! ¡Hughes, preséntese inmediatamente en la escotilla del bucle!

En el exterior, los toroides empezaron a pasar con más rapidez. A medida que cada bestia quedaba por debajo del borde de la cubierta, sus bordes destellaban brillantemente, como si le dijeran adiós.

—Tendría que haberme dado cuenta —dijo Helene, angustiada—.

¡En cambio desconecté el láser-P y probablemente le dejé escapar!

Jacob la besó rápidamente, con tanta fuerza que dejó sus labios tintineando.

—No lo sabías. Yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

Ella se llevó la mano a los labios y contempló el cuerpo de Dubrowsky.

—Me enviaste a por las píldoras porque...

—Capitana —interrumpió la voz de Chen—. Tengo problemas para desconectar la tempo-compresión de modo automático. ¿Puede quedarse aquí Hughes para ayudarme? También hemos perdido el enlace máser con Kermes.

Jacob se encogió de hombros.

—Primero el enlace máser para impedir que la noticia se difunda, luego la tempo-compresión, luego el impulso gravitatorio, finalmente la estasis. Supongo que el último paso será volar el casco, a menos que los otros sean suficientes. Deberían serlo.

Helene agarró el intercomunicador.

—Negativo, Chen. ¡Quiero a Hughes ahora! Haga lo que pueda solo. —Cortó la comunicación—. Voy contigo.

—Ni hablar —dijo él. Se volvió a poner las gafas y cogió la bolsa del suelo—. Si Culla llega al tercer paso, estaremos fritos, literalmente.

Pero si puedo detenerle en parte, tú eres la única con posibilidades de sacarnos de aquí. Ahora préstame esa arma; puede serme útil.

Helene se la tendió. A estas alturas, era absurdo discutir. Jacob estaba al mando. Ella no tenía ninguna idea propia.

El suave tamborileo de la nave cambió de ritmo, convirtiéndose en un zumbido grave e irregular.

Helene respondió a la mirada interrogativa de Jacob.

—Es la tempo-compresión. Ya ha empezado a refrenarnos. En más de un sentido, no nos queda mucho tiempo.

## 25

# ATRAPADO

Jacob se agazapó en la escotilla, dispuesto a zambullirse tras la curvatura a la vista del alto y delgado alienígena. Hasta ahora, nada.

Culla no había estado en el bucle de la gravedad.

El camino más largo hacia la zona invertida, la única ruta, podría haber sido un buen lugar para una emboscada. Pero a Jacob no le sorprendía demasiado que Culla no estuviera allí, por dos razones.

La primera era táctica. El arma de Culla operaba en la línea de visión. El bucle se curvaba, de forma que los humanos sólo podían aproximarse unos cuantos metros sin ser localizados. Un objeto lanzado a través del bucle viajaba la mayor parte del tiempo con velocidad uniforme. Jacob estaba seguro. Hughes y él habían lanzado varios cuchillos desde la cocina de la nave cuando entraron en el bucle. Los encontraron cerca de la salida de la zona invertida, en un charco de amoníaco de los liquitubos que habían aplastado ante ellos mientras recorrían el ladeado pasadizo.

Culla podría haber estado esperando tras la puerta, pero tuvo que dejar la retaguardia sin cubrir por otro motivo. Sólo tenía una cantidad limitada de tiempo antes de que la Nave Solar alcanzara una órbita superior. Después de que llegaran al espacio abierto, los humanos estarían a salvo de las sacudidas de las tormentas cromosféricas, y el duro casco reflectante de la nave podría deflectar suficiente calor del sol para mantenerlos con vida hasta que llegara ayuda.

De modo que Culla tenía que terminar con ellos, y consigo mismo, rápidamente. Jacob estaba seguro de que el pring estaba junto al ordenador, a noventa grados alrededor de la cúpula, a la derecha, usando sus ojos láser para reprogramar lentamente las salvaguardias de la nave.

Por qué lo hacía, era una cuestión que tendría que esperar.

Hughes recogió los cuchillos. Con la bolsa, algunos liquitubos y el pequeño aturdidor de Helene, compusieron su armamento.

La respuesta clásica, ya que la alternativa era la muerte para todos ellos, sería que un hombre se sacrificara para que el otro pudiera terminar con Culla.

Hughes y Jacob podrían cronometrar cuidadosamente su aproximación desde direcciones diferentes para sorprender a Culla al mismo tiempo. O un hombre podría ponerse delante y el otro apuntar con el aturdidor por encima de su hombro.

Pero ninguno de esos planes funcionaría. Su oponente podía matar literalmente a un hombre con sólo mirarlo. Contrariamente a las falsas proyecciones de los Espectros Solares «adultos», que eran una emisión continua, los rayos asesinos de Culla eran descargas. A Jacob le hubiera gustado recordar cuántas había disparado

durante la lucha en la zona superior... o con qué frecuencia. Probablemente no importaba. Culla tenía dos ojos y dos enemigos. Un rayo para cada uno sería sin duda suficiente.

Peor aún, no podían estar seguros de que la habilidad de Culla para crear imágenes holográficas no le permitiera localizarlos en el instante en que entraran en la zona, a partir de los reflejos en el casco interior. Probablemente no los heriría con reflejos, pero eso resultaba una compensación muy pobre.

Si no hubiera tanta atenuación durante el rebote interno del rayo, podrían haber intentado derrotar al alienígena con el láser-P, haciendo que barriera toda la nave mientras los humanos y Fagin se refugiaban en el bucle de gravedad.

Jacob lanzó una maldición y se preguntó qué los demoraba con el láser-P. Junto a él, Hughes murmuró por un intercomunicador de pared. Se volvió hacia Jacob.

—¡Están preparados!

Gracias a las gafas, se ahorraron la mayor parte del dolor cuando la cúpula exterior ardió llena de luz. Sin embargo, tardaron unos instantes en secarse las lágrimas y adaptarse al brillo.

La comandante deSilva, al parecer con la ayuda de la doctora Martine, había colocado el láser-P cerca del borde de la cubierta superior. Si sus cálculos eran correctos, el rayo golpearía el lado de la cúpula en la zona invertida, exactamente donde se encontraba la salida del ordenador. Desgraciadamente, la complejidad de la operación obligaba a ir del punto A al B, a través de la estrecha abertura en el borde de la cubierta, lo que significaba que el rayo probablemente no heriría a Culla.

Sin embargo, le sorprendió. En el instante en que llegó el rayo, mientras Jacob cerraba los ojos con fuerza, oyeron un súbito castañeteo y sonidos de movimiento a la derecha.

Cuando su visión se aclaró, Jacob vio un fino rastro de líneas brillantes en el aire. El paso del rayo láser dejó un rastro en la pequeña cantidad de polvo en el aire. Era una suerte. Les ayudaría a evitarlo.

—¿Intercomunicador al máximo? —preguntó rápidamente.

Hughes le contestó haciendo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—¡Muy bien, vamos!

El láser-P emitía aleatoriamente colores en el espectro verdeazulado. Esperaban que confundiera los reflejos del casco interior.

Jacob se preparó y contó.

—¡Uno, dos, ya!

Jacob atravesó el espacio abierto y se zambulló tras una de las grandes máquinas grabadoras en el borde de la cubierta. Oyó a Hughes aterrizar con fuerza, dos máquinas a su derecha.

El hombre agitó la mano cuando le miró.

—¡Nada por aquí! —susurró roncamente. Jacob echó un vistazo alrededor de la esquina de su propia máquina, usando un espejo del botiquín, que estaba manchado de grasa. Hughes tenía otro espejo, del bolso de Martine.

Culla no estaba a la vista.

Entre los dos podían escrutar unos tres quintos de la cubierta. La salida del ordenador estaba en el otro lado de la cúpula, justo fuera del alcance de la visión de Hughes. Jacob tendría que dar un rodeo, saltando de una máquina a otra.

El casco de la Nave Solar brillaba con puntos donde destellaba el láser-P. Los colores cambiaban constantemente. Por lo demás, las miasmas rojas y rosadas de la cromosfera los rodeaban. Habían dejado minutos antes los grandes filamentos, y el rebaño de toroides, que ahora se encontraba a un centenar de kilómetros por debajo.

Es decir, justo por encima de la cabeza de Jacob. La fotosfera, con la Gran Mancha en el centro, componía un techo grande, plano, interminable y fiero sobre él, y las espículas colgaban como estalactitas.

Encogió las piernas y se impulsó, preparado para enfrentarse con una posible emboscada.

Saltó por encima del rayo láser-P donde su rumbo quedaba trazado por las partículas de polvo flotante, y se zambulló tras la siguiente máquina. Sacó rápidamente el espejo para mirar la zona que ahora quedaba al descubierto.

Culla no estaba a la vista.

Ni Hughes. Silbó dos suaves notas en el breve código que habían acordado. Todo despejado. Oyó una nota, la respuesta de su compañero.

La siguiente vez tuvo que agacharse bajo el rayo. La piel le cosquilleó durante todo el pequeño trayecto, anticipando un trazo de luz ardiente a su flanco.

Se agazapó tras la máquina y se agarró a ella para equilibrarse, respirando entrecortadamente. ¡Eso no era lógico! Aún no tendría que estar cansado. Algo pasaba.

Jacob tragó saliva y luego empezó a deslizar el espejo por el borde izquierdo de la máquina.

El dolor atenazó sus dedos y soltó el espejo con un gemido. Estuvo a punto de llevarse la mano a la boca pero se contuvo como pudo.

Automáticamente se sumió en un ligero trance para aliviar el dolor. Las magulladuras rojas empezaron a desvanecerse mientras los dedos parecían hacerse más lejanos. Entonces el flujo de alivio se detuvo. Era como un rumor de guerra. Sólo pudo conseguir eso: una presión contraria resistía la hipnosis con igual fuerza, no importaba cuánto se concentrara.

Otro de los dos trucos de Hyde. Bueno, no había tiempo para parlamentar con él, quisiera lo que quisiera. Se miró la mano; el dolor apenas era soportable. El índice y el anular estaban quemados. Los otros dedos habían sufrido menos daños.



Consiguió silbar un corto código a Hughes. Era el momento de llevar a la práctica su plan, el único que tenía una posibilidad real de alcanzar el éxito.

Su única oportunidad residía en llegar al espacio. La tempo-compresión estaba congelada en automático (lo primero de lo que Culla se había encargado después del enlace máser), y su tiempo subjetivo se acercaría al tiempo real si conseguían dejar la cromosfera.

Ya que asaltar a Culla era inútil, la mejor forma de retrasar el asesinato y subsiguiente suicidio del alienígena era hablar con él.

Jacob inspiró un par de veces y se apoyó contra el holograbador, con el oído atento. Culla andaba haciendo mucho ruido. Esa era su mejor esperanza contra los ataques del pring. Si Culla hacía demasiado ruido al descubierto, Jacob podría tener una oportunidad de usar el aturdidor que agarraba con la mano que no tenía herida. Tenía un rayo amplio y no haría falta apuntar demasiado.

— ¡Culla! —gritó—. ¿No le parece que ha ido demasiado lejos? ¿Por qué no sale y hablamos?

Prestó atención. Había un leve zumbido, como si las mandíbulas de Culla chascaran suavemente tras los gruesos labios prensiles. Durante la lucha arriba, la mitad del problema al que se enfrentaron Donaldson y él fue evitar aquellos destellantes dientes blancos.

— ¡Culla! —repitió—. Sé que es estúpido juzgar a un alienígena por los valores de la propia especie, pero sinceramente creía que era un amigo. ¡Nos debe una explicación! ¡Hable con nosotros! ¡Si está actuando bajo las órdenes de Bubbacub, puede rendirse y le juro que todos diremos que opuso una buena resistencia!

El zumbido se hizo más fuerte. Hubo un leve rumor de pasos.

Uno, dos, tres... pero eso fue todo. No era suficiente para disparar.

—Jacob, lo shiento —la voz de Culla recorrió suavemente la cubierta—. Debe shaberlo, antesh de que muramosh, pero primero quiero pedirle que deshconecte eshe lásher. ¡Duele!

—Mi mano también.

El pring parecía desconsolado.

—Lo shi-shi-shiento, Jacob. Por favor, comprenda que esh mi amigo. Hago eshto en parte por shu eshpecie.

»Shon crímenesh necesariosh, Jacob. Me alegro de que la muerte eshtë cerca para quedar libre de la memoria.

La filosofía del alienígena asombraba a Jacob. Nunca había esperado que Culla gimoteara de esa forma, fueran cuales fueran sus motivos para lo que había hecho. Estaba a punto de responder cuando la voz de Helene resonó por el intercomunicador.

—¿Jacob? ¿Puedes oírme? El impulso gravitatorio se deteriora rápidamente. Estamos perdiendo dirección.

Lo que no dijo fue la amenaza. Si no hacían algo pronto, empezarían a caer hacia la fotosfera, una caída de la que nunca regresarían.

Cuando cayera en la tenaza de las células de convección, la nave sería atraída hacia el núcleo estelar. Si es que para entonces aún quedaba algo de la nave.

—Verá, Jacob —dijo Culla— Retrasharme no shervirá de nada. Ya eshtá hecho. Me quedaré para ashegurarme de que no puedan corregirlo.

»Pero, por favor, hablemosh hashta el final. No desheo que muramosh como enemigosh.

Jacob contempló la retorcida atmósfera cargada de hidrógeno rojo del sol. Tentáculos de fiero gas flotaban todavía hacia «abajo» (arriba, para él), dejando atrás la nave, pero eso podía ser una función del movimiento del gas en esta zona y momento. Desde luego, iban mucho menos rápidamente. Tal vez la nave estuviera cayendo ya.

—Shu desh cubrimiento de mi talento y mi truco fue muy ashtuto, Jacob. ¡Combinó muchash pishtash oshcurash para encontrar la resh pueshta! ¡Relacionarlash con el pashado de mi raza fue un golpe brillante!

»Dígame, aunque evité losh detectoresh del borde con mish espectrosh, ¿no le extrañó que a vecesh aparecieran en lo alto cuando yo eshtaba en la zona invertida?

Jacob intentaba pensar. Tenía apoyada la pistola aturdidora contra su mejilla. Su frescor le agradaba, pero no le proporcionaba ninguna idea. Y tenía que dedicar parte de su atención a hablar con Culla.

—Nunca me molesté en pensarlo, Culla. Supongo que simplemente se inclinaba y lanzaba el rayo a través del campo de suspensión semitransparente de la cubierta. Y se reflejaba en ángulo dentro del casco.

De hecho, ésa era una pista válida. Jacob se preguntó por qué la había pasado por alto.

¡Y la brillante luz azul, durante su trance en La Baja! ¡Sucedió justo antes de que despertara para ver a Culla ante él! ¡El eté debió de sacarle un holograma! ¡Vaya forma de conocer a alguien y no olvidar nunca su cara!

—Culla —dijo lentamente—. No es que esté resentido ni nada por el estilo, ¿pero fue usted responsable de mi loca conducta al final de la última inmersión?

Hubo una pausa. Entonces Culla habló, con crecientes balbuceos.

—Shí, Jacob. Lo shiento, pero she eshtaba volviendo demashiado inquisitivo. Eshperaba deshacreditarle. Fra-cashé.

—¿Pero cómo...?

—¡Oí a la doctora Martine hablar de losh efectosh del desh-lumbramiento en losh humanosh!

El pring casi gritó. Era la primera vez, que Jacob recordara, que el pring había interrumpido a alguien.

—¡Experimenté con el doctor Kepler durante meshesh! Luego con LaRoque y Jeff... luego con ushted. Ushé un rayo difractado eshtrecho.

¡Nadie pudo verlo, pero deshenfocó shush penshamientosh!

»No shabía lo que haría ushted. Pero shabía que shería embarazosh. Lo shiento de nuevo. ¡Era neceshario!

Definitivamente ya no ascendían. El gran filamento que habían dejado tan sólo unos minutos antes gravitaba sobre la cabeza de Jacob. Altos chorros se retorcían y curvaban hacia la nave, como dedos atezantes.

Jacob había estado intentando encontrar una salida, pero su imaginación estaba bloqueada por una poderosa barrera.

¡Muy bien, me rindo!

Llamó a su neurosis para ofrecerle sus términos. ¿Qué demonios quería la maldita cosa?

Sacudió la cabeza. Tendría que invocar a la cláusula de emergencia.

Hyde iba a tener que salir y convertirse en parte de él, como en los viejos y malos tiempos. Como cuando persiguió a LaRoque en Mercurio, y cuando irrumpió en el laboratorio fotográfico. Se preparó para entrar en el trance.

—¿Por qué, Culla? ¡Dígame por qué ha hecho todo esto!

No es que tuviera importancia. Tal vez Hughes estaba escuchando.

Tal vez Helene estaba grabando. Jacob estaba demasiado ocupado para darle importancia.

¡Resistencia! En las coordenadas no-lineales y no-ortogonales del pensamiento cribó sentimientos y sensaciones. Envió a hacer su trabajo a los viejos sistemas automáticos hasta el punto en que aún funcionaran.

Lentamente, los marcos y camuflajes cayeron y se encontró cara a cara con su otra mitad.

Las murallas, inescalables en los pasados asedios, eran ahora aún más extraordinarias. Los parapetos de tierra habían sido reemplazados por piedra. La valla estaba hecha de agujas afiladas, finas y de treinta kilómetros de largo. En lo alto de la torre más alta ondeaba una bandera. El estandarte decía «Lealtad». Revoloteaba sobre dos estacas, y en cada una de ellas había empalada una cabeza.

Reconoció al instante una de ellas. Era la suya propia. Aún brillaba la sangre que manaba del cuello cercenado. La expresión era de remordimiento.

La otra cabeza le hizo estremecerse. Era Helene. Su rostro estaba manchado y lacerado, y mientras la contemplaba, sus ojos se movieron débilmente. La cabeza estaba todavía viva.

¿Pero por qué? ¿Por qué esa furia contra Helene? ¡Y por qué los tonos de suicidios... esta reluctancia a unirse con él para crear el casi *ubersmensch* que fuera antaño?

Si Culla decidía atacar ahora, estaría indefenso. Tenía los oídos llenos del quejido de un viento ululante. Hubo un rugir de cohetes y luego el sonido de alguien cayendo... el sonido de alguien llamando mientras caía.

Y por primera vez pudo distinguir sus palabras.

—¡Jacob! ¡Cuidado con el primer escalón...!

¿Eso era todo? ¿Entonces por qué tanto alboroto? ¿Por qué tantos meses intentando averiguar lo que resultó ser la última ironía de Tania?

Por supuesto. Su neurosis le dejaba ver, ahora que la muerte era inminente, que las palabras ocultas eran otro señuelo. Hyde ocultaba algo más. Era...

Culpa.

Sabía que llevaba su carga tras el incidente en la Aguja Vainilla, pero nunca había advertido cuánta. Ahora vio lo enfermizo que era este acuerdo Jekyll y Hyde con el que había estado viviendo. En vez de curar lentamente el trauma de una dolorosa pérdida, había sellado una entidad artificial, para que creciera y se alimentara de él y de su vergüenza por haber dejado caer a Tania... por la suprema arrogancia del hombre que, aquel aciago día a treinta kilómetros de altura, pensó que podía hacer dos cosas a la vez.

Había sido tan sólo otra forma de arrogancia, una creencia de que podía superar la forma normal humana de recuperarse de las penas, el ciclo de dolor y trascendencia con el que se enfrentaban cientos de millones de seres humanos cuando sufrían una pérdida. Eso y el consuelo de la cercanía de otras personas.

Y ahora estaba atrapado. El significado del estandarte en las murallas estaba claro. En su enfermedad, había pensado en expiar parte de su culpa con demostraciones de lealtad hacia la persona a la que había fallado. No una lealtad externa sino interior, una lealtad enfermiza basada en apartarse de todo el mundo, mientras se convencía de que se encontraba bien, puesto que había tenido amantes.

¡No era extraño que Hyde odiara a Helene! ¡No era extraño que también quisiera muerto a Jacob Demwa!

Tania nunca lo habría aprobado, le dijo. Pero no estaba escuchando. Tenía su propia lógica y ningún sentido.

¡Ella habría querido a Helene!

No sirvió de nada. La barrera era firme. Abrió los ojos.

El rojo de la cromosfera se había vuelto más intenso. Ahora se encontraban en el filamento. Un destello de color, visto incluso a través de las gafas, le hizo mirar a la izquierda.

Era un toroide. Estaban en medio del rebaño.

Mientras observaba, pasaron varios más, con sus bordes festoneados de brillantes

diseños. Giraban como donuts locos, ajenos al peligro de la Nave Solar.

—Jacob, no ha dicho nada. —La voz característica de Culla sonó en el fondo de su interior. Jacob se recuperó al oír su nombre—. Sheguro que tiene alguna opinión shobre mish motivosh. ¿No she ha dado cuenta que de eshto shurgirá un bien mayor, no shólo para mi eshpecie sino para la shuya y también para shush pupilosh?

Jacob sacudió vigorosamente la cabeza para despejarla. ¡Tenía que combatir de algún modo el cansancio inducido por Hyde! La línea de plata que era su mano ya no dolía.

—Culla, tengo que pensar un poco sobre esto. ¿Podemos retirarnos y parlamentar? Puedo traerle algo de comida y tal vez logremos llegar a un acuerdo.

Hubo una pausa. Entonces Culla habló lentamente.

—Esh ushted muy tramposho, Jacob. Me shiento tentado, pero veo que sherá mejor que ushted y shu amigo she queden quietosh. De hecho, me ashegararé. Shi alguno de losh dosh she mueve, lo «veré».

Jacob se preguntó aturdido qué trampa había en ofrecer comida al alienígena. ¿Por qué se le había ocurrido aquella idea?

Ahora caían más rápido. En lo alto, el rebaño de toroides se extendía hacia la ominosa pared de la fotosfera. Los más cercanos brillaban azules y verdes mientras pasaban. Los colores se difuminaban con la distancia. Las bestias más lejanas parecían diminutos anillos de boda, cada uno con un pequeño destello de luz verde.

Hubo movimiento entre los magnetóvoros más cercanos. Mientras caía la nave se hicieron a un lado, hacia «abajo» según la perspectiva invertida de Jacob. En una ocasión un destello verde llenó la Nave Solar cuando se sacudió una cola-láser. El hecho de que no hubieran sido destruidos significaba que las pantallas automáticas todavía funcionaban.

Fuera, una forma aleteante pasó ante Jacob, desde arriba, dejando atrás la cubierta a sus pies. Entonces apareció otra, ondulante, que se detuvo un instante ante el casco, con el cuerpo lleno de colores iridiscentes. Luego se abalanzó hacia arriba, hasta perderse de vista.

Los Espectros Solares se estaban agrupando. Tal vez la larga caída de la nave había picado por fin su curiosidad.

Ya habían pasado la parte más grande del rebaño. Había un grupo de grandes magnetóvoros justo encima, en su línea de descenso. Pequeños pastores brillantes danzaban alrededor del grupo.

Jacob esperó que se quitaran de en medio. No tenía sentido llevarse a ninguno por delante. El rumbo incandescente del Láser Refrigerador de la nave pasó peligrosamente cerca.

Jacob se controló. No había nada más que hacer. Hughes y él tendrían que intentar un asalto frontal. Silbó un código, dos sonidos cortos y dos largos. Hubo una

pausa y luego la respuesta. El otro hombre estaba preparado.

Esperaría hasta el primer sonido. Habían acordado que, cuando estuvieran lo suficientemente cerca, cualquier ataque con posibilidad de éxito tendría que producirse en el instante en que se oyera algún ruido, antes de que Culla pudiera darse cuenta. Ya que Hughes estaba más lejos, se movería primero.

Se encogió y se concentró sólo en el ataque. El aturdidor descansaba en la palma sudorosa de su mano izquierda. Ignoró los temblores que brotaban de una parte aislada de su mente.

Un sonido, como de una caída, llegó desde la derecha. Jacob salió de detrás de la máquina, presionando el disparador del aturdidor al mismo tiempo.

Ningún rayo de luz salió a su encuentro. Culla no estaba allí. Una de las preciosas cargas aturdidoras se había perdido.

Corrió lo más rápido que pudo. Si encontraba al alienígena dándole la espalda mientras se enfrentaba a Hughes...

La luz cambiaba. Mientras corría, el brillo rojo de la fotosfera fue reemplazado rápidamente por un resplandor verdiazul desde arriba.

Jacob dirigió una breve mirada hacia lo alto. La luz procedía de los toroides. Las grandes bestias solarianas se acercaban desde abajo hacia la nave, en rumbo de colisión.

Sonaron las alarmas, y la voz de Helene deSilva lanzó una advertencia. Cuando el azul se hizo más brillante, Jacob se agachó bajo el láser-P y aterrizó a dos metros de Culla.

Justo más allá del pring, Hughes estaba arrodillado en el suelo, con las manos ensangrentadas y los cuchillos esparcidos por el suelo.

Miraba a Culla aturdido, esperando el golpe de gracia.

Jacob alzó el aturdidor cuando Culla se giró, advertido por el sonido de su llegada. Durante un brevísimo instante Jacob pensó que lo había conseguido.

Entonces todo su brazo izquierdo estalló en agonía. Un espasmo lo sacudió y el arma voló por los aires. Por un momento la cubierta pareció agitarse, luego su visión se aclaró y vio a Culla ante él, con los ojos sombríos. La boca del pring estaba ahora completamente abierta, agitando los extremos de los «labios» tentaculares.

—Lo shiento, Jacob. —El alienígena tenía un acento tan marcado que apenas pudo entender sus palabras—. Debe sher de eshte modo.

¡El eté planeaba acabar con él utilizando los dientes! Jacob retrocedió, lleno de miedo y rabia. Culla lo siguió chascando lentamente las mandíbulas, al ritmo de sus pasos.

Una gran sensación de resignación barrió a Jacob, una sensación de derrota y muerte inminente. El dolor de su cabeza no significaba nada comparado con la cercanía de la extinción.

— ¡No! —gritó roncamente. Se abalanzó hacia adelante, boca abajo, contra Culla.

En ese instante, volvió a sonar la voz de Helene y el color azul se apoderó de todo. Se produjo un zumbido distante y luego una poderosa fuerza los levantó del suelo, lanzándolos al aire por encima de la cubierta que se agitaba violentamente.

## NOVENA PARTE

Había un muchacho tan virtuoso que los dioses le concedieron un deseo. Quiso ser, por un día, el auriga del sol. No hicieron caso a Apolo cuando predijo terribles consecuencias, pero los hechos que sucedieron después le dieron la razón. Se dice que el Sahara es el camino de desolación que dejó el inexperto auriga cuando su carro se acercó a la Tierra. Desde entonces, los dioses han cerrado la tienda.

M. N. Plano



## 26

# TÚNELES

Jacob aterrizó en la parte opuesta de la consola del ordenador, cayendo de espaldas para salvar sus manos magulladas y sangrantes.

Afortunadamente, el material esponjoso de la cubierta amortiguó parte del impacto.

La boca le supo a sangre y la cabeza le zumbó mientras rodaba para apoyarse en los codos. La cubierta todavía rebotaba, pues los magnetóvoros se pegaban contra el bajo vientre de la Nave Solar, llenando el interior de la zona invertida de brillante luz azul. Tres de ellos tocaron la nave, a unos cuarenta y cinco grados «por encima» de la cubierta, dejando una gran abertura directamente encima. Eso dejó espacio para que el Láser Refrigerador soltara entre ellos su rayo letal de calor solar almacenado, dirigiéndolo hacia la fotosfera.

Jacob no tuvo tiempo de preguntarse qué hacían, si atacaban o simplemente jugaban (¡Qué idea!). Tenía que aprovechar rápidamente su oportunidad.

Hughes había aterrizado cerca. El hombre ya estaba en pie, aturdido. Jacob se levantó y cogió el brazo del hombre con el suyo, evitando todo contacto entre sus manos heridas.

—Vamos, Hughes. ¡Si Culla está aturdido, entre los dos podremos vencerle!

Hughes asintió. Estaba confundido pero dispuesto. Sus movimientos eran exagerados. Jacob tuvo que guiarle.

Cuando llegaron a la curva de la cúpula central se encontraron con que Culla acababa de ponerse en pie. El alienígena se tambaleaba, pero cuando se volvió hacia ellos Jacob supo que no había nada que hacer. Uno de los ojos de Culla destellaba; era la primera vez que Jacob veía uno en funcionamiento. Eso significaba...

Hubo un olor a goma quemada y la cinta derecha de sus gafas se rompió. Jacob quedó deslumbrado por el brillo azul de la cámara cuando se le cayeron.

Jacob empujó a Hughes tras la curva de la cúpula y se abalanzó tras él. Esperaba sentir en cualquier momento un dolor súbito en la nuca, pero los dos cayeron hacia la escotilla del bucle de gravedad y allí se sintió a salvo.

Fagin se hizo a un lado para dejarlos entrar. Trinó con fuerza y agitó las ramas.

— ¡Jacob! ¡Estás vivo! ¡Y tu compañero también! ¡Esto es mejor que lo que temía!

—¿Cuánto...? —Jacob jadeó en busca de aire—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que empezamos a caer?

—Cinco o seis minutos. Os seguí después de recuperar el sentido.

Puede que no sea capaz de luchar, pero puedo interponer mi cuerpo.

¡Culla nunca tendría poder suficiente para atravesarme! —El kantén silbó una risa aguda.

Jacob frunció el ceño. Eso era interesante. ¿Cuánto poder tenía Culla? ¿Qué era aquello que había leído una vez de que el cuerpo humano operaba a una media de ciento cincuenta vatios? Culla producía mucho más que eso, pero en estallidos cortos de medio segundo.

Con tiempo suficiente, Jacob podría calcularlo. Cuando proyectaba a sus solarianos falsos, Culla había hecho que las apariciones duraran unos veinte minutos. Entonces los Espectros antropomórficos «perdían interés» y Culla se sentía de pronto terriblemente hambriento. Todos habían atribuido su apetito a su nerviosa energía, pero en realidad el pring tenía que repostar su suministro de cumarina... y probablemente también los productos químicos ricos en energía para alimentar la reacción del láser teñido.

—¡Estás herido! —silbó Fagin. Sus ramas se agitaron—.

Será mejor que llesves a tu compatriota arriba y que os atiendan vuestras heridas.

—Supongo que sí —asintió Jacob de mala gana. No quería dejar a Fagin solo—. Tengo que hacer algunas preguntas importantes a la doctora Martine mientras nos atiende.

El kantén dejó escapar un largo suspiro sibilante.

—Jacob, no debes molestar a la doctora Martine bajo ninguna circunstancia! Está en contacto con los solarianos. ¡Es nuestra única oportunidad!

—¿Está qué?

—Los atrajo el destello del Láser Paramétrico. ¡Cuando llegaron, se puso su casco psi e inició las comunicaciones! ¡Colocaron varios de sus magnetóvoros bajo nosotros y han detenido sustancialmente nuestra caída!

El corazón de Jacob dio un brinco. Parecía un alivio. Entonces frunció el ceño.

—¿Sustancialmente? ¿Entonces no estamos subiendo?

—Por desgracia no. Caemos muy despacio. Y no sabemos cuánto tiempo podrán sostenernos los toroides.

Jacob sintió una distante brizna de asombro por el logro de Martine. ¡Había contactado con los solarianos! Era uno de los acontecimientos históricos de todos los tiempos, y sin embargo estaban condenados.

—Fagin —dijo cuidadosamente—. Volveré en cuanto pueda.

Mientras tanto, ¿puedes falsificar mi voz como para engañar a Culla?

—Creo que sí. Puedo intentarlo.

—Entonces habla con él. Lanza tu voz. Usa todos los trucos para mantenerle ocupado e inseguro. ¡No podemos permitir que esté más tiempo en el acceso del ordenador!

Fagin silbó para mostrar su acuerdo. Jacob se volvió, del brazo de Hughes, y

empezó a girar el bucle de gravedad.

El bucle parecía extraño, como si los campos gravitatorios hubieran empezado a fluctuar levemente. Mientras ayudaba a Hughes a atravesar el corto arco, notó que el sentido del equilibrio le molestaba como nunca lo había hecho antes, y tuvo que concentrarse para seguir andando.

La zona superior de la nave estaba todavía roja, el rojo de la cromosfera. Pero los fluctuantes solarianos verdeazulados danzaban en el exterior, más cerca de lo que Jacob los había visto jamás. Sus alas de mariposa eran casi tan anchas como la misma nave.

Rastros azules del láser-P también brillaban en el polvo. Cerca del borde de la cubierta, el propio láser zumbaba dentro de su carcasa.

Esquivaron varios rayos finos.

Ojalá tuviéramos herramientas para soltar esa cosa de su asidero, pensó Jacob. Bueno, no era momento de deseos inútiles. Agarró con fuerza a su compañero hasta que consiguió llevarlo a uno de los asientos. Lo ató al í y fue a buscar el botiquín.

Lo encontró junto a la Cámara del Piloto. Puesto que no había visto a Martine, estaba claro que había elegido otro cuadrante de la cubierta, apartada de los demás, para comunicarse con los solarianos.

Cerca de la Cámara del Piloto yacían, firmemente atados, LaRoque, Donaldson, y el cadáver de Dubrowsky. La cara de Donaldson estaba medio cubierta de espuma-piel medicinal.

Helene deSilva y su otro tripulante estaban atentos a sus instrumentos. La comandante alzó la cabeza cuando Jacob se acercó.

—Jacob! ¿Qué ha pasado?

Él mantuvo las manos a la espalda, para no distraerla. No obstante le resultaba difícil mantenerse en pie. Tendría que hacer algo pronto.

—No funcionó. Pero le hicimos hablar.

—Sí, lo hemos oído todo desde aquí, y luego mucho ruido. Traté de avisaros antes de impactar con los toroides. Esperaba que pudieras aprovechar la ocasión.

—El impacto ayudó, desde luego. Nos sacudió, pero nos salvó la vida.

—¿Y Culla?

Jacob se encogió de hombros.

—Todavía está abajo. Creo que se está quedando sin baterías.

Durante nuestra pelea aquí arriba quemó la mitad de la cara de Donaldson de un disparo. Allí abajo estuvo más comedido, haciendo agujeritos en lugares estratégicos.

Le contó el ataque de Culla con las mandíbulas.

—No creo que vaya a quedarse sin energía muy pronto. Si tuviéramos muchos hombres, podríamos ir lanzándoselos hasta que se quedara seco. Pero no los tenemos. Hughes está dispuesto, pero ya no puede luchar. Supongo que vosotros dos no podéis

abandonar vuestros puestos.

Helene se volvió para responder a una alarma que sonaba en su mesa de control. Dio un golpe a un interruptor y la cortó. Luego se volvió, con gesto de disculpa.

—Lo siento, Jacob. Pero aquí tenemos trabajo de sobra.

Intentamos llegar al ordenador activando los sensores de la nave con ritmos en código. Es un trabajo lento, y tenemos que atender a las emergencias. Me temo que seguimos cayendo. Los controles se deterioran. —Se volvió para responder a otra señal.

Jacob se retiró. Lo último que quería era distraerla.

—¿Puedo ayudar?

Pierre LaRoque le miró desde un asiento situado a varios metros de distancia. El hombrecito estaba comprimido, el cinturón de su asiento fuera del alcance. Jacob se había olvidado de él.

Vaciló. La conducta de LaRoque justo antes de la pelea en la zona superior no le había inspirado confianza. Helene y Martine le habían atado para que no molestara a nadie.

Pero Jacob necesitaba las manos de alguien para operar el botiquín. Recordó el intento de huida de LaRoque en Mercurio. El hombre no era de fiar, pero tenía talento cuando decidía usarlo.

LaRoque parecía coherente y sincero en este momento. Jacob le pidió permiso a Helene para liberarlo. Ella le miró y se encogió de hombros.

—Muy bien. Pero si se acerca a los instrumentos, lo mataré. Díselo.

No hubo necesidad. LaRoque asintió. Jacob se inclinó y manejó los garfios del cinturón con los dedos sanos de su mano derecha.

— ¡Jacob, tus manos! —exclamó Helene tras él.

La expresión de preocupación de su rostro animó a Jacob.

Pero cuando empezó a levantarse, ya no pudo permitírselo. Ahora su trabajo era más importante que él. Lo sabía. Interpretó el hecho de que estaba preocupada como una gran muestra de afecto. Ella sonrió para animarle y luego se dispuso a atender a media docena de alarmas que empezaron a sonar al mismo tiempo.

LaRoque se levantó, frotándose los hombros, y luego cogió el botiquín y se acercó a Jacob. Su sonrisa era irónica.

—¿A quién atendemos primero? —dijo—. ¿A usted, al otro hombre, o a Culla?

## 27

# EXCITACIÓN

Helene tenía que encontrar tiempo para pensar. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Lentamente, los sistemas basados en la ciencia galáctica se estropeaban. Hasta ahora habían sido la tempo-compresión y el impulso gravitatorio, más varios mecanismos periféricos. Si el control de gravedad interna se estropeaba, estarían indefensos ante las sacudidas de las tormentas de la cromosfera, aplastados dentro de su propio casco.

No es que importara. Los toroides que sujetaban la nave contra el tirón del sol estaban cansándose. El altímetro caía. El resto del rebaño estaba ya muy por encima, casi perdido en la bruma rosada de la cromosfera superior. No tardarían mucho.

Destelló una luz de alarma.

Había un *feedback* positivo en el campo de gravedad interna.

Helene hizo un rápido cálculo mental, y luego fijó una serie de parámetros para controlarlo.

Pobre Jacob, lo había intentado. Tenía el cansancio escrito en la cara. Ella se sintió avergonzada por no haber compartido la lucha en la zona invertida, aunque, por supuesto, no era probable que hubiera conseguido apartar a Culla del ordenador.

Ahora le tocaba el turno. ¿Pero cómo, con todos los malditos componentes haciéndose pedazos?

No todos. A excepción del enlace máser con Mercurio, el equipo derivado de la tecnología terrestre todavía funcionaba a la perfección.

Culla no se había molestado con él. La refrigeración todavía funcionaba.

Los campos E.M. alrededor del duro casco de la nave aún se mantenían, aunque habían perdido la habilidad para dejar entrar selectivamente más luz en la zona invertida. Naturalmente.

La nave se estremeció. Rebotó cuando algo chocó contra ella una, dos veces. Entonces apareció un resplandor en la superficie de la cubierta. De repente surgió el borde de un toroide frotándose contra el costado de la nave. Por encima, varios solarianos se estremecieron.

El golpe se convirtió en un sonido chirriante, alto y molesto. El toroide estaba lívido, con brillantes manchas púrpura a lo largo de su borde. Latía y pulsaba bajo las sacudidas de sus torturadores.

Entonces desapareció con un súbito estallido de luz. La Nave Solar se inclinó hacia adelante, sin apoyo, y cayó bruscamente. DeSilva y su compañero se esforzaron por enderezarla.

Cuando alzó la cabeza, pudo ver que sus aliados solarianos se retiraban, con los

dos toroides restantes.

No podían hacer más. El toroide que los había abandonado era sólo un punto de luz en lo alto, perdiéndose rápidamente entre una llamarada verde.

El altímetro empezó a girar con más rapidez. En sus pantallas, Helene pudo ver las pulsantes células granuladas de la fotosfera, y la Gran Mancha, ahora mayor que nunca.

Ya estaban más cerca de lo que nadie había llegado a estar hasta entonces. Pronto se encontrarían allí en el sol los primeros hombres.

Brevemente.

Miró a los solarianos, ahora distantes, y se preguntó si debería convocar a todo el mundo para... para decirles adiós u otra cosa.

Quería que Jacob estuviera aquí.

Pero había vuelto abajo. Chocarían antes de que tuviera tiempo de regresar.

Contempló las diminutas luces verdes y se preguntó cómo había podido moverse tan rápidamente el toroide.

Se enderezó con una maldición. Chen la miró.

—¿Qué pasa, capitana? ¿Hemos perdido el escudo?

Con un grito de júbilo, Helene empezó a manejar los interruptores.

¡Deseó que pudieran estudiar su telemetría allá en Mercurio, porque si morían aquí en el sol ahora sí que sería de una forma única!

Los brazos de Jacob todavía latían. Peor aún, picaban.

Naturalmente, no podía rascarse. Su mano izquierda estaba dentro de un bloque sólido de espuma-piel, al igual que dos dedos de su mano derecha.

Volvió a agazaparse dentro de la escotilla del bucle de gravedad, asomando a la cubierta de la zona invertida. Fagin se hizo a un lado para que pudiera situar su nuevo espejo, pegado al extremo de un lápiz con más espuma-piel, más allá de la abertura.

Culla no estaba a la vista. Las protuberantes cámaras se recortaban contra el pulsante techo azul presentado por los afanosos magnetóvoros. El trazo del láser-P se entrecruzaba, marcado por el polvo del aire.

Hizo un gesto para que LaRoque soltara su carga justo dentro de la escotilla, junto a Fagin.

Se cubrieron por turno los cuellos y los rostros con más espuma-piel. Las gafas estaban selladas con puñados del material esponjoso y flexible.

—Ya saben que esto es peligroso —dijo LaRoque—. Puede protegernos de un rayo rápido, pero este material es altamente inflamable. Es la única sustancia inflamable que se permite en las naves espaciales debido a sus propiedades medicinales únicas.

Jacob asintió. Si su aspecto era parecido al de LaRoque, tenían una buena oportunidad de acabar con el alienígena dándole un susto.

Sopesó la cápsula marrón, y luego lanzó una ráfaga a la cubierta.

No tenía mucho alcance, pero podría servir como arma. Todavía quedaba material de sobra.

La cubierta se agitó bajo ellos, y luego rebotó dos veces más.

Jacob se asomó y vio que estaban ladeados. El magnetóvoro que sostenía este costado de la nave rodaba cada vez más bajo, hacia el borde de la cubierta, lejos de donde la fotosfera cubría el cielo.

Así pues, una de las bestias del otro lado había perdido su asidero. Eso significaba que casi se había acabado.

La nave se estremeció y entonces empezó a enderezarse. Jacob suspiró. Todavía podría haber tiempo de salvar la nave si podía detener a Culla inmediatamente. Pero eso era imposible. Deseó poder subir a reunirse con Helene.

—Fagin —dijo—. Ya no soy el hombre que conocías. Ese hombre habría detenido a Culla a estas alturas. Habríamos salido de aquí sanos y salvos. Los dos sabemos de lo que era capaz.

»Por favor, comprende que lo he intentado. Pero es que ya no soy el mismo.

Fagin se agitó.

—Lo sabía, Jacob. Te invité al Proyecto Navegante Solar para conseguir este cambio.

Jacob miró al alienígena.

—Eres mi mejor recurso —silbó suavemente el kantén—. No tenía ni idea de que las cosas fueran tan críticas. Te pedí que vinieras sólo para ayudarte a romper la crisálida en la que has estado desde Ecuador, y presentarte luego a Helene deSilva. El plan tuvo éxito.

Estoy satisfecho.

Jacob estaba perdido.

—Pero Fagin, mi mente...

—Tu mente está bien. Simplemente tienes demasiada imaginación.

Eso es todo. ¡De verdad, Jacob, inventas unas fantasías tan elaboradas!

¡Nunca he conocido a un hipocondríaco como tú!

La mente de Jacob se desbocó. O bien el kantén estaba siendo amable, o estaba equivocado, o... o tenía razón. Hasta entonces Fagin no le había mentido, especialmente en lo referente a asuntos personales.

¿Era posible que Mister Hyde no fuera una neurosis, sino un juego? De niño creaba universos lúdicos tan detallados que apenas podían ser distinguidos de la realidad. Sus mundos habían existido. Los terapeutas neo-reichianos simplemente sonrieron y le acreditaron con una poderosa imaginación no patológica porque los tests siempre mostraban que sabía que estaba jugando, cuando importaba que lo supiera.

¿Podía ser Mister Hyde una entidad lúdica?

Es cierto que hasta ahora nunca ha causado ningún daño real. Fue una molestia continua, pero siempre hubo una razón válida para las cosas que le «obligaba» a hacer. Hasta ahora, en efecto.

—No estuviste sano durante una temporada cuando te conocí, Jacob. Pero la Aguja te curó. La cura te asustó, así que te introdujiste en un juego. No conozco los detalles de tu juego: guardas muy bien tus secretos. Pero sé que ahora estás despierto. Llevas despierto unos veinte minutos.

Jacob se puso serio. Tuviera razón Fagin o no, no tenía tiempo para pensar en ello. Sólo le quedaban minutos para salvar la nave. Si era posible.

Fuera, la cromosfera titiló. La fotosfera se alzó sobre sus cabezas.

Los senderos de polvo del láser-P entrecruzaban el interior del casco.

Jacob intentó chascar los dedos, y dio un respingo de dolor.

—¡LaRoque! Suba y traiga su encendedor. ¡Rápido!

LaRoque dio un paso atrás.

—Lo tengo aquí mismo —dijo—. ¿Pero para qué...?

Jacob se dirigió hacia el Intercomunicador. Si Helene tenía alguna reserva de energía que hubiera estado conteniendo, ahora era el momento de utilizarla. ¡Necesitaba un poco de tiempo! Sin embargo, antes de que pudiera conectar, una alarma inundó la nave.

—Sofontes —resonó la voz de Helene—. Por favor, prepárense para acelerar. En breve dejaremos el sol.

La voz de la mujer parecía divertida, incluso burlona.

—Teniendo en cuenta nuestra inminente marcha, recomiendo a todos los pasajeros que se pongan ropa de abrigo. Puede hacer mucho frío en el sol en esta época del año.



## EMISIÓN ESTIMULADA

Una ráfaga de aire frío volaba continuamente de los conductos de ventilación del Láser Refrigerador. Jacob y LaRoque se agazaparon alrededor de su fuego, intentando protegerse del aire helado.

—Vamos, nena. ¡Arde! —Un montón de espuma-piel humeaba sobre la cubierta. Cuando apilaron más material, las llamas crecieron lentamente.

—¡Ja, ja! —rió Jacob—. Cuando se es cavernícola una vez, se es cavernícola para siempre, ¿eh, LaRoque? ¡Los hombres llegan hasta el sol y luego encienden un fuego para calentarse!

LaRoque sonrió débilmente, y siguió apilando cada vez más espuma.

El locuaz periodista había dicho muy poco desde que Jacob le liberó de su asiento. Sin embargo, de vez en cuando murmuraba algo, enfurecido, y escupía.

Jacob introdujo una antorcha en las llamas. Estaba hecha de un trozo de espuma-piel colocada en el extremo de un liquitubo. El extremo empezó a desprender un denso humo negro. Era hermoso.

Pronto tuvieron varias teas. El humo inundó el aire, llenándolo de mal olor. Tuvieron que retirarse para poder respirar. Fagin se acercó al bucle de gravedad.

—Muy bien. ¡Vamos! —dijo Jacob. Saltó por la escotilla, a la izquierda, y lanzó una de las antorchas a la cubierta, hasta donde pudo.

Tras él, LaRoque hacía lo mismo en la dirección opuesta.

Fagin les siguió con un pesado agitar de ramas. El kantén salió de la escotilla por el extremo opuesto de la cubierta para actuar de vigía y atraer el fuego de Culla si era posible. Había rehusado cubrirse de espuma-piel.

—Todo está despejado —silbó el kantén suavemente—. No se ve a Culla.

Eso era a la vez bueno y malo. Localizaba a Culla. También significaba que el alienígena estaba probablemente trabajando para destruir el Láser Refrigerador.

¡Empezaba a hacer frío!

Una vez comenzado, el plan de Helene tuvo un sentido perfecto para Jacob. Ya que todavía tenía control sobre las pantallas que rodeaban a la nave (la tripulación estaba viva para demostrarlo), podía dejar entrar calor del sol al ritmo que deseara. Este calor podía ser enviado directamente al Láser Refrigerador y devuelto a la cromosfera, más el calor residual de los motores de la nave. Sólo que esta vez el flujo era un torrente, y dirigido hacia abajo. El impulso había detenido su caída y habían empezado a ascender.

Manipular de aquella forma el sistema de control automático de la nave tenía que resultar forzosamente impreciso. Helene debía de haber programado el mecanismo

para que errara en la dirección del frío. En esa dirección los errores se corregirían más fácilmente.

Era una idea brillante. Jacob esperaba poder decírselo. Ahora mismo, su trabajo era asegurarse de que tuviera una posibilidad de funcionar.

Avanzó por el borde de la cúpula hasta que alcanzó el punto donde la visión de Fagin quedaba interrumpida. Sin mirar alrededor, lanzó dos antorchas más a zonas diferentes de la cubierta ante él. El humo brotó de cada una de ellas.

La cámara se estaba volviendo brumosa por el humo liberado hasta ahora. El trazo del láser-P titilaba brillantemente en el aire.

Algunos trazos más débiles desaparecían, atenuados por el paso acumulado a través del humo.

Jacob regresó junto a Fagin. Todavía le quedaban tres antorchas.

Volvió a la cubierta y las lanzó en ángulos diferentes por encima de la cúpula central. LaRoque se unió con él y lanzó también las suyas.

Una de las teas pasó directamente por encima del centro de la cúpula. Entró en el rayo x del Láser Refrigerador y se desvaneció en una nube de vapor.

Jacob esperaba que no hubiera deflectado mucho el rayo. Los rayos x coherentes pasaban a través del casco con contaminación casi cero. Pero el rayo no estaba diseñado para encargarse de objetos sólidos.

— ¡Muy bien! —susurró.

LaRoque y él corrieron hacia la pared de la cúpula, donde estaban almacenados componentes de repuesto de los instrumentos de grabación. LaRoque abrió un archivador y subió cuanto pudo; luego le ofreció la mano.

Jacob subió tras él.

Ahora eran vulnerables. ¡Culla reaccionaría a la amenaza obvia que implicaban las antorchas! La visibilidad estaba ya por debajo de lo normal. La cámara estaba llena de mal olor y a Jacob le costaba cada vez más trabajo respirar.

LaRoque afianzó su hombro en la batiente superior del archivador, y luego ofreció sus manos a Jacob. Éste aprovechó el asidero y se subió al hombro del periodista.

La cúpula se curvaba, pero la superficie era lisa, y Jacob sólo tenía tres dedos en vez de diez. La cobertura de espuma-piel ayudaba, pero era algo pegajosa. Después de dos intentos infructuosos, Jacob se concentró y saltó desde el hombro de LaRoque, con tanta fuerza que casi derribó al otro hombre.

La superficie de la cúpula era como mercurio. Tuvo que aplastarse contra ella y moverse con rapidez para ganar cada centímetro.

Cerca de la cima tuvo que preocuparse por el Láser Refrigerador.

Pudo ver el orificio mientras descansaba. A dos metros de distancia zumbaba suavemente; el aire lleno de humo titilaba y Jacob se preguntó a qué distancia de

seguridad estaba de la boca letal.

Se volvió para no tener que pensarlo.

No podía silbar para indicar que lo había conseguido. Tendrían que confiar en el soberbio oído de Fagin para seguir sus movimientos, y para cronometrar la maniobra de distracción. Todavía quedaban al menos unos segundos de espera. Jacob decidió correr el riesgo. Rodó de espaldas y contempló la Gran Mancha.

El sol estaba en todas partes.

Desde su punto de vista no había ninguna nave. No había ninguna batalla. No había ningún planeta, estrella ni galaxia. El borde de las gafas incluso le impedía la visión de su propio cuerpo. La fotosfera lo era todo.

Latía. Los bosques de espículas le apuntaban como vallas ondulantes, y los rompientes se dividían justo por encima de su cabeza. El sonido se fragmentaba y giraba hacia las irrelevancias del espacio.

Rugía.

La Gran Mancha le contempló. Por un instante, la amplia extensión fue un rostro, la cara moteada y arrugada de un patriarca. Los latidos eran su respiración. El ruido era el tronar de su voz de gigante, cantando una canción de millones de años que sólo las otras estrellas podían oír o comprender.

El sol estaba vivo. Más aún, lo advertía. Le prestaba toda su atención.

*Llámame dador de vida, pues soy tu sustento. Ardo, y por mi arder tú vives. Yo permanezco, y al permanecer soy tu asidero. El espacio se enrosca alrededor, mi sábana, y se pierde en el misterio de mis entrañas. El tiempo blande su guadaña en mi forja.*

*Ser vivo, ¿advierdes la Entropía, mi tía perversa, nuestra conspiración conjunta? Creo que aún no pues eres aún demasiado pequeño. Tu débil pugna contra su marea es un aleteo en una tormenta. Y ella piensa que sigo siendo su aliado.*

*Llámame dador de vida, oh, ser vivo, y llora. Yo ardo interminablemente, y al arder consumo lo que no puede ser reemplazado. Mientras tú sorbes tímidamente mi torrente, la fuente se seca muy despacio. ¡Cuando se seque, otras estrellas ocuparán mi lugar, pero oh, no eternamente!*

*Llámame dador de vida, y ríe!*

*Según se dice, tú, ser vivo, de vez en cuando oyes la voz del auténtico Dador de vida. Él te habla a ti, pero no a nosotros, Su primer hijo.*

*¡Compadece a las estrellas, oh, ser vivo! Pasamos eones cantando en falsa alegría mientras trabajamos para Su cruel hermana, esperando el día de tu madurez, embrión diminuto, cuando Él os libere para cambiar de nuevo la forma de las cosas.*

Jacob se rió en silencio. ¡Oh, vaya imaginación! En el fondo, Fagin tenía razón.

Cerró los ojos, todavía atento a la señal. Habían pasado exactamente siete segundos desde que llegó a la cima del domo.

—Jake...

Era una voz de mujer. Alzó la cabeza sin abrir los ojos.

—Tania.

Se encontraba junto al pionscopio de su laboratorio, exactamente como la había visto tantas veces cuando iba a recogerla. El pelo castaño recogido en una trenza, dientes blancos levemente irregulares, sonrisa generosa, y grandes ojos chispeantes. Avanzó con gracia y seguridad y se enfrentó a él con las manos en las caderas.

—¡Ya era hora! —dijo.

—Tania, yo... No comprendo.

—¡Ya era hora de que convocaras una imagen mía haciendo algo más que caerme! ¿Crees que es gracioso hacer eso una y otra vez? ¿Por qué no me has convocado haciendo algo de los buenos tiempos?

¡Advirtió de repente que era cierto! Durante dos años sólo había recordado a Tania en su último instante, sin pensar en el tiempo que habían pasado juntos.

—Bueno, admito que te ha hecho bien —asintió—. Por fin pareces libre de esa maldita arrogancia. Pero piensa en mí de vez en cuando, por el amor de Dios. ¡Odio que me ignoren!

—Sí, Tania. Te recordaré. Lo prometo.

—¡Y presta atención a la estrella! ¡Deja de pensar que te lo imaginas todo!

La imagen empezó a desvanecerse.

—Tienes razón, Jake, querido. Ella me gusta. Que tengas un buen...

Jacob abrió los ojos. La fotosfera latía encima. El punto le miraba. Las células granuladas bombeaban lentamente como corazones divertidos.

¿Has hecho tú eso?, preguntó, en silencio.

La respuesta atravesó su cuerpo y salió por el otro lado. Neutrinos para curar la neurosis. Un tratamiento muy original.

Desde abajo llegó un sonido corto. Antes de que se diera cuenta, Jacob ya se había movido, deslizándose hacia el sonido, a la derecha, en silencio y sin desperdiciar un solo movimiento. Se asomó para contemplar la cabeza de Culla ta-Pring ab-Pil-ab-Kisa-ab-Soro-ab-Hul-ab-Puber.

El alienígena se encontraba a la izquierda de Jacob, con la mano aún en la placa de acceso al ordenador, abierta. Aunque el humo lo reducía casi a la nada, todavía hubo resplandor cuando el rayo láser-P alcanzó el punto.

A la izquierda se produjo un rumor. A la derecha, el sonido de pies, corriendo, LaRoque rodeando la cúpula.

Unas cuantas ramas de punta plateada asomaron en la curva de la cúpula. Culla se

agachó, y uno de los brillantes receptores de luz de Fagin se convirtió en humo. El kantén dejó escapar un agudo quejido y se retiró. Culla giró rápidamente.

Jacob sacó el spray de espuma-piel del bolsillo. Apuntó y apretó la boquilla. Un pequeño chorro de líquido brotó en arco hacia los ojos de Culla. Justo antes de que golpeará, Pierre LaRoque apareció, corriendo, con la cabeza gacha, mientras cargaba contra Culla a través del humo.

Culla dio un salto hacia atrás. El chorro pasó ante sus ojos. En ese momento una chispa brillante destelló en su cuerpo.

Con un zumbido, todo el chorro ardió en llamas. Culla tropezó y cayó hacia atrás, con las manos delante de la cara. LaRoque se abrió paso entre las ascuas y chocó contra el abdomen del pring.

Culla estuvo a punto de desplomarse en medio del denso humo.

Su respiración silbó mientras agarraba a LaRoque por el cuello, primero para no perder el equilibrio y luego para aplastarle la laringe.

LaRoque se debatió salvajemente, pero había perdido su impulso. Fue como intentar escapar de un par de boas constrictoras. Su cara se puso roja y empezó a jadear. Jacob se preparó para saltar. El humo era tan denso que apenas podía contener la tos. Desesperado, reprimió el impulso. Si Culla le veía antes de que pudiera saltar, no se molestaría en matar a LaRoque con sus manos. Acabaría con ambos de una mirada.

Sus músculos se comprimieron como duros muelles y se lanzó desde la cúpula.

El vuelo estuvo lleno de tensión. Su propia versión subjetiva de la tempo-compresión hizo que el tránsito pareciera lento y placentero.

Era un truco de los viejos tiempos, y ahora lo usó de nuevo, automáticamente.

Cuando había cubierto un tercio de la distancia, vio que la cabeza de Culla empezaba a volverse. Resultaba difícil decir exactamente qué le estaba haciendo en este momento a LaRoque. Una densa columna de humo lo oscurecía todo, salvo los brillantes ojos rojos de Culla y dos destellos de blanco bajo ellos. Los ojos se acercaron. Era una carrera para ver quién llegaba primero a un punto determinado del espacio, justo por encima y a la derecha de la cabeza del alienígena. Jacob se preguntó en qué ángulos podría disparar Culla un rayo estrecho.

El suspense le estaba matando. Era casi satírico. Jacob decidió acelerar las cosas y ver qué sucedía.

Hubo un destello, luego un castañeteo de dientes, un golpe aturdidor cuando su hombro chocó contra el lado de la cabeza de Culla.

Se encogió y logró agarrar con fuerza la parte delantera de la túnica del alienígena mientras la inercia los derribaba sobre la cubierta.

Humano y alienígena lucharon por recobrar la respiración entre ataques de tos mientras rodaban en un amasijo de brazos y piernas.

De algún modo, Jacob logró colocarse detrás de su oponente y se agarró con fuerza al delgado cuello mientras Culla se debatía, intentando volver la cabeza para alcanzarle con las mandíbulas o quemarle con sus ojos láser.

Las poderosas manos tentaculares tantearon su espalda, buscando un asidero. Jacob hizo a un lado la cabeza y se esforzó por rodear a Culla con las piernas en una presa de tijera. Después de rodar por casi la mitad de la cubierta, lo consiguió, y fue recompensado por un dolor lacerante en el muslo derecho.

—Más —tosió—. Dispara, Culla ¡Úsalo!

Dos rayos más alcanzaron sus piernas, enviando pequeños tsunamis de agonía hasta su cerebro. Apartó el dolor y aguantó, rezando para que Culla enviara más.

Pero Culla dejó de malgastar sus disparos y empezó a rodar con más rapidez, ahogando a Jacob cada vez que golpeaba la cubierta. Los dos tosían. Cada vez que respiraba en medio del denso humo, Culla parecía media docena de pelotas sacudidas dentro de una botella.

¡No había forma de ahogar al diablo! Cuando no se agarraba por su vida, Jacob intentaba agarrar la garganta de Culla para estrangularle.

¡Pero no parecía haber ningún punto vulnerable! Era injusto. Jacob quiso maldecir su mala suerte, pero no podía malgastar el aliento. Sus pulmones apenas podían aguantar más que para toser un poco cada vez que el pring rodaba y se colocaba encima.

Su visión quedó empañada por las lágrimas, y los ojos le escocieron. ¡De repente advirtió que había perdido las gafas! O bien Culla las había quemado en el primer instante en que se lanzó contra él, o se las había arrancado durante la lucha.

¿Dónde demonios está LaRoque?

Sus brazos se estremecieron por el esfuerzo y sintió dolor en el abdomen y la ingle por los golpes constantes mientras recorrían la cubierta. La tos de Culla parecía más patética y forzada, y la suya adquirió un tinte ominoso. Pudo sentir los primeros pasos de la asfixia y el temor de que la pelea no terminara nunca. Entonces llegaron junto a una de las humeantes antorchas de espuma-piel.

La tea ardió con una súbita liberación de calor mientras él gritaba. El dolor fue demasiado repentino e inesperado para poder ignorarlo. Su tensa tenaza alrededor del cuello de Culla se aflojó durante un instante de agonía y el alienígena se liberó. Culla echó a rodar mientras Jacob intentaba agarrarle de nuevo.

Falló. Culla se alejó y luego se volvió rápidamente hacia él. Jacob cerró los ojos y se cubrió el rostro con la mano izquierda, esperando una descarga láser.

Intentó ponerse en pie, pero le pasaba algo en los pulmones. No funcionaban bien. Su respiración era entrecortada y sintió que todo se balanceaba mientras trataba de ponerse de rodillas. Su espalda parecía una hamburguesa chamuscada.

No muy lejos, a unos dos metros como mucho, se produjo un sonoro chasquido.

Luego otro. Y otro, más cercano.

Jacob dejó caer el brazo. Ya no tenía fuerzas para mantenerlo en alto. No tenía sentido mantener los ojos cerrados. Los abrió para ver a Culla, arrodillado a un metro de distancia. Sólo los ojos rojos y los brillantes dientes blancos destacaban a través del denso humo.

—Cu... Culla... —jadeó. Sibilantes, sus palabras parecieron engranajes descompuestos—. Ríndete ahora, es tu última oportunidad.

Te... te lo advierto...

Pensó que a Tania le habría gustado eso. Era una despedida casi tan buena como la suya. Esperó que Helene lo hubiera oído.

¿Despedida? ¿Pero por qué no darle una también a Culla? ¡Aunque me abra la garganta o me taladre un agujero en el cerebro a través de los párpados, todavía tendré tiempo de hacerle un regalito!

Sacó el espray de espuma-piel de su cinturón y empezó a alzarlo.

¡Rociaría bien a Culla! Aunque eso significara morir al momento por acción del láser en vez de decapitado.

Un dolor insoportable ardió como una aguja de acero a través de su ojo izquierdo. Sintió como si un rayo le atravesara la cabeza y saliera por el otro lado. En ese mismo momento pulsó el disparador y lo apuntó en la dirección donde estaba la cabeza de Culla.

## 29

# ABSORCIÓN

Helene alzó los ojos brevemente mientras la nave se elevaba por encima del rebaño de toroides a la izquierda.

Los colores azules y verdes se difuminaban, comidos por la distancia. Las bestias todavía brillaban como diminutos anillos incandescentes, motas de vida ordenadas en su minúsculo convoy, empequeñecidas por la inmensidad de la cromosfera.

Los pastores estaban ya demasiado lejos para que pudieran verlos.

El rebaño se perdió de vista tras la oscura masa del filamento.

Helene sonrió. Ojalá aún tuviéramos nuestro enlace máser, pensó.

Podrían haber visto cómo lo intentamos. Habrían sabido que los solarianos no nos mataron, como pensarán algunos. Intentaron ayudarnos. ¡Hablamos con ellos!

Se inclinó para responder a dos alarmas a la vez.

La doctora Martine deambulaba sin rumbo tras ella y el copiloto. La parapsicóloga era racional, pero no muy coherente. Acababa de regresar de la zona opuesta de la cubierta. Caminaba con dificultad y murmuraba suavemente entre dientes.

¡Martine tenía suficiente sentido para no molestarlos, gracias a Ifni!

Pero se negó a dejarse atar. Helene dudó en pedirle que fuera a la zona invertida. En su estado actual, la doctora no sería de mucha ayuda.

El aire hedía. Los monitores de la zona invertida mostraban sólo una gruesa columna de humo. Se habían oído gritos y ruidos de una terrible pelea hacía tan sólo unos minutos. Dos veces los intercomunicadores transmitieron gritos. Unos momentos antes llegó un alarido que habría despertado a los muertos. Luego, silencio.

La única emoción que Helene se permitió fue una distante sensación de orgullo. El hecho de que la lucha hubiera durado tanto era un tributo a todos, en especial a Jacob. Las armas de Culla podrían haber acabado con ellos rápidamente.

Naturalmente, no era probable que hubieran tenido éxito. Ya lo habría oído de ser así. Colocó una tapa sobre sus sentimientos y se dijo que temblaba a causa del frío.

La temperatura había bajado cinco grados. Cuando menos eficientes eran sus acciones, por el cansancio, más pesaba el lado frío de la oscilación cada vez más errática del Láser Refrigerador. La zona caliente sería un desastre.

Respondió con un cambio en el campo electromagnético que amenazaba con dejar una ventana en la banda XUV. Éste remitió bajo su delicado control y siguió aguantando.

El Láser Refrigerador gruñó mientras sorbía calor de la cromosfera y lo devolvía



hacia abajo en forma de rayos x. Ascendían con agonizante lentitud.

Entonces sonó una alarma. No era un aviso de deriva, sino el grito de una nave moribunda.

¡El hedor era terrible! Peor aún, era paralizante. Alguien cercano se estremecía y tosía al mismo tiempo. Aturdido, Jacob comprendió que se trataba de él mismo.

Se enderezó con un ataque de tos que hizo temblar su cuerpo.

Durante largos minutos permaneció sentado, preguntándose cómo estaba vivo.

El humo había empezado a despejarse ligeramente cerca de la cubierta. Hilillos y tentáculos escapaban hacia los zumbantes compresores de aire.

El hecho de que pudiera ver era sorprendente. Alzó la mano derecha para tocarse el ojo izquierdo.

Estaba abierto, ciego. ¡Pero estaba entero! Cerró el párpado y lo tocó una y otra vez con tres dedos. El ojo estaba aún allí, y el cerebro tras él, salvado por el denso humo y el agotamiento del suministro de energía de Culla.

¡Culla! Jacob giró la cabeza para buscar al alienígena. Sintió una oleada de náusea.

Una fina mano blanca yacía en el suelo, a dos metros de distancia, entre una nube de humo. El aire se despejó un poco más y el resto del cuerpo de Culla apareció a la vista.

El rostro del extraterrestre estaba terriblemente quemado. Negros trozos de espuma calcinada colgaban de los restos de los grandes ojos.

Un líquido azul burbujeante manaba de grandes grietas en los lados.

Culla estaba muerto.

Jacob se arrastró hacia adelante. Primero tenía que atender a LaRoque. Luego, a Fagin. Sí, eso era lo que había que hacer.

Después apresurarse y hacer que alguien bajara para atender el ordenador, en el caso de que todavía hubiera oportunidad de invertir el daño causado por Culla.

Encontró a LaRoque siguiendo sus gemidos. Se hallaba varios metros más allá de Culla, sentado y con las manos en la cabeza. Lo miró, aturdido.

—Oooh... Demwa, ¿es usted? No responda. ¡Su voz podría hacer estallar mi pobre y delicada cabeza!

—¿Está... está bien, LaRoque?

El periodista asintió.

—Los dos estamos vivos, así que Culla debe de estar muerto, ¿no?

Dejó el trabajo sin terminar para que los dos deseemos estar muertos.

¡*Mon Dieu!* ¡Parece un puñado de espaguetis! ¿Tengo también ese aspecto?

Fueran cuales fueran los efectos de la pelea, había devuelto el apetito del hombre por las palabras.

—Vamos, LaRoque. Ayúdeme. Todavía tenemos trabajo que hacer.

LaRoque empezó a levantarse, y luego vaciló. Se agarró al hombro de Jacob para conservar el equilibrio. Jacob reprimió lágrimas de dolor. Se ayudaron mutuamente a ponerse en pie.

Las teas debían de haberse consumido, porque la cámara se despejaba rápidamente. Hilillos de humo recorrían el aire, gravitando ante sus rostros mientras avanzaban por la cúpula.

Encontraron en su camino el láser-P, un trazo fino y recto.

Incapaces de esquivarlo pasando por encima o por debajo, lo atravesaron. Jacob gimió cuando el rayo trazó una línea de sangre por el exterior de su muslo derecho y por el interior del izquierdo.

Continuaron.

Cuando encontraron a Fagin, el kantén estaba comatoso. Un débil sonido procedía del agujero de su boca, y las hojas plateadas tintineaban, pero no hubo respuesta a sus preguntas. Cuando intentaron moverle, descubrieron que era imposible. Agudas zarpas habían emergido de las raíces de Fagin, clavándose en el material esponjoso de la cubierta. Había docenas, y resultaba imposible soltarlas.

Jacob tenía otros asuntos que atender. Apartó de mala gana a LaRoque del kantén. Avanzaron hacia la escotilla en el costado de la cúpula.

Jacob jadeó junto al intercomunicador.

—Hel... Helene...

Esperó. Pero no respondió nadie. Pudo oír, débilmente, sus propias palabras resonando en la zona superior. Supo que no se trataba del mecanismo. ¿Qué sucedía?

—Helene, ¿puedes oírme? ¡Culla está muerto! Estamos malheridos...

Será mejor que Chen... o tú... bajéis... para arreglar...

El frío aire que manaba del Láser Refrigerador le hizo estremecerse. Ya no podía hablar. Con la ayuda de LaRoque, atravesó el conducto y se desplomó en el suelo inclinado del bucle de gravedad.

Tosió. Se tendió de costado, para no lastimar su espalda quemada.

Lentamente, las sacudidas remitieron, dejándole el pecho dolorido.

Combatió el sueño. Descansa. Descansa aquí un momento, luego sube. Averigua qué pasa.

Sus brazos y piernas enviaban temblores de agudo dolor a su cerebro. Había demasiados mensajes y su mente estaba demasiado desenfocada para cortarlos todos. Parecía que tenía una costilla rota, probablemente tras la lucha con Culla.

Todo esto palidecía comparado con la carga latiente del lado izquierdo de su cabeza. Sentía como si tuviera metido un carbón al rojo. Notó que la cubierta del bucle de gravedad era extraña. El tenso campo-g tendría que haber tirado uniformemente de su cuerpo. En cambio pareció mecarse como la superficie del océano, ondeando bajo su espalda con diminutas olas de peso y liviandad.

Era evidente que algo sucedía. Pero le pareció bien, como una nana. Sería agradable dormir.

—¡Jacob! ¡Gracias a Dios!

La voz de Helene resonó a su alrededor, pero aún parecía lejana: amistosa, decididamente cálida, pero también irrelevante.

—¡No hay tiempo para hablar! ¡Sube rápido, querido! ¡Los campos gravitatorios están cayendo! Voy a enviar a Martine, pero...

Hubo un chasquido y la voz se apagó.

Habría sido hermoso volver a ver a Helene, pensó aturdido. El sueño atacó con fuerza esta vez. Por un instante, no pensó en nada.

Soñó con Sísifo, el hombre que tenía que subir eternamente una piedra por una montaña interminable. Jacob pensó que tenía una forma de hacer trampas. Poseía un medio para hacer creer a la montaña que era plana mientras seguía pareciendo una montaña. Lo había hecho antes.

Pero esta vez la montaña estaba furiosa. Estaba cubierta de hormigas que subían a su cuerpo y le mordían dolorosamente por todas partes. Una avispa ponía sus huevos dentro de su ojo.

Aún más, estaba haciendo trampas. La montaña estaba pegajosa en algunos sitios y no le dejaba avanzar. En otras partes era resbaladiza y su cuerpo demasiado ligero para agarrarse a su superficie. Se alzaba con insufrible irregularidad.

Tampoco recordó nada de las reglas sobre reptar. Pero eso parecía parte de todo. Al menos ayudaba a la tracción.

La piedra también ayudaba. Sólo tenía que empujarla un poco.

Rodaba sola. Eso estaba bien, pero deseó que no gimiera tanto. Sobre todo en francés. No era justo que tuviera que escucharla.

Despertó, cegado, delante de la escotilla. No estaba seguro de cuál era, pero no había mucho humo.

Fuera, más allá de la cubierta, pudo ver los comienzos de una negrura, una transparencia, volviendo a la bruma roja de la cromosfera.

¿Era un horizonte? ¿Un borde en el sol? La plana fotosfera se extendía por delante, una alfombra filamentosa de llamas rojas y negras. En sus profundidades rebullía con diminutos movimientos.

Latía, y los filamentos trazaban pautas alargadas sobre chorros brillantes y temblorosos.

Tembló. Adelante y atrás, una y otra vez, el sol tembló ante sus ojos.

Millie Martine se encontraba en la puerta, con la mano en la boca y una expresión de horror en el rostro.

Quiso tranquilizarla. Todo estaba bien. Lo estaría a partir de ahora.

Mister Hyde estaba muerto, ¿no? Jacob recordó haberlo visto por alguna parte, en la caída de su castillo. Tenía la cara quemada, sus ojos habían desaparecido y apestaba terriblemente.

Entonces algo extendió la mano y lo agarró. Abajo estaba ahora hacia la escotilla. Había una empinada cuesta en medio. Dio un paso adelante y ya nunca recordó haberse derrumbado justo ante la puerta.

## DÉCIMA PARTE

Una cosa encantadora de ver. la galaxia a través de los agujeros de una ventana de papel.

Kobayashi Issa (1763-1828)

## 30

# OPACIDAD

Comisionado Abatsoglou: ¿Entonces sería justo decir que todos los sistemas diseñados por la Biblioteca fallaron, antes del fin?

Profesor Kepler: Sí, comisionado. Todos se fueron deteriorando hasta quedar inutilizados. Los únicos mecanismos que aún funcionaron hasta el final fueron los componentes diseñados en la Tierra, por personal terrestre. Mecanismos que, debo añadir, fueron declarados superfluos e innecesarios por Pil Bubbacub y muchos otros durante su construcción.

Comisionado Abatsoglou: No estará dando a entender que Bubbacub sabía por anticipado...

Profesor Kepler: No, por supuesto que no. A su modo, estuvo tan engañado como todos los demás. Su oposición se basaba sólo en motivos estéticos. No quería que los sistemas galácticos de tempo-compresión y de control gravitatorio estuvieran juntos con un casco de cerámica y unidos a un sistema de refrigeración arcaico.

»Los campos de reflejo y el Láser Refrigerador estaban basados en leyes físicas conocidas por los humanos en el siglo XX. Naturalmente, se opuso a nuestra supersticiosa insistencia de construir una nave alrededor de ellos, no sólo porque los sistemas galácticos los hacían redundantes, sino también porque consideraba que la ciencia terrestre anterior al Contacto era una patética acumulación de medias verdades y tonterías.

C.A.: Sin embargo las tonterías funcionaron cuando el material nuevo fracasó.

P.K.: En justicia, comisionado, tengo que decir que fue un golpe de suerte. El saboteador creía que no servían para nada, así que al principio no intentó estropearlos. Le negaron una oportunidad de corregir su error.

Comisionado Montes: Hay una cosa que no comprendo, doctor Kepler. Estoy seguro de que algunos de mis colegas presentes comparten mi perplejidad. Tengo entendido que la capitana de la Nave Solar empleó el Láser Refrigerador para salir de la cromosfera. ¿Pero al hacerlo tuvo que proporcionar una aceleración mayor que la gravedad superficial del sol! Pudieron escapar mientras los campos de gravedad interna aguantaron. ¿Pero qué sucedió cuando éstos fallaron? ¿No quedaron sujetos inmediatamente a una fuerza que los aplastaría?

P.K.: Inmediatamente, no. El fallo se produjo por etapas: primero los campos sintonizados empleados para mantener el túnel del bucle de gravedad al hemisferio de los instrumentos, la zona invertida, luego el ajuste automático de turbulencias, y finalmente una pérdida gradual del campo mayor que compensaba internamente la atracción del sol.

Para cuando este último falló, ya habían alcanzado la corona inferior. La capitana DeSilva estaba preparada cuando esto sucedió.

»Sabía que subir derecho después de que la compensación interna fallara sería un suicidio, aunque consideró hacerlo así para que pudiéramos conseguir sus archivos. La alternativa era dejar caer la nave, frenando sólo lo suficiente para permitir a los ocupantes unos tres ges.

Afortunadamente, hay una forma de caer hacia un pozo gravitatorio y escapar. Lo que Helene hizo fue intentar una órbita de escape hiperbólica. Casi todo el impulso del láser fue destinado a dar a la nave una velocidad tangencial mientras caía.

»En la práctica, duplicó el programa que había sido considerado para las inmersiones tripuladas décadas antes al contacto: una órbita poco profunda, usando láseres para impulso y refrigeración, y campos electromagnéticos para protección. Sólo que esta inmersión no fue intencional, ni tampoco muy poco profunda.

C.A.: ¿Hasta dónde llegaron?

P.K.: Bueno, recordarán que cayeron dos veces antes en medio de toda la confusión: la primera cuando falló el impulso gravitatorio, y la segunda cuando los solarianos soltaron la nave. Durante la tercera caída se acercaron más a la fotosfera que en ninguna de las ocasiones anteriores. Literalmente, rozaron su superficie.

C.A.: ¿Pero y las turbulencias, doctor? Sin gravedad interna o tempo-compresión, ¿por qué no se estrelló la nave?

P.K.: Aprendimos mucho de física solar durante esta inmersión inintencionada, señor. Al menos en esta ocasión la cromosfera fue menos turbulenta de lo que nadie esperaba, nadie excepto un par de colegas a los que debo una disculpa... Pero creo que el factor más significativo fue el pilotaje de la nave. Helene hizo sencillamente lo imposible. El autograbadador está siendo estudiado ahora por la gente del TAASF. Lo único que supera su satisfacción con las cintas es su frustración por no poder darle una medalla.

General Wade: Sí, el estado de la tripulación fue causa de gran desazón para el equipo de rescate del TAASF. ¡Parecía que la nave había vuelto con Napoleón durante la retirada de Moscú! Sin nadie vivo para decir qué había sucedido,

comprenderán nuestra perplejidad hasta que se estudiaron las cintas.

Comisionado Nguyen: Puedo imaginarlo. Uno no espera recibir un cargamento especial de bolas de nieve del infierno. ¿Podemos asumir, doctor, que la comandante de la nave cargó el sistema de bombeo de calor en la zona fría por la razón obvia?

P.K.: Con toda honestidad, comisionado, no creo que podamos.

Creo que su razonamiento fue mantener frío el interior para que los archivos pudieran sobrevivir. Si el sistema del Láser Refrigerador erraba demasiado, se habrían abrasado. Creo que su única idea era proteger esas cintas. Probablemente esperaba salir del sol con la consistencia de la mermelada.

»No creo que tuviera en mente los efectos biológicos de la congelación.

»Verán, Helene era un poco inocente en muchos aspectos. Se mantuvo al día en su especialidad, pero no creo que conociera los avances en criocirugía que hemos hecho desde su época. Creo que va a sorprenderse mucho, dentro de un año, cuando se despierte.

»Los otros lo tomarán como un milagro rutinario. A excepción del señor Demwa, desde luego. No creo que le sorprenda nada, ni que considere milagrosa su resurrección. Ese hombre es indestructible.

Creo que incluso ahora, dondequiera que vague su consciencia en su sueño congelado, lo sabe.



## 31

# PROPAGACIÓN

En primavera, las ballenas regresan al norte.

Varias de las corcovadas grises que resoplaban y chapoteaban en la distancia no habían nacido la última vez que vio pasar una migración desde la costa de California. Se preguntó si alguna de las ballenas grises cantaba todavía «La Balada de Jacob y la Esfinge».

Probablemente no. De todas formas, nunca fue una canción favorita de las grises. La canción era demasiado irreverente... ballena blanca para su sobrio temperamento. Las grises eran esnobs complacientes, pero de todas formas él las amaba.

El aire resonaba con el ruido de las olas que rompían contra las rocas a sus pies. Estaba empapado de agua salada, y llenaba sus pulmones de la paradójica sensación de hambre y saciedad que otros experimentaban en una panadería. Había una serenidad que procedía del pulso del océano, más la expectación de que la marea siempre provocara cambios.

En el hospital de Santa Bárbara le habían dado una silla, pero Jacob prefería el bastón. Le confería menos movilidad, pero el ejercicio acortaría su convalecencia. Tres meses después de despertar en la antiséptica fábrica de órganos le habían llenado de desesperación por volver a ponerse de pie y experimentar algo que fuera agradable y naturalmente sucio.

Como la forma de hablar de Helene. Desafiaba toda lógica que una persona nacida en la cúspide de la vieja Burocracia tuviera una boca tan desinhibida como para hacer que un ciudadano de la Confederación se sonrojase. Pero cuando Helene sentía que estaba entre amigos su lenguaje se volvía impresionante y su vocabulario sorprendente.

Decía que era debido a su educación en un satélite. Entonces sonreía y se negaba a explicar nada más hasta que él correspondía con actos que todavía no podía ejecutar. ¡Como si ella pudiera!

Faltaba un mes para que los médicos retiraran los supresores de hormonas, después de que quedara completo el grueso del crecimiento celular. Y otro mes más para que tuvieran permiso para hacer algo tan riguroso como un vuelo espacial. ¡Y sin embargo ella insistía en leer aquella copia del *Sutra* de la NASA, y le mortificaba preguntándose si él tendría fuerzas!

Bueno, los doctores decían que la frustración ayuda a la recuperación. Agudiza la voluntad de volver a la normalidad, o alguna tontería por el estilo.

¡Si Helene sigue insistiendo mucho más, todos van a llevarse una sorpresa! De todas formas, Jacob no creía mucho en los horarios.

¡Ifni! ¡Ese agua tiene buen aspecto! Hermosa y fría. ¡Tiene que haber un medio de que los nervios crezcan más rápido! Algo que sea mejor que la autosugestión.

Se apartó de las rocas y regresó lentamente al patio de la enorme mansión de su tío. Usaba el bastón de forma liberal, quizá más de lo necesario, disfrutando del toque dramático. Servía para que el estar enfermo fuera un poco menos desagradable.

Como de costumbre, el tío James estaba flirteando con Helene. Ella le animaba desvergonzadamente.

Le viene bien al viejo bastardo, pensó, después de todos los problemas que ha creado.

—Muchacho —el tío James alzó las manos—. Estábamos a punto de ir por ti, de verdad que sí.

Jacob sonrió perezosamente.

—No hay prisa, Jim. Estoy seguro de que nuestra exploradora interestelar tiene un montón de cosas interesantes que contar. ¿Le has explicado lo del agujero negro, querida?

Helene sonrió desagradablemente e hizo un gesto subrepticio.

—Bueno, Jake, tú mismo dijiste que no lo hiciera. Pero si crees que a tu tío le gustaría oírlo...

Jacob sacudió la cabeza. Él mismo se encargaría de su tío. Helene podría ponerse un poco dura.

La señorita deSilva era una gran piloto y en las últimas semanas se había convertido también en una imaginativa conspiradora. Pero su relación personal dejaba perplejo a Jacob. Su personalidad era... poderosa.

Cuando se enteró, al despertar, que la Calypso había saltado ya, Helene se enroló en el grupo que diseñaba la nueva Versarius II. La razón, anunció descaradamente, era tener tres años para suministrar a Jacob Demwa un curso completo de condicionamiento pavloviano. Al final de ese período, ella tocaría un timbre y él decidiría saltar también.

Jacob tenía sus reservas, pero estaba claro que Helene deSilva tenía completo control sobre sus glándulas salivares.

El tío James estaba más nervioso que nunca. El político imperturbable parecía decididamente inquieto. El airoso encanto irlandés de la parte Álvarez de la familia estaba apagado. La cabeza gris asentía nerviosa. Sus ojos verdes parecían tristes.

—Jacob, muchacho. Nuestros invitados han llegado. Están esperando en el estudio y Christien los está atendiendo. Espero que seas razonable respecto a este asunto. En realidad, no había ningún motivo para invitar al tipo del gobierno. Podríamos haberlo resuelto nosotros solos. Tal como yo lo veo...

Jacob alzó su mano libre.

—Tío, por favor. Ya hemos hablado de esto. Hay que adjudicar el asunto. Si

rehúsas los servicios de la gente de Registros Secretos, tendré que convocar un consejo familiar y presentarles el asunto a ellos. Ya conoces al tío Jeremey, que probablemente optará por hacer un anuncio público. Tendría buena prensa, desde luego, pero el Departamento de Acusaciones Encubiertas tendría entonces el caso, y te pasarías cinco años con ese aparatito en el cuello haciendo bip, bip, bip... Jacob se recostó en el hombro de Helene, más por el contacto que por apoyarse, y agitó ambas manos delante de los ojos del tío James.

Con cada «bip», el rostro aristocrático palideció un poco. Helene empezó a reírse, luego hipó.

—Perdón —dijo rápidamente.

—No seas sarcástica —comentó Jacob. Le dio un pellizco y luego reclamó su bastón.

El estudio no era tan impresionante como el de la Mansión Álvarez en Caracas, pero esta casa se encontraba en California. Eso lo compensaba. Jacob esperó que su tío y él volvieran a hablarse después de hoy.

Paredes de estuco y vigas falsas acentuaban el aspecto español.

Entre las estanterías destacaban cajas que contenían la colección de James de publicaciones samizdat de la era de la Burocracia.

En la repisa de la chimenea estaba grabado un antiguo lema:

«El pueblo, unido, jamás será  
vencido.»

Fagin trinoó una cálida bienvenida. Jacob hizo una reverencia y ejecutó un saludo largo y formal, sólo por complacer al kantén. Fagin le había visitado con regularidad en el hospital. Al principio resultó difícil: los dos estaban convencidos de hallarse en deuda con el otro. Por fin, acordaron no estar de acuerdo.

Cuando el equipo de rescate del TAASF abordó la Nave Solar mientras volaba en su órbita hiperbólica asistida por láser, se sorprendieron por el estado congelado de la tripulación humana. No supieron qué hacer con el cuerpo aplastado del pring, en la zona invertida. Pero lo que más les sorprendió fue Fagin, colgando boca abajo por aquellas agudas zarpas de sus raíces mientras el láser todavía expulsaba su potencia. El frío no había estropeado una cuarta parte de sus células, como había sucedido con los humanos, y parecía haber salido ileso de la cabalgada a través de la fotosfera.

A su pesar, Fagin del Instituto del Progreso, el perpetuo observador y manipulador, se había convertido en un personaje singular. Probablemente era el único sofonte vivo que podía describir cómo era volar, colgando boca abajo, a través del denso fuego opaco de la fotosfera. Ahora tenía una historia propia que contar.

Debió de ser doloroso para el kantén. Nadie creyó una palabra de su relato hasta

que se estudiaron las cintas de Helene.

Jacob saludó a Pierre LaRoque. El hombre había recuperado gran parte de su color desde su último encuentro, por no mencionar su apetito. Había devorado los entremeses de Christien. Todavía confinado en su silla, sonrió y asintió silenciosamente a Jacob y Helene. Jacob sospechó que la boca de LaRoque estaba demasiado llena para hablar.

El último invitado era un hombre alto de rostro afilado, pelo rubio y ojos celestes. Se levantó del sofá y extendió la mano.

—Han Nielsen, a su servicio, señor Demwa. Sólo en base a los noticiarios me siento orgulloso de conocerle. Naturalmente, Registros Secretos sabe todo lo que sabe el gobierno, así que estoy impresionado por partida doble. Asumo sin embargo que nos ha llamado para tratar de un asunto que no debe conocer el gobierno.

Jacob y Helene se sentaron frente a él, de espaldas al ventanal que asomaba al océano.

—Así es, señor Nielsen. De hecho, hay un par de cuestiones. Nos gustaría pedir un sello y la adjudicación del Consejo Terrágeno.

Nielsen frunció el ceño.

—Sin duda se dará cuenta de que el Consejo apenas es un recién nacido en este punto. ¡Los delegados de las colonias ni siquiera han llegado! A los bu... servidores civiles de la Confederación —(¿había estado a punto de pronunciar la palabra obscena «burócrata»?)—, ni siquiera les gusta la idea de tener un Registro Secreto supralegal para hacer hincapié en la honestidad por encima de la ley secular. El Terrágeno es aún menos popular.

—¿Aunque se haya demostrado que es la única forma de tratar con la crisis a la que nos hemos enfrentado desde el Contacto? —preguntó Helene.

—Incluso así. Los federales han reconocido el hecho de que con el tiempo hará falta una jurisdicción para tratar asuntos interestelares e interespecies, pero no les gusta y van muy despacio.

—Pero ése es el tema —dijo Jacob—. La crisis era ya mala antes de la debacle de Mercurio, tanto que obligó a la creación del Consejo.

Pero todavía era manejable. El Proyecto Navegante Solar probablemente ha cambiado eso.

Nielsen parecía sombrío.

—Lo sé.

—¿De veras? —Jacob apoyó las manos en sus rodillas y se inclinó hacia adelante—. Ha visto el informe de Fagin sobre la probable reacción de los pila a los pecadillos descubiertos de Bubbacub en Mercurio. ¡Y ese informe fue escrito antes de que todo el asunto relativo a Culla saliera a la luz!

—Y la Confederación lo sabe todo. —Nielsen hizo una mueca—. Las acciones de

Culla, su extraña apología, toda la cápsula.

—Bueno —suspiró Jacob—, después de todo, son el gobierno. Ellos hacen la política exterior. Además, Helene no tenía forma de saber que sobreviviríamos. Lo grabó todo.

—Nunca se me ocurrió —dijo Helene—, hasta que Fagin explicó que sería mejor si los federales no descubrían nunca la verdad, o que el Consejo Terrágeno estaría más capacitado para encargarse de este lío.

—Mejor equipado tal vez, ¿pero qué espera que hagamos nosotros, o el Consejo? Pasarán años antes de que consiga aceptación y legitimidad. ¿Por qué arriesgarse interviniendo en esta situación?

Por un momento, nadie dijo nada. Entonces Nielsen se encogió de hombros.

Sacó de su maletín un pequeño cubo de grabación, que activó y colocó en el centro de la habitación, en el suelo.

—Esta conversación queda sellada por el Registro de Secretos.

¿Por qué no empieza, doctora deSilva?

Helene fue marcando los puntos con los dedos.

—Uno, sabemos que Bubbacub cometió un crimen a los ojos del Instituto de la Biblioteca y de su propia raza al falsificar el informe de la Biblioteca, y al perpetrar un engaño en Navegante Solar, a saber: dijo que había entablado comunicación con los solarianos y que había usado su «reliquia lethani» para protegernos de su ira.

»Creemos conocer los motivos de Bubbacub para hacer lo que hizo.

Estaba avergonzado por el fracaso de la Biblioteca para dar referencias de los Espectros Solares. También quería demostrar la inferioridad de la «raza expósita», restregándoselo por las narices.

»Según la Tradición Galáctica, esta situación se resolvería si los pila y la Biblioteca sobornan a la Tierra para que mantenga la boca cerrada. La Confederación podría escoger su recompensa con pocas limitaciones, aunque la raza humana tendría que soportar en el futuro la enemistad de los pila porque su orgullo ha sido herido.

»Podrían aumentar sus esfuerzos para retirar el estatus de sofones-provisionales a nuestros pupilos, los chimpancés y delfines. Se ha hablado de colocar a la humanidad bajo una especie de estatus de pupilo «adoptivo», para «guiarnos a través de esta difícil transición».

¿He resumido bien la situación hasta ahora?

Jacob asintió.

—Sí. Pero te has olvidado de mi estupidez. ¡En Mercurio acusé a Bubbacub públicamente! Esa pequeña demora de dos años que firmamos nunca fue tomada en serio, y los federales han esperado demasiado para hacer un secuestro de emergencia en este caso.

Probablemente la mitad de la galaxia conoce ya la historia.

»Eso significa que hemos perdido la pequeña balanza que podríamos haber tenido con los pila. No escatimarán esfuerzos para que nos «adopten», y usarán «reparaciones» por el crimen de Bubbacub como una excusa para obligarnos a aceptar todo tipo de ayudas que no queremos.

Hizo un gesto a Helene para que continuara.

—Punto número dos: ahora sabemos que quien estaba detrás de este fiasco era Culla. Al parecer, Culla nunca pretendió que la humanidad descubriera el pecadillo de Bubbacub. Tenía su propio plan en marcha.

»Al entablar amistad con Jeffrey, consiguió que el chimpancé intentará «liberarle», enfureciendo así a Bubbacub. La muerte de Jeffrey dejó al Navegante Solar en un estado de confusión tal que Bubbacub se sintió animado a pensar que cualquier cosa que hiciera sería creída. Es probable que el aparente deterioro mental de Dwayne Kepler fuera parte de esta campaña, inducida por la técnica de «mirada psicótica» de Culla.

»Lo más importante de su plan fue la falsificación de los Espectros antropomórficos. Esa parte fue ejecutada magníficamente. Engañó a todo el mundo. Con talentos como éstos, no es extraño que los pring piensen que pueden conseguir su independencia de los pila. Son una de las razas más engañosas y potentes que he conocido.

—Pero si los pila fueron tutores de los pring —objetó James—, y si elevaron a los antepasados de Culla cuando no eran más que animales, ¿por qué no se dio cuenta Bubbacub de que era posible que los Espectros fueran una patraña de Culla?

—Me gustaría hacer un comentario —trinó Fagin—. Se permitió que los pring seleccionaran al ayudante que acompañaría a Bubbacub. Mi instituto tiene información independiente de que Culla era una figura de cierta importancia, en uno de los planetas terraformados, en una empresa artística de la que hasta ahora no hemos podido ser testigos.

Habíamos atribuido el secretismo de los pring en este asunto a pautas de conducta heredadas de los pila. Ahora, sin embargo, podríamos conjeturar que son los propios pila quienes no pueden ver esa obra de arte. En su complaciente superioridad, los pila deben de haber cooperado, sin saberlo, denigrando las empresas de sus pupilos.

—¿Cuál es esa forma de arte?

—Obviamente, la forma de arte debe de ser la proyección holográfica. Es posible que los pring hayan experimentado en secreto durante la mayor parte de los cien milenios que llevan siendo inteligentes. Me asombra la dedicación necesaria para mantener un secreto tanto tiempo.

Nielsen silbó.

—Deben querer ser libres a todo precio. Pero sigo sin comprender, aunque he escuchado todas las cintas, por qué Culla hizo todas esas cosas en el Navegante Solar.

¿Cómo pudo el engaño de los Espectros Solares antropomórficos, la muerte de Jeffrey, o atrapar a Bubbacub en su error, ser de ayuda para los pring?

Helene miró a Jacob. Éste asintió.

—Sigue siendo tu parte, Helene. Tú lo supiste casi todo.

Helene inspiró profundamente.

—Verá, Culla no intentó nunca que Bubbacub fuera descubierto en Mercurio. Hizo que su jefe mintiera e intentara el truco de la «reliquia lethani», pero esperaba que le creyeran, aquí al menos.

»Si su plan hubiera salido bien, habría informado de dos cosas al Instituto de la Biblioteca: primera, que Bubbacub era un loco y un mentiroso que había sido salvado de la vergüenza por la astucia de su ayudante, y segunda, que los humanos no son más que un puñado de idiotas inofensivos y que deberían ser ignorados.

»Explicaré primero el segundo punto.

»Está claro que nadie habría creído esta loca historia de «espectros con forma de hombres» aleteando en una estrella, sobre todo cuando en la Biblioteca no hay ninguna mención de ellos.

»Imagine cómo reaccionaría la galaxia ante una historia sobre criaturas de plasma que «agitan los puños» y evitan milagrosamente que les saquen imágenes para que no puedan existir pruebas. Tras oír eso, la mayoría de los observadores no se molestaría en examinar la evidencia que sí tenemos, las grabaciones de los toroides y los auténticos solarianos.

»Toda la galaxia contempla la «investigación» terrestre con divertido desprecio. Al parecer, Culla quería que el Navegante Solar quedara en entredicho sin una audición.

Al otro lado de la habitación, Pierre LaRoque se ruborizó. Nadie dijo nada sobre las observaciones que había hecho sobre la «investigación terrestre» un año antes.

—La explicación que dio Culla, cuando intentó matarnos a todos, fue que había falsificado los Espectros por nuestro bien. Si parecíamos tontos, tal vez causaríamos menos revuelo cuando anunciáramos que hay vida en el sol... un revuelo que daría más publicidad a la humanidad en un momento en que deberíamos estar estudiando en silencio para ponernos al día con todos los demás.

Nielsen frunció el ceño.

—Puede que tuviera razón.

Helene se encogió de hombros.

—Ahora es demasiado tarde. De todas formas, como he dicho, parece que Culla pretendía informar a la Biblioteca, y a los soro, que los humanos eran idiotas inofensivos y, más importante aún, que Bubbacub había tomado parte en esa estupidez... ¡que había creído en los Espectros y mintió sobre la base de esa creencia!

Helene se volvió hacia Fagin.

—¿Es un buen resumen de lo que hemos discutido, Kant Fagin?

El kantén silbó suavemente.

—Eso creo. Confiando en el «sello» de la organización de Registro de Secretos, declararé confidencialmente que mi Instituto ha recibido información referida a actividades de los pring y los pila que ahora tienen sentido a la luz de lo que hemos aprendido aquí. Al parecer, los pring están enzarzados en una campaña para desacreditar a los pila.

Ahí tienen una oportunidad y un peligro para la humanidad.

»La oportunidad es que su Confederación podría ofrecer pruebas de la traición de Culla a los pila, para que esos sofotes puedan demostrar cómo han sido manipulados. Si los soro se vuelven contra los pring, la raza de Culla tendrá problemas para encontrar un protector. Podrían ser rebajados de estatus, sus colonias eliminadas, sus poblaciones «reducidas».

»Podría haber recompensas inmediatas para la humanidad en este acto, pero sería a cambio de la enemistad eterna de los pil. Su psicología no funciona de esa forma. Podrían suspender sus intentos de «adoptar» a la humanidad. Podrían estar dispuestos a aceptar restricciones en las reparaciones que insistirán en pagar por el crimen de Bubbacub, pero a la larga eso no ganará su amistad. Estar en deuda con la humanidad sólo aumentará su odio.

»Además está el hecho de que muchas de las especies más «liberales», en cuya protección ha confiado hasta ahora la humanidad, no aprecien que proporcionen a los pila con un *casus belli* para otra de sus jihads. Los tymbrimi podrían retirar su consulado en la luna.

»Finalmente está la cuestión ética. Tardaría tiempo en discutir todos los motivos. Probablemente no comprenderían algunos de ellos.

Pero el Instituto del Progreso está ansioso de que los pring no sean devastados. Son jóvenes e impulsivos. Casi tanto como la humanidad.

Pero muestran grandes promesas. Sería una tragedia terrible que toda su especie sufra depredaciones porque unos cuantos de sus miembros están enzarzados en un plan para acabar con cien milenios de servidumbre.

»Por estas razones, recomiendo que los crímenes de Culla sean mantenidos en secreto. Ciertamente, los rumores se extenderán pronto. Pero los soro no harán caso a rumores divulgados por los hombres.

Las hojas de Fagin tintinearono suavemente cuando una brisa entró por la ventana. Nielsen miraba el suelo.

—¡No es extraño que Culla intentara matarse junto con todos los ocupantes de la nave cuando Jacob lo descubrió! Si los pila reciben testimonio oficial de sus acciones, los pring estarán condenados.

—¿Qué cree que hará la Confederación? —preguntó Jacob.



—¿Hacer? —El hombre se rió sin ganas—. Ofrecerán la evidencia a los pila de rodillas, por supuesto. ¡Ifni! ¡Es una oportunidad para evitar que nos «den» todo un sector de la Sucursal de la Biblioteca y diez mil técnicos para ocuparla! Es una oportunidad para impedir que nos «den» naves modernas que ningún ingeniero humano podría comprender y ninguna tripulación humana podría pilotar sin «consejeros». ¡Pospondría indefinidamente todos esos malditos «procesos de adopción»! —Extendió los brazos—. ¡Y está muy claro que la Confederación no se jugará el cuello por la raza de un sofonte que mató a uno de nuestros pupilos, casi destruyó nuestro proyecto más ambicioso, e intentó que los humanos quedaran como idiotas ante los pueblos de la galaxia!

»Y bien pensado, ¿se les puede reprochar?

El tío de Jacob se aclaró la garganta para llamar la atención.

—Podemos intentar mantener en secreto todo el episodio —sugirió—. No carezco de influencias en ciertos círculos. Si los puedo convencer...

—No puedes convencer a nadie, Jim —dijo Jacob—. En cierto modo eres partícipe de todo este lío. Si intentas involucrarte, la verdad saldrá a la luz tarde o temprano.

—¿Qué verdad es ésa? —preguntó Nielsen.

Jacob miró con el ceño fruncido a su tío y luego a LaRoque. El francés, imperturbable, había empezado a mordisquear más entremeses.

—Estos dos son parte de un grupo cuya intención es minar las Leyes Condicionales. Ése es el segundo motivo por el que le pedí que viniera. Habrá que hacer algo y el Registro de Secretos es un primer paso mejor que llamar a la policía.

A la mención de la policía, LaRoque dejó de morder su bocadillo.

Lo miró y luego lo soltó.

—¿Qué tipo de grupo? —preguntó Nielsen.

—Una sociedad consistente en condicionales y ciertos ciudadanos simpatizantes, dedicada a la creación en secreto de naves espaciales, naves con tripulaciones de condicionales.

Nielsen se enderezó en su asiento.

-¿Qué?

—LaRoque está a cargo de su programa de entrenamiento como astronautas. También es su espía jefe. Intentó medir los calibradores del Generador Gravitatorio de una Nave Solar. Tengo las cintas que lo demuestran.

—¿Pero por qué quiso hacer una cosa así?

—¿Por qué no? Sería la protesta simbólica más poderosa que pueda imaginarse. Si yo fuera un condicional, desde luego participaría.

Simpatizo con ellos. No me gustan ni pizca las leyes condicionales.

»Pero también soy realista. Tal como están, los condicionales han sido

convertidos en una clase inferior. Sus problemas psicológicos son un estigma que los sigue a todas partes. Reaccionan de una forma muy humana, se agrupan para odiar a la sociedad «dócil y domesticada» que les rodea.

»Dicen, «los ciudadanos piensan que soy violento, ¡pues lo seré!».

La mayoría de los condicionales no harían jamás nada para lastimar a nadie, digan lo que digan los tests-C. ¡Pero enfrentados al estereotipo, se convierten en aquello que se les achaca!

—Eso puede ser cierto o no —dijo Nielsen—. Pero tal como está la situación, que los condicionales tengan acceso al espacio...

Jacob suspiró.

—Tiene razón, desde luego. No puede permitirse. Todavía no.

»Por otro lado, no podemos permitir que los federales alimenten con esto la histeria pública. Agravaría las cosas y produciría una forma de rebelión más severa.

Nielsen parecía preocupado.

—No iré a sugerir que el Consejo Terrágeno estudie las leyes condicionales, ¿verdad? ¡Eso sería un suicidio! ¡La gente nunca lo permitiría!

Jacob sonrió tristemente.

—Es verdad. Incluso el tío James tendría que reconocerlo. El ciudadano de hoy en día ni siquiera considerará la posibilidad de cambiar el estatus de los condicionales, y tal como están las cosas los Terrágenos no tienen ninguna autoridad.

»¿Pero cuáles son los dominios del Consejo? Ahora mismo es la administración de las colonias extrasolares. Con el tiempo, eso incluirá la supervisión de todos los asuntos extrasolares. Y ahí es donde pueden mediar con las leyes condicionales, simbólicamente al menos, sin amenazar la paz espiritual de nadie.

—No sé qué quiere decir.

—Bueno, supongo que no habrá leído a Aldous Huxley, ¿verdad? Su obra era muy popular cuando Helene era estudiante, y mis primos y yo tuvimos que estudiar algunas de ellas en nuestra juventud.

Terriblemente difíciles en ocasiones, a causa de las extrañas referencias históricas, pero merecen la pena por el increíble ingenio y reflexión que contienen.

»El viejo Huxley escribió un libro llamado *Un mundo feliz...*

—Sí, he oído hablar de ello. Una especie de distopía, ¿no?

—Más o menos. Debería leerlo. Hay algunas profecías sorprendentes.

»En esa novela proyecta una sociedad con algunos aspectos desagradables pero, al mismo tiempo, una autoconsistencia y su propia forma de honor, parecida a la ética de una colmena, pero ética a fin de cuentas. Cuando la diversidad del hombre presenta individuos que no encajan en la pauta condicionada de la sociedad, ¿qué cree que hace con ellos Huxley?

Nielsen frunció el ceño, preguntándose adonde quería llegar.

—¿En un estado colmenar? Supongo que las desviaciones serían eliminadas.

Jacob alzó un dedo.

—No, no del todo. Tal como lo presenta Huxley, este estado tiene sabiduría. Los líderes son conscientes de que han establecido un sistema rígido que podría caer ante alguna amenaza insospechada. Se dan cuenta de que las desviaciones representan un control, una reserva a la que recurrir en tiempos de problemas, cuando la raza necesite de todos sus recursos.

»Pero al mismo tiempo, no pueden permitir que estén presentes, amenazando la estabilidad de la cultura.

—¿Entonces qué hicieron?

—Los desterraron a islas. Se les permitió continuar con sus propios experimentos culturales sin ser molestados.

—Islas, ¿eh? —Nielsen se rascó la cabeza—. Es una idea interesante.

De hecho es lo contrario de lo que se está haciendo con las Reservas Extraterrestres, exiliando a los condicionales de las zonas geográficamente controlables, y luego permitiendo a los etés relacionarse con los ciudadanos que entran y salen a voluntad.

—Una situación intolerable —murmuró James—. No sólo para los condicionales sino para los extraterrestres también. ¡El propio Kant Fagin me estaba diciendo cuánto le gustaría visitar el Louvre, o Agrá, o Yosemite!

—Todo vendrá a su tiempo, Amigo-James Álvarez —trinó Fagin—.

Por ahora agradezco la dispensa que me permite visitar esta pequeña parte de California, una recompensa inmerecida y extravagante.

—No sé si la idea de las «islas» funcionaría bien —dijo Nielsen, pensativo—. Naturalmente, merece la pena estudiarla. Podremos examinar todas las ramificaciones en otra ocasión. Pero no comprendo qué tiene eso que ver con el Consejo Terrágeno.

—Extrapole —instó Jacob—. Podría aliviar un poco el problema de los condicionales si se estableciera una especie de isla refugio en el Pacífico, donde pudieran seguir su propio camino sin la observación perpetua a que están sometidos adondequiera que hoy vayan. Pero eso no sería suficiente. Muchos condicionales sienten que están castrados desde el principio. No sólo están limitados por la ley sus derechos de paternidad, sino que también están excluidos de la aventura más importante a la que la humanidad se ha enfrentado jamás, la expansión del espacio.

»Este pequeño embrollo en el que estaban implicados LaRoque y James es un ejemplo de los problemas a los que nos enfrentaremos, a menos que se encuentre un hueco para ellos, para que puedan sentir que están participando.

—Un hueco. Islas. El espacio... ¡Santo Dios! ¡No puede hablar en serio! ¿Comprar otra colonia y dársela a los condicionales cuando todavía estamos cargados hasta las orejas con las tres que tenemos? ¡Es muy optimista si cree que van a aprobar

eso!

Jacob sintió que la mano de Helene se deslizaba en la suya. Apenas la miró, pero la expresión de su rostro fue suficiente. Orgullosa, alerta, y al borde de la risa, como siempre. Entrelazó sus dedos con los suyos, y los apretó.

—Sí —le dijo a Nielsen—. Últimamente me he vuelto algo parecido a un optimista. Y creo que debería hacerse.

—¿Pero de dónde sacaríamos el crédito? ¿Y cómo salvar el ego herido de quinientos millones de ciudadanos que quieren colonizar, cuando se le da espacio a los no-ciudadanos?

»De todas formas, la colonización no funcionará. Incluso la Vesarius II llevará sólo a diez mil personas. ¡Hay casi cien millones de condicionales!

—Oh, no todos ellos irán al espacio, sobre todo si consiguen un lugar en las islas. Además, estoy seguro de que todo lo que buscan es un trato justo. Quieren compartir. Nuestro problema real es que no hay suficiente espacio en las colonias, ni transportes.

Jacob sonrió lentamente.

—¿Pero y si consiguiéramos que el Instituto de la Biblioteca «donara» los fondos para una colonia de Clase Cuatro, más unos cuantos transportes tipo Orión simplificados especialmente para tripulaciones humanas?

—¿Cómo espera persuadirlos para que hagan eso? Están obligados a compensarnos por la acción de Bubbacub, pero querrán hacerlo de un modo que sirva a sus propósitos, como hacernos depender por completo de la tecnología galáctica. Casi todas las razas los apoyarán en eso.

¿Qué podría cambiar la forma de sus reparaciones?

Jacob extendió las manos.

—Olvida que ahora tenemos algo que ellos quieren... algo muy precioso de lo que la Biblioteca no puede prescindir. ¡Conocimiento!

Jacob se metió la mano en el bolsillo y sacó una tira de papel.

—Éste es un mensaje cifrado que recibí hace poco de Millie, desde Mercurio. Todavía está confinada en una silla, pero querían que volviera con tanta urgencia que la dejaron viajar hace un mes.

»Dice que las inmersiones se han reemprendido en las regiones activas. Ya ha bajado una vez, a cargo de los esfuerzos para restablecer contacto con los solarianos. Hasta ahora ha conseguido no decirle a los federales qué es lo que ha descubierto, pues espera consultarlo primero con Fagin y conmigo.

»Ha entablado contacto. Los solarianos hablaron con ella. Son lúcidos y tienen muy buena memoria.

—Increíble —suspiró Nielsen—. Pero me da la impresión de que piensa que esto tendrá implicaciones políticas respecto a los problemas que hemos discutido antes.

—Piénselo. La Biblioteca creará que pueden obligarnos a aceptar reparaciones

según sus términos. Pero si manejamos bien las cosas, podremos chantajearlos para que nos den lo que nosotros queremos.

»El hecho de que los solarianos sean comunicativos y puedan recordar el pasado lejano (Millie da a entender que recuerdan inmersiones solares a cargo de antiguos sofones, hace tanto tiempo que podrían haber sido los propios Progenitores), significa que hemos encontrado un premio de proporciones sin precedentes.

»Significa que la Biblioteca tiene que intentar averiguar todo lo que pueda sobre ellos. También significa que este descubrimiento obtendrá una enorme publicidad.

Jacob sonrió.

—Será complicado. Primero tenemos que dar la impresión que ya entienden que el Navegante Solar fue un fiasco. Conseguir que nos asignen una Patente de Investigación al sol. Imaginarán que eso sólo nos hará parecer más idiotas. ¡Cuando se den cuenta de lo que tenemos, tendrán que comprar pagando nuestro precio!

»Necesitaremos la ayuda de Fagin para hacerlo bien, más toda la astucia del clan Álvarez y la cooperación de los Terrágenos, pero puede hacerse. El tío Jeremey, en particular, se alegrará de saber que voy a desempolvar mis viejas habilidades dormidas e implicarme en la «sucia política» durante algún tiempo, para ayudar.

James se echó a reír.

—¡Espera a que se enteren tus primos! ¡Ya puedo ver cómo se echan a temblar!

—Bien, entonces diles que no se preocupen. No, yo mismo lo diré cuando Jeremey convoque un consejo familiar. Voy a asegurarme de que todo este lío se zanje dentro de tres años. Después me retiraré de la política, definitivamente.

»Verás, entonces emprenderé un largo viaje.

Helene dejó escapar un pequeño suspiro y apretó sus dedos en los suyos. Su expresión era indescifrable.

—Voy a insistir en una cosa —le dijo, preguntándose si podía, o quería, suprimir la urgencia de echarse a reír o el zumbido en sus oídos—.

Tendremos que encontrar un medio de llevar al menos un delfín. Sus cancioncillas son espantosamente obscenas, pero puede que nos ayuden en unos cuantos puertos cuando estemos ahí fuera.

# Notas

[1] Las iniciales en inglés de Condicionado Permanente (Permanent Probationer), suenan a «pipí». En este contexto, «doo-doo», querría decir «caca». (*N. del T.*) <<